

EL SILENCIO DE EL CUERVO

ALGUIEN GUARDA UN SECRETO.
OTROS, PREFIEREN EL SILENCIO.

JULIO BARRAGÁN

EL SILENCIO DE EL CUERVO

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes y sucesos son producto de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o con hechos reales es pura coincidencia.

© 2026, Julio Barragán
Todos los derechos reservados.

«La verdad no es sino un silencio que arde.»

—Luis Cernuda

INTRODUCCIÓN

Los primeros camiones comenzaron a llegar a la plaza poco antes de las siete de la mañana.

Cada martes era igual.

Los vendedores ocupaban los mismos sitios, se saludaban con un gesto de cabeza y descargaban la mercancía con la rutina de quien había repetido aquellos movimientos cientos de veces. En un par de horas, la plaza estaría abarrotada de puestos, voces y vecinos regateando por fruta, ropa o especias.

Antonio aparcó la furgoneta cerca de la fuente, como llevaba haciendo los últimos veinte años.

Bajó con una caja de tomates apoyada en el hombro y, al incorporarse, una silueta lo detuvo en seco.

—Mira ese... Otra nohecita al raso.

No le sorprendió.

Más de una vez había encontrado a Roberto borracho como una cuba, dormido en cualquier banco del paseo después de una mala noche.

Dejó la caja en el suelo y caminó hacia él.

—¡Eh, arriba! Vamo... Que van a empezá a descargar en tu cara.

Roberto no respondió.

—¿Roberto?

La cabeza del muchacho descansaba ladeada sobre un hombro. Tenía los ojos abiertos, inmóviles, fijos en el cielo que comenzaba a clarear.

Antonio se inclinó y le puso una mano en el hombro.

La retiró al instante.

Estaba frío.

Demasiado frío.

Entonces vio las marcas.

Dos pequeños orificios en el cuello, separados apenas por un par de centímetros. Un fino halo de sangre seca oscurecía la piel alrededor de las punciones.

Antonio sintió un escalofrío.

Retrocedió un paso.

Después otro.

Sacó el teléfono con manos temblorosas.

—¿Policía...? Hay un hombre en la plaza. Creo que está muerto. Es Roberto, el del bar. Vengan rápido... Por favor.

La patrulla llegó pocos minutos después, con las sirenas apagadas y los rotativos encendidos.

Los agentes hicieron retroceder a los primeros curiosos mientras uno de ellos se acercaba al cuerpo.

—Atrás todo el mundo. Despejen la zona, por favor.

El policía se detuvo a cierta distancia del cadáver.

No necesitó acercarse mucho para comprender que aquel hombre llevaba horas muerto.

Pero entonces reparó en su cuello.

Se inclinó lo suficiente para observar las dos punciones y permaneció inmóvil durante un instante.

Después se incorporó.

—Llama al médico de guardia. Y avisa al puesto de la Guardia Civil.

Su compañero miró hacia el cadáver.

—¿Qué pasa?

El agente volvió los ojos hacia las dos marcas.

—Que esto no parece una muerte normal.

Mientras la cinta de balizamiento cerraba el acceso a la fuente, la noticia comenzó a extenderse por El Cuervo con una rapidez imposible de contener.

Primero fue un cadáver.

Después, un hombre con dos extrañas marcas en el cuello.

Y antes de que nadie pudiera explicar qué había ocurrido, el pueblo ya había empezado a hacerlo por su cuenta.

Algunos aseguraban haber visto aquellas mismas marcas en otro sitio.

Otros recordaban una historia que sus abuelos les contaban cuando eran niños.

Hasta que, entre el murmullo de la multitud, alguien pronunció dos palabras:

—Ha vuelto...

CAPÍTULO 1

A primera vista

El calor de septiembre todavía se resistía a abandonar Sevilla.

A las ocho de la mañana ya se colaba por las calles estrechas del centro y se adhería a las fachadas como un último coletazo del verano. Clara empujó la puerta de una pequeña cafetería con la americana negra doblada sobre el antebrazo. Vestía unos vaqueros oscuros y una sencilla camiseta blanca de manga corta.

La campanilla anunció su llegada.

El aroma a café recién molido se mezclaba con el de las tostadas y el murmullo de las conversaciones de primera hora. Un camarero iba de una mesa a otra mientras, desde un televisor colgado en una esquina, alguien comentaba el partido de la noche anterior y anunciaba temperaturas que nadie parecía escuchar.

Clara eligió una mesa junto a la ventana.

—Un café solo, por favor.

—Enseguida.

Dejó el móvil sobre la mesa.

Mientras esperaba, paseó la mirada por el local.

Una pareja compartía el periódico junto a la entrada. Un hombre trajeado consultaba el teléfono entre sorbo y sorbo. Dos mesas más allá, alguien había dejado unas llaves junto a una taza vacía.

Nada relevante.

Entonces reparó en la camarera.

Rondaría los cincuenta. Cruzaba el comedor con una bandeja en la mano y una rapidez extraña en sus movimientos: no era torpeza, sino la cautela de quien procura no cometer ningún error.

Dejó una taza frente a uno de los clientes.

—Yo le pedí un cortado, no esto —rezongó el hombre.

La mujer se quedó quieta.

—Discúlpeme... Un despiste. Se lo cambio ahora mismo.

Antes de que pudiera retirar la taza, un hombre apareció detrás del mostrador.

—¿Otra vez? ¿Cuántas veces hay que decirte que prestes atención?

No levantó la voz.

No hizo falta.

La camarera encogió ligeramente los hombros.

—Perdón. Ha sido culpa mía.

—Pues espabila.

El hombre regresó a la barra.

Clara tomó un sorbo de café.

La mujer permaneció inmóvil apenas un segundo antes de continuar trabajando.

Aquello fue lo primero.

Lo segundo era el jersey.

Grueso, de manga larga, completamente fuera de lugar en una mañana como aquella.

La camarera se inclinó para recoger la taza equivocada y la manga retrocedió unos centímetros.

Un hematoma amarillento asomó sobre la muñeca.

La mujer se cubrió enseguida.

Clara dejó la taza en el plato.

Poco después, al apartarse un mechón de pelo detrás de la oreja, la luz de la ventana incidió sobre su rostro. En el pómulos izquierdo, bajo una capa de maquillaje demasiado densa, se adivinaba una tonalidad irregular.

Clara miró hacia el hombre del mostrador.

Él también la observaba.

Solo durante un instante.

Después volvió a lo suyo.

Fue entonces cuando Clara reparó en las manos.

La camarera llevaba una alianza de oro desgastado.

Él también.

Clara terminó el café.

Esperó.

No quería abordarla mientras aquel hombre pudiera escuchar.

Pasaron un par de minutos hasta que el trasiego obligó al camarero a entrar en la cocina y el hombre del mostrador desapareció tras una puerta lateral.

Clara se puso en pie.

—Cóbreme, por favor.

La mujer se acercó.

—Ahora mismo, hija. Son dos con veinte.

Clara dejó un billete sobre la barra.

—Quédese con el cambio.

Sacó una tarjeta de la cartera y la colocó junto al billete, boca abajo.

La camarera miró primero la tarjeta y después a ella.

—¿Qué es esto?

Clara mantuvo la voz baja.

—Mi teléfono.

—¿Para qué?

—Por si alguna vez necesita ayuda.

La expresión de la mujer cambió.

Fue apenas un instante, pero Clara lo vio.

—No sé de qué hablas, niña.

—Está bien.

No miró hacia sus muñecas.

Ni hacia el pómulos.

Ni hacia el hombre que acababa de desaparecer.

—No tiene que explicarme nada.

La mujer bajó los ojos hacia la tarjeta.

Clara esperó unos segundos.

—Y tampoco tiene que decidir nada ahora.

Se apartó de la barra.

—Solo guárdela.

La camarera no respondió.

Clara se dirigió hacia la puerta, pero antes de salir se volvió.

—Cuídese.

La campanilla volvió a sonar a su espalda.

Ya en la calle, el calor la recibió de golpe.

Clara avanzó unos pasos antes de detenerse frente a un escaparate. Desde allí, reflejada en el cristal, podía ver parte del interior de la cafetería sin necesidad de mirar directamente.

La mujer continuaba detrás de la barra.

La tarjeta seguía donde Clara la había dejado.

No la tocó de inmediato.

Después miró hacia la puerta lateral.

Una vez.

Luego hacia la cocina.

Solo entonces alargó la mano, tomó la tarjeta y se la guardó en el bolsillo del delantal.

Clara continuó caminando.

El teléfono comenzó a sonar cuando apenas había recorrido media calle.

Sacó el móvil.

—Díaz.

—Teniente, habla el capitán Gómez. La necesito inmediatamente en Comandancia.

El tono bastó para que Clara redujera el paso.

—Dígame, mi capitán.

—Ha aparecido un cadáver en El Cuervo. Las circunstancias no están nada claras y han asignado la investigación a nuestra unidad.

Clara se detuvo.

A su alrededor, Sevilla continuaba despertando. Un autobús se aproximó a la parada de la esquina y dos motocicletas pasaron entre los coches mientras, al otro lado de la calle, alguien levantaba la persiana de un comercio.

—Voy para allá.

—La espero en mi despacho. Ah, y Díaz...

—¿Sí?

—El sargento Morales también la está esperando. A partir de hoy trabajará con usted.

Clara frunció ligeramente el ceño.

—¿Y Reyes?

Hubo un breve silencio al otro lado de la línea.

—Tercer compañero en dos años, Díaz. Empiezo a sospechar que el problema no está siempre al otro lado de la mesa.

La comunicación se cortó.

Después se lo guardó en el bolsillo.

Sacó la goma que llevaba en la muñeca, se recogió el cabello castaño en una coleta y reanudó la marcha.



Cuando la teniente Clara Díaz cruzó las puertas de Comandancia, tardó exactamente tres segundos en localizar al sargento Morales. El tipo estaba plantado junto a la máquina de café rodeado de varios compañeros, riendo a carcajadas mientras se veía envuelto en una ráfaga de palabras tan atropelladas que resultaba casi imposible seguir el hilo.

No era un recién llegado que intentara caer bien. Se movía con la naturalidad de quien, en apenas unos días, ya conocía el nombre de media plantilla. Saludaba al administrativo, bromeaba con un agente veterano y, mientras hablaba, preparaba un café para alguien que ni siquiera estaba allí.

Clara lo escaneó desde la distancia:

Extrovertido.

Impulsivo.

Necesitaba hablar para pensar.

Y, por encima de todo, incapaz de soportar un silencio incómodo.

De pronto, como si hubiera percibido su presencia, Morales giró la cabeza y la miró directamente con unos ojos castaños tan expresivos como la sonrisa que le dedicó después.

En un par de zancadas ya estaba frente a ella.

—Buenos días, mi teniente. Qué bueno ponerle cara por fin. ¿Un café de máquina para empezar el día con mal pie?

Clara no alteró el gesto.

—No, gracias.

—Hace bien, esto es veneno puro —admitió él, ensanchando la sonrisa—. Pero había que romper el hielo antes de entrar al matadero, ¿no?

Por primera vez en varios segundos, Clara parpadeó.

Aquel comentario no buscaba impresionar. Ni quedar bien. Simplemente le había salido del alma.

—Soy la teniente Clara Díaz —dijo ella, extendiendo la mano con frialdad militar.

—Sargento Javi Morales —respondió él—. Espero no darle demasiado trabajo.

Clara le estrechó la mano mientras examinaba fugazmente los pequeños detalles de su nuevo compañero: la marca pálida de un anillo en el anular despojado, una cicatriz antigua cruzándole el nudillo índice y su camisa blanca perfectamente planchada, la cual llevaba sutilmente arremangada hasta los codos.

Morales sonrió de nuevo.

—Bueno... Esto ha sido bastante menos incómodo de lo que me habían dicho.

Clara arqueó una ceja.

—¿Quién le ha dicho que ya ha terminado?

La sonrisa de Morales se ensanchó.

—Ahora sí. Me quedo más tranquilo.

Clara retiró la mano y echó a andar hacia los despachos.

Mientras avanzaba por el pasillo, una idea comenzó a tomar forma en su cabeza.

Aquel hombre hablaba demasiado.

Reía demasiado.

Confiaba demasiado de prisa en los demás.

Exactamente el tipo de persona que ella había evitado toda su vida.

Exactamente el tipo de persona que no necesitaba como compañero.

Antes de la reunión, Morales llamó con los nudillos a la puerta entreabierta.

—Buenos días, mi capitán.

—Pasad.

El despacho olía a café recién hecho y a una colonia masculina demasiado intensa.

El capitán Gómez levantó la vista del expediente que tenía abierto sobre la mesa. El cabello completamente canoso, peinado hacia un

lado, contrastaba con una expresión endurecida por demasiados años de servicio. No necesitaba levantar la voz para imponer autoridad. Le bastaba con dejar de hablar.

—Veo que no se han matado en el pasillo.

Morales sonrió.

—De momento no, señor.

Una leve mueca cruzó el rostro del capitán. Resultaba difícil saber si había sido una sonrisa o simple cansancio.

—Me alegro. Porque no tenemos tiempo que perder.

Señaló las dos sillas frente al escritorio.

—Sentaos.

Clara tomó asiento. Morales hizo lo mismo a su lado.

Gómez empujó una carpeta hacia ellos.

—La víctima se llamaba Roberto Sánchez. Veintiocho años. Hostelero. Propietario de un bar en El Cuervo. Esta mañana, alrededor de las siete, uno de los comerciantes que iba a montar el mercadillo semanal lo encontró muerto junto a la fuente de la plaza de la Ladrillera.

Clara abrió el dossier.

La primera fotografía mostraba el cuerpo de un hombre joven apoyado contra la fuente.

Pasó a la siguiente.

—¿Causa de la muerte?

—Todavía no la tenemos.

Clara levantó la vista.

—¿Qué sabemos?

—Los compañeros de la Policía Local acordonaron la zona en cuanto llegaron. El médico de guardia confirmó el fallecimiento y el puesto de la Guardia Civil ha mantenido la escena preservada. Policía Judicial está movilizada.

Clara volvió a las fotografías.

En una de ellas se apreciaba el cuello de la víctima.

Dos pequeñas marcas.

Frunció ligeramente el ceño.

Morales se inclinó hacia la carpeta.

—¿Eso son mordeduras?

—Eso —respondió Gómez— es exactamente lo que quiero que averigüéis.

Clara pasó a la siguiente fotografía.

—¿Quién encontró el cuerpo?

—Un vendedor del mercadillo. Antonio Ruiz. Sigue allí.

—¿Ha tocado algo?

—Según su declaración inicial, únicamente puso una mano sobre el hombro de Roberto antes de darse cuenta de que estaba muerto.

Clara asintió.

Cerró la carpeta.

—¿Algo más?

El capitán apoyó los antebrazos sobre la mesa.

—Sí. El pueblo.

Moralesladeó la cabeza.

—¿El pueblo?

—En El Cuervo todo el mundo conoce a todo el mundo. Y cuando ocurre algo así, también todo el mundo cree saber qué ha pasado.

Miró primero a Morales y después a Clara.

—Quiero hechos antes de que tengamos veinte versiones diferentes de la misma historia. Y quiero resultados antes de que la prensa convierta esas dos marcas en lo que le dé la gana.

Clara se puso en pie con la carpeta.

—Entendido, mi capitán.

Morales la imitó.

Cuando estaban a punto de salir, Gómez volvió a hablar.

—Morales, espere fuera un segundo.

El sargento miró fugazmente a Clara.

—Sí, señor.

Salió y cerró la puerta.

Gómez esperó un momento.

—¿Qué le parece?

Clara sostuvo la carpeta contra el costado.

—Tenemos poco con lo que trabajar hasta que examinemos la escena.

—Me refiero a Morales.

—Habla demasiado.

El capitán soltó una breve carcajada.

Ella permaneció seria.

—También ríe demasiado.

Gómez apoyó los codos sobre la mesa.

—Morales es un sabueso de primera, Díaz. Tiene calle, intuición y una capacidad de empatía que a usted, de vez en cuando, no le vendría nada mal.

Clara arqueó ligeramente una ceja.

—Gracias.

—No era un cumplido.

—Lo había supuesto.

El capitán reprimió una sonrisa.

—Dele un margen.

Clara miró hacia la puerta.

—Lo intentaré.

—Eso no ha sonado demasiado convincente.

—Porque no le he prometido nada.

Gómez negó lentamente con la cabeza.

—Váyanse antes de que me arrepienta de juntarlos.

—Sí, mi capitán.

Clara abrió la puerta.

Morales esperaba al otro lado, apoyado contra la pared.

Al verla salir, se incorporó.

—¿Todo bien?

Clara pasó junto a él sin detenerse.

—Conduzco yo.

—Eso no responde exactamente a mi pregunta.

—Lo sé.

Él la siguió por el pasillo.

—Estupendo. Empezamos a entendernos.

Ambos subieron al Peugeot 3008 camuflado asignado para el caso.

Clara ocupó el asiento del conductor.

Morales se ajustó el cinturón y consultó el teléfono mientras tomaban la A-4 en dirección sur.

—No está muy lejos. Unos cincuenta minutos si no nos comemos el atasco de Bellavista.

Clara no respondió.

—¿Sabía que El Cuervo es el último pueblo de la provincia? Una de sus calles ya pertenece a Cádiz.

Morales esperó una reacción que no llegó.

—Recuerdo haber visto un reportaje en la tele. Decían que una mujer desayunaba en Sevilla y luego lo cagaba todo en Cádiz.

—Lavaba la ropa en Sevilla y la tendía en Cádiz —corrigió Clara sin apartar la vista de la carretera.

—Mucho más elegante su versión, idónde va a parar!

Guardó el teléfono.

—Por cierto, me han dicho que el pan de este pueblo es gloria bendita. Un molletito con jamón ibérico no vendría mal antes de ver la escena del crimen. No sé usted, pero yo prefiero no inspeccionar un cadáver con el estómago vacío.

—¿Siempre es tan hablador?

Morales giró la cabeza, sorprendido.

—Depende.

—¿De qué?

—De si mi compañera de viaje piensa colaborar en la conversación.

Clara lo miró apenas un instante antes de volver la vista a la carretera.

—Solo cuando la conversación lo merece.

Morales soltó una risa resignada.

—Va a ser un viaje largo.

Clara no respondió.

Pero esta vez Morales tampoco insistió.

Durante varios kilómetros avanzaron en silencio mientras Sevilla iba quedando atrás.

Sobre el asiento trasero, la carpeta de Roberto Sánchez esperaba cerrada.

Dentro, dos pequeñas marcas en el cuello de un cadáver acababan de convertir una mañana cualquiera en el comienzo de

algo que ninguno de los dos podía prever.

CAPÍTULO 2

El Cuervo

El Cuervo debería haber despertado con la agitación habitual de un martes de mercadillo. Aquella mañana, sin embargo, el crimen había vaciado de rutina sus calles.

Los vehículos de la Guardia Civil, la Policía Local y los servicios sanitarios permanecían detenidos junto al bulevar, con las luces ya apagadas. Varias cintas de balizamiento cerraban el acceso al paseo mientras pequeños grupos de vecinos conversaban en voz baja, incapaces de apartar la vista del interior del perímetro.

Algunos se santiguaban. Otros negaban lentamente con la cabeza. Nadie se acercaba más de lo necesario.

Aquel silencio no era el de un pueblo que acababa de despertarse. Era el de un pueblo que intentaba comprender.

Clara detuvo el vehículo unos metros antes del cordón policial y permaneció un momento con las manos sobre el volante, contemplando la escena a través del parabrisas.

Vecinos, agentes, furgonetas de comerciantes que aquella mañana no terminarían de descargar, la cinta cerrando el paseo y, al fondo, la fuente.

Aquella sería la primera imagen que conservaría del escenario. Después llegarían las fotografías, las mediciones, los testimonios y los informes. La escena acabaría fragmentándose en cientos de datos.

Pero todavía no.

Clara respiró hondo y apagó el motor.

—¿Lista? —preguntó Morales mientras se desabrochaba el cinturón.

Clara apartó la mirada del bulevar.

—Ahora sí.

Ambos descendieron.

El calor comenzaba a hacerse notar. En el aire permanecía todavía el olor húmedo del riego nocturno, mezclado con el de la tierra y el ladrillo que empezaba a calentarse bajo el sol.

Apenas habían avanzado unos pasos cuando un hombre de complexión robusta y cabello entrecano se abrió paso entre los agentes de la Policía Local. Llevaba el uniforme azul marino impecablemente planchado y caminaba sin apresurarse, pero sin perder un segundo mirando a los curiosos.

—¿Teniente Díaz? ¿Sargento Morales?

—Así es —respondió Clara.

El hombre les tendió la mano.

—Manuel Ortega. Jefe de la Policía Local de El Cuervo.

Clara correspondió al apretón.

—Teniente Clara Díaz.

—Javier Morales —añadió el sargento.

Ortega señaló el interior del perímetro.

—Me habría gustado recibirlos en otras circunstancias.

—A nosotros también —respondió Morales.

—La primera patrulla llegó pocos minutos después del aviso. Acoronamos la zona y apartamos a los curiosos. El médico de guardia confirmó el fallecimiento y, desde entonces, nadie ajeno al dispositivo ha accedido al cuerpo. También tenemos identificado al hombre que lo encontró y a los vecinos que estaban aquí antes de cerrar el paseo.

Clara miró hacia la cinta.

—¿El hombre que dio el aviso sigue aquí?

—Sí.

—Bien. Que no se marche hasta que hablemos con él.

—Ya está avisado.

Habían protegido la escena, identificado a los testigos y mantenido a los curiosos fuera del perímetro. En una investigación como aquella, los primeros minutos podían decidir qué pruebas sobrevivían y cuáles desaparecían para siempre.

—Buen trabajo.

Ortega agradeció el comentario con un leve movimiento de cabeza.

—Si les parece...

Se hizo a un lado y levantó la cinta. Clara se inclinó para cruzarla y Morales la siguió.

Por primera vez pudo contemplar el lugar sin un parabrisas de por medio. No era simplemente la escena de un crimen, sino el corazón de El Cuervo.

Clara avanzó despacio. Una escena del crimen podía fotografiarse cientos de veces, medirse, dividirse en cuadrículas y reducirse después a informes y bolsas de evidencias. Pero había algo que ninguno de esos procedimientos podía conservar del todo: la sensación de estar allí por primera vez.

Así que, antes de acercarse al cadáver, observó.

El paseo se abrió ante ellos con una serenidad que contrastaba con la inquietud de los vecinos. Más que una plaza, aquello era un bulevar concebido para el encuentro. Un amplio paseo peatonal recorría la zona en línea recta. La piedra clara del pavimento se alternaba con franjas de ladrillo rojizo que dibujaban cenefas geométricas, como si el suelo conservara todavía la memoria de los antiguos hornos y del pasado alfarero del pueblo.

A ambos lados, hileras de árboles proyectaban sombras irregulares sobre los bancos de madera. Los pequeños parterres rompían la geometría del paseo con manchas de verde todavía húmedas por el riego de la madrugada.

Morales recorrió el lugar con la mirada.

—Cuesta imaginar que algo así haya ocurrido aquí.

El murmullo del agua llegaba desde el centro del paseo y se mezclaba con las voces amortiguadas de los curiosos.

El mercadillo nunca había llegado a instalarse aquella mañana. Algunos comerciantes permanecían junto a sus furgonetas abiertas. Cajas de fruta seguían apiladas en el interior; varias estructuras metálicas descansaban plegadas contra los vehículos. Nadie parecía tener ya intención de montar nada.

Clara continuó avanzando.

Al comienzo del bulevar, una estatua de bronce se alzaba sobre un pedestal de piedra arenisca. Representaba a un hombre de otra

época. La pátina verdosa había oscurecido parte del bronce y, en la base, varias líneas grabadas identificaban a la figura.

Don Alonso Barragán.

Clara leyó el nombre sin detenerse. No significaba nada para ella, así que continuó caminando.

La fuente ocupaba el centro del paseo. Sobre una amplia base revestida de piedra oscura se elevaban seis grandes cubos cubiertos de pequeñas piezas cerámicas. Dispuestos unos sobre otros en un equilibrio casi imposible, cada bloque giraba ligeramente respecto al anterior hasta formar una columna irregular que parecía desafiar la gravedad.

El agua brotaba de forma ininterrumpida y caía sobre la pileta con un murmullo constante. En cualquier otra mañana, aquel sonido habría resultado agradable. Aquella, hacía que todo pareciera más quieto.

Clara redujo el paso. Morales hizo lo mismo.

Bajo la sombra proyectada por la estructura cerámica había un hombre sentado contra el borde de la fuente.

O eso habría parecido desde lejos.

La cabeza descansaba ladeada sobre un hombro. Las piernas permanecían extendidas sobre el pavimento. Un brazo caía junto al cuerpo mientras la otra mano descansaba cerca del muslo.

Roberto Sánchez.

CAPÍTULO 3

La verdad empieza aquí

Al principio, Clara no buscó heridas. No miró el cuello ni las manos. Se limitó a observar al hombre y el lugar donde alguien había decidido dejarlo.

A su alrededor, el bulevar conservaba su belleza. Quizá por eso el cadáver resultaba aún más perturbador.

Junto al cuerpo, un hombre de cabello entrecano se incorporó al advertir su llegada. Llevaba una bata blanca sobre un traje oscuro y guantes de nitrilo en ambas manos. A pocos metros, dos miembros del equipo de Policía Judicial trabajaban dentro del perímetro.

Esperó a que Clara y Morales se acercaran.

—Álvaro Salas. Médico forense.

—Teniente Clara Díaz.

—Sargento Javier Morales.

Salas respondió con un breve gesto de asentimiento. No hubo apretones de manos, detalle que Clara agradeció.

Los tres dirigieron la vista hacia el cadáver.

—¿Qué puede decirnos? —preguntó Clara.

El forense se situó junto al cuerpo.

—La identificación está confirmada. Roberto Sánchez, veintiocho años.

Señaló el cuello sin tocarlo.

—A simple vista presenta dos pequeñas lesiones punzantes en el lateral izquierdo. No observo signos evidentes de violencia alrededor del cuerpo ni alteraciones importantes en el entorno inmediato.

Morales se inclinó un poco para observarlas desde donde estaba.

—¿Mordeduras?

—Dos orificios no hacen una mordedura, sargento.

Morales levantó ligeramente las manos.

—Preguntaba.

—Y hace bien.

Salas volvió la atención hacia las marcas.

—La disposición es poco habitual, pero cualquier cosa que les dijera ahora sería especular. Habrá que estudiar los bordes de las lesiones, su profundidad y el tejido afectado. Y, sobre todo, averiguar qué ocurrió dentro del organismo.

Clara observó las dos punciones.

—¿Sospecha de alguna sustancia?

—Sospecho que tengo un cadáver con dos lesiones que todavía no puedo explicar.

La respuesta bastó para que Clara supiera qué clase de forense tenía delante.

—¿Hora de la muerte?

Salas miró el cuerpo.

—La rigidez está establecida y la temperatura corporal es compatible con varias horas de evolución. Con las condiciones ambientales que tenemos y un examen preliminar como este, no voy a darles una hora exacta.

—¿Una franja?

—Durante la madrugada es lo máximo que me atrevería a decir aquí.

Morales miró a Roberto.

—¿Y la causa?

—Esa tendrá que esperar.

—¿Hasta la autopsia?

—Como mínimo.

Clara prefería aquella incertidumbre reconocida a una certeza inventada.

—¿Algo que debamos saber antes de examinarlo?

Salas miró hacia los técnicos y luego a Clara.

—Solo que no se enamoren de esas marcas.

Morales arqueó una ceja.

—¿Perdón?

—Son lo primero que ve cualquiera que se acerca al cuerpo. Y precisamente por eso existe el riesgo de convertirlas en la explicación de todo antes de saber qué son.

Clara volvió los ojos hacia Roberto.

Dos heridas pequeñas, limpias, extrañas. Demasiado fáciles de mirar.

—¿Cuándo realizará la autopsia?

—En cuanto traslademos el cadáver al Instituto de Medicina Legal.

—Quiero toxicología.

—Ya contaba con ello.

—Y cualquier indicio que permita determinar qué produjo esas lesiones.

Salas asintió.

—Lo tendrán.

Clara dio un paso hacia el cuerpo.

—Avísenos en cuanto tenga algo.

—Serán los primeros en saberlo.

El forense se apartó para dejarles espacio. Detrás de Roberto, el agua continuaba cayendo con la misma cadencia.

Clara se colocó un par de guantes de nitrilo.

Ahora le tocaba escuchar lo que la escena tuviera que decir.

Roberto Sánchez descansaba contra el borde de la fuente, con la cabeza ligeramente vencida hacia la derecha y los ojos abiertos, fijos en un punto indefinido del cielo. La rigidez había inmovilizado el cuerpo en una postura que no parecía del todo natural.

Clara no miró las heridas del cuello. Todavía no.

Comenzó por el conjunto.

Retrocedió un par de pasos y estudió la posición del cadáver respecto a la fuente, la distancia hasta los bancos, los árboles, las papeleras, los accesos al bulevar, el pavimento.

Después volvió a acercarse y se acucilló frente a Roberto.

—No hay que mirar, sino ver... —murmuró.

Morales la oyó, pero no dijo nada.

Clara comenzó por las manos. No presentaban heridas evidentes, ni vio sangre o abrasiones importantes en los nudillos que sugirieran, a simple vista, una pelea.

Entonces algo brilló bajo una de las uñas.

Acercó el rostro sin tocarlo. Era una partícula diminuta, de aspecto metálico, atrapada entre restos de suciedad.

Clara la observó sin intentar identificarla. No allí.

Desplazó la atención hacia la ropa. En la parte posterior del pantalón había pequeñas abrasiones y restos de suciedad adheridos al tejido. La misma suciedad aparecía en la zona posterior de una de las zapatillas.

Clara miró el suelo sobre el que descansaba Roberto y volvió al pantalón.

Algo no encajaba.

Morales se agachó a su lado.

—¿Qué ha visto?

Clara señaló sin tocar.

—La parte trasera.

Morales observó el tejido.

—Está sucio.

—Sí.

—¿Y?

Clara levantó la mirada hacia él.

—Está apoyado contra una fuente, Morales. No tumbado en el suelo.

El sargento volvió a examinar el pantalón y esta vez tardó menos en comprender.

—¿Cree que lo arrastraron?

—Creo que esta ropa ha rozado el suelo.

—No es exactamente lo mismo.

Clara lo miró con una sombra de aprobación.

—Exacto.

Todavía no tenían suficiente para saber cómo se había producido aquel roce, ni cuándo ni dónde. Pero sí para formular una pregunta: ¿había muerto Roberto Sánchez en el lugar donde lo habían encontrado?

Clara dejó la cuestión abierta.

Solo entonces dirigió su atención al cuello. Apartó con cuidado el borde del polo y dejó a la vista las dos punciones.

Pequeñas, limpias, separadas por apenas un par de centímetros. Alrededor se distinguía un fino halo de sangre seca. Muy poca.

Clara acercó ligeramente el rostro. No parecían desgarros ni mostraban, a simple vista, la irregularidad que habría esperado de una mordedura.

Dos entradas precisas.

Eso era todo lo que podía afirmar.

Morales contempló las lesiones.

—No parecen de un animal.

—No.

—¿Entonces?

—Entonces todavía no sabemos qué las produjo.

Clara se incorporó y Morales hizo lo mismo.

—¿Qué piensa?

Ella contempló de nuevo el cadáver entero: las manos, el pantalón, el calzado, la postura contra la fuente y, finalmente, las dos marcas del cuello.

Eran lo primero que cualquiera miraría. También serían lo que probablemente acabaría en las fotografías de los curiosos, en los comentarios del pueblo y, tarde o temprano, en algún titular.

Demasiado llamativas para ignorarlas.

—Que todo el mundo va a hablar de esas dos marcas —dijo.

Morales miró el cuello.

—Normal.

—Sí. Y eso puede ser un problema.

—¿Por qué?

—Porque cuando algo consigue que todos miren al mismo sitio, conviene comprobar qué está ocurriendo en el resto de la escena.

Morales siguió su mirada.

—Cree que quieren distraernos.

Clara negó ligeramente con la cabeza.

—No he dicho eso.

—Pero lo está pensando.

Clara dejó pasar un segundo.

—Estoy pensando que todavía no sé si esas marcas explican la muerte o solamente forman parte de ella.

Volvió a acucillarse frente a la mano de Roberto y observó la partícula atrapada bajo la uña.

Aquello sí le interesaba. No sabía qué era, pero estaba escondido y, a diferencia de las heridas del cuello, nadie parecía haber querido que lo encontraran.

Se incorporó.

—Que Criminalística recoja esto.

Clara dio un último vistazo al cadáver. No tenía respuestas, pero sí preguntas que empezaban a apuntar en direcciones distintas.

A su alrededor, la investigación se había puesto en movimiento. Los miembros de Policía Judicial trabajaban dentro del perímetro mientras, al otro lado de la cinta, los vecinos seguían reuniéndose en pequeños grupos. Sus voces llegaban amortiguadas.

Roberto Sánchez llevaba muerto apenas unas horas y El Cuervo ya empezaba a construir su propia versión de lo ocurrido.

Morales se colocó a su lado.

—¿Por dónde empezamos?

Clara recorrió una última vez la escena con la mirada.

—Por no dar nada por hecho.

El agua siguió cayendo detrás del cadáver, constante e indiferente.

Mientras los primeros rumores comenzaban a extenderse por las calles del pueblo, Clara comprendió que la parte más difícil de aquella investigación quizá no sería descubrir qué había ocurrido, sino separar los hechos de lo que todos estaban a punto de creer.

CAPÍTULO 4

Manila

Clara levantó la vista del cadáver. Al otro lado del bulevar, a escasos metros de la fuente, un rótulo negro de letras doradas presidía la fachada de un establecimiento.

Café Copas Manila.

—Ortega.

El jefe de la Policía Local se volvió hacia ella.

—¿Sí?

Clara señaló el local con un leve movimiento de la barbilla.

—¿Era ese el bar de Roberto?

—Sí. Era el propietario.

Clara observó el establecimiento y después volvió la mirada hacia Roberto. El bar estaba lo bastante cerca para convertirse en uno de los primeros lugares que tendrían que inspeccionar. Pero una cosa era saber dónde había pasado Roberto sus últimas horas y otra, muy distinta, dónde había muerto. Clara volvió a fijarse en la parte posterior del pantalón. Las abrasiones, la suciedad adherida al tejido.

Después observó el pavimento alrededor de la fuente. Echó a andar. Morales y Ortega la siguieron sin hacer preguntas. Clara avanzó unos metros por el paseo, alejándose del cadáver. Caminaba despacio, con la mirada fija en el suelo. Se detuvo, retrocedió y cambió ligeramente de ángulo. Una irregularidad del pavimento llamó su atención. Se agachó. Nada. Continuó. Dos metros más adelante volvió a detenerse.

Esta vez permaneció inmóvil.

—Morales.

El sargento se acercó.

—¿Qué ocurre?

Clara señaló el suelo.

—Mire.

Morales entrecerró los ojos. Al principio no vio nada. Después distinguió una sucesión irregular de manchas ligeramente más oscuras sobre el pavimento. El rastro apenas se prolongaba unos metros. No eran pisadas ni formaban una línea continua: eran roces. Morales siguió su recorrido con la mirada. Comenzaban en mitad del paseo y terminaban junto a la fuente, junto al cadáver.

—Parece como si algo hubiera resbalado por el suelo.

Clara volvió la mirada hacia el pantalón de Roberto.

—Sí.

Morales hizo lo mismo. Las abrasiones, la suciedad, el rastro. Esta vez no necesitó más.

—Lo arrastraron.

Clara se incorporó.

—Eso parece.

Morales recorrió con la mirada los pocos metros que separaban el inicio de las marcas de la fuente.

—Desde ahí.

—No necesariamente.

Él la miró. Clara señaló el punto donde comenzaba el rastro.

—Solo sabemos que las marcas visibles empiezan ahí. No que Roberto muriera ahí.

Morales asintió lentamente. Ortega se acercó.

—¿Qué han encontrado?

—Un posible rastro de arrastre —respondió Clara.

El policía siguió las manchas hasta la fuente.

—Entonces alguien movió el cadáver.

Clara contempló a Roberto.

—Si Criminalística confirma que el rastro está relacionado con las abrasiones de la ropa, sí.

Morales miró hacia el punto donde desaparecían las marcas y después hacia el Manila.

—Pudo salir del bar caminando.

Clara siguió su mirada.

—Pudo.

—Y encontrarse con alguien aquí fuera.

—También.

—¿Y después lo llevaron hasta la fuente?

Clara volvió los ojos hacia el cadáver.

—Eso explicaría las abrasiones.

Guardó silencio unos segundos. La cuestión ya no era únicamente cómo había muerto Roberto. Alguien podía haberlo dejado donde cayó. No lo había hecho. Se había tomado la molestia de desplazar un cadáver varios metros y apoyarlo contra uno de los lugares más visibles del bulevar. Clara observó la fuente.

—No querían esconderlo.

Morales la miró.

—Todo lo contrario.

Clara no respondió. No hacía falta.

El agua continuaba cayendo detrás de Roberto. Quien lo había llevado hasta allí quería que lo encontraran. La cremallera de la bolsa mortuoria rasgó el silencio del bulevar. Los operarios levantaron el cuerpo de Roberto Sánchez y lo depositaron sobre la camilla con una delicadeza que contrastaba con la violencia de su muerte.

Tras el cordón policial, los vecinos siguieron cada movimiento. Nadie habló. Solo cuando las puertas del vehículo del Instituto de Medicina Legal se cerraron y el coche comenzó a alejarse regresaron los primeros murmullos. Clara observó cómo desaparecía al final de la calle. El cadáver abandonaba la escena; las preguntas se quedaban allí. Salas se acercó antes de marcharse.

—Ahora le toca hablar a la autopsia.

—Llámemme en cuanto tenga algo.

—Lo haré.

El forense se alejó. Poco después, uno de los agentes de Policía Judicial se aproximó a Clara.

—Mi teniente.

Llevaba consigo el registro de los efectos personales intervenidos a Roberto.

—Cartera, teléfono móvil, monedas, llaves y algunos efectos menores. Todo está documentado.

Clara examinó la relación.

—El teléfono que vaya a análisis. Quiero llamadas, mensajes y cualquier actividad relevante de las últimas horas.

—Sí, mi teniente.

Clara levantó la vista hacia el Manila. La persiana seguía bajada.

—Necesitamos acceder al establecimiento.

El agente consultó la relación de efectos.

—Entre las pertenencias hay un juego de llaves.

Clara miró a Ortega.

—¿Puede confirmar cuál pertenece al local?

—Probablemente sí. Conozco la cerradura de la persiana.

El agente dejó constancia de la extracción temporal del llavero y se lo entregó a Ortega. Clara observó el gesto.

—Cuando terminemos, que vuelva con el resto de los efectos y quede anotado el uso.

—Por supuesto.

Ortega tomó las llaves. El pequeño tintineo metálico rompió durante un instante el rumor del agua. Clara volvió la vista hacia Morales.

—Usted empiece con los testimonios.

El sargento ya tenía la libreta en la mano.

—¿Por quién?

—Por Antonio. Después, los empleados del Manila y cualquiera que estuviera aquí anoche cuando Roberto cerró.

Morales asintió. Clara continuó:

—Quiero reconstruir sus últimas horas. Con quién estuvo, a qué hora se marcharon los últimos clientes, si discutió con alguien, si recibió alguna llamada y si alguien lo esperaba fuera.

—¿Y el médico de guardia, que certificó la muerte?

Clara miró hacia el lugar que acababa de ocupar el cadáver.

—También. Pero primero quiero saber quién vio a Roberto vivo por última vez.

Morales anotó algo.

—Entendido.

—Y una cosa más.

Él levantó la vista.

—No mencione las marcas del cuello.

—¿Por qué?

—Porque quiero saber qué recuerda la gente antes de decirles qué deberían recordar.

Una sonrisa breve apareció en el rostro del sargento.

—Eso sí me gusta.

Clara lo miró.

—No necesito que le guste.

—Mejor todavía.

Ella decidió ignorarlo. Ortega regresó desde la persiana.

—Antes de entrar, una cosa. Criminalística ya ha terminado la inspección técnico-ocular del establecimiento. No han encontrado señales de entrada forzada ni nada que requiera mantenerlo cerrado para una segunda inspección inmediata. El local queda a disposición de la investigación.

—Entonces ábralo.

Ortega introdujo una de las llaves en el cierre. La cerradura cedió. Ortega se agachó, sujetó la persiana con ambas manos y comenzó a levantarla. El estruendo metálico se extendió por el bulevar. Clara permaneció frente al local. A su espalda, Morales se alejaba ya hacia Antonio. Hasta entonces habían preguntado qué podía contarles el cadáver. Ahora tocaba mirar lo que Roberto había dejado detrás.

Clara esperó a que la persiana terminara de subir y miró hacia el interior del Manila.

Morales se acercó al hombre que aguardaba junto a la cinta policial. Rondaba los sesenta años. Tenía la piel curtida por el sol, las manos ásperas y una gorra entre los dedos que no había dejado de retorcer desde que llegaron. Seguía mirando hacia la fuente, aunque Roberto ya no estaba allí.

—¿Antonio?

El hombre levantó la cabeza.

—Sí, señor.

—Soy el sargento Morales.

Le mostró la identificación.

—Me han dicho que fue usted quien encontró a Roberto.

Antonio asintió despacio.

—Así fue.

Morales abrió la libreta, pero no escribió nada.

—Cuénteme qué pasó.

Antonio respiró hondo.

—Pues... Llegué como to los martes, sobre las siete, pa montá el puesto. Aparqué la furgoneta y, cuando bajé, lo vi allí, arrimao a la fuente.

Miró hacia el lugar vacío.

—Pensé: «Mira este... otra ve ha dormío la mona aquí». Alguna que otra vez ya lo había hecho.

Una sonrisa fugaz le cruzó el rostro y desapareció enseguida.

—Me acerqué pa pegarle un par de voces y espabilarlo, pero no contestaba. Le puse la mano en el hombro...

Antonio se quedó callado. Morales esperó.

—Estaba helao.

La gorra volvió a retorcerse entre sus dedos.

—Ahí fue cuando vi los dos agujeros en el cuello.

Morales levantó ligeramente la mirada, pero no preguntó por ellos.

—¿Qué hizo después?

—Na. Bueno... echarme patrás. Se me encogió el cuerpo entero.

Tragó saliva.

—Saqué el móvil y llamé a la Policía. Ya no hice más na.

Morales anotó por primera vez.

—¿Llegó a moverlo?

Antonio negó inmediatamente.

—¡Qué va! En cuanto vi cómo estaba me eché patrás. Me dio un mieo que todavía no se me ha quitao.

—¿Le tocó alguna otra parte del cuerpo aparte del hombro?

—No, señor.

—¿Cogió algo que estuviera cerca? ¿Teléfono, cartera, llaves...?

—Nada. Yo no toqué ná.

Morales asintió.

—Cuando llegó, ¿había alguien más por aquí?

Antonio frunció el ceño. Miró hacia el paseo como si intentara reconstruir aquella mañana.

—No... o, por lo meno, yo no vi a nadie. Tampoco iba mirando pa tos laos. Bastante tenía con descargar la furgoneta.

Morales dejó el bolígrafo quieto.

—Está bien.

Antonio lo miró, inseguro.

—¿Está bien?

—Prefiero que me diga «no lo vi» a que intente recordar algo solo porque cree que debería haberlo visto.

La tensión de los hombros del hombre disminuyó ligeramente. Morales continuó:

—¿Conocía bien a Roberto?

—Claro. Aquí nos conocemos tos.

—¿Eran amigos?

Antonio hizo una mueca.

—Amigos, amigos... no. Pero lo conocía desde chico. Venía mucho por aquí y alguna vez me tomaba algo en su bar después de recoger el puesto.

—¿Había notado algo raro en él últimamente?

Antonio tardó en responder.

—¿Raro cómo?

—Más nervioso. Preocupado. Alguna discusión. Alguien con quien tuviera problemas.

El vendedor negó lentamente.

—No sabría decirle. Roberto siempre ha tenío sus cosas.

Morales no escribió aquella vez.

—¿Qué cosas?

Antonio miró hacia el Manila.

—Pues... beber más de la cuenta. Meterse en algún follón cuando era más joven. Pero tampoco quiero hablá mal del muchacho ahora que está muerto.

—No le estoy pidiendo que hable mal de él.

Morales sostuvo su mirada.

—Le estoy pidiendo que me ayude a averiguar quién lo mató.

Antonio bajó los ojos hacia la gorra. Después de unos segundos negó con la cabeza.

—No sé quién podría querer hacerle algo así.

Morales cerró la libreta.

—Está bien.

Dio un paso hacia él.

—Hay una última cosa.

Antonio levantó la vista.

—Diga.

—Después de vivir algo como esto, la memoria sigue trabajando. Puede que dentro de unas horas recuerde un coche, una persona, un ruido... cualquier detalle que ahora no le parezca importante.

El hombre escuchaba con atención.

—Si ocurre, llame a la Policía Local o pregunte por nosotros.

Morales señaló brevemente la libreta.

—Y no decida usted si merece la pena contarlo. Eso déjelo en nuestras manos.

Antonio acomodó la gorra bajo el brazo.

—Descuide. Si me acuerdo de algo, seréis los primeros en saberlo.

Morales le tendió la mano.

—Gracias, Antonio.

El hombre correspondió al apretón. Después se alejó despacio hacia su furgoneta. Morales permaneció observándolo unos segundos. No había obtenido ninguna revelación. Tampoco la esperaba. Pero Antonio había confirmado tres cosas importantes: Roberto ya estaba junto a la fuente cuando llegó, nadie que él hubiera visto permanecía cerca y las dos marcas del cuello estaban allí antes de que apareciera la Policía.

Guardó la libreta. A veces un buen testimonio no era el que resolvía una investigación. Era el que impedía construirla sobre algo que nunca había ocurrido.

Al otro lado del bulvar, el estruendo metálico de la persiana del Manila rompió el murmullo de los curiosos. Clara esperó a que Ortega terminara de levantarla.

El interior permanecía sumido en una penumbra tranquila. Desde la entrada llegaba un olor tenue a café, alcohol y productos de

limpieza, el aroma habitual de un bar cerrado desde hacía pocas horas.

—Después de usted, mi teniente.

Clara cruzó el umbral y se detuvo. No buscó nada en concreto. Primero observó. Ortega accionó el interruptor.

Las lámparas fueron encendiéndose una tras otra hasta revelar un local sencillo y cuidado. Una larga barra de madera ocupaba el lateral derecho. Frente a ella, las mesas altas y los taburetes permanecían perfectamente colocados. Las botellas se alineaban en las estanterías del fondo y las sillas ocupaban sus lugares. Todo parecía preparado para volver a abrir.

Excepto que su propietario estaba camino del Instituto de Medicina Legal. Clara avanzó unos pasos. La caja registradora permanecía cerrada. No había cristales rotos, muebles desplazados ni objetos esparcidos por el suelo. La cafetera estaba limpia. Los vasos descansaban alineados sobre las baldas y el pavimento conservaba todavía el brillo del fregado de la noche anterior.

—¿Han documentado todo antes de entrar? —preguntó.

—Sí —respondió Ortega—. Fotografías, accesos, cerraduras, superficies de interés... Criminalística terminó hace unos minutos.

Aquello le permitía observar sin interferir en el trabajo técnico ya realizado, aunque procuró no tocar nada que no fuera necesario. Rodeó la barra. Abrió algunos armarios. Revisó el pequeño almacén. Los aseos. Después entró en el despacho. Nada parecía fuera de lugar. No había cerraduras forzadas, cajones revueltos ni señales evidentes de que alguien hubiera buscado algo. Regresó al salón principal.

—¿La recaudación?

Ortega consultó una de las anotaciones que llevaba consigo.

—Había dinero en la caja.

Clara miró hacia ella.

—Entonces, al menos a simple vista, nadie vino a vaciarla.

—Eso parece.

Clara recorrió de nuevo el establecimiento. La normalidad no demostraba que allí no hubiera ocurrido nada. Pero tampoco había encontrado todavía un solo indicio que situara una agresión dentro

del local. Roberto parecía haber cerrado el Manila como cualquier otra noche. La pregunta era qué había sucedido después. Clara se disponía a regresar hacia la entrada cuando algo llamó su atención.

Era una fotografía sobre una repisa, entre varios objetos decorativos. Se acercó. El marco era sencillo y la imagen había perdido parte del color con los años. Cinco jóvenes sonreían a la cámara.

Debían de tener dieciséis o diecisiete años. Vestían ropa de verano y aparecían abrazados por los hombros, con esa facilidad para invadir el espacio de los demás que solo existe entre quienes llevan mucho tiempo siendo amigos. Uno de ellos sostenía un vaso frente al objetivo. Otro hacía algún gesto con la mano que la fotografía había congelado para siempre. En el centro estaba Roberto, mucho más joven, sonriendo.

No la sonrisa incómoda de una fotografía de documento ni el gesto neutro de las imágenes que Clara había visto aquella mañana.

Una sonrisa auténtica.

—¿Quiénes son? —preguntó.

Ortega se acercó. Observó la fotografía.

—Roberto y sus amigos de toda la vida.

Clara se fijó de nuevo en los otros cuatro.

—¿Siguen viviendo en el pueblo?

—Algunos sí. Otros van y vienen. Ya sabe cómo es esto.

—No.

Ortega la miró. Clara seguía observando la fotografía.

—Todavía no.

El policía sonrió apenas.

—Pues aquí es difícil perderle la pista a nadie. Aunque se marche, siempre acaba teniendo una madre, un hermano o un primo que sabe dónde está.

Clara asintió.

—Necesitaré sus nombres.

Ortega señaló la fotografía.

—Se los consigo.

—No hace falta ahora.

Clara recorrió una vez más los rostros. No sabía si aquellas cuatro personas tendrían alguna relevancia para la investigación. Probablemente no. Pero habían formado parte de la vida de Roberto mucho antes de que alguien lo dejara muerto junto a una fuente. Y eso bastaba para querer saber quiénes eran. Dejó el marco exactamente donde estaba.

—Quiero hablar con quienes estuvieron aquí anoche.

—Morales ya está con ello.

Clara miró hacia la entrada abierta. Desde allí alcanzaba a ver parte del bulevar. La fuente, el lugar donde habían encontrado a Roberto y los pocos metros de pavimento que separaban ambos puntos. El Manila no les había explicado cómo había muerto, pero acababa de ofrecerles algo que a veces resultaba igual de importante: una puerta hacia su vida.

Morales localizó al único empleado del Manila junto a la cinta policial. Apenas tendría veinte años. Vestía unos vaqueros claros, zapatillas deportivas y una camiseta sencilla de manga corta. Desde que Morales había terminado de hablar con Antonio, el muchacho no había dejado de mirar hacia la fachada del bar.

Como si todavía esperara que Roberto apareciese bajo la persiana y le dijera que empezara a colocar las mesas. Morales se acercó sin abrir la libreta.

—¿Trabajabas con Roberto?

El joven apartó la vista del Manila.

—Sí.

—Soy el sargento Morales.

Le mostró la identificación.

—¿Cómo te llamas?

—Sergio.

—¿Te importa que hablemos unos minutos?

Sergio tragó saliva.

—Claro.

Solo entonces abrió la libreta.

—Cuéntame cómo era Roberto.

El muchacho pareció sorprendido.

—¿Cómo era?

Sergio volvió a mirar el bar.

—Bueno... yo siempre le decía Robe. Casi todo el mundo lo llamaba así.

Una sonrisa breve apareció en su rostro.

—Era buen jefe. Nunca me faltó al respeto ni me dejó tirao. Si había que echar más horas, él era el primero en quedarse.

—¿Cuánto tiempo llevabas trabajando con él?

—Casi dos años.

Morales anotó el dato.

—Entonces lo conocías lo suficiente para notar si algo cambiaba.

Sergio asintió despacio.

—Sí.

—¿Había cambiado?

Esta vez tardó algo más.

—Sí.

Morales esperó.

—Antes se bebía lo que le echaran. Últimamente ya no tanto.

—¿Sabes por qué?

—Ni idea. Pero estaba raro. En plan... más callao. Como con la cabeza en otro sitio.

Se rascó la nuca.

—Mi padre siempre dice que la gente bebe porque está de fiesta o porque quiere olvidá algo.

Morales dejó que continuara.

—Y el Robe últimamente no estaba pa muchas fiestas.

—¿Te contó qué le preocupaba?

—No. No era de contarte sus cosas.

—¿Tenía problemas de dinero?

—Que yo sepa, no. Siempre teníamos gente y nunca me dijo que el negocio fuera malamente.

—¿Algún problema con alguien?

Sergio hizo una mueca.

—Buf... que yo supiera, no.

Dudó.

—Eso sí...

Morales levantó la mirada.

—¿Qué?

—Hacía tiempo que casi no salía con los colegas. Antes siempre estaba con ellos y últimamente iba más a su bola.

Morales recordó la pregunta de Clara. El círculo cercano.

—¿Sabes por qué?

Sergio se encogió de hombros.

—Yo pensaba que era por lo de su madre. Murió hace unos meses y aquello le dio un palo mu gordo. Desde entonces el Robe no era el mismo.

Morales anotó la respuesta. No intentó interpretarla. Todavía.

—Vamos a anoche. ¿Trabajaste?

—Sí. Como jugaba el Betis, cerramos más tarde de lo normal. Cuando hay fútbol esto se llena y después se nos hace tarde recogiendo.

—¿A qué hora se marcharon los últimos clientes?

Sergio pensó.

—Pasada la medianoche. No sabría decirle exacto.

—No pasa nada. ¿Y tú?

—Sobre la una.

—¿Roberto seguía dentro?

—Sí. Le eché una mano a recoger y a limpiar, pero al final me dijo: «Venga, tira pa casa, que esto lo termino yo». Siempre hacía lo mismo cuando quedaba poco.

—¿Lo viste salir?

—No. Cuando me fui seguía dentro, fregando y dejando aquello recogió.

Morales escribió una línea.

01:00 aprox. — Sergio deja a Roberto vivo en el Manila.

—Mientras estuviste aquí, ¿discutió con alguien?

—Qué va. La noche fue igual que siempre. La gente viendo el fútbol, unas copas... ya sabe.

—¿Algún cliente que se quedara hasta el final?

Sergio frunció el ceño.

—No. Cuando empezamos a recoger ya se había ido todo el mundo.

—¿Recibió alguna llamada?

—No me fijé mucho. Miró el móvil un par de veces, pero como hacemos tos.

—¿Algún mensaje que pareciera preocuparle?

—Que yo viera, no.

—¿Esperaba a alguien?

—No me dijo ná.

Morales hizo una pausa.

—Cuando te marchaste, ¿viste a alguien fuera?

Sergio volvió la cabeza hacia el bulevar. Esta vez tardó bastante en responder. Morales no lo apremió.

—No —dijo finalmente—. Algún coche pasó y poco más. Si había alguien esperándolo, yo no lo vi.

Morales cerró la libreta.

—Bien.

Sacó una tarjeta.

—Si recuerdas cualquier cosa, por insignificante que te parezca, me llamas.

Sergio la tomó.

—Claro.

—Un coche que hayas visto otras noches. Alguien preguntando por Roberto. Una conversación que entonces no te pareciera importante. Lo que sea.

—Sí.

Morales hizo ademán de marcharse, pero Sergio habló antes.

—Sargento.

Él se volvió. El muchacho miraba otra vez hacia el Manila.

—¿Se sabe por qué lo han hecho?

—Todavía no.

Bajó la mirada hacia la tarjeta.

—El Robe no era mala persona.

Morales observó al muchacho.

—Averiguar quién era también forma parte de averiguar quién lo mató.

Sergio no respondió. Morales se alejó. Antes de guardar la libreta, volvió la vista hacia él. No le había hablado de Roberto como se

habla de un jefe, sino de alguien a quien todavía no sabía cómo echar de menos. Clara regresó al despacho del Manila.

Era una estancia pequeña, funcional. Un escritorio de madera oscura ocupaba buena parte del espacio. Sobre él descansaban un bloc de notas, un bolígrafo desgastado por el uso y una lámpara articulada. Nada parecía fuera de lugar. Se colocó un par de guantes nuevos y abrió el primer cajón. Facturas. El segundo. Albaranes, recibos y extractos bancarios archivados con un orden casi metódico.

El tercero ofrecía más de lo mismo. Todo clasificado. Todo en su sitio.

—Era organizado —murmuró.

Ortega permanecía junto a la puerta.

—Mucho. Roberto podía ser un desastre con algunas cosas, pero con el negocio era imposible pillarlo en un descuido.

Clara siguió revisando la documentación. Entre varias carpetas apareció una azul, más gastada que las demás. No llevaba ninguna etiqueta. Una goma elástica mantenía unidos los documentos del interior. Clara la abrió. Informes médicos, resultados de analíticas, recetas y varias citas fechadas durante los últimos meses. Pasó las primeras hojas.

No necesitaba comprender cada valor para identificar las palabras que se repetían. Insuficiencia renal crónica. Consulta de Nefrología. Control periódico de función renal. Frunció ligeramente el ceño.

—¿Sabía que estaba enfermo?

Ortega negó.

—No.

Clara revisó las fechas.

—Parece que llevaba varios meses en seguimiento.

Continuó pasando las hojas. A sus veintiocho años, Roberto convivía con una enfermedad importante que, hasta ese momento, nadie había mencionado. No significaba necesariamente nada, pero formaba parte de la víctima y Clara quería conocer todas sus partes. Llegó al último informe. En la parte inferior figuraba el nombre del facultativo. Dr. Gonzalo Romero.

—Ortega.

—Dígame.

Clara señaló el documento.

—¿Conoce a este médico?

El hombre ni siquiera necesitó acercarse demasiado.

—Claro. Gonzalo Romero. Es médico aquí en el pueblo.

—¿Médico de Roberto?

—Supongo. Atiende a muchísima gente de aquí.

Clara volvió a mirar los informes.

—¿En el centro de salud?

—Sí. Y también tiene consulta privada.

—¿Dónde?

—No muy lejos.

Clara cerró la carpeta.

—Tendremos que hablar con él.

Ortega asintió con naturalidad.

—No tendrán problema. Gonzalo lleva toda la vida aquí. Si sabe algo que pueda ayudar, se lo contará.

Clara dejó la carpeta sobre el escritorio.

—Quiero que estos documentos queden incorporados a la investigación.

—Aviso a los compañeros.

Ortega salió del despacho. Clara permaneció unos segundos frente al escritorio. Una enfermedad renal, un seguimiento médico reciente y el nombre de un facultativo. Tres datos nuevos. Nada más. Todavía no sabía si alguno tendría relación con la muerte de Roberto, y no pensaba obligarlos a tenerla. Cerró el cajón y salió del despacho.

CAPÍTULO 5

Leyendas

Morales guardó la libreta en el bolsillo. Le quedaba hablar con el médico de guardia, pero no había dado más de dos pasos cuando una voz cascada se alzó desde detrás de la cinta.

—¡Muchacho!... ¡Eh, muchacho! ¡Ven acá un momento!

Se volvió. Una anciana menuda, encorvada sobre un bastón de madera, le hacía señas desde primera fila. A su alrededor, varios vecinos intercambiaron miradas. Morales se acercó.

—¿Qué ocurre?

La mujer lo examinó de arriba abajo.

—Usted está perdiendo el tiempo.

—¿Perdón?

—Que no busque más.

Morales esperó.

La anciana bajó la voz.

—Al que tiene que buscá no lo va a encontrá.

El sargento sacó de nuevo la libreta, pero no llegó a abrirla.

—¿Por qué dice eso?

La mujer echó un vistazo alrededor.

—Porque yo sé quién ha sío.

Aquello sí consiguió toda su atención.

—¿Vio lo que ocurrió?

—No.

—¿Vio a alguien cerca de Roberto?

—Tampoco.

Morales mantuvo el mismo tono.

—Entonces dígame qué sabe.

Los ojos de la anciana se clavaron en los suyos.

—Ha sío el Sediento.

Morales guardó silencio mientras a su alrededor comenzaban los murmullos.

—¡Rosario, otra ve con lo mismo! —protestó un hombre.
La anciana golpeó el suelo con el bastón.
—¡Callarse ustedes, que nadie les ha preguntao!
Morales tuvo que contener una sonrisa.
—¿Quién es el Sediento, Rosario?
La mujer se acercó un poco más a la cinta.
—Mi abuelo ya contaba esa historia cuando yo era una chiquilla. Y a él se la contó su padre. Hace muchísimos años apareció por aquí un hombre...
Se interrumpió y miró hacia la fuente.
—Bueno, hombre... por llamarlo de alguna manera.
Morales no dijo nada.
Rosario volvió a mirarlo.
—Salía de noche. Nunca de día. Decían que tenía la piel blanca como la cal y que no podía darle el sol.
Un vecino negó con la cabeza.
—Venga ya, Rosario...
Ella ni se inmutó.
—Y cuando tenía sed, buscaba gente.
Morales frunció ligeramente el ceño.
—¿Sed de qué?
Rosario lo miró como si la pregunta fuera absurda.
—De sangre, hijo. ¿De qué va a ser?
Esta vez Morales sí abrió la libreta.
—Continúe.
—La gente empezó a aparecer muerta. Con la cara blanca, tiesos como piedras...
Hizo una pausa.
Después levantó el bastón y señaló hacia la fuente.
—Y con dos boquetitos en el cuello.
El bolígrafo de Morales se detuvo. Miró a Rosario y después al lugar donde había estado Roberto. Las dos pequeñas punciones seguían demasiado presentes.
—¿Esos dos agujeros forman parte de la historia?
—Claro que forman parte.
—¿Todo el mundo conoce esa leyenda?

Rosario resopló.

—Los jóvenes ya no creen en ná. Pero pregúntele a cualquiera que tenga unos años.

Uno de los hombres situados detrás de ella negó con la cabeza.

—Es un cuento pa asustar niños.

Rosario se volvió.

—Pues el cuento tiene un muerto esta mañana, Paco.

El hombre dejó de sonreír.

Morales intervino antes de que la discusión continuara.

—Rosario, ¿cómo se llamaba ese hombre?

La anciana volvió hacia él.

—Nadie se acuerda ya.

—Pero lo llamaban el Sediento.

—Sí.

—¿Y qué pasó con él?

Por primera vez, Rosario vaciló.

—Desapareció.

—¿Cómo?

—Un día dejaron de encontrá muertos.

—¿Lo capturaron?

—Que yo sepa, no.

—¿Encontraron el cuerpo?

—No.

Morales anotó algo. Aquello era una leyenda, nada más. Pero había un detalle que no podía ignorar.

—¿Cuándo vio usted las marcas de Roberto?

Rosario señaló hacia la fuente.

—Esta mañana. Antes de que lo taparan. Desde aquí se veían.

Morales siguió la dirección de su bastón. Era posible: no necesitaba haber tocado el cadáver ni acercarse al perímetro para distinguir las marcas.

—¿Y está segura de que se parecen a las de la historia?

La mujer apretó ambas manos sobre el bastón.

—Mi abuelo me contó esa historia cien veces.

Se inclinó ligeramente hacia él.

—Mírele el cuello, muchacho. Eso no lo hace un cristiano.

—Abuela.

Una joven apareció entre los vecinos y tomó a Rosario con delicadeza por el brazo.

—Venga. Vámonos.

—Pero déjame hablar, hija.

—No siga diciendo esas cosas delante de la Guardia Civil.

La muchacha dedicó a Morales una sonrisa avergonzada.

—Perdone. Mi abuela lleva toda la vida contando esa historia.

Rosario resopló.

—¡Porque es verdad!

La joven comenzó a alejarla. Rosario se resistió apenas unos pasos antes de ceder; entonces volvió la cabeza.

—Muchacho.

Morales la miró.

La anciana ya no parecía enfadada. Ahora parecía asustada.

—Rece pa que no aparezca otro con esos dos boquetes.

La nieta tiró suavemente de ella y ambas desaparecieron entre los vecinos.

Morales permaneció inmóvil, con la libreta todavía en la mano. Después miró a la gente congregada tras la cinta.

No creía en el Sediento, pero eso no significaba que la historia careciera de importancia. Si Rosario la conocía, otros también. Quizá muchos.

Y si las dos marcas del cuello de Roberto se parecían lo suficiente a las de una leyenda local para que una anciana la reconociera a primera vista, acababa de aparecer una pregunta que no tenía nada de sobrenatural.

¿Quién más conocía aquella historia?

El chirrido de la persiana al cerrarse sacó a Morales de sus pensamientos.

Clara salió del Manila acompañada por Ortega. Llevaba una carpeta bajo el brazo.

Morales caminó hacia ella.

—¿Qué tal ahí dentro?

Clara levantó ligeramente la carpeta.

—Tenemos varias cosas de las que hablar.

—Me alegra oírlo, porque yo también.

Morales miró hacia los establecimientos que rodeaban el bulevar.

—Aunque voy a confesar una cosa.

Clara arqueó una ceja.

—Llevo toda la mañana pensando en ese mollete y empiezo a sospechar que mis neuronas funcionan mejor cuando les doy de comer.

Clara consultó el reloj.

—¿Siempre piensa en comida durante una investigación?

—Solo cuando llevo cinco horas sin probar bocado.

Ortega sonrió.

—Si quieren comer bien, vayan a Casa Manolo. Está junto al Ayuntamiento.

Morales miró a Clara.

—¿Ha oído eso?

—Perfectamente.

—Me cae bien este hombre.

—No abuse.

Ortega soltó una carcajada.

Clara volvió la mirada hacia el Manila.

Todavía les quedaban muchas horas por delante. Además, necesitaban poner en común lo descubierto antes de decidir el siguiente movimiento.

—De acuerdo.

Morales sonrió.

—Sabía que acabaríamos entendiéndonos.

—Comemos algo mientras me cuenta lo que ha averiguado.

La sonrisa perdió algo de entusiasmo.

—Eso ya se parece más a usted.



Diez minutos después ocupaban una mesa junto a la ventana.

El restaurante estaba concurrido, aunque las conversaciones mantenían un volumen extraño para aquella hora. El asesinato había entrado con ellos. Se percibía en las miradas, en los murmullos y en

las conversaciones que se interrumpían cada vez que alguien reconocía a los dos guardias civiles.

El camarero dejó sobre la mesa dos bebidas y una tapa de aceitunas. Morales tomó una mientras Clara abría la libreta.

—Empiece.

—¿Ni siquiera va a dejarme llegar al serranito?

—Puede hablar y comer al mismo tiempo. Lleva toda la mañana demostrándome que es capaz de hacer varias cosas mientras habla.

—Eso casi ha parecido un cumplido.

—Antonio.

—Entendido.

Apoyó los antebrazos sobre la mesa.

—Llegó sobre las siete. Vio a Roberto contra la fuente y pensó que había vuelto a quedarse dormido después de beber. Se acercó, le puso una mano en el hombro y entonces comprobó que estaba frío. Dice que no movió el cadáver ni tocó ninguna de sus pertenencias.

—Bien.

—Después hablé con Sergio, el empleado del Manila.

Eso sí consiguió que Clara levantara la vista.

—¿Qué ha dicho?

—Trabajó anoche. Hubo fútbol y cerraron tarde. Los últimos clientes se marcharon pasada la medianoche. Sergio ayudó a recoger y se fue aproximadamente a la una.

—¿Roberto seguía vivo?

—Dentro del bar y solo.

Clara anotó la hora.

—¿Lo vio salir?

—No.

—Entonces tenemos una última constatación de que estaba vivo alrededor de la una.

—Exacto.

El camarero apareció con los platos. Morales contempló el serranito que acababan de dejar frente a él.

—Ahora sí podemos resolver el asesinato.

Clara lo ignoró.

—¿Algo más de Sergio?

Morales cortó el bocadillo por la mitad.

—Sí. Y esto puede interesarle.

Ella esperó.

—Dice que Roberto había cambiado durante los últimos meses. Bebía menos, estaba más callado y se había distanciado de sus amigos.

Clara dejó el bolígrafo sobre la libreta.

—¿Desde cuándo?

—No ha sabido concretarlo. Él lo relaciona con la muerte de su madre, hace unos ocho meses.

—Encontré una fotografía de ella en el despacho.

Morales dejó de comer.

—¿También?

—Ortega me dijo que murió hace unos ocho meses. El padre abandonó a Roberto cuando era niño. No tenía hermanos ni familiares cercanos.

—Entonces la teoría de Sergio tiene sentido.

—Puede tenerlo.

Clara abrió la carpeta que había dejado sobre la silla contigua.

—Pero encontré otra cosa.

Sacó uno de los documentos.

—Roberto padecía insuficiencia renal crónica. Llevaba meses sometido a controles.

Morales frunció el ceño.

—¿Meses?

—Sí.

—Justo cuando Sergio dice que empezó a cambiar.

—Aproximadamente.

Morales dejó el serranito sobre el plato.

—Podría estar relacionado.

—Podría.

—O no.

Clara no respondió de inmediato.

—Está aprendiendo.

—No se acostumbre.

Ella continuó.

—Había dinero en la caja y no encontramos signos evidentes de violencia dentro del Manila. Tampoco nada que indicara que alguien hubiera registrado el despacho.

—Entonces probablemente salió por su propio pie.

—Probablemente.

Morales bebió un sorbo.

—¿Y la fotografía de los cinco?

Clara lo miró.

—¿Qué fotografía?

—La que mencionó Ortega cuando salíamos.

Clara recordó el marco.

—Roberto con cuatro amigos de adolescencia. Le he pedido que averigüe quiénes son.

—Sergio dijo que últimamente se había distanciado de sus amigos.

Clara se quedó quieta. Por separado, los dos datos no significaban demasiado; juntos merecían una pregunta.

—Cuando tengamos los nombres, hablaremos con ellos.

Morales asintió.

Clara volvió a los informes.

—Todos los documentos médicos están firmados por el mismo facultativo. Gonzalo Romero.

—¿Quién es?

—El médico del pueblo. También tiene consulta privada.

—¿Y vamos a hablar con él?

—En cuanto terminemos.

Después siguió comiendo.

Clara lo observó.

—Ha dicho que tenía varias cosas que contarme.

Él masticó deprisa.

—Cierto.

Dejó el bocadillo.

—Hay una más.

Algo en su tono hizo que Clara cerrara la carpeta.

—Le escucho.

Morales se inclinó ligeramente sobre la mesa.

—¿Ha oído hablar alguna vez del Sediento?

Clara dejó que la frase quedara entre ambos.

—No.

—Yo tampoco hasta hace veinte minutos.

—¿Quién es?

Morales apoyó la espalda en la silla.

—Según una mujer llamada Rosario, alguien que lleva muerto unos cuantos siglos y que esta mañana ha decidido volver a matar gente en El Cuervo.

Clara permaneció inexpresiva.

—Morales.

—Se lo estoy contando como me lo han contado.

—Cuéntemelo como ocurrió.

Él sonrió.

—Sabía que diría eso.

Entonces le habló de Rosario: de la historia que su abuelo le contaba cuando era niña; de aquel hombre que, según la leyenda, solo salía de noche; de su piel pálida, de los cadáveres rígidos y de las dos pequeñas marcas que dejaba en el cuello.

Cuando terminó, Clara no dijo nada.

Morales tomó otra aceituna.

—Ahora viene la parte en la que me dice que es una tontería.

—Es una leyenda.

—Eso he pensado yo.

—Las leyendas no matan a nadie.

—También he pensado eso.

Clara entrelazó las manos sobre la mesa.

—Pero las personas que las conocen sí pueden hacerlo.

Morales dejó la aceituna y la miró.

—Exactamente.

Ambos llegaron a la misma conclusión sin necesidad de discutirla.

Clara bajó la vista hacia sus notas. Dos punciones. Un cadáver colocado deliberadamente junto a una fuente. Una antigua historia conocida por los vecinos.

—¿Rosario vio las marcas?

—Desde detrás del cordón. Y las reconoció inmediatamente como parte de la leyenda.

—¿Dice que todo el pueblo la conoce?

—No exactamente. Pero varios vecinos reaccionaron en cuanto pronunció el nombre.

Clara miró hacia la ventana.

Al otro lado del cristal, El Cuervo continuaba con su vida.

—Entonces averigüemos cuánto hay de historia y cuánto de cuento.

Morales sonrió.

—¿Eso significa que vamos a investigar un vampiro?

Clara miró entonces hacia él.

—Significa que vamos a investigar a alguien que quizá quiera que pensemos en uno.

Morales tomó de nuevo el serranito.

—Mucho menos divertido.

—Procure superar la decepción.

Esta vez Clara no pudo evitar una pequeña sonrisa. Morales volvió a ocuparse del serranito y durante unos momentos ninguno dijo nada.

Clara repasó las anotaciones de la libreta: una última constatación con vida alrededor de la una; un posible desplazamiento del cadáver; una enfermedad renal; cuatro amigos de adolescencia; una leyenda local que hablaba de muertos rígidos y dos marcas en el cuello. Demasiadas piezas y, todavía, ninguna imagen.

Cerró la libreta.

Morales la observó mientras terminaba de masticar.

—¿Siempre trabaja así?

Clara atendió a quien hablaba.

—¿Así cómo?

—Analizando todo.

—Es mi trabajo.

—No me refiero solo al caso.

Clara esperó.

Morales señaló vagamente hacia ella con el tenedor.

—A la gente. Los lugares. Lo que dicen, lo que no dicen... Incluso a mí.

Una leve sonrisa asomó en los labios de Clara.

—Es una costumbre difícil de apagar.

—Mi madre dice que yo hago justo lo contrario. Hablo antes de pensar.

—Eso ya lo había deducido.

Morales soltó una risa.

—¿Ve? A eso me refiero.

Clara tomó un sorbo de agua.

—Debe de ser agradable.

—¿El qué?

—No darle tantas vueltas a las cosas.

—Tiene sus ventajas.

—No lo dudo.

Morales dejó los cubiertos sobre el plato.

—¿Y fuera del trabajo?

—¿Qué pasa fuera del trabajo?

—¿También analiza a todo el mundo?

Clara bajó la mirada hacia el plato.

—Intento no hacerlo.

—¿Y lo consigue?

Negó despacio.

—No siempre.

El tintinear de los cubiertos llenó el breve silencio que siguió. Esta vez no resultó incómodo.

Clara observó cómo Morales atacaba lo que quedaba del serranito con una velocidad considerable.

—¿Siempre come tan deprisa?

Él sonrió sin dejar de masticar.

—Cuatro hermanos y dos hermanas. O aprendías a comer rápido o te quedabas sin croquetas.

Clara dejó escapar una risa breve y espontánea, tan inesperada que ella misma pareció sorprenderse.

Morales la miró.

—Vaya.

Clara recuperó inmediatamente la compostura.

—¿Qué?

—Nada.

—Morales.

—Acaba de reírse.

—No se acostumbre.

—Demasiado tarde.

El camarero apareció con dos cafés y los dejó sobre la mesa.

Morales dio un sorbo al suyo.

—Al final ha merecido la pena parar a comer.

Clara tomó la taza.

—No se emocione. Seguimos trabajando.

—Lo sé.

Esta vez fue él quien miró las anotaciones.

—Gonzalo Romero.

Clara asintió.

—Nuestra siguiente parada.

—Médico de Roberto y médico del pueblo.

—Y una de las primeras personas que vio el cadáver esta mañana.

Morales dejó la taza.

—Entonces puede hablarnos del Roberto vivo y del Roberto muerto.

Clara lo miró. La frase era sencilla, pero correcta.

—Exactamente.

—Otra vez estamos de acuerdo.

—No convierta dos coincidencias en una tendencia.

—Ya son dos. Estadísticamente empieza a preocuparme.

Clara negó con la cabeza, aunque esta vez la sonrisa tardó un poco más en desaparecer.

Fuera, El Cuervo continuaba bajo el sol de septiembre. Dentro del restaurante quedaban dos cafés, una libreta llena de preguntas y un nombre que acababa de abrirles el siguiente camino: Gonzalo Romero.

CAPÍTULO 6

El médico del pueblo

El café se terminó poco después. Morales dejó unas monedas junto a la cuenta mientras Clara recogía la carpeta y guardaba la libreta.

Al salir, el sol de la tarde caía con fuerza sobre las fachadas encaladas. El Cuervo parecía haber recuperado parte de su rutina, aunque la muerte de Roberto seguía presente en las conversaciones que se apagaban a su paso.

Caminaron los primeros metros sin hablar. Ya no era el mismo silencio de aquella mañana.

Morales consultó la hora.

—Las cuatro y media.

—Si Ortega tenía razón, el doctor Romero ya habrá empezado la consulta.

Abandonaron la plaza del Ayuntamiento y enfilaron una calle estrecha flanqueada por naranjos. Algunos comercios levantaban de nuevo las persianas después del descanso del mediodía. Una mujer sacudía un mantel desde un balcón y, unos metros más adelante, varios niños perseguían un balón por la acera.

El pueblo seguía adelante.

Al final de la calle encontraron un edificio blanco de dos plantas. Junto a la entrada, una discreta placa metálica anunciaba:

Dr. Gonzalo Romero

Medicina General

Clara comprobó el número.

—Es aquí.

Entraron.

La sala de espera era pequeña. Cuatro sillas ocupaban una de las paredes y sobre una mesa baja descansaban varias revistas. El olor tenue a desinfectante se mezclaba con el de un ambientador demasiado dulce.

No tuvieron que esperar mucho. La puerta de la consulta se abrió y apareció una mujer de edad avanzada apoyada en un bastón. A su lado caminaba un hombre que rondaba los sesenta años.

—Tómese la medicación después de comer, Carmen. Y si esa tos no mejora en dos días, me llama.

—Gracias, doctor. Que Dios se lo pague.

—Y beba agua. Que luego me dice que bebe mucho y no llega ni al litro.

La mujer hizo un gesto de resignación.

—Qué peso eres, Gonzalo.

—Para eso me pagan.

Carmen sonrió.

El médico esperó hasta verla alcanzar la puerta antes de reparar en Clara y Morales. Llevaba una bata blanca abierta sobre una camisa clara y un pantalón beige. Bajo la bata asomaba un cinturón oscuro, cerrado por una hebilla de metal amarillento, sencilla y algo gastada. El cabello oscuro, salpicado de canas en las sienes, enmarcaba un rostro sereno. Las líneas alrededor de los ojos y la boca parecían más propias de alguien acostumbrado a escuchar que de alguien acostumbrado a hablar.

Gonzalo se acercó.

—Buenas tardes. Doctor Romero. ¿En qué puedo ayudarles?

Clara correspondió al saludo.

—Teniente Clara Díaz, Unidad Orgánica de Policía Judicial.

—Sargento Javier Morales.

—Encantado.

La mirada del médico pasó de uno a otro antes de detenerse en la carpeta que Clara llevaba bajo el brazo.

—Imagino que vienen por Roberto.

—Así es.

La sonrisa de Gonzalo desapareció.

—Una auténtica desgracia. Lo conocía prácticamente desde que nació.

Se hizo a un lado.

—Pasen, por favor. Estaremos más tranquilos dentro.

Clara entró primero. El despacho era sencillo y ordenado. Un escritorio separaba la zona de consulta de una camilla cubierta con papel desechable. En las paredes había varios títulos enmarcados y una estantería contenía manuales médicos, carpetas y algunos objetos personales.

Nada especialmente llamativo.

Gonzalo cerró la puerta y ocupó su lugar al otro lado del escritorio.

—Siéntense.

Clara y Morales tomaron asiento frente a él. El médico entrelazó las manos sobre la mesa.

—Díganme.

Clara abrió la libreta.

—Doctor Romero, sabemos que esta mañana fue usted quien acudió al aviso antes de la llegada del forense.

—Así es.

—Y también hemos encontrado documentación médica que indica que llevaba tiempo tratando a Roberto Sánchez.

—Era paciente mío desde hacía varios años.

Clara apoyó el bolígrafo sobre el papel.

—Háblenos de él.

Gonzalo tardó un poco en responder.

—¿Como paciente?

—Como persona.

El médico bajó la mirada hacia sus manos y volvió a levantarla.

—Eso llevará algo más de tiempo.

Se recostó en la silla.

—Roberto tenía sus defectos, como cualquiera. Cuando era más joven bebía bastante. Demasiado, en mi opinión.

—Trabajando en un bar no debía de ayudar —comentó Morales.

—Probablemente no. Pero había reducido mucho el consumo durante los últimos meses.

Clara levantó ligeramente el bolígrafo.

—¿Por voluntad propia?

—En parte.

—¿Y la otra parte?

—Por recomendación médica. Le diagnosticamos una insuficiencia renal crónica hace unos meses. La detectamos en una fase relativamente temprana y, con seguimiento, tratamiento y algunos cambios en sus hábitos, podía mantener una buena calidad de vida durante mucho tiempo.

—¿Era grave? —preguntó Morales.

—Era una enfermedad que había que tomarse en serio. Pero no estaba ante una situación terminal, si es eso lo que me pregunta.

Clara anotó la respuesta.

—¿Cómo recibió el diagnóstico?

—Mejor de lo que esperaba. Al principio hizo las bromas habituales. Después empezó a cuidarse.

Una sonrisa tenue apareció en su rostro.

—Decía que un barman con los riñones hechos polvo no era precisamente la mejor publicidad para un negocio de copas.

Morales esbozó una sonrisa.

—Sergio asegura que Roberto había cambiado durante los últimos meses —continuó Clara—. Más callado. Más distante.

Gonzalo asintió.

—Eso es cierto.

—¿Por la enfermedad?

—No creo.

La rapidez de la respuesta hizo que Clara levantara la mirada.

—¿Entonces?

—Su madre.

Clara dejó de escribir.

—Murió hace unos meses.

—Nueve, aproximadamente. Cáncer.

El médico bajó brevemente la vista.

—Roberto estuvo con ella hasta el final. Estaban muy unidos.

—¿Le habló de cómo le afectó?

—Alguna vez.

—¿Qué le dijo?

Gonzalo juntó las manos sobre el escritorio.

—Nada especialmente revelador, teniente. Que la echaba de menos. Que la casa se le hacía demasiado grande. Que algunas

noches prefería quedarse en el bar porque no tenía ganas de volver y encontrársela vacía.

Aquello encajaba con lo que habían escuchado hasta entonces, aunque no demostraba que fuera la única razón de su cambio.

—¿Tenía más familia? —preguntó Morales.

—No que yo sepa. Su padre se marchó cuando Roberto era pequeño. No tenía hermanos.

Clara escribió una línea.

—Ha dicho que en los últimos meses hablaban más.

—Sí.

—¿Hasta qué punto?

Gonzalo meditó la respuesta.

—Seguía siendo mi paciente. No quiero darles una impresión equivocada. Pero en un pueblo como este las fronteras son distintas. Conoces a las familias, ves crecer a los hijos, te encuentras a tus pacientes comprando el pan...

Morales asintió.

—Es difícil ser solo el médico.

—Exactamente.

Clara pasó una página.

—¿Roberto le habló alguna vez de tener miedo?

Gonzalo frunció ligeramente el ceño.

—¿Miedo?

—De alguien. De que pudiera ocurrirle algo.

—No.

—¿Alguna preocupación que no estuviera relacionada con su madre o con su enfermedad?

—Que yo recuerde, no.

Clara estudió su rostro. No buscaba nerviosismo ni esperaba descubrir una mentira por la dirección de una mirada o un gesto involuntario. Las personas no funcionaban así. Prefería escuchar las palabras, las pausas y las posibles contradicciones.

De momento, no había encontrado ninguna.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

—Unas tres semanas antes.

—¿Aquí?

—No. Me llamó de madrugada.

Morales dejó de escribir.

—¿A qué hora?

—No recuerdo la hora exacta. Bastante tarde. El bar ya estaba cerrado.

—¿Qué quería?

—Tenía un dolor muy intenso en el costado. Con sus antecedentes pensé que podía tratarse de un cólico renal y fui a verlo.

Clara apoyó el bolígrafo.

—¿Al Manila?

—Sí.

—¿Por qué no le indicó que llamara a Urgencias?

Gonzalo recibió la pregunta sin molestarse.

—Porque llevaba años siendo su médico, vivía a pocos minutos y me llamó directamente. En un pueblo se hacen cosas que probablemente no figuren en ningún manual de organización sanitaria.

Morales esbozó una sonrisa.

—Me estoy dando cuenta.

—Lo exploré allí mismo. El dolor era suficientemente intenso para que no quisiera correr riesgos, así que lo derivé a Urgencias.

—¿Lo acompañó?

—No. Se desplazó para que le hicieran las pruebas. Después supe que se confirmó un cálculo renal.

Clara consultó sus notas.

—¿Y volvió a verlo?

—Cuando le dieron el alta. Insistía en que podía regresar solo a casa, pero no me pareció buena idea. Lo acerqué yo.

—¿Hablaron durante el trayecto?

Gonzalo sonrió ligeramente.

—Roberto se había pasado unas horas con un cólico renal. No estaba especialmente conversador.

Morales hizo una mueca de comprensión.

Clara mantuvo la mirada sobre el médico.

—¿Y después de aquella noche?

—No volví a verlo.

—¿Ni en consulta?

—No.

Tres semanas.

Clara anotó el dato y dejó la libreta abierta.

—Ahora hábleme de esta mañana.

—Me llamaron poco después de las siete. La Policía Local necesitaba que acudiera a la plaza.

—¿Le dijeron quién era?

—No por teléfono. Solo que habían encontrado a un hombre inconsciente junto a la fuente.

—¿Y cuando llegó? ¿Qué hizo?

—Lo que habría hecho con cualquier otra persona. Comprobé si respondía y valoré signos vitales.

—¿Llegó a moverlo?

—Lo imprescindible para realizar la valoración. Nada más.

—¿Llevaba guantes?

—Sí. Los agentes ya habían aislado la zona y me facilitaron un par antes de acercarme.

Clara anotó la respuesta.

—¿Cuándo supo que estaba muerto?

—Prácticamente de inmediato. No presentaba signos vitales y el cuerpo mostraba cambios post mortem incompatibles con una muerte reciente. No había ninguna maniobra que realizar.

Morales intervino.

—¿Fue entonces cuando vio las marcas?

—Sí.

—¿Qué pensó?

Gonzalo se tomó un momento.

—Que eran extrañas.

—¿Nada más?

—Dos lesiones punzantes en el cuello de un hombre muerto llaman la atención, sargento.

—¿Pensó que podían haber causado la muerte?

—Lo pensé como posibilidad. Pero yo no podía determinarlo allí.

Clara levantó la vista.

—¿Por qué?

Gonzalo la miró con cierta extrañeza.

—Porque encontrar una lesión en un cadáver no significa automáticamente que esa lesión lo haya matado.

Morales apoyó el bolígrafo sobre la libreta.

—Entonces no sabe qué produjo esas marcas.

—No.

—¿Alguna hipótesis?

—Podría darle varias y probablemente no serviría ninguna.

Clara observó al médico.

—¿Una mordedura?

—¿Humana?

—De cualquier tipo.

Gonzalo negó despacio.

—No me atrevería a llamarla así. Vi dos punciones. Nada más.

—¿El forense ha encontrado algo en toxicología? —preguntó Gonzalo.

Clara levantó ligeramente la mirada.

—Todavía no.

El médico asintió.

—Entonces será mejor esperar.

—¿Observó algo más?

—Nada que pudiera valorar sin alterar la escena. En cuanto confirmé el fallecimiento me aparté y dejé trabajar a los agentes.

Morales pasó una página.

—Conocía a Roberto desde pequeño. Era paciente suyo. Y esta mañana lo encontró muerto.

Gonzalo bajó la mirada.

—Sí.

—¿Cómo se lleva eso?

El médico dejó escapar el aire lentamente.

—Mal. Uno se acostumbra a ver morir personas, sargento. Lo que no significa que aprenda a no sentirlo.

Morales no añadió nada.

Clara dejó que la respuesta se asentara antes de continuar.

—Doctor, necesitamos preguntarle algo más.

—Claro.

—La enfermedad renal de Roberto. ¿Podría haber causado una muerte repentina?

—En el estado en que se encontraba, sería muy improbable. Sus controles no indicaban una situación que hiciera esperar algo así.

—¿Y algún medicamento?

—No sin saber qué ha encontrado el forense.

—¿Existe alguna sustancia que pudiera provocar una muerte rápida y dejar un cadáver con una rigidez como la que presentaba Roberto?

Gonzalo guardó silencio unos segundos.

—Muchas sustancias pueden provocar alteraciones musculares, convulsiones o rigidez. Pero si me pregunta si puedo mirar un cadáver y decirles qué compuesto concreto lo ha matado, la respuesta es no.

Clara cerró la libreta. Las respuestas del médico no resolvían nada, pero tampoco contradecían lo que sabían hasta ese momento.

Se puso en pie y Morales la imitó.

—Una última pregunta, doctor.

—Dígame.

—¿Quién querría matar a Roberto Sánchez?

Gonzalo la observó antes de negar lentamente.

—Ojalá pudiera ayudarla con eso, teniente. Pero no tengo ni idea.

CAPÍTULO 7

Roberto

La puerta de la consulta se cerró a sus espaldas. Clara y Morales caminaron unos metros antes de detenerse junto al coche.

—¿Qué le ha parecido? —preguntó Morales.

—Ha respondido a todo.

—A mí también me lo ha parecido.

Clara abrió la carpeta.

—Eso no significa que demos sus respuestas por comprobadas.

—Porque comprobamos todo.

—Veo que algo se le queda.

—No se emocione.

Clara cerró la carpeta.

—Confirmaremos el episodio del cólico renal. Fecha de ingreso, asistencia y alta.

—¿Porque sospecha de Romero?

—Porque forma parte de la cronología de Roberto.

Morales asintió. Por el momento, nada situaba al médico en una posición distinta a la de cualquier otra persona relacionada con la víctima.

Clara consultó la hora. Todavía quedaban varias horas de luz.

—Nos falta un sitio.

Morales la miró.

—La casa de Roberto.

No estaba lejos.

Ortega los esperaba unos minutos después al comienzo de un estrecho pasaje de casas bajas, fachadas blancas y ventanas protegidas por rejas oscuras.

—Es esa.

Señaló una vivienda situada casi al final.

Clara observó la fachada mientras se acercaban. Dos plantas, una pequeña cancela de hierro y varias macetas junto a la entrada. Nada que diferenciara aquella casa de las demás.

—¿Vivía solo?

—Desde que murió su madre, sí. La casa era de ella.

Clara miró hacia las ventanas cerradas.

Ortega abrió la cancela y después introdujo la llave en la cerradura. Antes de entrar, Clara y Morales se colocaron guantes de nitrilo.

—¿Criminalística ha pasado por aquí?

—Sí. La vivienda ya está documentada. No han encontrado señales de entrada forzada ni indicios evidentes de que alguien hubiera estado aquí anoche.

—Bien.

La puerta se abrió y un aire fresco escapó al exterior.

Clara entró primero. En el recibidor, lo primero que percibió fue el olor: café, detergente y algo cítrico, probablemente algún producto de limpieza. No había rastro de tabaco ni de alcohol.

Morales entró detrás de ella.

—Esperaba otra cosa.

Clara recorrió el recibidor con la mirada. Los zapatos descansaban alineados junto al mueble de la entrada. Sobre una pequeña consola había un cuenco con algunas llaves de repuesto y varios objetos cotidianos cuidadosamente colocados.

—Yo también.

Avanzaron hacia el salón. La estancia era sencilla, pero acogedora. Un sofá gris ocupaba el centro frente a un televisor. Una estantería cubría buena parte de una de las paredes: novelas, algunos discos antiguos, fotografías y pequeños recuerdos acumulados durante años.

En un rincón descansaba una guitarra sobre su soporte.

Morales se acercó.

—¿Tocaba?

Ortega se encogió de hombros.

—Cuando era más joven sí. Después no sé.

Morales se detuvo ante una de las fotografías de la estantería. Roberto aparecía abrazado a una mujer de cabello corto y sonrisa amplia. Ambos miraban a cámara con una familiaridad imposible de fingir.

—¿Quién es?

Clara se volvió y reconoció enseguida a la mujer.

—Su madre.

Ortega asintió.

—María José.

Morales observó el retrato.

—Se parecían.

—Mucho —respondió Ortega.

Desde donde estaba, Clara contempló la fotografía. Aquel Roberto tampoco se parecía demasiado al cadáver que habían encontrado esa mañana, y no porque fuera más joven. En la imagen parecía feliz.

Apartó la mirada.

—Vamos por partes. Morales, dormitorio y cualquier zona de trabajo. Ortega, cocina y lavadero.

—¿Y usted? —preguntó Morales.

—Empiezo por aquí.

Morales miró el sofá y después a Clara.

—Empiezo a sospechar que me ha tocado la peor parte.

—Llevamos trabajando juntos unas horas, Morales. Todavía está a tiempo de empeorarla.

Él sonrió.

—Mensaje recibido.

—Muévase.

—Ya voy.

Los dos hombres se alejaron y Clara quedó sola en el salón.

No buscaba un objeto concreto. Buscaba a Roberto.

Abrió el primer cajón de un pequeño aparador. Encontró facturas, recibos y correspondencia; nada fuera de lo habitual. En el segundo había varios archivadores. El primero contenía extractos bancarios, seguros y documentación del vehículo. En el siguiente encontró justificantes de transferencias.

Clara pasó varias hojas hasta que un mismo destinatario empezó a repetirse.

Asociación Española Contra el Cáncer.

Revisó las fechas. No se trataba de una aportación puntual: había transferencias de distintos años.

—Morales.

El sargento apareció desde el pasillo.

—¿Qué ha encontrado?

Clara le mostró los justificantes. Morales leyó el nombre y pasó varias hojas.

—Lleva haciéndolo años.

Ortega salió de la cocina al escucharles.

—Eso será por el festival.

Clara levantó la mirada.

—¿Qué festival?

—Roberto organizaba uno en el bulevar todos los veranos. Música, actuaciones, rifas... cosas del pueblo. Lo que se sacaba iba para la asociación.

Morales volvió a mirar los documentos.

—No parece encajar demasiado con algunas cosas que nos han contado de él.

Ortega guardó silencio antes de responder.

—Roberto tuvo una época mala cuando era más joven. Bebía, se metía en líos...

Miró hacia la fotografía del salón.

—Pero con su madre era otra persona. Murió hace unos meses. Cáncer. Estuvo bastante tiempo enferma.

—Gonzalo nos lo ha contado.

—Roberto no se separó de ella. La llevaba a Sevilla para los tratamientos y, cuando se quedaba ingresada, muchas noches dormía allí.

Morales dejó los justificantes sobre la mesa.

Clara volvió a fijarse en la fotografía. Un hombre podía haber sido muchas cosas a lo largo de su vida: buen hijo y mal amigo, generoso y egoísta, víctima y culpable. Una cosa no borraba necesariamente las demás.

—Sigamos.

Morales regresó al pasillo. Clara permaneció un momento frente al retrato antes de cerrar el archivador.

Todavía intentaban averiguar cómo había muerto Roberto Sánchez, pero aquella casa empezaba a plantear una pregunta diferente: quién había sido.

—Mi teniente.

La voz de Morales llegó desde el pasillo.

Clara fue hacia él. El sargento esperaba en la puerta del dormitorio.

—Creo que debería ver esto.

El dormitorio mantenía el mismo orden que el resto de la casa. La cama estaba hecha. Sobre una cómoda descansaban un frasco de colonia, un reloj y algunas monedas. Dos pares de zapatillas permanecían alineados junto al armario.

Nada parecía abandonado a medias. Era como si Roberto hubiera salido aquella noche convencido de que regresaría unas horas después.

Morales señaló la mesilla.

—Estaba en el cajón.

Sobre la superficie había un sobre amarillento.

Clara se acercó.

—¿Lo ha abierto?

—Sí. Está dirigido a Roberto.

Clara extrajo la hoja. No era reciente: el papel presentaba dos dobleces marcados y los bordes empezaban a acusar el paso del tiempo.

Leyó las primeras líneas y no necesitó llegar al final.

«No vuelvas a buscarme. Tengo otra familia y no pienso destruirla removiendo el pasado.»

Continuó un poco más.

«Para mí hace mucho tiempo que dejaste de ser mi hijo.»

Bajó la carta.

Morales permaneció callado.

—Su padre —dijo finalmente.

—Eso parece.

—¿Hay fecha?

—Hace seis años.

Clara volvió a leer el remitente.

—Entonces no tiene relación inmediata con lo ocurrido anoche.

—Probablemente no.

Morales señaló el sobre.

—Pero la guardó seis años.

Clara dobló la carta siguiendo exactamente los pliegues originales. Eso sí era un dato. No demostraba qué había sentido Roberto al leerla ni por qué había decidido conservarla, pero decía algo acerca de las cosas de las que no había conseguido desprenderse.

—Que la documenten antes de decidir si se incorpora como elemento de interés.

Clara abrió el armario. Camisas, pantalones, ropa deportiva. Todo colocado con un orden casi excesivo.

En uno de los estantes inferiores encontró una pequeña caja con medicamentos.

—Aquí está el tratamiento.

Morales se acercó. Clara comprobó los nombres con los informes que habían encontrado en el Manila.

—Coincide con la medicación prescrita.

—¿Se la estaba tomando?

—No podemos saberlo solo mirando las cajas.

Las dejó donde estaban.

—Pero no parece que ocultara la enfermedad en casa.

Morales abrió otro cajón.

—Viviendo solo tampoco tenía mucho sentido ocultársela a nadie.

Se dio cuenta de lo que acababa de decir.

—Sí. Ya sé.

—¿Qué sabe?

—Que estoy haciendo una suposición.

Clara continuó revisando el armario.

—Definitivamente está aprendiendo.

—A este paso voy a acabar preocupando a mi familia.

Una pequeña sonrisa apareció en el rostro de Clara.

Continuaron registrando la vivienda. No encontraron grandes cantidades de dinero, drogas, armas ni documentos escondidos. Tampoco fotografías recientes de una pareja. El teléfono de Roberto estaba ya en manos de los investigadores y sería el análisis de su actividad digital el que ayudara a completar aquella parte de su vida.

Clara apagó la luz del dormitorio y cerró la puerta. La vivienda quedó sumida de nuevo en el mismo silencio con el que los había recibido.

Morales aguardaba junto a la entrada.

—¿Lo tenemos todo?

Clara recorrió la estancia por última vez: el sofá perfectamente colocado, la guitarra en un rincón, las fotografías, los archivadores. Una casa preparada para recibir a alguien que ya no iba a volver.

—Sí.

Salieron.

Ortega cerró la puerta y comprobó la cerradura antes de atravesar la pequeña cancela. Caminaron unos metros sin hablar hasta que Morales rompió el silencio.

—No era como lo imaginaba.

—¿Cómo lo imaginaba?

—No sé. Después de lo que nos habían contado... Un tipo que bebía demasiado, que se había metido en problemas de joven, dueño de un bar...

—Ha llenado bastantes huecos usted solo.

Morales aceptó el reproche.

—Sí. Supongo que eso es precisamente lo que quiero decir. Entré ahí creyendo que sabía más o menos qué clase de persona iba a encontrarme.

Miró hacia la casa.

—Y no tenía ni idea.

—Nos pasa constantemente.

—¿A usted también?

—A todo el mundo.

Morales sonrió.

—Pensaba que usted era inmune.

—No soy inmune. Procuro darme cuenta antes de equivocarme demasiado.

Ortega, unos pasos por delante, se volvió hacia ellos.

—Roberto tuvo épocas.

Clara lo miró.

—¿A qué se refiere?

—Cuando era más joven era bastante más complicado. Bebía mucho, salía, se metía en alguna pelea... Lo típico que aquí termina sabiendo medio pueblo.

—¿Y después? —preguntó Morales.

—Fue cambiando.

Clara se detuvo.

—¿Ocurrió algo?

—Que yo sepa, no.

—¿Problemas con sus amigos?

—Con los años se fueron distanciando. Pero eso tampoco es raro. Cada uno hace su vida.

Clara recordó la fotografía del Manila: cinco adolescentes abrazados frente a una cámara.

—Los cuatro que aparecen con Roberto en aquella fotografía...

Ortega asintió.

—Sé quiénes son.

—Lo imaginaba. Necesito información sobre ellos.

—¿Qué quiere saber?

—Dónde viven actualmente, a qué se dedican, si alguno tiene antecedentes o intervenciones policiales, y todo lo que pueda decirme sobre la relación que mantenían con Roberto.

Ortega frunció ligeramente el ceño.

—¿Cree que alguno puede tener algo que ver?

—No. Creo que eran parte de su círculo más cercano y Sergio nos ha dicho que con los años se distanciaron. Quiero saber por qué.

—Veré qué puedo averiguar.

—Y necesito localizarlos.

—No debería ser difícil.

Clara reanudó la marcha.

—Cuando tenga la información, me llama.

—La tendrá.

Llegaron al coche. Clara apoyó una mano sobre la puerta y pensó en las distintas versiones de Roberto que habían ido apareciendo: el hombre que bebía demasiado, el hijo que había acompañado a su madre durante meses de tratamiento, el joven abandonado por su padre, el propietario de un bar que organizaba un festival benéfico cada verano y el amigo que, según Sergio, se había ido alejando de quienes antes lo rodeaban.

Todas podían pertenecer a la misma persona. Y seguramente faltaban muchas más.

Clara abrió la puerta.

—No busquemos decidir quién era Roberto.

Morales la miró desde el otro lado.

—¿Entonces?

—Averigüemos qué hizo.

Morales la observó un momento.

—Empiezo a entender por qué Gómez quería que trabajara con usted.

—No saque conclusiones tan rápido. Acabamos de conocernos.

—Lo sé. Por eso he dicho «empiezo».

Clara negó ligeramente con la cabeza.

—Suba, Morales.

—Sí, mi teniente.

El teléfono del sargento vibró antes de que pudiera abrir la puerta. Morales lo sacó del bolsillo y consultó la pantalla. Su expresión cambió.

—Es Salas.

Clara soltó la puerta.

—Conteste.

Morales aceptó la llamada.

—Sargento Morales.

Escuchó.

—Sí, seguimos en El Cuervo.

Otra pausa.

—Entendido.

Levantó la mirada hacia Clara.

—¿Está seguro?

Aquella pregunta bastó para que ella cerrara la puerta del coche sin entrar.

Morales continuó escuchando.

—Vamos para allá.

Colgó.

—¿Qué ocurre? —preguntó Clara.

—Salas ha terminado el examen preliminar.

—¿Causa de la muerte?

—Todavía no puede cerrarla.

—Entonces, ¿por qué quiere que vayamos?

Morales guardó el teléfono.

—Ha encontrado algo.

—¿Qué?

—Prefiere enseñárnoslo.

—¿Ha dicho algo más?

—Solo que las marcas del cuello no son lo que más le preocupa.

Clara rodeó el vehículo.

—Conduzco yo.

—No pensaba discutirlo.

Subieron. Clara arrancó y abandonó el estrecho pasaje. Las casas blancas fueron quedando atrás mientras tomaban la carretera de regreso a Sevilla.

Esta vez ninguno parecía tener nada que añadir.

Tenían una enfermedad renal que difícilmente explicaba una muerte repentina, dos pequeñas punciones en el cuello, una rigidez que ya había llamado la atención del forense y ahora algo que Salas no había querido explicar por teléfono.

Clara aumentó ligeramente la velocidad.

Fuera lo que fuese, los estaba esperando sobre una mesa del Instituto de Medicina Legal.

CAPÍTULO 8

Certezas

El olor a desinfectante los recibió nada más cruzar las puertas del Instituto de Medicina Legal. A aquella hora de la tarde, el edificio había perdido buena parte del movimiento habitual; los pasillos permanecían casi vacíos y el eco de sus pasos se mezclaba con el zumbido constante de los fluorescentes.

Morales caminaba junto a Clara. Ninguno de los dos hablaba. La llamada de Salas había bastado para dejar atrás cualquier conversación.

Cuando entraron en la sala, el forense revisaba varias fotografías sobre una mesa auxiliar. Levantó la vista.

—Teniente. Sargento.

—Doctor —respondió Clara.

Salas se quitó las gafas de lectura.

—Han venido rápido.

—Dijo que había encontrado algo.

—Varias cosas.

Morales miró hacia la mesa.

—Eso no ha sonado especialmente bien.

Salas negó despacio.

—No lo es.

Clara se acercó. Sobre la mesa descansaban varias fotografías tomadas durante la autopsia: primeros planos del cuello, las manos y detalles de las lesiones. Imágenes que prefirió observar como lo que eran: información.

Salas abrió una carpeta.

—Esta mañana les dije que solo podía ofrecerles indicios. Ahora tenemos algo más.

Extrajo varios documentos.

—Pero antes quiero dejar clara una cosa. Hay conclusiones que puedo sostener por los hallazgos de la autopsia y otras que

dependerán de Toxicología. La identificación de cualquier sustancia tendrá que esperar al laboratorio.

—¿Cuánto? —preguntó Morales.

—Varios días, probablemente.

—Díganos lo que sabe.

Salas tomó una fotografía del cuello de Roberto. Las dos pequeñas perforaciones destacaban bajo la iluminación forense.

—Empecemos por lo más importante. No he encontrado una causa natural que justifique la muerte.

Clara apoyó ambas manos sobre el borde de la mesa.

—¿La insuficiencia renal?

—No. Requería seguimiento, pero no estaba en una fase terminal ni explica un fallecimiento súbito como este.

Aquello coincidía con lo que Gonzalo les había dicho.

—Entonces, ¿qué lo mató? —preguntó Morales.

Salas volvió a mirar la fotografía.

—Todo apunta a una intoxicación aguda.

Clara frunció ligeramente el ceño.

—¿Puede afirmarlo?

—Puedo decirles que los hallazgos son compatibles con la administración de una sustancia de acción muy rápida y que no he encontrado otra causa suficiente para explicar el fallecimiento.

—Pero todavía no sabe qué sustancia.

—Exacto.

Morales señaló las perforaciones.

—¿Entró por ahí?

Salas cogió otra fotografía y la colocó junto a la primera.

—Eso sí puedo sostenerlo con bastante seguridad. Existe afectación de los tejidos subyacentes compatible con la penetración de dos elementos punzantes. La trayectoria coincide con las lesiones externas.

Clara acercó ligeramente la fotografía.

—¿Dos agujas?

—Es una posibilidad muy sólida.

Morales miró de nuevo las marcas.

—Entonces no eran mordeduras.

—No.

La respuesta de Salas fue inmediata.

—Mismo diámetro, profundidad muy similar y separación constante. Los bordes son demasiado regulares para corresponder a dientes.

Clara observó ambas marcas.

—¿Fueron hechas al mismo tiempo?

Salas levantó la vista.

—Sí.

—¿Cómo puede saberlo? —preguntó Morales.

—Por las características de los trayectos y la respuesta de los tejidos. Todo indica una penetración simultánea.

Clara permaneció inmóvil. Dos perforaciones, con la misma profundidad y separación, producidas al mismo tiempo.

—No utilizó dos veces una aguja.

Salas negó.

—No parece.

Morales miró a Clara.

—Utilizó un instrumento con dos puntas.

—Eso es lo más probable —respondió el forense.

Durante unos segundos solo se escuchó el sistema de ventilación.

Morales volvió a observar la fotografía.

—Alguien fabricó una mordedura.

Clara recordó lo que él le había contado durante el almuerzo. Una anciana del pueblo había relacionado aquellas heridas con una vieja leyenda: el Sediento. Hasta ese momento no había sido más que una superstición transmitida durante generaciones.

—No sabemos todavía qué pretendía imitar.

Morales la miró.

—Dos agujeros en el cuello.

—Sé lo que parece. Pero no confundamos lo que parece con lo que podemos demostrar.

Salas asintió ligeramente.

—Buena idea.

Morales dejó escapar el aire.

—Vale. Dos agujeros hechos a la vez con un instrumento de dos puntas. Sin vampiros.

—Vamos progresando —dijo Clara.

—No sabe cuánto me tranquiliza.

Salas apartó las fotografías del cuello.

—Hay más.

La expresión de Morales cambió.

—Claro que hay más.

El forense tomó otra imagen, esta vez una ampliación de la mano derecha de Roberto.

—Esto también les va a interesar.

Clara se inclinó sobre la fotografía. Bajo una de las uñas se distinguían varios puntos oscuros, casi imperceptibles.

Los reconoció.

—Los restos que vimos esta mañana.

—Probablemente.

Salas abrió una pequeña bolsa transparente y la sostuvo bajo la luz. En el interior apenas se distinguían unos fragmentos minúsculos adheridos al plástico.

—Los recuperamos durante el examen de las manos.

Morales se acercó.

—¿Qué son?

—Restos metálicos.

—¿De qué metal? —preguntó Clara.

—Todavía no lo sabemos. Se han remitido para análisis de composición.

—¿Podrían proceder de algo que llevara Roberto?

—Es lo primero que comprobamos.

Salas dejó la bolsa sobre la mesa.

—Reloj, monedas, llaves, cremalleras, elementos metálicos de la ropa... No hemos encontrado en sus pertenencias ninguna pérdida compatible con estos fragmentos.

Morales frunció el ceño.

—Entonces son de otra cosa.

—Eso parece.

Clara volvió a observar la fotografía.

—¿Solo estaban en la mano derecha?

—Sí.

—¿Bajo una uña concreta?

Salas señaló la imagen.

—Principalmente aquí.

Clara acercó un poco más la fotografía. Aquello cambiaba el valor del hallazgo. Una partícula sobre la ropa podía proceder prácticamente de cualquier lugar; bajo una uña era diferente.

—Pudo arañar algo —dijo Morales.

Clara levantó la vista.

—O a alguien.

—Es una posibilidad —dijo Salas—. Pero no puedo decirles cómo llegaron ahí.

—¿Hay lesiones defensivas?

—No las habituales.

—¿Nada en brazos o manos?

—Nada significativo. No presenta heridas que indiquen una lucha prolongada.

Morales miró las fotografías del cuello.

—Si lo atacaron por sorpresa, quizá solo tuvo tiempo de reaccionar una vez.

Era posible, pero seguía siendo una posibilidad.

—¿Han tomado muestras de las uñas de ambas manos?

—Todas. Material biológico, fibras y cualquier resto extraño. Si hay algo más, Criminalística lo encontrará.

Clara asintió.

—Quiero el resultado de composición en cuanto llegue.

—Lo tendrán.

Salas dejó la bolsa junto a las fotografías.

Morales volvió a fijarse en las diminutas partículas.

—No parece gran cosa.

Clara cerró parcialmente la carpeta.

—Depende de dónde hayan salido.

Salas recogió una de las imágenes del cuello.

—Y todavía queda otra cuestión.

Clara levantó la mirada.

—La rigidez.

—Exacto.

El forense colocó la fotografía sobre la mesa.

—Esta mañana ya les dije que era llamativa. Después de la autopsia sigo pensando lo mismo.

—¿Por qué? —preguntó Morales.

Salas escogió las palabras antes de responder.

—Porque su intensidad no encaja bien con el intervalo post mortem que manejamos. Pero quiero ser muy prudente con esto.

—¿Puede haberla provocado la sustancia?

—Puede estar relacionada. También existen otros factores capaces de modificar la aparición y evolución de la rigidez cadavérica.

—Entonces no podemos vincular ambas cosas todavía.

—No. Necesito Toxicología.

Morales suspiró.

—Otra vez Toxicología.

—Me temo que los cadáveres no suelen adaptarse a nuestros plazos.

Clara miró al forense.

—Pero sí podemos afirmar que la rigidez es anómala.

Salas meditó la respuesta.

—Podemos afirmar que resulta llamativa para el intervalo temporal estimado y que merece ser estudiada. Yo no iría más allá por ahora.

Clara anotó la formulación prácticamente palabra por palabra.

Morales la observó.

—Eso va a quedar precioso en el informe.

—Y será correcto.

—También.

Salas volvió a ordenar las fotografías.

Clara permaneció mirando las dos imágenes que todavía quedaban sobre la mesa: el cuello y la mano. Dos perforaciones producidas simultáneamente por un instrumento que aún no habían encontrado, una sustancia desconocida y restos metálicos bajo una uña.

Nada de aquello les decía todavía quién había matado a Roberto, pero empezaba a revelar cómo lo había hecho. Y, sobre todo, que no había improvisado.

Salas cerró la carpeta, pero Clara no se movió.

—Doctor.

El forense levantó la mirada.

—¿Sí?

—Hora de la muerte.

Salas apoyó de nuevo las manos sobre la mesa.

—Con los datos que tenemos, puedo mantener una estimación aproximada entre las dos y las cuatro de la madrugada. No sería responsable estrechar más el intervalo.

Morales sacó la libreta.

—Sergio dijo que Roberto cerró el Manila sobre las dos.

Clara hizo un cálculo rápido.

—Entonces murió poco después de cerrar.

—Es compatible con los hallazgos —dijo Salas—. Pero recuerden que hablamos de una estimación.

—¿Comió antes de morir?

El forense la miró con cierto interés.

—Sí. Hay contenido gástrico parcialmente digerido.

—¿Puede ayudarnos a precisar la hora?

—No tanto como les gustaría. El vaciamiento gástrico varía demasiado de una persona a otra como para utilizarlo como reloj.

Morales cerró la libreta.

—Otra alegría.

Salas ignoró el comentario.

—Entonces podemos descartar un accidente —dijo Morales.

El forense miró primero al sargento y después a Clara.

—Por los hallazgos que tenemos, la intervención de una tercera persona es la hipótesis médico-legal más consistente.

Morales levantó una ceja.

—Eso ha sido una manera muy larga de decir homicidio.

—Es una manera bastante más prudente.

Clara cerró la carpeta.

—Y por eso lo ha dicho así.

Salas le dedicó un leve asentimiento.

Morales guardó la libreta.

—Voy a tener que acostumbrarme a trabajar con gente que no quiere decir nada hasta estar completamente segura.

Clara lo miró.

—Le vendrá bien.

—Eso me preocupa.

Salas recogió las fotografías.

—Cuando tenga Toxicología, los llamaré.

—¿Y el análisis del metal?

—También.

Clara se puso en pie.

—En cuanto llegue cualquiera de los dos, doctor. Aunque sea de madrugada.

—Lo suponía.

Morales se levantó.

—Yo no.

Clara permaneció seria.

—Ahora ya lo sabe.

Salas dejó escapar una sonrisa apenas perceptible.

—Bienvenido a Homicidios, sargento.

Morales señaló a Clara con un gesto de la cabeza.

—Empiezo a sospechar que el cadáver va a ser la parte menos peligrosa del trabajo.

—Fuera —dijo Clara.

—Ya me iba.

Clara lo siguió hasta el pasillo. Caminaron unos metros antes de que Morales hablara.

—Bueno.

—¿Bueno qué?

—Esta mañana teníamos un muerto con dos agujeros en el cuello.

—Y ahora tenemos un muerto con dos lesiones punzantes producidas simultáneamente, una posible intoxicación y restos metálicos de origen desconocido bajo una uña.

Morales la miró.

—Lo suyo suena bastante peor.

—Porque lo es.

Llegaron al ascensor. Morales pulsó el botón.

—Hay algo que no termino de entender.

—Solo una cosa. Estamos avanzando.

—Si quería animarme, casi lo consigue.

Las puertas se abrieron y entraron.

—Si quien lo mató quería simplemente acabar con él —continuó Morales—, ¿para qué mover el cadáver?

Las puertas se cerraron.

—Esa es la pregunta correcta.

Morales la observó.

—¿Tiene respuesta?

—Todavía no.

El ascensor comenzó a descender.

Clara pensó en la fuente, en la posición del cuerpo y en aquellas dos pequeñas marcas que habían bastado para que una historia antigua regresara a las conversaciones del pueblo.

El asesino podía haber dejado a Roberto donde cayó. No lo hizo. Había trasladado el cadáver unos metros y lo había sentado junto a la fuente, asumiendo tiempo, esfuerzo y riesgo.

—Pero hay algo que sí sabemos —dijo.

—¿Qué?

Clara levantó la mirada.

—Que la fuente importaba.

Las puertas del ascensor se abrieron. Morales tardó un segundo en seguirla.

—Entonces no solo tenemos que averiguar por qué mataron a Roberto.

Clara salió al pasillo.

—Tenemos que averiguar por qué querían que lo encontráramos así.

CAPÍTULO 9

Los sueños también hablan

La noche había caído sobre Sevilla cuando el vehículo oficial cruzó el portón de la Comandancia.

El aparcamiento estaba casi vacío.

Clara apagó el motor. Ninguno de los dos hizo ademán de bajar.

Morales dejó caer la cabeza contra el reposacabezas.

—Ha sido un día largo.

Clara soltó el cinturón.

—Y todavía no tenemos una causa definitiva de la muerte.

—Gracias. Justo lo que necesitaba para animarme.

La teniente abrió la puerta.

—Mañana tendrá otra oportunidad.

Morales salió detrás de ella.

El aire nocturno, más fresco que en El Cuervo, alivió por fin el calor acumulado durante el día.

Caminaron juntos hacia el edificio.

—Tengo que terminar unas notas y dejar cerrado el registro de lo de hoy —dijo Morales.

Clara miró la hora.

—Lo hacemos y nos vamos.

—Puedo encargarme yo.

Ella se volvió.

—Morales.

—No es heroísmo, mi teniente. Son cuatro anotaciones y un par de comprobaciones. Usted lleva conduciendo desde Sevilla esta

mañana.

—Y usted lleva trabajando el mismo tiempo.

—Sí, pero yo he comido un serranito de El Cuervo.

Clara lo miró.

Morales compuso la expresión más seria de la que era capaz.

—Es una ventaja táctica considerable.

A Clara se le escapó una sonrisa.

—Quince minutos.

—¿Perdón?

—Tiene quince minutos. Después nos vamos.

Morales arqueó una ceja.

—¿Eso ha sido una orden?

—Sí.

—Perfecto. Así no tengo que sentirme culpable.

Entraron en el edificio.

El silencio de los pasillos contrastaba con el movimiento de aquella mañana.

Quince minutos después volvieron a salir.

La temperatura apenas había descendido unos grados, suficientes para que el aire de la noche resultara agradable.

Caminaron juntos hasta el aparcamiento.

Al llegar a los coches, Clara buscó las llaves.

—Bien. Mañana a primera hora.

—Allí estaré.

Clara estaba a punto de despedirse cuando Morales habló de nuevo.

—Mi teniente.

Ella levantó la mirada.

—Dígame.

—¿Qué hace cuando no está trabajando?

Clara tardó un instante en responder, sorprendida por la pregunta.

—¿Cómo?

—Cuando consigue salir de aquí y no hay ningún cadáver

esperándola. ¿Qué hace?

Clara lo pensó unos segundos.

—Leer. Salir a correr de vez en cuando... y poco más.

—¿Nada de series?

Clara sonrió apenas.

—Solo cuando consigo terminar un capítulo sin quedarme dormida.

Morales asintió.

—Yo juego al fútbol con mis sobrinos casi todos los fines de semana.

Clara levantó una ceja.

—¿Con todos?

—Cuando se juntan parece un partido de Copa del Rey. Son doce.

Clara soltó una risa.

—Ahora entiendo de dónde saca la energía.

—No. Ellos me la quitan. Yo llego el lunes a trabajar para descansar.

Clara negó con la cabeza, aún divertida.

—Si algún día le apetece cambiar una escena del crimen por un partido de fútbol, está invitada.

Clara no respondió de inmediato.

—¿Con doce niños?

—No se confíe. Cuando hay un balón de por medio son bastante peligrosos.

Ella negó con una sonrisa.

—Me parece que no.

—Piénseselo.

—Ya lo he pensado, Morales.

—De acuerdo. Pero la invitación queda hecha.

Ninguno dijo nada.

Habían pasado el día entero entre un cadáver, horarios, interrogatorios y pequeñas evidencias cuyo valor todavía desconocían.

Era la primera conversación entre ambos que no giraba alrededor

de Roberto Sánchez.

Morales metió las manos en los bolsillos.

—Bueno, para ser nuestro primer día, podría haber sido peor.

Clara lo miró.

—Hemos encontrado un cadáver con dos punciones en el cuello, probablemente lo han envenenado y alguien ha colocado el cuerpo junto a una fuente.

Morales reflexionó unos segundos.

—Retiro lo dicho.

Clara abrió la puerta del coche.

—Descanse, sargento.

—Usted también, mi teniente.

Morales levantó una mano a modo de despedida.

Clara entró en el vehículo.

—Y dele una oportunidad a las series —añadió él.

Ella cerró la puerta sin responder.

Pero arrancó el motor con la sonrisa todavía en los labios.

Clara llegó a su apartamento poco después.

El edificio permanecía en silencio. Apenas se escuchaban el zumbido lejano del ascensor y el rumor amortiguado del tráfico que ascendía desde la avenida.

Dejó las llaves en el recibidor y permaneció quieta, esperando que su cabeza aceptara que la jornada había terminado.

Se quitó los zapatos y caminó hacia la cocina.

Abrió el frigorífico, recorrió su interior con la mirada y volvió a cerrarlo.

No tenía demasiada hambre. Terminó preparándose algo rápido y llenó un vaso de agua.

Mientras bebía, su mirada se desvió hacia la televisión del salón.

La observó un momento.

Morales tenía razón.

Hacía demasiado tiempo que no conseguía terminar un capítulo

sin quedarse dormida.

Por un momento estuvo tentada de encenderla.

No lo hizo.

Apagó la luz de la cocina y se dirigió al dormitorio.

La luz cálida de la mesilla iluminó la habitación. El dormitorio era sencillo, ordenado casi por necesidad. Dejó el teléfono junto a la

cama y se soltó el cabello. Después de tantas horas recogido, agradeció sentirlo caer sobre los hombros.

Se sentó en el borde del colchón.

Solo entonces sintió de verdad el cansancio. No era sueño, sino algo más pesado.

El cuerpo había terminado la jornada; la cabeza, en cambio, seguía trabajando.

Sobre la mesilla descansaba una fotografía enmarcada.

Clara la tomó.

Mateo Díaz aparecía vestido con el uniforme de la Guardia Civil, con la cabeza ligeramente inclinada hacia la cámara. Sonreía.

Clara conocía de memoria cada detalle de aquella fotografía.

Las arrugas junto a los ojos.

La forma de inclinar la cabeza.

La pequeña cicatriz junto a la ceja.

Incluso recordaba el marco anterior, uno de madera oscura que se había roto durante una mudanza.

Habían pasado demasiados años.

Aun así, algunas noches recordaba la voz de su padre con una claridad absoluta.

En otras, temía que ciertos recuerdos hubieran dejado de serlo.

Los había repetido tantas veces que ya no sabía si, sin darse cuenta, había terminado por rellenar los huecos.

Acarició el borde del marco con el pulgar.

—Buenas noches, papá.

Devolvió la fotografía a su sitio.

Se tumbó y apagó la lámpara.

La oscuridad ocupó la habitación.

Clara cerró los ojos.

Las imágenes del día regresaron en cuanto cerró los ojos.

Roberto junto a la fuente, las dos perforaciones, los restos bajo la

uña, la casa.

Intentó alejarlas.

Buscó cualquier otra cosa a la que aferrarse.

En el libro que llevaba días sin abrir, en la televisión apagada.

En Morales.

Una sonrisa apenas perceptible le rozó los labios.

Duró poco.

El cansancio terminó imponiéndose.

Cuando por fin se quedó dormida, soñó con un solo hombre.

Soñó con su padre.



Tenía seis años.

Corría por el Parque de María Luisa persiguiendo una paloma que se empeñaba en mantener siempre la misma distancia.

—¡Clara!

La niña se volvió.

Su padre caminaba unos metros detrás de ella.

Parecía más joven de lo que Clara lograba recordarlo despierta.

Llevaba el uniforme de la Guardia Civil y sostenía la gorra en una mano.

—Te vas a caer.

—¡No!

Tropezó inmediatamente con el borde de una losa.

Mateo consiguió sujetarla antes de que tocara el suelo.

—¿Ves?

Clara lo miró muy seria.

—No me he caído.

—Porque te he cogido.

—Entonces tenía razón.

Mateo soltó una carcajada.

La niña sonrió, satisfecha con su victoria.

Continuaron caminando.

La Plaza de España asomaba entre los árboles. La luz de la tarde

se filtraba entre las ramas y moteaba el camino.

Mateo se detuvo de pronto.

—Clara.

—¿Qué?

—Cierra los ojos.

Ella lo miró desconfiada.

—¿Para qué?

—Hazme caso.

Clara cerró los ojos.

—¿Qué ves?

—Nada.

—Muy bien. Ahora escucha.

La niña obedeció y se quedó quieta.

Al principio todo fue ruido.

Poco a poco empezó a separar unos sonidos de otros.

Pájaros.

El agua de una fuente.

Las ruedas de una bicicleta.

Un perro ladrando a lo lejos.

Voces.

—Hay una bici.

—Sí.

—Y un perro.

—También.

—Y agua.

—Abre los ojos.

Clara obedeció.

Su padre se agachó hasta quedar a su altura.

—Ahora dime qué ves.

Clara buscó a su alrededor.

—Árboles.

—Eso lo ve todo el mundo.

Ella frunció el ceño.

Volvió a mirar.

Esta vez más despacio.

Un hombre leía un periódico en un banco.

Una mujer empujaba un carrito.
Dos niños daban de comer a las palomas.
Un jardinero recogía hojas junto a un seto.
—Hay un señor leyendo.
—Bien.
—Y una señora con un bebé.
—Sigue.
Clara observó al hombre del periódico.
—No está leyendo.
Mateo levantó ligeramente las cejas.
—¿Ah, no?
—No.
—¿Por qué?
—Porque lleva mucho rato en la misma página.
Su padre miró hacia el banco.
Después volvió a mirarla.
—Puede estar leyendo despacio.
Clara negó con la cabeza.
—Está mirando a la señora del carrito.
Mateo sonrió.
—Eso está mejor.
La niña lo miró, orgullosa.
Su padre señaló suavemente sus ojos con dos dedos.
—Acuérdate de una cosa, Clara.
Ella esperó.
—Mirar es fácil.
Mateo tocó con un dedo su propia sien.
—Lo difícil es ver.
Clara se quedó mirándolo.
La frase quedó entre los dos, sencilla y definitiva.
Entonces algo cambió en el parque.
La luz se apagó.
Las voces desaparecieron.
—¿Papá?
Mateo ya no estaba a su lado.
Clara buscó a su alrededor.

—¿Papá?
Los árboles seguían allí.
El banco.
La fuente.
El sendero.
Pero estaba sola.
—¡Papá!
Eché a correr.
De pronto ya no tenía seis años.
O quizá sí.
En los sueños aquello no importaba.
—¡Papá!
Lo vio a lo lejos.
De espaldas.
Caminando entre los árboles.
—¡Espera!
Corrió más rápido.
Corrió más, pero la distancia entre ambos siguió creciendo.
—¡Papá!
Mateo se detuvo.
Clara se detuvo con él.
Creyó que iba a volverse.
No lo hizo.
—No te vayas.
Su voz ya no era la de una niña.
Mateo inclinó ligeramente la cabeza.
Y entonces Clara escuchó su voz, aunque él seguía de espaldas.
—Mira bien.
El parque desapareció.
Clara abrió los ojos.
Oscuridad.
Respiraba deprisa.
Durante un instante no supo dónde estaba.
Después reconoció el dormitorio.
La ventana.
La silueta del armario.

La fotografía sobre la mesilla.
Alargó una mano hacia el teléfono.
Las 4:17.
Clara dejó caer la cabeza sobre la almohada.
Había soñado con su padre muchas veces.
Con momentos reales.
Con momentos que probablemente nunca habían sucedido.
No significaba nada.
Solo era su cabeza revolviendo recuerdos después de un día demasiado largo.
Cerró los ojos.
Esta vez tardó bastante más en volver a dormirse.

CAPÍTULO 10

Los 5 Moskeperros

La mañana apenas había comenzado cuando Clara cruzó las puertas de la Comandancia.

Había dormido poco, apenas lo suficiente para que el cuerpo descansara sin que la cabeza llegase a hacerlo.

El sueño con su padre seguía prendido en algún rincón de su cabeza, pero Clara había decidido dejarlo donde correspondía: en el territorio confuso de los sueños.

Avanzaba por el pasillo cuando escuchó una voz a su espalda.

—Mi teniente.

Se volvió.

Morales se acercaba con dos vasos de café.

Le tendió uno.

—Tiene peor cara que yo.

Clara aceptó el vaso.

—Buenos días a usted también.

—Lo digo desde el respeto.

—Claro.

Morales bebió un sorbo.

—¿Al final le dio una oportunidad a las series?

Clara lo miró por encima del vaso.

—No.

—Una pena. Igual habría dormido mejor.

—Morales.

—Ya me callo.

Continuaron caminando.

—¿Tenemos algo nuevo? —preguntó Clara.

La expresión de Morales perdió el tono de broma.

—Del teléfono de Roberto.

Clara dejó de beber.

—¿Qué?

—Álex Roldán ha conseguido acceder al contenido. Estaba terminando de revisarlo cuando he llegado.

—Vamos.

Morales la siguió.

—Sabía que el café iba a durar poco.



El especialista en informática forense los esperaba frente a dos monitores encendidos.

Rondaba los cuarenta y la taza vacía junto al teclado delataba que llevaba allí varias horas.

Al verlos entrar, se puso en pie.

—Buenos días, mi teniente. Sargento.

Clara dejó el café sobre una mesa auxiliar.

—Morales me ha dicho que ha conseguido acceder al teléfono.

—Sí.

Roldán volvió a sentarse.

—Ya he hecho una primera revisión.

Clara se colocó junto a él.

—¿Algo relevante?

—La mayor parte es exactamente lo que cabría esperar del teléfono de alguien que regentaba un bar. Conversaciones con proveedores, reservas, clientes, pedidos... Bastante actividad relacionada con el negocio.

Movió el ratón.

—También fotografías, redes sociales y conversaciones personales. De momento no he encontrado amenazas directas ni nada que indique que Roberto estuviera esperando que alguien quisiera hacerle daño.

—¿Llamadas de la noche del asesinato? —preguntó Morales.

—Las estamos cruzando con los registros. No hay ninguna que destaque a simple vista, pero todavía no daría esa parte por cerrada.

—¿Y los mensajes?

Roldán abrió una ventana.

—Ahí hay algo que quiero que vean.

Clara y Morales se acercaron a la pantalla.
El técnico abrió WhatsApp.
Decenas de conversaciones llenaron la pantalla.
Roldán desplazó el cursor hasta detenerlo sobre un grupo.
Clara leyó el nombre.
—«Los 5 Moskeperros».
A Clara se le escapó una sonrisa.
Morales se inclinó hacia la pantalla.
—Con k.
—Eso parece.
—La adolescencia fue una época difícil para todos.
Clara lo miró de reojo.
—¿Usted tenía algo peor?
—Esa información está clasificada.
Roldán reprimió una sonrisa.
—En este caso el nombre tiene unos cuantos años.
Abrió la información del grupo.
Cinco participantes.
Roberto y otros cuatro hombres.
Clara reconoció inmediatamente la composición.
—Son los de la fotografía.
Morales observó los nombres.
—Los cuatro amigos.
—Sí —respondió Roldán—. El grupo se creó cuando eran adolescentes.
Clara se acercó un poco más.
—¿Fecha?
Roldán señaló la pantalla.
7 de octubre de 2015.
Morales hizo un cálculo.
—Tenían unos dieciséis años.
—Aproximadamente —respondió Roldán.
Clara permaneció mirando la fecha.
Un grupo de amigos creado más de una década atrás no tenía nada de extraordinario.
—¿Qué le ha llamado la atención?

Roldán regresó a la conversación.

—La actividad.

Comenzó a desplazarse.

Cumpleaños.

Bromas.

Fotografías antiguas.

Alguna felicitación navideña.

Intentos de organizar comidas que unas veces prosperaban y otras quedaban enterrados bajo una sucesión de excusas.

Era una de esas conversaciones que sobreviven durante años incluso cuando quienes las iniciaron ya apenas forman parte de la vida cotidiana de los demás.

—No parece que fueran precisamente inseparables últimamente —dijo Morales.

—No —respondió Roldán—. El grupo llevaba bastante tiempo prácticamente muerto.

Clara observó la pantalla.

Encajaba con lo que Sergio, el empleado del Manila, les había contado: Roberto se había ido alejando de sus antiguos amigos.

El técnico detuvo el desplazamiento.

—Pero hay otra cosa.

—¿Cuál? —preguntó Clara.

Roldán señaló la barra lateral.

—Falta el principio.

—¿Cómo que falta?

—Los primeros mensajes del grupo no están en el terminal. La conversación conservada empieza después de la fecha de creación.

Clara volvió a mirar:

7 de octubre de 2015.

—¿Cuánto después?

—Lo suficiente para saber que se eliminó una parte del historial.

—¿Quién la eliminó?

Roldán negó con la cabeza.

—Desde este terminal no puedo determinarlo. Solo puedo decirles que esos mensajes ya no están aquí.

—¿Se pueden recuperar?

—Si se borraron hace tantos años y no disponemos de una copia de seguridad de aquella época, es muy improbable.

Clara mantuvo la vista en la fecha.

—Pero no sabemos cuándo se borraron.

—Exactamente.

Morales cruzó los brazos.

—Pudo hacerlo Roberto hace diez años.

—O hace cinco —dijo Clara.

—O por cualquier motivo que no tenga nada que ver con su muerte —añadió Roldán.

Clara asintió.

Eso era importante.

Una ausencia podía despertar preguntas, pero no convertirse por sí sola en una prueba.

—Sigamos.

Roldán continuó desplazándose.

Roldán avanzó por meses y después por años.

Felicitaciones.

Memes.

Fotografías.

Alguna conversación sobre fútbol.

Nada que justificara detenerse.

Hasta que Roldán dejó de mover el ratón.

—Aquí.

Clara miró la fecha.

Tres semanas antes de la muerte de Roberto.

—¿Qué ocurre?

—Después de meses sin una conversación real, Roberto escribió esto.

En la pantalla apareció el mensaje.

Robe:

Tenemos que hablar.

Un minuto después:

David:

Otra vez 🙄

Robe:

Va en serio.

Alvi:

¿Ahora qué pasa?

Robe:

No puedo seguir con esto.

Clara dejó el vaso de café sobre la mesa.

Nadie habló.

Roldán continuó.

Pasaron varios minutos antes de que apareciera una respuesta.

Iván:

Han pasado muchos años.

Clara entrecerró ligeramente los ojos.

Después:

Robe:

Por eso.

Silencio.

Tres minutos.

Cuatro.

Cinco.

Finalmente:

David:

Déjalo estar tío eran cosas de crío.

Morales se inclinó un poco más hacia la pantalla.

Robe:

No.

Otra pausa.

Iván:

¿Has bebido?

Robe:

No.

Iván:

Pues deja de darle vueltas.

La última respuesta de Roberto apareció unos segundos después.

Robe:

No puedo.

Y, finalmente:

Robe:

No puedo seguir mirando para otro lado.

Roldán dejó de desplazarse.

La conversación terminaba ahí.

Durante unos instantes, los tres se limitaron a mirar la pantalla.

Clara leyó de nuevo los mensajes desde el principio.

—¿No volvieron a hablar de esto? —preguntó.

—No en el grupo —respondió Roldán.

—¿Conversaciones individuales?

—Estoy revisándolas.

—Quiero saber si Roberto contactó con alguno de ellos después de estos mensajes. Llamadas, WhatsApp, SMS, cualquier aplicación de mensajería.

—Lo comprobaré.

Morales señaló la pantalla.

—Sea lo que sea, los cinco saben de qué están hablando.

En eso no había margen para la duda.

Roberto no había necesitado explicar a qué se refería.

Ninguno había preguntado a qué se refería.

Los demás lo habían entendido de inmediato.

—Y ocurrió hace años —añadió.

Morales miró la fecha de creación del grupo.

—Cuando eran adolescentes.

Clara negó lentamente.

—No necesariamente. Sabemos que ellos hablan de algo antiguo.

No sabemos cuándo ocurrió exactamente.

Morales aceptó la corrección.

—Cierto.

Clara volvió a leer el último mensaje.

No puedo seguir mirando para otro lado.

Hasta entonces, la muerte de Roberto solo les había dejado preguntas.

Ahora una empezaba a tomar una forma concreta.

¿Qué había hecho Roberto Sánchez tantos años atrás que, tres semanas antes de morir, había decidido que ya no podía seguir

callando?

Clara se volvió hacia Morales.

—Quiero hablar con los cuatro.

—Ortega debería tener ya la información que le pedimos.

—Llámelo.

Morales sacó el teléfono.

Clara permaneció frente a la pantalla.

Cinco nombres componían aquel grupo.

Uno de ellos estaba muerto; los otros cuatro compartían algo que Roberto había decidido sacar a la luz.

E Iván acababa de convertirse en el primero con quien Clara quería hablar.

CAPÍTULO 11

El secreto

Apenas cuarenta minutos después, el vehículo oficial abandonaba Sevilla rumbo a El Cuervo.

La autovía fue quedando atrás y el paisaje se abrió en una sucesión de campos dorados salpicados de olivares. Había poco tráfico; el zumbido constante del motor ocupaba el espacio que ninguno de los dos parecía dispuesto a llenar.

Clara miraba por la ventanilla sin prestar verdadera atención al paisaje.

Seguía dándole vueltas a la fecha de creación del grupo, a los mensajes desaparecidos y, sobre todo, a aquella conversación de tres semanas atrás.

Han pasado muchos años.

Cosas de crío.

No puedo seguir mirando para otro lado.

Roberto había querido hablar.

Los demás habían intentado impedírselo.

Eso no convertía a ninguno de ellos en asesino.

Pero sí significaba que los cuatro podían saber algo que ellos desconocían.

El teléfono de Morales vibró sobre la consola central.

Miró la pantalla.

—Ortega.

Aceptó la llamada mediante el manos libres.

—Dígame.

La conversación fue breve.

Cuando terminó, Morales dejó el teléfono junto a la palanca de cambios.

—Ha cumplido su palabra.

Clara apartó la mirada de la ventanilla.

—¿Los cuatro?

—Nombre completo, domicilio, fotografía y la información que ha podido reunir de cada uno.

—¿Algo destacable?

—A primera vista, nada.

Morales le tendió el teléfono.

Clara repasó los cuatro rostros.

David Silva.

Álvaro Silva.

Iván Ganfornina.

Jaime Moreno.

Cuatro hombres con vidas aparentemente normales.

Cuatro hombres que habían entendido perfectamente de qué hablaba Roberto tres semanas antes de morir.

Clara devolvió el teléfono.

—Empecemos por el que viva más cerca del Manila.

Morales consultó la información.

—Iván Ganfornina.

Tomó la salida que conducía hacia El Cuervo.

El resto del trayecto transcurrió sin conversación.



La vivienda de Iván se encontraba en una calle tranquila, a pocos minutos del centro.

Era una casa de dos plantas, de fachada clara y líneas sencillas. Las ventanas estaban protegidas por rejas negras y varias macetas perfectamente cuidadas flanqueaban la entrada.

Sobre la puerta principal colgaba una pequeña cerámica de Nuestra Señora de la Esperanza protegida por un discreto tejadillo de tejas árabes.

Morales apagó el motor.

Consultó una última vez la pantalla del teléfono.

—Iván Ganfornina. Veintisiete años. Graduado en Administración y Dirección de Empresas. Responsable de gestión en una empresa de distribución agrícola.

Clara observó la vivienda.

—¿Algo más?

Morales deslizó el dedo por la pantalla.

—Hermano mayor de la Hermandad de Nuestra Señora de la Esperanza.

Levantó la vista hacia la pequeña cerámica situada sobre la puerta.

—Supongo que aquí todo el mundo lo conocerá.

Clara se desabrochó el cinturón.

—En un pueblo como este, probablemente.

Abrió la puerta.

—Vamos a escuchar qué tiene que decir.

El llamador apenas había dejado de resonar cuando alguien abrió.

La mujer que apareció tendría unos veintitantos años. Llevaba el cabello castaño recogido en una coleta sencilla, vaqueros claros y una camiseta blanca. En una mano sostenía un paño de cocina.

Al verlos, la expresión de la joven cambió.

Clara mostró la identificación.

—Buenos días. Guardia Civil. ¿Iván Ganfornina?

La joven asintió.

—Sí. Está en casa. Soy Diana, su prometida.

La preocupación le borró cualquier amago de cordialidad.

—¿Ha ocurrido algo?

—Necesitamos hacerle unas preguntas sobre Roberto Sánchez.

Fue mínimo.

Un instante.

Los dedos de Diana se tensaron alrededor del paño.

Después relajó la mano.

—Pasen.

Se apartó para dejarlos entrar.

Los condujo hasta un salón amplio y luminoso.

—Voy a avisarlo.

Diana desapareció por el pasillo.

Clara recorrió la estancia con la mirada.

Muebles modernos.

Libros alineados en una estantería.

Fotografías de viajes y reuniones familiares distribuidas sobre un aparador.

Una vivienda ordenada.

Cuidada.

Nada que, por sí mismo, mereciera atención.

Morales se acercó ligeramente a una de las fotografías.

Iván aparecía vestido con la túnica de la hermandad y sostenía una vara entre las manos.

Clara continuó recorriendo las imágenes.

Pareja.

Familia.

Amigos.

Entonces se detuvo.

Una fotografía distinta a las demás la hizo detenerse.

Era más antigua.

Cinco adolescentes miraban a la cámara.

Clara reconoció a Roberto.

También a Iván.

No necesitó comprobar los otros tres rostros para saber quiénes eran.

Los 5 Moskeperros.

Morales siguió la dirección de su mirada.

—Vaya.

Clara se acercó un poco más.

Debían de tener dieciséis o diecisiete años.

Sonreían.

Cinco amigos convencidos, como casi todos a esa edad, de que algunas cosas durarían para siempre.

Escucharon pasos en el pasillo.

Clara se apartó del aparador.

Iván entró en el salón mientras terminaba de abrocharse el último botón de una camisa azul claro.

Era un hombre de complexión atlética, bien afeitado y con el cabello oscuro cuidadosamente peinado.

Al descubrirlos, algo cruzó por su expresión y desapareció casi de inmediato.

Sorpresa, quizá inquietud.
Demasiado rápido para atribuirle un significado.
—Buenos días.
Su voz era firme.
—Soy Iván.
Clara se presentó y le estrechó la mano.
Le devolvió un apretón firme.
—Imagino que vienen por Roberto.
—Así es.
Iván miró hacia el pasillo.
—Diana, cariño, no hace falta que te quedes.
Ella apareció de nuevo.
—¿Seguro?
—Sí. No pasa nada.
Diana dudó antes de asentir.
—Estoy en la cocina.
Cuando desapareció, Iván señaló el sofá.
—Siéntense, por favor.
Clara y Morales tomaron asiento.
Iván ocupó un sillón frente a ellos.
—¿En qué puedo ayudarles?
Clara no abrió la libreta todavía.
—¿Cuánto tiempo hacía que conocía a Roberto?
Iván pareció sorprendido por la pregunta.
—Desde niño. Éramos amigos desde el colegio.
—¿Eran?
Iván advirtió la corrección.
Iván bajó ligeramente la mirada.
—Con los años cada uno hizo su vida.
—¿Se habían distanciado?
—Sí. Supongo que es normal.
—¿Cuándo fue la última vez que habló con él?
Iván pensó.
—No sabría decirle. Hace unas semanas, quizá.
Clara sostuvo su mirada.
—Tres.

Iván se quedó quieto.
Solo un instante.
—Puede ser.
—En un grupo de WhatsApp.
El silencio que siguió fue distinto.
No duró mucho.
Iván miró primero a Clara y después a Morales.
—Han revisado su teléfono.
No lo formuló como una pregunta.
—Sí —respondió Clara.
Iván apoyó los antebrazos sobre las piernas.
—Entonces ya saben lo que hablamos.
—Sabemos lo que escribieron.
Clara hizo una pausa.
—Lo que no sabemos es de qué hablaban.
Iván no respondió.
Clara continuó:
—Roberto dijo que no podía seguir con aquello. Usted respondió que habían pasado muchos años.
Iván bajó la mirada.
—Sí.
—David dijo que eran cosas de críos.
—Y Roberto terminó diciendo que no podía seguir mirando para otro lado.
Clara se inclinó apenas hacia delante.
—¿A qué se refería?
Iván permaneció inmóvil, como si estuviera calculando cuánto quería contarles.
Al final soltó el aire.
—A una estupidez.
Morales habló por primera vez.
—¿Qué clase de estupidez?
Iván levantó la mirada.
—Una que hicimos cuando éramos chavales.
Clara no lo apremió.
Dejó que el silencio hiciera su trabajo.

Iván terminó respirando hondo.

—Fue durante las fiestas del pueblo. Tendríamos dieciséis años. Habíamos bebido y... cogimos el coche del padre de uno de nosotros sin permiso.

Morales permaneció inmóvil.

—¿Los cinco?

—Sí.

—¿Quién conducía? —preguntó Clara.

—Roberto.

Clara observó su rostro.

—Continúe.

—Íbamos dando una vuelta. Haciendo el idiota, básicamente. Al salir de una calle, Roberto calculó mal y golpeamos un coche que estaba aparcado.

Desde el pasillo llegó un ruido.

Diana apareció en la entrada del salón.

—¿Qué coche?

Iván giró la cabeza.

La sorpresa de ella parecía auténtica.

—Diana...

—Nunca me has contado eso.

Él bajó la mirada.

—Porque no es precisamente algo de lo que esté orgulloso.

Diana permaneció junto a la puerta.

Esta vez Iván no le pidió que se marchara.

—¿Hubo heridos? —preguntó Morales.

—No. El coche estaba vacío.

—¿Qué hicieron después?

Iván se pasó una mano por la mandíbula.

—Lo que harían cinco críos asustados. Salimos de allí.

—¿Sin dejar una nota? —preguntó Clara.

—Sin dejar nada.

—¿Y el coche que llevaban?

—Tenía un golpe, pero conseguimos que pareciera otra cosa. El padre de mi amigo creyó que se lo habían dado estando aparcado.

Clara mantuvo la expresión.

—¿Y nunca dijeron la verdad?

—No.

Esta vez la respuesta llegó inmediatamente.

—Teníamos dieciséis años. Estábamos muertos de miedo. Nos prometimos no volver a hablar de aquello.

Clara permaneció en silencio.

La historia era posible.

Cinco adolescentes.

Alcohol.

Un coche cogido sin permiso.

Un accidente.

Una mentira mantenida durante años.

Suficiente para avergonzarse.

Suficiente, quizá, para explicar un «eran cosas de crío».

Pero había una frase que seguía sin encajarle.

—¿Por qué Roberto quería confesarlo ahora?

Iván apoyó la espalda en el sillón.

—Porque llevaba meses muy cambiado.

—¿Desde cuándo?

—Desde que murió su madre. Aquello le afectó muchísimo.

Clara ya lo sabía y no lo interrumpió.

—Empezó a darle vueltas a todo —continuó Iván—. A la enfermedad de ella, al bar, a su vida... A cosas que había hecho mal. Decía que necesitaba poner algunas cosas en orden.

—¿Y una de ellas era localizar al propietario de un coche al que golpearon hace más de diez años?

Iván percibió el escepticismo.

—Ya sé cómo suena.

—¿Cómo suena?

—Exagerado.

Clara no respondió.

Iván continuó:

—Para nosotros aquello quedó atrás. Éramos unos críos y no le hicimos daño a nadie. Pero Roberto empezó a decir que no importaba cuánto tiempo hubiera pasado. Que lo que estaba mal seguía estando mal.

Morales intervino.

—En el grupo usted le preguntó si había bebido.

—Porque Roberto bebía.

—¿Y pensó que estaba borracho?

—Pensé que estaba volviendo a obsesionarse con el tema.

Clara cruzó una pierna sobre la otra.

—Cuando escribió «han pasado muchos años», ¿hablaba del coche?

—Sí.

La respuesta llegó sin vacilación.

—¿Y cuando David escribió «eran cosas de crío»?

—También.

De nuevo respondió sin pensarlo.

Clara lo observó.

Iván no parecía buscar las palabras: las tenía preparadas.

—¿Cuándo se enteró de que Roberto había muerto?

La seguridad de Iván vaciló apenas.

—Ayer por la mañana.

—¿Quién se lo dijo?

—No recuerdo exactamente. La noticia corrió enseguida por el pueblo. Creo que me llamó Álvaro.

—¿Hablarón los cuatro?

Diana lo miró.

—¿Iván?

—Sí.

Clara no apartó los ojos de él.

—¿Cuándo?

—Ayer.

—¿Cuánto tiempo después de enterarse de la muerte de Roberto?

Iván pensó unos segundos.

—Un par de horas, más o menos.

—¿Por teléfono?

—No. Nos vimos.

Morales intervino.

—¿Los cuatro?

—Sí.

—¿Dónde?

Iván dudó.

—En casa de David.

Clara observó su rostro.

—¿Quién propuso reunirse?

—David, creo.

Fue la primera respuesta que tardó en llegar.

—¿Y para qué necesitaban verse?

Iván apoyó los antebrazos sobre las rodillas.

—Roberto acababa de morir. Éramos amigos desde niños.

—Ha dicho que llevaban años distanciados.

Iván sostuvo su mirada.

—Eso no significa que no nos afectara.

—No he dicho que no.

Clara dejó pasar un par de segundos.

—¿Hablaron de los mensajes?

Silencio.

Diana volvió lentamente la mirada hacia su prometido.

Iván terminó asintiendo.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque supusimos que acabarían revisando su teléfono.

—¿Y decidieron reunirse para hablar de lo que iban a encontrar?

—No fue así.

—¿Cómo fue?

Iván se removió ligeramente en el sillón.

—Estábamos intentando entender qué había pasado. Salió el tema de los mensajes y pensamos que podían parecer más importantes de lo que eran.

Morales inclinó ligeramente la cabeza.

—Así que repasaron lo ocurrido aquella noche.

—Sí.

—Los cuatro juntos.

Iván lo miró.

—Sí.

Clara mantuvo los ojos sobre él.

—Una historia de hace más de diez años.

—Sí.

—Que decidieron reconstruir entre los cuatro pocas horas después de que Roberto apareciera muerto.

Iván sostuvo su mirada.

—Sabíamos que ustedes preguntarían.

La explicación era posible y, precisamente por eso, resultaba difícil saber cuánto valor concederle.

Clara cerró la libreta.

—De momento es todo, señor Ganfornina.

Iván pareció relajarse, aunque apenas.

Se levantó.

—Por supuesto.

Diana permaneció junto a la puerta del salón.

Su expresión ya no era la misma con la que los había recibido.

Ahora miraba a Iván, no a los guardias civiles.

Mientras caminaban hacia la salida, Clara se detuvo frente al aparador.

La fotografía seguía allí.

Cinco adolescentes abrazados durante las fiestas del pueblo.

Roberto.

Iván.

Álvaro.

Jaime.

Cinco sonrisas.

Una noche de alcohol, un coche golpeado, una mentira de adolescentes y una explicación sencilla para un secreto de más de diez años.

Clara contempló la fotografía apenas un instante más.

—Gracias por su tiempo.

Iván abrió la puerta.

—Si necesitan cualquier cosa...

—Lo llamaremos.

Salieron.



El vehículo abandonó la zona del bulvar y continuó por la calle Fernando Cámara.

A ambos lados, las fachadas encaladas de viviendas de dos plantas se alternaban con pequeños comercios, cafeterías y negocios familiares. Naranjos y palmeras proyectaban sombras irregulares sobre las aceras mientras las terrazas empezaban a llenarse de vecinos.

Morales redujo la velocidad.

—Es aquí.

Detuvo el coche frente a dos viviendas adosadas, separadas únicamente por un estrecho muro medianero.

Clara abrió la carpeta.

—David Silva. Veintiocho años. Concejal de Deportes del Ayuntamiento. Soltero. Además del cargo público, organiza eventos deportivos en el municipio.

Morales miró hacia las casas.

—Buena imagen.

Clara pasó la hoja.

—Álvaro Silva. Veintiséis. Trabaja en la construcción.

Se detuvo en la información siguiente.

—Una reyerta en un bar hace cuatro años. Varias sanciones por conducir bajo los efectos del alcohol.

Morales se desabrochó el cinturón.

—Parece que uno pone las normas y el otro se las salta.

Clara cerró la carpeta.

—Eso es lo que dicen dos hojas de papel.

Abrió la puerta.

—Vamos a averiguar quiénes son de verdad.

Clara llamó dos veces al timbre de la vivienda de David.

Una mujer de alrededor de cincuenta años abrió la puerta, todavía con un paño entre las manos. Tras identificarse, les indicó que su hijo y su primo Álvaro estaban desayunando, como cada mañana, en un bar cercano.

El bar estaba a pocos metros.

Nada más entrar en el establecimiento los recibió el olor a café recién hecho y pan tostado. Una cafetera resoplaba detrás de la barra mientras varias conversaciones se mezclaban con el sonido de cucharillas y platos.

Morales recorrió el local con la mirada.

—Allí.

En la mesa más alejada de la entrada, dos hombres terminaban de desayunar.

Ambos levantaron la vista al verlos acercarse.

Clara reconoció sus rostros antes de llegar hasta ellos. Los había visto en la fotografía.

David fue el primero en reaccionar.

Vestía una camisa azul claro remangada hasta los codos y unos vaqueros oscuros. Tenía el aspecto cuidado de alguien acostumbrado a tratar con gente y una expresión abierta que se tensó ligeramente cuando Clara mostró la identificación.

—Buenos días. Soy la teniente Clara Díaz. Él es el sargento Javier Morales.

David miró la placa.

—Claro.

Clara guardó la identificación.

—Estamos investigando la muerte de Roberto Sánchez. Nos gustaría hacerles unas preguntas.

Los dos primos intercambiaron una mirada.

David respondió.

—Por supuesto. Siéntense.

Álvaro permaneció apoyado contra el respaldo. Era más corpulento que su primo. Los antebrazos curtidos por el trabajo asomaban bajo las mangas de una camiseta oscura y llevaba una barba de varios días.

No parecía incómodo, pero tampoco especialmente contento de verlos.

Clara esperó a que Morales tomara asiento. Ella se quedó un momento de pie.

Sobre la mesa había dos cafés, dos medias tostadas prácticamente terminadas, un periódico deportivo doblado y las

llaves de una furgoneta.

Nada, a primera vista, que mereciera más atención.

Se sentó.

—Imagino que saben por qué estamos aquí.

La cordialidad de David se desvaneció.

—Por Roberto.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaron con él?

Los primos volvieron a mirarse.

Esta vez Clara reparó en que fue David quien respondió.

—El lunes por la noche. Vimos el partido en el Manila.

—¿Hasta qué hora?

—Sobre la una menos cuarto —respondió David—. Nosotros nos fuimos antes de que cerrara.

Clara anotó la hora.

—¿Quién se quedó con Roberto?

—Sergio. Estaba terminando con él.

Álvaro asintió.

—Sí. Nosotros nos fuimos y ellos se quedaron recogiendo.

—¿Era habitual?

—Sí —dijo Álvaro—. Sergio ayudaba a cerrar y después Roberto terminaba algunas cosas por su cuenta.

Eso encajaba con la declaración que ya les había dado Sergio.

—¿Cómo era vuestra relación con Roberto?

David respondió primero.

—Éramos amigos desde pequeños.

Álvaro añadió:

—Como hermanos.

Clara dejó el bolígrafo sobre la libreta.

—¿Como hermanos?

Álvaro sostuvo su mirada.

—Sí.

—Iván nos ha dicho que con los años se habían distanciado.

David cogió la cucharilla y la hizo girar una vez entre los dedos.

—Bueno... sí. Cada uno hizo su vida.

—Entonces ya no eran tan cercanos.

—No como antes —admitió David—. Pero seguíamos siendo amigos.

Morales apoyó los antebrazos sobre la mesa.

—Tiene que ser duro perder así a alguien a quien conocen desde niños.

David dejó la cucharilla junto al plato.

—Todavía no nos lo creemos.

Álvaro bajó la mirada.

Clara continuó.

—¿Cuándo empezó a cambiar la relación?

David suspiró.

—Después de morir su madre. Aquello lo destrozó.

—¿En qué sentido?

—Estaba más callao —respondió Álvaro.

David continuó:

—Salía menos. Bebía menos. Incluso cuando quedaba con nosotros parecía que estaba pensando en otra cosa.

Clara anotó la respuesta.

Coincidía con lo que habían escuchado antes. No demostraba que fuera cierto, pero les daba algo que comprobar.

Cerró la libreta.

El gesto llamó la atención de ambos.

Entonces llegó a la pregunta que realmente le interesaba.

—¿Quiénes eran los Cinco Moskeperros?

David se quedó inmóvil.

Álvaro desvió la mirada hacia la cristalera.

Esta vez ninguno respondió.

Morales observó a uno y a otro.

Después sonrió.

—Tranquilos. No vamos a detener a nadie por esa «k».

David dejó escapar una risa breve.

Incluso Álvaro relajó ligeramente la expresión.

—Éramos nosotros —respondió David al fin—. Los cinco.

—Roberto, Iván, Jaime y ustedes dos —dijo Clara.

—Sí.

Morales señaló las tazas.

—Tengo que reconocer que esperaba una historia mejor detrás del nombre.

—Teníamos dieciséis años.

—Eso explica muchas cosas.

—Morales —advirtió Clara.

—Estoy creando un ambiente de confianza, mi teniente.

Clara lo miró.

—Pues confíe en silencio.

David volvió a reír y la tensión cedió lo suficiente.

Clara no interrumpió el momento.

Morales podía parecer espontáneo, incluso distraído, pero Clara empezaba a comprobar que no lo era. Sabía cuándo hablar y, sobre todo, cómo conseguir que los demás lo hicieran.

Clara volvió su atención hacia David.

—Hace tres semanas Roberto escribió en ese grupo que necesitaban hablar.

—Dijo que no podía seguir con aquello.

David bajó los ojos hacia su café.

—Sí.

—Y usted respondió que eran cosas de críos.

Esta vez no tocó la cucharilla.

—¿A qué se refería?

David soltó el aire.

—Fue hace muchos años.

Clara no lo apremió.

—Éramos unos críos.

Morales permaneció inmóvil.

—Continúe —dijo Clara.

David apoyó las manos sobre la mesa.

—Durante las fiestas cogimos el coche del padre de uno de nosotros.

—¿Quiénes?

—Los cinco.

—¿Habían bebido?

—Sí.

—¿Quién conducía?

David levantó la mirada.

—Roberto.

La respuesta coincidía con la de Iván.

Clara no mostró reacción alguna.

—¿Qué pasó?

—Golpeamos un coche que estaba aparcado.

—¿Había alguien dentro?

—No.

—¿Qué hicieron?

David vaciló.

—Nos fuimos. Éramos unos críos.

De nuevo la misma justificación.

Clara miró a Álvaro.

—¿Fue así?

Él asintió.

—Quiero escucharlo de usted.

Álvaro frunció ligeramente el ceño.

—Ya se lo ha contado.

—No le he preguntado qué ha contado su primo. Le he preguntado qué recuerda usted.

Álvaro se inclinó hacia delante.

—Habíamos bebido. Cogimos el coche. Roberto conducía. Le dimos un golpe a otro que estaba aparcado y nos largamos.

Clara sostuvo su mirada.

—¿Dónde ocurrió?

Álvaro abrió la boca, pero no respondió de inmediato.

David giró ligeramente la cabeza hacia él.

—No lo sé —dijo Álvaro—. Hace más de diez años.

—¿Y usted? —preguntó Clara mirando a David.

—Tampoco lo recuerdo.

—¿Qué coche conducían?

David respondió:

—No me acuerdo del modelo.

—¿De quién era?

—Del padre de Jaime.

Clara anotó el dato.

Iván no había dado ese nombre.

—¿Y el coche al que golpearon?

—Ni idea —respondió Álvaro.

—¿Color?

—No me acuerdo.

—¿Marca?

—Tampoco.

Clara cerró de nuevo la libreta.

La historia seguía siendo la misma. Los detalles, en cambio, se desdibujaban en cuanto Clara se alejaba de su estructura principal.

—¿Por eso se reunieron ayer?

David la miró.

—Sí.

—Para recordar esta historia.

—Para hablar de Roberto.

—Y de esta historia.

David apretó los labios.

—También.

Álvaro movió una mano sobre la mesa, como si fuera a intervenir, pero terminó retirándola.

Clara lo vio.

—¿Quién propuso la reunión?

—Yo.

Al menos aquello coincidía con lo que Iván había dicho recordar.

—¿Y Jaime?

—Estuvo con nosotros.

—¿Los cuatro acordaron contar lo ocurrido si preguntábamos?

David negó.

—No acordamos nada.

Morales habló entonces.

—Pero repasaron los hechos.

David lo miró.

—Sí.

Morales asintió lentamente.

—Entiendo.

Clara se puso en pie.

Los dos primos parecieron sorprendidos por lo abrupto del final.
—¿Eso es todo? —preguntó David.
—De momento.
Álvaro cruzó los brazos.
—¿Cree que alguno de nosotros ha matado a Roberto?
Clara estudió su reacción.
—No he dicho eso.
—Pero lo está pensando.
—Estoy pensando que Roberto quería hablar de algo que ustedes preferían dejar enterrado.
Álvaro descruzó los brazos. Pareció dispuesto a responder.
David se adelantó.
—Ya le hemos explicado qué era.
Álvaro lo miró.
No añadió nada.
Clara asintió.
—Sí.
Guardó la libreta.
—Ahora nos toca comprobarlo.
Morales se levantó.
Antes de marcharse, Clara miró una última vez a los dos primos.
—Una cosa más.
Ambos esperaron.
—Si recuerdan cualquier detalle, por insignificante que les parezca, llámenme.
Dejó una tarjeta sobre la mesa.
—A veces los recuerdos cambian con el tiempo.
Ninguno respondió.
Cuando los dos guardias civiles abandonaron el bar, Álvaro esperó hasta verlos alejarse tras la cristalera.
—¿Crees que sospechan algo?
David tomó la tarjeta que Clara había dejado sobre la mesa y la hizo girar entre los dedos.
—No lo sé —dijo sin apartar la vista de ella.

CAPÍTULO 12

Despedida

El bullicio del bar quedó atrás en cuanto la puerta se cerró.

Clara y Morales caminaron hasta el vehículo sin hablar.

La calle Fernando Cámara seguía ajena a la investigación. Las terrazas continuaban llenándose, los comercios terminaban de levantar sus persianas y un repartidor descargaba varias cajas de fruta frente a una pequeña tienda.

A escasos metros de allí, David y Álvaro acababan de ofrecerles una explicación para un secreto de más de diez años.

Morales abrió el coche.

Esperó a que Clara entrara antes de rodearlo y ocupar el asiento del conductor.

—¿Qué le han parecido?

Clara dejó la carpeta sobre las piernas.

—Preparados.

Morales introdujo la llave, pero no arrancó.

—¿Preparados para mentir?

—No necesariamente.

—Entonces no la sigo.

Clara miró hacia el bar.

—Iván nos cuenta que hace once años cogieron un coche sin permiso. Los cinco habían bebido. Roberto conducía. Golpearon un vehículo estacionado y huyeron.

—Y ellos cuentan lo mismo.

—Exactamente lo mismo.

—Porque ocurrió.

Clara giró la cabeza hacia él.

—Es posible.

Morales esperó a que continuara.

—También sabemos que ayer los cuatro se reunieron —continuó ella—. Y que hablaron de lo que encontraríamos en el teléfono de

Roberto.

—Así que han tenido tiempo de reconstruir la historia juntos.

—Sí.

Morales apoyó las manos sobre el volante.

—Pero eso tampoco significa que sea falsa.

Clara sonrió apenas.

—Está aprendiendo.

—Me preocupa la velocidad.

Clara volvió la vista hacia el parabrisas.

—No me preocupa que coincidan en lo esencial. Después de once años sería normal recordar que cogieron un coche, que Roberto conducía y que tuvieron un accidente.

—Lo que le preocupa es cómo reaccionan.

—Exacto.

Morales arrancó.

—En cuanto aparece el tema dejan de hablar con naturalidad.

Clara lo miró.

—Ha hecho un buen trabajo ahí dentro, Morales.

El sargento giró la cabeza hacia ella.

—¿Eso era un cumplido?

—No se acostumbre.

—Demasiado tarde.

A Clara se le escapó una sonrisa.

Morales se incorporó a la circulación.

—Solo he intentado que se relajaran.

—Y lo ha conseguido.

—A veces funciona mejor que entrar dando golpes en la mesa.

—Yo no doy golpes en la mesa.

—Era una metáfora, mi teniente.

—Una bastante mala.

Morales sonrió.

Clara abrió de nuevo la carpeta.

—Cuando he mencionado el grupo se han cerrado. Usted ha rebajado la tensión y David ha empezado a hablar.

—Para eso estamos.

—No.

Morales la miró de reojo.

—¿No?

—Usted lo hace de manera natural. La gente baja la guardia con usted.

Esta vez no bromeó.

—Y con usted hacen justo lo contrario.

Clara levantó una ceja.

—Gracias.

—No lo decía como algo malo.

—Menos mal.

Morales sonrió.

—Usted hace que la gente piense muy bien lo que va a decir. Yo intento que deje de pensarlo.

Clara lo observó un momento.

Después volvió a la carpeta.

—Puede que funcione.

—¿Puede?

—No abuse del momento.

Morales soltó una carcajada.

El silencio volvió al coche, pero esta vez resultó cómodo.

—Entonces —dijo Morales—, ¿qué hacemos con la historia del coche?

—Comprobarla.

—¿Y después?

Clara miró los cuatro nombres anotados.

Iván.

David.

Álvaro.

Jaime.

—Nos queda Jaime.

En ese mismo instante, el teléfono de Morales vibró sobre la consola.

Miró la pantalla.

—Ortega.

Respondió mediante el manos libres.

—Dime, Manuel.

Clara giró ligeramente la cabeza hacia él.
Ayer había sido el jefe de Policía Ortega.
Morales tenía una facilidad sorprendente para acortar distancias.
—Javi, acabo de acordarme de una cosa —dijo Ortega al otro lado.
—Cuéntame.
—El entierro de Roberto es dentro de un par de horas. Ya hay gente en el cementerio y seguramente vaya medio pueblo. Los amigos también estarán.
Clara levantó la vista.
Morales la miró.
—Perfecto. Gracias por avisar.
—Y una cosa más.
—Dispara.
—No te vayas del pueblo sin probar un bizcocho de la pastelería Santa Margarita. Luego no digas que no te advertí.
Morales soltó una carcajada.
—Lo tendré en cuenta.
La llamada terminó.
Clara permaneció mirándolo.
—¿Manuel?
—¿Qué pasa?
—Ayer era el jefe de Policía Ortega.
—Supongo que ya no somos tan desconocidos.
Clara negó suavemente con la cabeza.
—Tiene una facilidad sorprendente para ganarse a la gente.
—Forma parte del trabajo.
—Empiezo a darme cuenta.
Morales volvió la atención a la carretera.
—¿Qué hacemos, mi teniente? ¿Vamos a por Jaime?
Clara consultó la hora.
Clara se tomó un momento antes de responder.
Después guardó la carpeta.
—Cambiamos de planes.
—¿Cementerio?
Clara asintió.

—Jaime puede esperar. El entierro de Roberto, no.

Morales siguió las indicaciones del navegador.

Al abandonar el casco urbano, una rotonda dio paso a una carretera estrecha que discurría entre parcelas delimitadas por muros bajos y largas hileras de pinos. A ambos lados se sucedían terrenos de labor y algunas fincas dispersas mientras El Cuervo iba quedando atrás.

Apenas un par de minutos después apareció el cementerio municipal.

Un recinto sobrio, rodeado por altos muros encalados que ocultaban buena parte de su interior. El acceso se abría en el centro de la fachada bajo un sencillo rótulo de piedra. Tras la verja de hierro asomaban las copas oscuras de varios cipreses y el blanco de las primeras coronas de flores.

Una fila de vehículos ocupaba ya los aparcamientos.

Algunos vecinos caminaban hacia la entrada con ramos entre las manos. Otros permanecían reunidos en pequeños corrillos, hablando en voz tan baja que sus conversaciones se confundían con el viento.

Morales estacionó.

Ninguno se apresuró a bajar.

—Aquí va a estar medio pueblo —dijo él.

Clara observó a la gente que continuaba llegando.

—Eso dijo Ortega.

—Buen sitio para mirar.

Ella giró la cabeza hacia él.

Morales levantó las manos.

—Solo mirar. Prometido.

Clara abrió la puerta.

—Procure que no se note.



Al cruzar la entrada, el murmullo de la calle quedó atrás.

Las conversaciones se habían reducido a susurros y hasta los pasos parecían más contenidos, como si el lugar impusiera por sí

solo la necesidad de bajar la voz.

La sala reunía ya a decenas de vecinos vestidos de oscuro.

Algunos sostenían flores entre las manos. Otros se abrazaban en silencio. Hombres acostumbrados a saludarse con palmadas en la espalda estrechaban ahora las manos con solemnidad, mientras varias mujeres se secaban discretamente las lágrimas.

Clara avanzó sin prisa.

No buscaba nada concreto; precisamente por eso miraba a todos.

Reconoció a Antonio, el hombre que había encontrado el cadáver. Permanecía apartado del resto, con la gorra entre las manos y la vista clavada en el suelo.

Más allá estaba Sergio.

El trabajador del Manila hablaba con varios vecinos, aunque apenas conseguía terminar una frase sin que la emoción le quebrara la voz.

Clara continuó entre los asistentes.

Entonces los vio.

David e Iván conversaban en voz baja.

Álvaro permanecía junto a ellos, pero no participaba demasiado en la conversación. Cada pocos segundos desviaba la mirada hacia la entrada.

Clara redujo el paso.

Morales también lo advirtió.

—¿Busca a alguien? —susurró.

—Eso parece.

Entró una pareja de edad avanzada.

Después una mujer acompañada de dos adolescentes.

Nadie más.

—¿Jaime? —preguntó Morales.

Clara tardó un momento en responder.

Habían interrogado a tres de los cuatro amigos y el cuarto todavía no había aparecido.

—Puede ser.

Continuaron andando.

No había razón para conceder más importancia a una ausencia que todavía podía explicarse de cien maneras.

Sobre un atril de madera descansaba una fotografía enmarcada.
Roberto sonreía.

Clara redujo el paso.

Hasta entonces había visto su rostro en fotografías policiales, en documentos y, sobre todo, inmóvil junto a una fuente.

Aquel hombre era distinto.

Parecía más joven de lo que recordaba, aunque probablemente no lo fuera. Sonreía a la cámara con la despreocupación de quien no sabe que algún día un desconocido examinará esa imagen buscando comprender quién fue.

Clara permaneció frente a la fotografía unos segundos.

Llevaba dos días investigando la muerte de Roberto Sánchez y quizá aquel fuera el primer momento en que intentaba conocer a Robe.

No al cadáver ni a la víctima, sino al hombre.

—Teniente.

La voz de Morales la devolvió a la sala.

Clara siguió la dirección de su mirada.

Un hombre de unos sesenta años avanzaba entre los asistentes estrechando manos y recibiendo abrazos. Vestía un traje oscuro y dedicaba unas palabras a cada persona que se acercaba.

Algunas buscaban su mano.

Otras simplemente apoyaban una palma sobre su hombro.

Clara lo reconoció.

—El doctor Romero.

—Parece que todo el pueblo lo conoce.

Gonzalo terminó de hablar con una mujer mayor y levantó la vista.

Sus ojos encontraron los de Clara.

Sus miradas se sostuvieron un instante.

Después el médico se acercó.

—Teniente Díaz. Sargento Morales.

Su voz sonaba cansada.

—Doctor —saludó Clara.

Gonzalo estrechó primero su mano y después la de Morales.

—Gracias por venir.

—Lo sentimos mucho —dijo Clara.

El médico desvió la mirada hacia el lugar donde descansaba el féretro.

—Hoy hemos perdido a un vecino.

Calló un momento.

—Y en un pueblo como este esas cosas se sienten de otra manera.

Un hombre lo llamó desde unos metros más allá.

Gonzalo volvió la cabeza.

—Disculpen.

—Por supuesto —respondió Clara.

El médico se alejó.

Apenas había dado unos pasos cuando otra persona se acercó a abrazarlo.

Y después otra.

Morales observó la escena.

—Da la impresión de que confían mucho en él.

Clara siguió al médico con la mirada.

—Es el médico del pueblo.

—Ya.

—¿Qué?

Morales se encogió de hombros.

—Nada. Que a mi médico de cabecera no lo abrazaría tanta gente.

Clara estuvo a punto de responder, pero un toque de campana apagó poco a poco las conversaciones.

Los asistentes comenzaron a ocupar sus lugares.

Clara y Morales se situaron discretamente al fondo.

Desde allí podían observar la estancia sin llamar demasiado la atención.

El féretro de madera clara descansaba frente al altar, rodeado de coronas de flores blancas y centros de claveles. Junto a un crucifijo, la fotografía de Roberto continuaba mostrando aquella sonrisa que parecía pertenecer a otro lugar.

El párroco avanzó hasta el atril.

Era un hombre corpulento, de cabello completamente canoso y voz pausada.

Esperó hasta que la sala quedó en silencio.

—Es duro despedir a alguien. Pero lo es aún más cuando se marcha demasiado pronto.

Su mirada recorrió a los presentes.

—Hoy nos reunimos para decir adiós a Roberto Sánchez. Un hijo de este pueblo. Un amigo. Un vecino.

Hizo una pausa.

—La muerte siempre deja preguntas. Algunas encuentran respuesta con el tiempo. Otras nos acompañan para siempre.

Clara mantuvo la mirada en el sacerdote.

—Ninguno de nosotros es perfecto —continuó—. Todos cometemos errores. Todos tropezamos. Lo que nos define también es lo que hacemos después: si somos capaces de reconocerlos, pedir perdón y tratar de reparar el daño.

Clara bajó la mirada.

No puedo seguir mirando para otro lado.

Las palabras de Roberto regresaron a su cabeza.

No porque creyera que el sacerdote supiera algo; probablemente no era más que una coincidencia.

Pero, desde que habían leído aquella conversación, la idea del arrepentimiento parecía acompañar cada paso de la investigación.

—Hoy encomendamos a Roberto a la misericordia de Dios —concluyó el párroco— y pedimos consuelo para quienes lo despiden. Que descanse en paz.

Inclinó la cabeza.

Nadie se movió.

Después, dos empleados de la funeraria se acercaron al féretro.

Buscaron discretamente entre los asistentes.

David fue el primero en dar un paso al frente.

Ocupó uno de los laterales sin pronunciar palabra.

Iván se situó en el extremo opuesto.

Antes de hacerlo volvió a mirar hacia la entrada.

La entrada seguía vacía.

El cuarto en acercarse fue Sergio.

El joven tragó saliva antes de apoyar las manos sobre la madera barnizada.

Clara observó a los cuatro.

David mantenía la compostura con un esfuerzo visible.

Iván parecía ausente.

Sergio pestañeaba demasiado, intentando contener las lágrimas.

Álvaro, en cambio, volvió a mirar hacia la puerta.

Morales se inclinó ligeramente hacia Clara.

—Sigue sin venir.

—Sí.

Los cuatro levantaron el féretro.

El leve crujido de la madera se oyó con nitidez en el silencio de la sala.

Clara siguió con la mirada a quienes lo transportaban.

Cuatro hombres cargaban con Roberto Sánchez hacia su última despedida.

Pero faltaba uno de los cinco amigos de aquella vieja fotografía.

A su paso, los asistentes fueron apartándose lentamente para abrirles camino.

Nadie hablaba; solo se oían los pasos acompasados y algún llanto aislado mientras el féretro avanzaba hacia la salida.

Clara siguió con la mirada a David, Iván, Álvaro y Sergio hasta que desaparecieron tras la puerta.

Álvaro volvió a mirar hacia la entrada una última vez.

Jaime seguía sin aparecer.

Clara guardó silencio.

La ceremonia había terminado y los asistentes comenzaban a abandonar la capilla en pequeños grupos. Algunos se acercaban a los más allegados para ofrecerles el pésame; otros permanecían unos minutos en silencio antes de marcharse.

Clara y Morales se mantuvieron apartados.

Aquel no era el momento de hacer preguntas.

Fue Gonzalo quien se acercó a ellos.

No venía solo: lo acompañaba un hombre de unos cincuenta y tantos años, de porte elegante y expresión cansada.

Vestía un traje negro impecable, aunque las profundas ojeras y el gesto contenido delataban una jornada mucho más larga de lo que indicaba el reloj.

—Teniente Díaz, sargento Morales —dijo Gonzalo—. Quería presentarles a José Moreno, alcalde de El Cuervo.

El hombre les tendió la mano.

—Gracias por todo lo que están haciendo.

—Es nuestro trabajo —respondió Clara.

El apellido adquirió significado de inmediato.

Clara miró al hombre con más atención.

—¿Es usted familiar de Jaime Moreno?

José bajó ligeramente la cabeza.

—Soy su padre.

Morales y Clara intercambiaron una mirada.

—No lo hemos visto durante la ceremonia —dijo ella.

El alcalde exhaló lentamente.

—No ha podido venir.

Algo en su tono hizo que Clara esperara en lugar de preguntar.

José continuó:

—Roberto y él eran amigos desde que eran niños. Probablemente el mejor amigo que ha tenido.

Miró hacia la salida por la que acababa de desaparecer el féretro.

—Cuando se enteró de lo ocurrido se vino abajo. Esta mañana decidió marcharse unos días.

—¿Dónde? —preguntó Clara.

José la miró.

—A casa de un tío suyo.

—¿Fuera de El Cuervo?

—Sí.

—¿Dónde exactamente?

—En Rota.

Clara registró el dato.

—¿Se ha ido solo?

—Sí.

—¿Cuándo salió?

—Esta mañana temprano.

—¿Ha hablado con él desde entonces?

—Hace unas horas.

—¿Cómo estaba?

José bajó la mirada.

—Mal.

No intentó suavizarlo.

—Dice que no podía soportar estar aquí hoy. Que ver enterrar a Roberto era demasiado.

La explicación era perfectamente posible. El duelo no tenía una forma correcta: algunas personas necesitaban despedirse y otras no eran capaces de hacerlo.

—Necesitamos hablar con él —dijo finalmente.

José levantó la mirada.

—Por supuesto.

—¿Puede facilitarnos la dirección donde se encuentra y un teléfono de contacto?

—Sí. Lo que necesiten.

Gonzalo había permanecido en silencio hasta entonces.

—Jaime está pasando un momento complicado, teniente.

Clara permaneció seria.

—Lo entiendo, doctor.

Después volvió a José.

—Pero necesitamos hablar con todos los que formaban parte del círculo de Roberto. Nada más.

El alcalde asintió.

—Se lo daré todo.

Sacó el teléfono.

Morales anotó la dirección y el número mientras Clara observaba al hombre.

No parecía ocultar la preocupación por su hijo ni trataba de impedir que hablaran con él.

Era un dato más, no una conclusión.

Cuando terminaron, José guardó el teléfono.

—¿Creen que Jaime puede estar en peligro?

La pregunta sorprendió a Morales.

Clara tardó un segundo en responder.

—En este momento no tenemos ningún indicio que nos permita afirmar algo así.

Era cierto, y Clara no añadió nada más.

José asintió, aunque la respuesta no pareció tranquilizarlo.

—Gracias.

Unos vecinos lo llamaron desde la salida.

El alcalde se disculpó y se alejó.

Gonzalo permaneció un instante más.

Clara reparó entonces en que el médico seguía mirando hacia la puerta por la que José acababa de marcharse.

—¿Le preocupa Jaime? —preguntó.

Gonzalo volvió la mirada hacia ella.

—Me preocupa José.

—No es lo que le he preguntado.

Por primera vez desde que lo conocía, Gonzalo pareció medir la respuesta antes de hablar.

—He visto demasiadas veces lo que el miedo de un hijo puede hacerle a un padre.

Clara lo observó.

—Es un buen hombre —añadió Gonzalo.

—No lo dudo.

El médico inclinó ligeramente la cabeza.

—Nos veremos.

—Doctor.

Gonzalo se marchó.

Morales esperó a que se hubiera alejado antes de hablar.

—Eso explica la ausencia.

Clara miró hacia la puerta.

—La explica.

—Pero no la elimina.

Ella volvió la cabeza hacia él.

—No convierta todo en una sospecha, Morales.

—Creía que ese era su trabajo.

—Nuestro trabajo es comprobar.

Morales sonrió ligeramente.

—También estoy aprendiendo eso.



El cementerio comenzaba a vaciarse cuando regresaron al coche. Algunos vecinos permanecían todavía junto a las sepulturas. Otros abandonaban el recinto en silencio, con la mirada baja y las manos vacías después de haber dejado las flores.

Morales cerró la puerta y colocó ambas manos sobre el volante.

—¿En qué está pensando?

Clara siguió observando el camposanto a través del parabrisas.

—En Jaime.

—¿Vamos a Rota?

Clara negó.

—Todavía no.

Morales giró la cabeza.

—¿Por qué?

—Porque sabemos dónde está.

—Suponiendo que su padre diga la verdad.

Clara lo miró.

—Y suponiendo que Jaime esté donde le ha dicho a su padre que está.

Morales esperó a que continuara.

—Por eso lo primero es comprobarlo.

Sacó el teléfono.

—¿Llamamos?

—No directamente a Jaime.

Clara abrió la libreta.

—Confirme la dirección. Compruebe que el familiar existe y que Jaime está allí. Si es así, hablaremos con él cuando corresponda.

—¿Y si no está?

Clara centró su atención en él.

—Entonces cambiaremos de prioridades.

Marcó el número de Ortega.

Clara volvió a mirar hacia los cipreses.

Hasta aquella mañana, Jaime Moreno había sido simplemente uno de cuatro nombres.

Ahora sabía algo más: había sido, según su padre, el mejor amigo de Roberto; había participado en la reunión del día anterior y aquella mañana había abandonado El Cuervo sin acudir al entierro.

Tres hechos, nada más.

Clara escribió debajo de su nombre:

Rota. Verificar.

Cerró la libreta.

—Vamos.

CAPÍTULO 13

Perfil

El Peugeot abandonó la carretera del cementerio para tomar de nuevo la nacional en dirección a Sevilla. Los primeros minutos transcurrieron sin conversación, hasta que las tripas de Morales se encargaron de romper la quietud del habitáculo.

—Mi teniente... si no le importa, ¿podríamos hacer una parada en la Venta El Paisano?

Clara apartó un momento la vista de la carretera.

—¿Tiene hambre otra vez?

Morales se llevó una mano al pecho.

—Me ofende que lo pregunte.

—Eso es un sí.

—Creo que llevo sin comer desde ayer.

Clara recordó el serranito con el que había justificado su resistencia la noche anterior.

—Ayer presumía de tener una ventaja táctica considerable.

—Se ha agotado.

Clara negó con una media sonrisa.

—Quince minutos.

Morales la miró.

—¿Quince?

—No haga que me arrepienta.

—Estoy empezando a caerle bien.

Clara volvió la vista hacia la carretera.

—Acaba de perder cinco.

Morales soltó una carcajada.



La Venta El Paisano bullía de camioneros, comerciales y vecinos que aprovechaban la hora del almuerzo. El aroma a carne a la brasa, café y guisos caseros se extendía por un comedor donde las conversaciones competían con el tintinear de platos y cubiertos.

Encontraron una mesa junto a una de las ventanas.

Morales estudió la carta.

—Aquí hay decisiones importantes que tomar.

Clara ni siquiera abrió la suya.

—Pida lo que quiera.

—Eso es peligroso.

—Tiene diez minutos.

—Quince.

Clara se tomó un instante antes de responder.

—Ya veremos.

El camarero se acercó y Morales hizo el pedido con una seguridad que sugería que aquellos diez minutos podían convertirse fácilmente en media hora.

Clara esperó a que se marchara.

—¿Viene mucho por aquí?

—Alguna vez. Es difícil trabajar por esta zona y no acabar entrando.

—¿También se lo recomendó Manuel?

Morales sonrió.

—Está celosa porque todavía lo llama Ortega.

—Estoy intentando mantener cierta profesionalidad.

—Yo también.

Clara arqueó una ceja.

—¿Llamándolo Manuel después de conocerlo ayer?

—Hay gente con la que uno conecta rápido.

—Eso he visto.

Morales tomó un trozo de pan.

—¿Sabe qué ocurre? Usted observa demasiado.

—Es mi trabajo.

—No. Su trabajo es investigar. Lo de observar hasta cómo alguien coge una barra de pan debe de ser afición.

Clara bajó la mirada hacia su mano.

Morales dejó inmediatamente el pan sobre el plato.

—Ya está. Ahora voy a pensar en esto cada vez que coma delante de usted.

—Relájese, Morales.

—Eso intento desde que la conozco.

La comida llegó poco después.

Durante unos minutos hablaron de cosas que no tenían importancia: del calor, del tráfico de la nacional y de la insistencia de Ortega con el bizcocho de Santa Margarita.

Cosas pequeñas, pero necesarias.

Cuando retiraron los platos y dejaron dos cafés sobre la mesa, Clara abrió la libreta.

Morales la vio hacerlo.

—Se acabó el recreo.

—Hace cinco minutos.

—Sabía que los quince eran mentira.

Clara ignoró el comentario.

—Vamos a ordenar lo que tenemos.

La expresión de Morales cambió casi al instante y acercó la silla.

—Bien. Si tuviera que resumirlo, diría que tenemos más preguntas que respuestas.

Clara sostuvo la taza entre las manos.

—Eso no es necesariamente malo.

—¿No?

—Es peor empezar a responderlas demasiado pronto.

Morales asintió.

—Entonces empecemos por lo que sí sabemos.

Abrió su libreta.

—Roberto apareció junto a la fuente, pero todo indica que murió a pocos metros de allí.

—Las marcas de arrastre y la suciedad de la ropa apuntan en esa dirección.

—Y tenemos los restos metálicos bajo una de las uñas.

—Que Criminalística deberá identificar.

Morales pasó la página.

—Dos punciones en el cuello.

Clara dejó la taza sobre el plato.

—Limpias. Regulares. Con muy poco sangrado.

—No parecen hechas al azar.

—No.

—¿Algún tipo de instrumento?

Clara asintió.

—Es una posibilidad. Dos agujas o dos elementos punzantes colocados a una distancia fija. Pero hasta que tengamos el informe forense, no podemos afirmar más.

Morales hizo una anotación.

—Tampoco encontramos señales de robo.

—Ni indicios claros de una pelea prolongada.

—Aunque Roberto sí llegó a defenderse.

Clara pensó en los restos bajo la uña.

—Al menos tuvo contacto con algo.

Morales levantó la vista.

—¿El agresor?

—Puede ser. O con algún objeto que llevara encima. No lo sabemos todavía.

—Entonces, si descartamos de momento el robo, el móvil parece más personal que económico.

—Parece —corrigió Clara.

Morales sonrió.

—Parece.

Clara apoyó los antebrazos sobre la mesa.

—Hay algo que sí podemos asumir con bastante seguridad: hubo planificación.

—¿Por la forma de matarlo?

—Por todo. Quien hizo esto eligió un momento en el que Roberto estaba prácticamente solo, actuó sin llamar la atención y después tuvo tiempo para desplazar el cadáver hasta la fuente.

—Conocía su rutina.

—O la estudió.

Morales hizo girar lentamente la cucharilla dentro del café.

—Y quería que lo encontraran allí.

Clara lo miró.

—Eso creo.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—Pero la fuente importa.

—Si no importara, habría dejado el cuerpo donde murió.

Morales meditó la respuesta.

—Entonces la escena también forma parte del mensaje.

Clara no respondió enseguida.

—Puede formar parte de él.

El sargento volvió a sus notas.

—Tenemos un cadáver trasladado, dos marcas en el cuello y un pueblo entero hablando de una leyenda.

Clara levantó la vista.

—¿Adónde quiere llegar?

Morales dejó la cucharilla.

—A que quizá estamos mirando esto al revés.

Clara esperó a que continuara.

—Si alguien quería matar a Roberto sin llamar la atención, podía haberlo hecho de cien maneras. Pero lo deja junto a una fuente con dos agujeros en el cuello precisamente en un pueblo donde existe una historia sobre un hombre que bebía sangre.

Clara no apartó la mirada de él.

Morales continuó:

—Eso no parece discreción.

—No.

—Entonces quizá nunca quiso ser discreto.

Clara lo observó con atención.

—Continúe.

El sargento apoyó los antebrazos sobre la mesa.

—Si todo el mundo habla del Sediento, todo el mundo mira hacia la leyenda.

—Y deja de mirar hacia otra parte.

Morales asintió.

Clara cogió la taza y la sostuvo sin beber.

—Una distracción.

—O una puesta en escena.

—Ambas cosas pueden ser lo mismo.

Clara pensó en Rosario. En el miedo con el que había contado aquella historia. En la rapidez con la que la leyenda se había extendido por el pueblo.

—El asesino sabía lo que esas marcas provocarían —dijo.

—¿Está segura?

—No.

Clara negó.

—Pero si conocía la leyenda, sabía que alguien terminaría relacionándolas.

—Y en El Cuervo parece difícil no conocerla.

Morales se recostó.

—Entonces nuestra pregunta ya no es si el Sediento ha vuelto.

Clara dejó que la frase reposara entre ambos.

—Esa nunca ha sido nuestra pregunta.

Él sonrió.

—Déjeme ponerle un poco de dramatismo.

—No.

Morales soltó una risa.

Clara volvió a la libreta.

—La pregunta es qué gana el asesino haciendo que el pueblo mire hacia una leyenda.

—Tiempo.

—Puede ser.

—Confusión.

—También.

Morales buscó otra posibilidad.

—Miedo.

Clara levantó los ojos.

La palabra adquirió un peso distinto.

—Sí —admitió Clara—. También miedo.

Morales cerró la libreta.

—Pues ya tenemos algo parecido a un perfil.

Clara negó.

—Todavía no.

—¿Ni un poco?

—Tenemos comportamiento. No personalidad.

Morales esperó a que desarrollara la idea.

—Sabemos que planifica —continuó Clara—. Que conoce a Roberto o, como mínimo, conoce sus hábitos. Que dispone de algún medio para causarle la muerte con rapidez. Y que después manipula la escena.

—Y probablemente conoce la leyenda.

—Probablemente.

—No parece alguien impulsivo.

Clara bajó la vista hacia el café.

—No.

Cuando volvió a mirarlo, continuó:

—Quien hizo esto tuvo que mantener la calma antes, durante y después.

Morales exhaló despacio.

—Eso reduce bastante la lista.

—No tanto como cree.

—Déjeme conservar alguna esperanza.

Clara cerró la libreta.

—Consérvela. Pero no la confunda con una prueba.

El camarero se acercó para retirar las tazas.

Morales buscó la cartera.

—Invito yo.

Clara dejó unas monedas sobre la mesa antes de que pudiera hacerlo.

—La próxima.

Morales la miró.

—Eso implica que habrá próxima.

Clara se levantó.

—No saque conclusiones precipitadas. Acabamos de hablar de eso.

Morales sonrió mientras la seguía hacia la salida.

—Definitivamente estoy empezando a caerle bien.

CAPÍTULO 14

Investigación

El sol caía con fuerza sobre la campiña sevillana cuando el Peugeot volvió a incorporarse a la carretera en dirección a Sevilla.

Buena parte del trayecto transcurrió sin conversación.

Clara contemplaba los campos sucederse tras la ventanilla mientras ordenaba mentalmente todo lo que habían reunido en apenas dos días.

Roberto, los cinco amigos, la historia del coche, la reunión después de su muerte y Jaime marchándose a Rota.

Por encima de todo, seguía volviendo a aquella frase:

No puedo seguir mirando para otro lado.

Algo había cambiado en Roberto durante los últimos meses; eso parecía claro.

Lo que todavía no sabían era qué había decidido dejar de ignorar.

Morales mantuvo la vista en la carretera.

—Hay una cosa que me preocupa.

Clara giró ligeramente la cabeza.

—¿Cuál?

—Que estamos intentando descubrir qué sabía Roberto cuando quizá deberíamos preguntarnos quién sabía que iba a hablar.

—Los cuatro amigos —dijo.

—Como mínimo.

—Y quizá alguien más.

No hacía falta añadir nada.



La actividad en la Unidad Orgánica de Policía Judicial no había disminuido durante su ausencia.

Nada más verlos entrar, Álex Roldán se levantó de su mesa.

—Mi teniente.

Clara se acercó.

—¿Ha encontrado algo?

Roldán asintió y volvió a sentarse.

—Creo que sí. Tiene relación con el grupo.

—Enséñenoslo.

—Después de revisar la conversación de Los 5 Moskeperros seguí con los chats individuales. Hay uno que empieza apenas unos minutos después de la conversación que vimos esta mañana.

—¿Con quién? —preguntó Clara.

Roldán abrió el chat.

En la parte superior de la pantalla apareció un nombre.

Jaime.

Morales miró a Clara.

—¿A qué hora? —preguntó ella.

—Roberto le escribió seis minutos después del último mensaje en el grupo.

Roldán desplazó ligeramente la pantalla.

Robe: No puedo más.

Jaime: Lo sé.

Robe: Cada día pesa más.

Jaime: A mí también.

Jaime: No hay un solo día que no me arrepienta.

Morales se incorporó.

Clara mantuvo la vista en la pantalla.

Roldán continuó.

Robe: Tenemos que contarlo.

Jaime: No.

Jaime: Ya es tarde, Robe.

Clara acercó ligeramente el rostro a la pantalla.

—Siga.

Roldán desplazó el chat.

Robe: Nunca es tarde.

Pasaron casi tres minutos antes de la siguiente respuesta.

Jaime: Déjalo.

Robe: Eso llevamos haciendo demasiado tiempo.

La siguiente respuesta tardó más.

Jaime: No arreglaríamos nada.

Robe: Eso no lo sabemos.

Roldán dejó de mover el ratón.

—Ahí termina.

Durante unos segundos nadie habló.

La historia del coche acababa de quedarse pequeña. No tenía por qué ser falsa, pero sí era insuficiente.

—¿Hay más conversaciones entre ellos? —preguntó Clara.

—Sí, aunque posteriores a esta son muy escasas. Nada parecido.

—¿Y anteriores?

—Estoy revisándolas. Hay años de mensajes y bastantes huecos. Parte del historial no se conserva.

Morales señaló la pantalla.

—Entonces lo del coche no era todo.

Clara negó.

—Eso es lo único que podemos afirmar.

—Pero Jaime sabe exactamente de qué está hablando Roberto.

—Sí.

Roberto no explicaba nada. Jaime tampoco preguntaba. No lo necesitaba.

—Quiero todas las conversaciones privadas entre Roberto y los otros cuatro —dijo Clara—. Especialmente las semanas anteriores a su muerte.

—De acuerdo.

—Y cualquier referencia a algo que llevaran años evitando, aunque no sepamos todavía qué es.

Morales se quedó mirando el nombre de Jaime en la pantalla.

—Hace una hora podía esperar.

Clara cerró la conversación.

—Ya no.

—¿Lo hacemos venir?

—No todavía.

Morales frunció el ceño.

—¿Entonces?

Clara se volvió hacia Roldán.

—Quiero el volcado completo del teléfono. Mensajes eliminados, fotografías, archivos compartidos, copias de seguridad y cualquier conversación con los otros cuatro.

—De acuerdo.

—Priorice las semanas anteriores a la muerte de Roberto. Después retroceda todo lo que pueda.

Roldán tomó nota.

—¿Algo más?

—Cualquier referencia a algo que llevaran años evitando. Aunque no sepamos todavía qué significa.

—Entendido.

Clara centró otra vez la atención en a Morales.

—Localice a Jaime.

—¿Pero no lo interrogamos?

—Todavía no.

—¿Por qué esperar?

Clara caminó hasta la pizarra.

En el centro permanecía la fotografía de Roberto. A su alrededor se acumulaban horarios, nombres y preguntas.

Tomó un rotulador.

—Porque Jaime sabe más que nosotros.

Escribió debajo de la fotografía:

SECRETO COMPARTIDO

Después añadió:

ROBERTO — JAIME

Morales observó las palabras.

—Y si hablamos con él ahora, elegirá qué parte quiere contarnos.

—Exacto.

—Puede borrar cosas.

Clara dejó el rotulador.

—Por eso quiero saber primero dónde está, con quién habla y qué relación mantenía realmente con Roberto.

—¿Y los otros tres?

—También. Los cuatro se reunieron ayer y nos han contado la misma historia del coche. Antes de volver a preguntarles nada, quiero saber qué ocurrió realmente entre ellos.

Morales abrió su libreta.

—¿Hasta dónde retrocedemos?

—Hasta que tenían dieciséis años.

—Once años.

—Sí. Empiece por lo básico. Colegio, amistades, problemas, fiestas, relaciones... y cualquier incidente en el que aparezcan dos o más de esos nombres.

Morales anotó.

—¿Y Jaime?

—Confirme primero que está en Rota. Después averigüe qué ha hecho desde que supo que Roberto había muerto.

—Sin hablar con él.

—Sin hablar con él.

Morales guardó la libreta.

Antes de salir se volvió.

—Puede que simplemente se distanciaran con los años.

Clara sostuvo su mirada.

—Puede.

—Pero no lo cree.

Ella miró de nuevo el chat de Roberto.

—La gente se distancia, Morales.

Clara volvió la mirada hacia el chat antes de continuar.

—No suele escribir que no pasa un solo día sin arrepentirse de algo.

El sargento asintió y salió.



La tarde avanzó deprisa y el caso de Roberto Sánchez empezó a extenderse por varias mesas de la Unidad.

Un equipo solicitó grabaciones de las cámaras situadas en los accesos a El Cuervo. Otro comenzó a cruzar las comunicaciones registradas por las antenas de la zona durante la madrugada. Roldán continuó trabajando con el teléfono de Roberto. Criminalística seguía analizando las muestras recuperadas bajo las uñas y los restos recogidos en el recorrido hasta la fuente.

Clara permaneció buena parte de la tarde en el despacho de coordinación.

Revisó declaraciones, comparó horarios y volvió sobre el informe de la inspección ocular.

A las cinco, la pizarra estaba cubierta de flechas, interrogantes y nombres unidos por líneas que todavía no llevaban a ningún sitio.

La puerta se abrió.

Morales entró con una carpeta bajo el brazo y dos vasos de café.

Dejó uno delante de Clara.

—No es de máquina.

Ella levantó la vista.

—¿Me está haciendo la pelota, sargento?

—He cruzado la calle para conseguirlo. Como mínimo podría fingir agradecimiento.

Clara probó el café.

—Aceptable.

—Algún día conseguiré un sobresaliente.

—No se haga ilusiones.

Morales sonrió y abrió la carpeta.

—Tengo algunas cosas.

Clara dejó el vaso.

—Empiece.

—Primero, Jaime.

—¿Está en Rota?

—Confirmado. Ortega conoce al tío y ha hablado personalmente con él. Jaime llegó esta mañana.

—¿Ha salido?

—No que sepamos. El tío dice que llegó bastante afectado y que lleva prácticamente todo el día en casa.

—¿Ha hablado con alguno de los otros tres?

—Estoy esperando los registros completos, pero parece que sí hubo contacto con David esta mañana.

—Quiero hora y duración.

—Ya lo he pedido.

Clara hizo una anotación.

—¿Qué más?

Morales pasó una hoja.

—He seguido con Roberto. Su madre murió hace nueve meses, como ya sabíamos. No tenía hermanos ni familiares cercanos en El Cuervo. Pero he localizado al padre.

—¿Dónde?

—Francia. Vive en Lyon desde hace más de veinte años. Abandonó a la familia cuando Roberto era pequeño. Se casó de nuevo, tiene otros dos hijos y trabaja para una empresa de transportes.

—¿Mantenían contacto?

—Prácticamente ninguno. Dos llamadas en los últimos cinco años. Una cuando murió la madre de Roberto y otra varios meses antes. Ninguna llegó a tres minutos.

—¿Ha viajado a España recientemente?

—No. Se ha comprobado que lleva meses en Francia. El lunes trabajó y después cenó con su familia. Tenemos movimientos de tarjeta, cámaras y testigos.

Clara dejó la hoja.

—Entonces lo dejamos fuera.

—Eso parece. Un cabo suelto menos.

Clara volvió hacia la pizarra.

—¿Y la cronología?

—¿Ha avanzado?

—Algo. David y Álvaro abandonaron el Manila aproximadamente a la una menos cuarto.

—Sergio seguía allí.

—Sí. Después Sergio terminó de ayudar a recoger y se marchó. Roberto permaneció solo el tiempo suficiente para terminar de cerrar.

Morales estudió la línea temporal.

—Y la muerte se sitúa entre las dos y las cuatro.

—Según la estimación forense.

—Tenemos un hueco.

—Sí.

Clara trazó una línea entre la salida de Sergio y el intervalo probable de muerte.

Morales contempló las fotografías de la escena.

—¿Cree que el asesino lo esperaba?

Clara se tomó un momento antes de responder.

—Creo que sabía cuándo encontrarlo prácticamente solo.

—Eso implica conocer su rutina.

—O haberla vigilado.

Morales miró la fotografía de las dos punciones.

—Por cómo está hecho todo, no parece alguien que confíe demasiado en la suerte.

—No.

—Entonces Roberto pudo verlo.

—Pudo.

—Y reconocerlo.

—También pudo ser atacado antes de tener tiempo de reaccionar.

—Seguimos sin saber qué le administraron.

Clara volvió a mirar las marcas.

—Todavía.

Como si aquella palabra hubiera sido una invitación, el teléfono de su mesa comenzó a sonar.

Clara descolgó.

—Díaz.

Escuchó.

Algo cambió en su expresión.

Morales dejó la carpeta.

—¿Qué ocurre?

Clara colgó despacio.

—Era Salas.

—¿Toxicología?

Ella asintió.

—Tiene los primeros resultados.

Morales se puso en pie.

—¿Vamos?

Clara cogió la chaqueta.

—Ahora.



El doctor Salas los esperaba en una de las salas del Instituto de Medicina Legal.

Sobre la mesa había varias fotografías de la autopsia, los resultados preliminares de Toxicología y una ampliación de las dos lesiones del cuello.

—Ya tenemos algo.

Clara dejó la carpeta sobre la mesa.

—¿La causa de la muerte?

—Con bastante seguridad.

Salas tomó uno de los informes.

—El laboratorio ha detectado en las muestras una sustancia con actividad bloqueante neuromuscular.

Clara frunció ligeramente el ceño.

—Explíquese.

—Impide que la señal nerviosa llegue correctamente al músculo. Dicho de una forma sencilla: el cerebro puede ordenar que un músculo se mueva, pero la orden no llega a ejecutarse.

Morales miró las fotografías.

—¿Eso explicaría la rigidez?

Salas negó.

—No exactamente. Un bloqueante neuromuscular provoca parálisis, no una rigidez inmediata. La rigidez que observamos posteriormente pertenece al proceso post mortem.

—¿Y la muerte? —preguntó Clara.

—Parálisis respiratoria.

Durante un instante, nadie dijo nada.

—¿Cuánto tardaría en actuar?

—Depende de la sustancia, la dosis y la vía de administración. Pero, por los resultados que tenemos y las lesiones del cuello, hablamos de un efecto muy rápido.

—¿Minutos?

—Probablemente.

Morales contempló la fotografía ampliada.

—Entonces se lo inyectaron por ahí.

Salas señaló la imagen.

—Todo apunta a eso. Ambas lesiones presentan características compatibles con una punción prácticamente simultánea.

—¿Prácticamente? —preguntó Clara.

—La distancia entre ellas es constante y los bordes son muy similares. Sería extraño obtener un resultado tan regular realizando dos pinchazos independientes.

Morales levantó la mirada.

—Un solo instrumento.

—Es una posibilidad bastante razonable.

Clara se acercó.

—¿Una jeringa con dos agujas?

Salas se encogió ligeramente de hombros.

—Podría ser. También algún dispositivo modificado. La autopsia puede decirnos cómo entraron las agujas, no qué aspecto tenía el instrumento que las sostenía.

—¿Han identificado la sustancia?

Salas consultó el informe.

—Todavía no de forma concluyente. Podemos identificar determinados metabolitos y su comportamiento sin disponer aún de una caracterización completa. Hay similitudes con bloqueantes neuromusculares utilizados en medicina, pero necesito el análisis definitivo antes de ponerle un nombre.

—Entonces no escribiremos ninguno —dijo Clara.

—Sería lo prudente.

—¿Es fácil conseguir algo así?

—Depende de qué sea finalmente. Si hablamos de un medicamento comercial, su acceso estaría controlado. Pero no quiero que empiecen a buscar culpables basándose en un resultado preliminar.

—¿Hace falta formación específica para administrarlo? —preguntó Clara.

Salas meditó la respuesta.

—No necesariamente. Cualquiera puede clavar una aguja. Otra cosa es saber qué sustancia utilizar, qué cantidad y dónde administrarla para obtener el efecto deseado.

—Conocimiento, no necesariamente profesión.

—Exactamente.

Morales señaló otra carpeta.

—¿Y lo que encontraron bajo la uña?

—Criminalística les ha enviado un informe preliminar esta tarde.

Clara abrió la carpeta que el forense le tendía.

Leyó las primeras líneas.

Partículas metálicas: una aleación de cobre y zinc.

Levantó los ojos.

—Latón.

—Eso parece —respondió Salas.

Morales se acercó.

—¿Podemos saber de qué objeto procede?

—Con esas partículas, no. El latón está presente en multitud de objetos cotidianos: cerraduras, pomos, herramientas, adornos, herrajes...

Clara volvió a leer el informe.

—¿Son restos recientes?

—Criminalística podrá precisar mejor que yo, pero las partículas estaban incrustadas bajo varias uñas. Es razonable pensar que se depositaron poco antes de morir.

—Durante el forcejeo —dijo Morales.

Clara cerró la carpeta.

—Posiblemente.

Roberto había tocado algo; eso era todo lo que podían afirmar.

Salas recogió las fotografías.

—Hay otra cosa.

—¿Qué?

El forense colocó ante ellos una imagen de las dos punciones.

—Fíjense en la localización.

Morales se inclinó.

—Lado izquierdo del cuello.

—Sí. Y ligeramente posterior. El agresor necesitaba controlar la posición de Roberto durante unos segundos. No es un lugar al que uno llegue cómodamente si la víctima está de frente, alerta y tratando de apartarse.

Clara visualizó de nuevo el cuerpo junto a la fuente.

—¿Lo atacó por detrás?

—Es compatible con eso.

—¿Puede asegurarlo?

—No. También podría haberlo sujetado lateralmente. La medicina forense tiene la mala costumbre de no resolernos las novelas.

—Una pena.

Clara apenas lo escuchó. Algo empezaba a tomar forma, no un rostro ni siquiera un perfil, sino una secuencia.

Alguien había elegido el momento. Se había acercado lo suficiente. Había utilizado un instrumento preparado de antemano. Y después había trasladado el cuerpo unos metros hasta la fuente.

—¿Roberto pudo permanecer consciente? —preguntó.

—Es posible.

Morales dejó de sonreír.

—¿Mientras se quedaba paralizado?

—Sí.

—¿Sin poder pedir ayuda?

—Si el bloqueo progresó como creemos, llegó un momento en que no pudo moverse ni hablar.

Clara contempló la fotografía.

—Pero al principio sí pudo defenderse.

Cerró la carpeta.

—Necesito saber exactamente qué sustancia utilizaron.

—Lo sabrán.



De regreso en la Unidad, Clara se detuvo frente a la pizarra.

Morales dejó las carpetas sobre la mesa.

Ella tomó el rotulador y escribió:

LATÓN

Debajo:

BLOQUEANTE NEUROMUSCULAR

Y una tercera línea:

INSTRUMENTO DE DOBLE PUNCIÓN

Morales se colocó a su lado.

—Tres pistas.

Clara observó las palabras.

—Tres hechos.

—Siempre me estropea las frases.

—Alguien tiene que hacerlo.

Morales sonrió.

Clara rodeó la segunda y la tercera anotación con un mismo círculo.

Después escribió junto a ellas:

CONOCIMIENTO

Morales leyó la palabra.

—Sabía lo que estaba haciendo.

—Eso parece.

—Elegió una sustancia concreta y preparó una forma de administrarla.

Clara dejó el rotulador sobre la bandeja.

—Y lo hizo antes de encontrarse con Roberto.

Morales contempló la pizarra.

—Premeditación.

Aquella palabra importaba mucho más que cualquier profesión.

PREMEDITACIÓN

La escribió debajo de las demás.

Clara miró la fotografía de la víctima.

—Todo estaba pensado.

—Excepto que Roberto se defendiera.

La mirada de Clara descendió hasta la palabra escrita en la pizarra.

LATÓN.

—Puede que ese fuera su único error.

El teléfono vibró sobre la mesa.

Clara miró el reloj.

La tarde se había convertido en noche sin que ninguno de los dos se hubiera dado cuenta.

CAPÍTULO 15

Ha vuelto

Clara llegó a su apartamento poco antes de las once. Cerró la puerta a su espalda y se quedó un momento apoyada en ella. El cansancio del día parecía haber esperado hasta entonces para caerle encima.

Dejó las llaves y el teléfono sobre el recibidor, se quitó la chaqueta y caminó hacia el salón.

La televisión seguía donde siempre, negra y muda frente al sofá. Clara ni siquiera se planteó encenderla.

Sobre una de las estanterías descansaba una fotografía antigua. Clara se detuvo ante ella.

Mateo Díaz sonreía a la cámara con ella subida a hombros. Tendría seis o siete años. Detrás se distinguían los árboles del Parque de María Luisa y una luz de primavera que parecía pertenecer a otra vida.

Clara tomó el marco entre las manos y contempló la imagen.

A veces le costaba recordar la voz de su padre, y eso era lo que más miedo le daba.

Devolvió la fotografía a su sitio y fue al dormitorio.

Frente al espejo se recogió el cabello, pero terminó soltándolo de nuevo. El cristal le devolvió el agotamiento de una jornada demasiado larga: los ojos verde avellana apagados por el cansancio, algunas hebras fuera de lugar y la expresión de quien había abandonado la comandancia sin conseguir abandonar el caso.

Se pegó una ducha rápida y se dejó caer sobre la cama.

No tardó en dormirse.

Soñó con el Parque de María Luisa, con las ruedas de una bicicleta sobre la grava y con la mano de su padre sujetando el sillín mientras ella pedaleaba sin atreverse a mirar atrás.

—No me sueltes.

—No te suelto.

Pero cuando Clara volvió la cabeza, Mateo ya no estaba.

El teléfono comenzó a sonar.

Abrió los ojos de golpe.

Por un instante no supo si aquel sonido pertenecía todavía al sueño.

El móvil vibraba sobre la mesilla.

Miró la pantalla.

03:20.

Morales.

Contestó.

—Dígame.

La voz del sargento sonaba distinta. Sin rastro del tono distendido con el que solía enfrentarse a casi todo.

—Mi teniente. Ha aparecido otro cadáver.

Clara se incorporó.

El sueño desapareció por completo.

—¿Quién?

—Iván Ganfornina.

Clara cerró los ojos un segundo.

—¿Dónde?

—En la parroquia de San Juan, en El Cuervo.

Ya estaba apartando las sábanas.

—¿Qué sabemos?

—Presenta las mismas lesiones que Roberto.

Clara se puso en pie.

—Voy para allá.

—Paso a recogerla.

—No. Nos vemos en la parroquia directamente.

—Entendido, mi teniente.

Clara colgó.

Pocos minutos después ya estaba saliendo de casa.



La autovía permanecía prácticamente desierta.

Las luces del coche devoraban los kilómetros mientras la noche envolvía los campos que separaban Sevilla de El Cuervo.

Mientras conducía, Clara pensó en Iván.

Lo había visto apenas unas horas antes.

Había ayudado a llevar el féretro de Roberto hasta su última morada.

Ahora alguien tendría que hacer lo mismo por él.

Sus manos se tensaron sobre el volante.

Aquello ya no era un homicidio aislado. Era una cuenta atrás.

La N-IV atravesaba El Cuervo en una larga recta iluminada por farolas anaranjadas.

A lo lejos comenzó a dibujarse la parroquia de San Juan. Su fachada encalada emergía de la oscuridad, rematada por una espadaña de ladrillo visto y una cruz de hierro. A esa hora, sin embargo, eran los destellos azules de los vehículos de emergencia los que dominaban la imagen, reflejándose sobre los muros blancos y la verja de entrada.

Clara estacionó junto al perímetro.

Dos patrullas de la Policía Local y varios vehículos de la Guardia Civil ocupaban los alrededores.

Morales la esperaba junto a la cinta.

—Mi teniente.

Clara dirigió la mirada hacia el interior.

—Póngame al día.

—Es exactamente igual.

Ella lo miró.

—Dos marcas en el cuello. Sin signos aparentes de lucha. La misma puesta en escena.

Clara levantó la vista hacia la iglesia.

—Vamos a verlo.

Morales alzó la cinta.

El patio permanecía iluminado por focos portátiles. Policía Judicial y Criminalística trabajaban alrededor del cuerpo.

Iván estaba sentado sobre uno de los bancos de piedra, con la espalda apoyada en el respaldo y la cabeza ligeramente inclinada.

Desde cierta distancia podía parecer dormido, hasta que uno reparaba en la rigidez y en las dos pequeñas marcas del cuello.

Clara no necesitó acercarse demasiado.

No quería repetir la escena de Roberto como si la respuesta siguiera escondida en el cadáver.

Esta vez la pregunta estaba en otra parte:

¿Quién sabía que Iván seguía allí?

Apartó la mirada.

—¿El párroco?

Morales señaló hacia unas dependencias anexas a la iglesia.

—Dentro. Vive aquí, en la casa parroquial.

El padre Gabriel los recibió pocos minutos después. Rondaba los sesenta años y el cansancio endurecía aún más sus facciones.

—Ojalá nos hubiéramos conocido en otras circunstancias —dijo.

—Padre, necesito que me cuente exactamente qué ocurrió.

El sacerdote tomó aire antes de responder.

—Esta noche se reunió la junta de la hermandad. Dentro de menos de un mes comienzan las fiestas patronales y quedaban asuntos por organizar.

—¿Quiénes estuvieron?

—Iván, por supuesto. Daniel Benítez y sus padres, Venancio y Elena. Gonzalo Romero. José Moreno y su esposa, Rosa Cuéllar. Y José Luis Murillo.

Morales atendió al instante.

—¿Murillo pertenece a la hermandad?

—No. José Luis es el cronista municipal. Está preparando unos artículos sobre la historia de la hermandad y las fiestas para el periódico local. Le pedimos que asistiera para documentarse.

Clara anotó el nombre.

—¿El doctor Romero sí pertenece a la junta?

—Sí. Es el diputado de caridad.
—¿A qué hora terminó la reunión?
—Algo después de la una.
—¿Se marcharon todos juntos?
—No.

El padre Gabriel hizo memoria.

—José Luis Murillo fue el primero en salir.
Clara levantó la mirada.

—¿Solo?

—Sí.

—¿Y después?

—José Moreno y su mujer.

—¿Juntos?

—Sí. Salieron unos minutos después.

—¿Quiénes fueron los siguientes?

—Venancio y Elena Benítez salieron con Gonzalo Romero.

—¿Daniel?

—Unos segundos más tarde. Se había quedado rezagado.

—¿E Iván?

—Le pedí que se quedara conmigo. Era el hermano mayor y teníamos que revisar un par de cuestiones de la procesión.

—¿Hasta qué hora?

—Sobre la una y veinte.

—¿Qué hizo después?

—Volví a mis dependencias. Poco antes de las tres me llamó Diana, su prometida. Estaba preocupada porque Iván no había regresado y no contestaba al teléfono.

El sacerdote bajó la mirada.

—Salí a buscarlo y lo encontré en el patio.

Clara dejó pasar unos segundos mientras reconstruía la secuencia.

Murillo primero.

Después, José Moreno y Rosa Cuéllar.

Luego Gonzalo, Venancio y Elena Benítez.

Daniel unos segundos más tarde.

Iván permanecía dentro.

—Padre, cuando salió Murillo, ¿sabe si se marchó inmediatamente?

—No. Desde aquí no puedo ver bien la zona donde estaban aparcados los coches.

Clara asintió una vez.

No necesitó insistir.

—Necesito el acta de la reunión y los datos de todos los asistentes.

—La secretaria puede enviársela enseguida.

—Hágalo, por favor.

El sacerdote se alejó.

Morales esperó a que el sacerdote estuviera fuera de alcance.

—Iván no tenía una hora fija para salir.

—Exacto.

—El asesino no podía saber que el padre Gabriel iba a retenerlo.

Clara observó el banco de piedra.

—Roberto seguía una rutina. Podían estudiarlo durante días. Con Iván no.

Morales comprendió.

—Tenía que saber que seguía aquí.

—O verlo.

La posibilidad adquirió de pronto un peso distinto.

A pocos metros, el forense terminaba la primera inspección.

Clara se fijó de nuevo en la salida de la parroquia.

Quien hubiera matado a Iván había necesitado una oportunidad, y aquella oportunidad había surgido después de la reunión.



La noticia no tardó en llegar a los medios.

Cuando Clara y Morales abandonaron el recinto, varias cámaras y micrófonos los esperaban al otro lado del cordón.

—¡Teniente Díaz! ¿Puede confirmar que es el mismo asesino?

—¿Estamos ante un asesino en serie?

—¿Existe peligro para los vecinos?

Morales abrió paso.

Clara no se detuvo.

—La investigación continúa abierta. No vamos a facilitar información hasta que se completen las primeras diligencias y la familia haya sido informada.

—¿La víctima es Iván Ganfornina?

Clara siguió caminando.

—No haremos más declaraciones.

Cinco minutos después abandonaban la parroquia rumbo al Puesto de la Guardia Civil de El Cuervo.



A aquella hora de la madrugada, el cuartel estaba completamente despierto: teléfonos sonando, agentes entrando y saliendo, mapas abiertos sobre las mesas.

Clara decidió montar allí el operativo. No tenía sentido dirigir desde Sevilla una investigación cuyo siguiente movimiento podía producirse en cualquier calle de El Cuervo.

Un agente se acercó con una carpeta.

—Mi teniente. El padre Gabriel ha enviado el acta y los datos de los asistentes.

Clara la abrió.

Repasó los nombres.

Daniel Benítez.

Venancio Benítez.

Elena Benítez.

Gonzalo Romero.

José Moreno.

Rosa Cuéllar.

Y, como invitado, José Luis Murillo.

Cerró la carpeta.

—Morales.

—Sí, mi teniente.

—Quiero que localicemos a todos. Pero esta noche no vamos a llenar el pueblo de interrogatorios.

—¿Por la hora?

—Y porque primero quiero saber dónde estuvo cada uno después de salir de la parroquia.

Se acercó al mapa de El Cuervo.

—Murillo salió primero. José Moreno y Rosa Cuéllar después. Luego Gonzalo con Venancio y Elena. Daniel salió unos segundos más tarde. Iván permaneció dentro.

Clara recorrió los nombres con el dedo.

—No quiero volver a escuchar la misma cronología ocho veces. Quiero comprobarla.

Morales señaló tres nombres anotados en una hoja aparte.

—¿Y ellos?

Clara se quedó mirando los nombres.

Roberto había muerto. Ahora Iván.

Si la relación entre las víctimas era la que sospechaban, esperar a que apareciera un tercero ya no era una opción.

Pidió que la comunicaran con el capitán.

Cuando obtuvo respuesta, fue directa.

—Mi capitán, tenemos una segunda víctima con el mismo modus operandi.

—Lo sé. ¿Qué necesita?

—Vigilancia discreta sobre Jaime Moreno, David Silva y Álvaro Silva. Desde ahora.

—Concedida.

—También quiero refuerzos de Policía Judicial y de la Unidad Orgánica de Policía Judicial de Sevilla al amanecer.

—Ya están en camino.

Clara volvió la atención al mapa.

—Y mañana tomaremos declaración a todos los asistentes de la reunión.

—De acuerdo.

Antes de colgar, el capitán añadió:

—Díaz.

—Dígame.

—Su prioridad ya no es solo resolver dos homicidios.

Clara aguardó la continuación.

—Es impedir el tercero.

La comunicación terminó.

Clara dejó el teléfono sobre la mesa.

Morales aguardaba junto al mapa.

—¿Tenemos autorización?

—Sí.

Clara señaló los tres nombres.

—Quiero vigilancia sobre Jaime, David y Álvaro. Discreta. Que no sepan que estamos ahí y que nadie los pierda de vista.

—Entendido.

—El resto del equipo reconstruirá los movimientos de quienes estuvieron en la parroquia. Sin prisas y sin llamar la atención. Las declaraciones pueden esperar a que amanezca.

Morales comenzó a repartir instrucciones.

En pocos minutos, el cuartel se transformó en el centro de una operación que se extendería por todo El Cuervo.

Clara permaneció frente al mapa.

Dos nombres estaban ya marcados: Roberto Sánchez e Iván Ganfornina.

Debajo permanecían otros tres: Jaime Moreno, David Silva y Álvaro Silva.

Clara contempló los cinco nombres.

—Señores —dijo finalmente.

Las conversaciones fueron apagándose.

—Desde este momento, nuestra prioridad es que no haya un tercer nombre en esa lista.

Nadie respondió; no hacía falta.

El operativo acababa de empezar.

CAPÍTULO 16

La Hermandad

El amanecer llegó a El Cuervo con un silencio distinto.

La noticia del segundo asesinato había recorrido el pueblo mucho antes de que despuntara el sol. Bastaron unas cuantas llamadas de madrugada, varios mensajes reenviados de móvil en móvil y el inconfundible boca a boca de un municipio donde casi nadie guardaba un secreto durante demasiado tiempo.

Aquella mañana no se hablaba de otra cosa.

Las persianas de los comercios se alzaban con la misma puntualidad de siempre, pero las conversaciones habían cambiado. En las panaderías, en los bares y en las puertas de las casas, las voces apenas superaban un susurro, como si pronunciar el nombre de Iván Ganfornina demasiado alto pudiera convertir el miedo en algo todavía más real.

Muchos recordaban el funeral celebrado apenas unas horas antes; algunos incluso aseguraban haber visto a Iván salir de la parroquia de San Juan.

Nadie entendía qué había ocurrido después, y los rumores crecían a la misma velocidad que la incertidumbre.

Había quien hablaba de un ajuste de cuentas; otros recuperaban viejas leyendas que llevaban décadas dormidas. Cada vecino parecía tener una explicación distinta.

Pero todos compartían una pregunta:

¿Quién sería el siguiente?



En el puesto de la Guardia Civil nadie había dormido.

La teniente Clara Díaz llevaba horas revisando informes cuando dejó el último documento sobre la mesa.

La autopsia preliminar de Iván confirmaba lo que ya sospechaban: las lesiones del cuello eran prácticamente idénticas a las de Roberto.

Dos heridas punzantes, la misma separación, la misma precisión.

Morales entró con dos cafés.

Dejó uno frente a ella.

—Esto empieza a considerarse asistencia sanitaria.

Clara cogió el vaso.

—Gracias.

El sargento ocupó la silla de enfrente.

—Las vigilancias están montadas. Jaime, David y Álvaro están controlados.

—¿Alguna novedad?

—Ninguna.

Clara bebió un sorbo.

—Mejor.

Unos nudillos golpearon la puerta.

—Adelante.

Un agente asomó la cabeza.

—Mi teniente, el alcalde y su esposa ya están aquí.

Clara miró el reloj.

—Hágalos pasar.

José Moreno entró acompañado de Rosa Cuéllar.

Ambos conservaban todavía en el rostro las huellas de una noche sin descanso. Rosa llevaba el bolso apretado contra el cuerpo y José caminaba junto a ella con una seriedad poco habitual en alguien acostumbrado a saludar a medio pueblo cada vez que cruzaba una calle.

Clara se puso en pie.

—Gracias por venir.

—Faltaría más —respondió José.

Rosa se limitó a asentir.

Tomaron asiento.

Clara dejó que se acomodaran antes de comenzar.

—Sé que no es el mejor momento, pero necesito hacerles unas preguntas sobre anoche.

—Pregunte —dijo el alcalde.
—Ustedes estuvieron en la reunión de la hermandad.
—Sí.
—¿Hasta el final?
José miró a su mujer.
—Sí.
—¿Recuerdan quién salió primero?
Rosa respondió esta vez.
—José Luis.
—¿Murillo?
—Sí.
—¿Están seguros?
—Completamente —dijo José—. Se despidió y salió antes que los demás.
Aquello coincidía con la declaración del padre Gabriel.
—¿Y después?
Rosa hizo memoria.
—Nosotros salimos poco después.
—¿Ustedes?
—Sí —respondió José—. Nos marchamos antes que Gonzalo y los Benítez.
—¿Vieron a Murillo fuera?
—No —respondió José—. Cuando salimos ya no estaba junto a la puerta.
—¿Vieron su coche?
El alcalde negó.
—No me fijé.
Rosa tampoco.
—¿Y Daniel?
—Seguía dentro cuando nos marchamos —respondió Rosa.
—¿Iván?
—También.
La cronología empezaba a ordenarse
—¿Notaron algo extraño durante la reunión? —preguntó Morales
—. ¿Alguna discusión? ¿Alguien especialmente nervioso?

—Nada —respondió José—. Fue una reunión completamente normal.

Rosa asintió.

—Iván estaba como siempre.

Clara observó a ambos.

—Necesito preguntarles también por Jaime.

La expresión del alcalde cambió y Rosa bajó la mirada.

—Ya imaginaba que llegaría ese momento —dijo José.

—¿Ha hablado con él?

—Esta mañana.

—¿Cómo está?

—Asustado.

Rosa apretó las manos.

—Desde que supo lo de Iván apenas ha dormido.

—¿Sabe dónde está?

—Sí —respondió José—. Sigue fuera del pueblo.

—Bien.

No pidió una dirección. Jaime ya estaba localizado y bajo vigilancia.

—Si habla con él, no le diga nada sobre el dispositivo que hemos establecido.

José la miró.

—¿Creen que corre peligro?

—Después de dos homicidios relacionados entre sí, no pienso correr riesgos innecesarios.

Rosa palideció.

—Es nuestro hijo.

—Precisamente por eso estamos vigilándolo.

Clara cerró la libreta.

—Eso es todo por ahora.

El alcalde se levantó.

—Teniente.

—¿Sí?

—Encuentre a quien está haciendo esto.

En su voz ya no había autoridad, solo la preocupación de un padre.

—Lo intentaremos.

José y Rosa abandonaron la sala.

Morales miró sus notas.

—Murillo primero.

—Eso ya lo sabíamos.

—Pero ahora tenemos otra confirmación.

—Tenemos una confirmación de que salió primero. Nada más.

—Todavía no le gusta.

—¿Qué cosa?

—Que Murillo empiece a aparecer demasiado.

Clara lo miró por encima del vaso de café.

—No convierta una cronología en una condena.

—Anotado.

El sargento consultó las anotaciones.

—Seguimos con Daniel.

Clara miró la hora.

—¿Lo ha localizado?

Morales sacó el teléfono y buscó el número.

—Esta mañana estaba trabajando. Tengo la dirección de la clínica.

—Llámelo.

Se llevó el teléfono al oído.

—Sí —dijo Morales—. Estamos en el cuartel... Entiendo.

Escuchó unos segundos.

—No, no se preocupe.

Colgó.

—Está en la clínica. Dice que puede venir en media hora. Tiene un paciente y está terminando con él.

Clara guardó la carpeta.

—No hace falta.

Morales levantó la mirada.

—¿Que venga?

—Que espere.

Clara se puso en pie.

—Vamos nosotros.

La clínica veterinaria de los Benítez ocupaba un local en una calle próxima al centro. Un rótulo sencillo sobre la fachada mostraba la silueta de un perro y un gato junto al apellido familiar.

Cuando Clara empujó la puerta, un ladrido grave llegó desde el interior.

Morales se detuvo.

—Eso no sonaba pequeño.

—¿Le dan miedo los perros?

—Respeto.

Otro ladrido sonó desde el fondo.

Esta vez, más fuerte.

—Muchísimo respeto.

Clara disimuló una sonrisa.

La recepción estaba vacía. Tras el mostrador se abría un pequeño pasillo del que llegaban voces y el sonido metálico de algún instrumental.

—¿Daniel? —llamó Morales.

—¡Un momento!

La voz procedía de la última puerta.

Avanzaron por el pasillo.

A medida que avanzaban, el olor a desinfectante se hizo más intenso.

Al llegar a la consulta encontraron a Daniel inclinado sobre la mesa de exploración. Vestía unos vaqueros oscuros y un polo azul marino, cubierto por una bata verde. Tenía el cabello algo revuelto y el cansancio de la noche anterior seguía marcado bajo sus ojos.

Sobre la mesa había un pastor alemán.

Una mujer de unos cincuenta años mantenía ambas manos alrededor del cuello del animal mientras Daniel trabajaba sobre una herida abierta en una de las patas delanteras.

El perro volvió a ladrar al descubrirlos.

Morales se detuvo en el umbral.

Daniel levantó la vista.

—Pasen. No muerde.

Morales miró al animal.

—¿Seguro?

—No.

Morales lo miró con recelo.

—Es broma.

La propietaria acarició la cabeza del perro.

—Thor no hace nada.

El animal enseñó brevemente los dientes y Morales dio medio paso atrás.

—Thor y yo acabamos de conocernos. Prefiero no precipitar la relación.

La mujer soltó una carcajada.

Daniel volvió a concentrarse en la pata.

—Me quedan un par de puntos.

—Termine —dijo Clara.

Se quedaron junto a la puerta.

Daniel sujetó la piel con unas pinzas e introdujo la aguja curva por uno de los bordes de la herida. Sus movimientos eran precisos, tranquilos, casi mecánicos.

El perro apenas reaccionó mientras Daniel terminaba el último punto.

—Muy bien, campeón. Una más.

Clara recorrió la consulta con la mirada.

Una mesa de acero inoxidable. Un ecógrafo. Una báscula en el suelo. Varios armarios. Sobre una bandeja descansaban gasas, pinzas, una jeringa y un par de pequeños viales.

Cortó el hilo y examinó su trabajo.

—Ya está.

La mujer soltó por fin el aire que parecía llevar varios minutos conteniendo.

—¿Y ahora?

—Antibiótico durante siete días. La herida siempre limpia y que no se lama los puntos.

Miró a Thor.

—Aunque sospecho que esa última parte va a ser una negociación complicada.

—¿Puede andar?

—Puede. Pero nada de carreras durante unos días.

Daniel ayudó a bajar al animal de la mesa.

Thor apoyó la pata con cautela y, antes de salir, volvió la cabeza hacia Morales.

Morales se apartó para dejarle espacio.

—Encantado, Thor.

La mujer volvió a reír.

Cuando la puerta se cerró, Daniel se quitó los guantes y los arrojó a una papelería.

—Perdonen. Podría haber cerrado y acercarme al cuartel.

—No era necesario —respondió Clara.

Daniel se lavó las manos.

—Imagino que vienen por lo de anoche.

—Así es.

Cerró el grifo, se secó y señaló dos sillas.

—Adelante.

Clara no se sentó.

—No tardaremos demasiado.

Morales permaneció junto a ella.

Daniel comenzó a recoger el instrumental mientras Clara iniciaba las preguntas.

—Usted es Daniel Benítez. Treinta años. Veterinario. Diputado Mayor de la hermandad.

—Así es.

Clara señaló la clínica con una ligera inclinación de cabeza.

—¿Trabaja con su padre?

—Sí. Compartimos la clínica.

—¿Vive con ellos?

Daniel negó mientras depositaba las pinzas en un recipiente.

—No. Vivo solo desde hace unos años.

—¿En El Cuervo? —preguntó Morales.

—Sí. Tengo un piso aquí cerca.

Clara miró la bandeja.

La jeringa continuaba allí.

—Imagino que, por su profesión, está acostumbrado a administrar medicamentos mediante inyección.

Daniel siguió la dirección de su mirada, cogió la jeringa y la dejó caer en el contenedor amarillo.

—Forma parte del trabajo.

—¿Qué clase de medicamentos?

—Antibióticos, sedantes, anestésicos... depende del animal y del tratamiento.

Clara dirigió la vista hacia uno de los armarios.

—¿Tiene acceso a sustancias que, administradas en determinadas dosis, puedan provocar la muerte?

Daniel se volvió hacia ella.

Esta vez dejó de recoger.

—Sí.

Morales levantó ligeramente el bolígrafo.

Daniel señaló uno de los armarios.

—Pero todas están controladas. Cada compra, cada uso y cada vial quedan registrados. Las inspecciones son bastante estrictas.

—¿Podría comprobarse si falta alguno?

—Por supuesto.

La respuesta había llegado sin resistencia, sin siquiera intentar averiguar por qué se lo preguntaban.

Daniel abrió el armario, guardó uno de los viales y volvió a cerrarlo.

—¿Quieren comprobarlo?

—Si es necesario, lo haremos.

—Cuando quieran.

Clara cambió de asunto.

—Hábleme de la reunión de anoche.

Daniel se apoyó ligeramente contra la mesa de exploración.—Fue como cualquier otra reunión antes de las fiestas. Revisamos el programa, el recorrido de la procesión y algunos gastos pendientes.

—¿Hubo alguna discusión?

—Ninguna.

—¿Recuerda quién abandonó primero la parroquia?

—José Luis Murillo.

—¿Y después?

—El alcalde y Rosa se marcharon poco después.

—¿Cuándo salió usted?
—Después de mis padres y de Gonzalo.
—¿Sus padres salieron con el doctor Romero?
—Sí.
—¿Y usted por qué se quedó atrás?
—Estaba recogiendo unas cosas. Nada especial. Salí unos segundos después.
—¿Vio a Murillo?
—Sí.
—¿Dónde?
—En su coche.
—¿Qué coche tiene?
—Un Audi blanco. Q7 creo...
—¿Estaba solo?
—Que yo viera, sí.
—¿Qué hacía?
—No lo sé. Estaba sentado al volante.
—¿Habló con él?
—No exactamente. Mi madre sí.
—Explíquese.
—Cuando salí, estaba alcanzando a mis padres. Mi madre se había detenido junto al coche de José Luis para despedirse de él.
—¿Murillo se marchó?
—No. Cuando nosotros nos fuimos, seguía dentro del Audi. Aquello sí era nuevo: Murillo había salido el primero, pero seguía allí cuando los demás comenzaron a marcharse.
—¿Le pareció extraño?
—No. José Luis siempre anda con papeles, llamadas, historias del archivo... Pensé que estaría haciendo cualquier cosa.
—¿Cómo estaba?
Daniel tardó un momento en responder.
—No me fijé demasiado.
—¿Vio a Iván después de salir?
—No. Seguía dentro con el padre Gabriel.
—¿Sabía que iba a quedarse?
—No.

—¿Alguien podía saberlo antes de que terminara la reunión?

—Que yo sepa, no.

Clara cerró la libreta.

—Por ahora es suficiente.

Antes de salir, Daniel se volvió.

—Teniente.

—¿Sí?

—¿Creen que habrá otro?

—Estamos trabajando para que no lo haya.

Daniel asintió.

Morales esperó a que salieran de la clínica para hablar.

—Murillo fue el primero en salir y todavía estaba allí cuando se fueron los demás.

—Sí.

—Eso le da tiempo.

—También se lo da a cualquiera que permaneciera en la zona.

Morales sonrió ligeramente.

—Ya sabía que iba a decir eso.

Clara echó a andar hacia el coche.

—Suba al coche.

—¿Adónde vamos?

—A hablar con el hombre del Audi blanco.

CAPÍTULO 17

Murillo

La Casa de Postas se alzaba junto a la antigua carretera Nacional IV. En otro tiempo, cuando las diligencias unían Sevilla con Cádiz, aquel lugar había servido de parada a viajeros y caballos agotados y había acabado convirtiéndose en el primer núcleo estable sobre el que creció El Cuervo. Los carruajes desaparecieron hacía mucho, pero el edificio, transformado ahora en el principal centro cultural del municipio, conservaba la sobriedad de las viejas construcciones andaluzas.

Morales detuvo el vehículo frente a la fachada de piedra.

—Curioso sitio para una biblioteca.

Clara contempló el edificio.

—Quizá no haya un lugar mejor para guardar la historia de un pueblo que aquel donde empezó a escribirse.

Atravesaron el patio de entrada y empujaron la pesada puerta de madera.

Al cruzar la puerta, el bullicio de la carretera quedó atrás.

En el interior, la antigua posta había dado paso a un espacio amplio y luminoso. La cubierta de madera vista se elevaba sobre una larga sala flanqueada por estanterías repletas de libros. La luz entraba tamizada por los altos ventanales laterales, dibujando franjas sobre el pavimento pulido. Varias mesas de lectura ocupaban el centro de la estancia, mientras el olor a papel, madera y libros antiguos envolvía el ambiente con una calma impropia de un pueblo que acababa de despertar con la noticia de un segundo asesinato.

Aquella mañana, sin embargo, la biblioteca distaba mucho de estar en silencio.

Varias voces infantiles llenaban la sala.

Morales dirigió la mirada hacia el fondo de la sala.

Una veintena de alumnos de primaria permanecían sentados sobre una alfombra de colores, escuchando con absoluta atención a

un hombre de unos cuarenta años que sostenía un libro entre las manos.

Tenía el cabello castaño, con entradas ya visibles, gafas de montura fina y una chaqueta de lino clara pese al calor.

Sostenía el libro con ambas manos y pasaba las páginas con un cuidado casi excesivo, como si aquel ejemplar mereciera más consideración que cualquier objeto cotidiano.

Hablaba con una voz pausada, envolvente, propia de quien llevaba toda una vida contando historias.

—...y por eso Don Alonso Barragán decidió que ningún niño de El Cuervo creciera sin aprender a leer.

Cerró despacio el libro y sonrió a los pequeños.

—En aquella época los libros eran un lujo. Pero él estaba convencido de que existía algo mucho más valioso que el dinero.

Señaló entonces un retrato de Don Alonso que presidía uno de los muros de la biblioteca.

—¿Sabéis qué era?

Los niños lo miraron expectantes.

—El conocimiento.

Después recitó despacio las palabras grabadas también en el pedestal de la estatua del bulevar de la Ladrillera.

—«El conocimiento es el mayor legado que podemos dejar al mundo».

Varios alumnos completaron la frase con él.

—Muy bien.

Dejó el libro sobre una mesa y continuó.

—Por eso, cada año, el día de su nacimiento, los vecinos de El Cuervo llevamos un libro hasta los pies de su estatua. No flores, sino libros. Porque esa era la mejor forma de agradecer a Don Alonso Barragán todo lo que hizo por nuestro pueblo.

Los niños seguían escuchándolo fascinados.

Clara observaba desde la puerta.

La escena explicaba mejor que cualquier descripción el respeto que Murillo despertaba entre los vecinos.

Morales carraspeó lo suficiente para llamar la atención del cronista.

José Luis levantó la vista.

Al reconocer a los agentes cerró el libro con la misma delicadeza con la que había comenzado la charla.

Los niños dejaron escapar un pequeño murmullo de decepción.

Él les dedicó una sonrisa tranquila.

—Parece que nuestra historia tendrá que esperar unos minutos.

Después se volvió hacia la maestra.

—Si le parece, pueden ir eligiendo un libro para llevarse a clase.

José Luis caminó entonces hacia Clara y Morales con absoluta serenidad.

—Teniente Díaz... sargento Morales, ya me han dicho que me buscaban.

La sonrisa seguía en su rostro.

—Imagino que vienen por lo ocurrido con Iván.

Clara sostuvo su mirada.

—Así es, señor Murillo.

El cronista hizo un gesto hacia un pequeño despacho acristalado situado al fondo de la biblioteca.

—Acompañenme. Allí podremos hablar con tranquilidad.

José Luis abrió la puerta del pequeño despacho y les indicó que tomaran asiento.

Las paredes estaban cubiertas por estanterías repletas de libros y archivadores. Sobre la mesa descansaban varias carpetas, fotografías antiguas del pueblo y un cuaderno lleno de anotaciones escritas a mano.

Antes de que Clara formulara la primera pregunta, Morales se adelantó.

—Tengo que decirle una cosa, señor Murillo.

El cronista levantó la vista.

—Usted dirá.

—Es fascinante escucharle hablar de Don Alonso Barragán. Se nota que siente auténtica admiración por él.

José Luis sonrió.

—Supongo que es inevitable.

Acarició con la yema de los dedos el lomo de uno de los libros que descansaban sobre la mesa.

—He dedicado prácticamente toda mi vida a reconstruir su historia. Cada documento, cada carta, cada referencia que ha sobrevivido al paso del tiempo... He intentado reunir todo lo que hablaba de él.

Morales observó los archivadores.

—Debe conocer mejor que nadie la historia de este pueblo.

El cronista sonrió apenas.

—Digamos que llevo muchos años conviviendo con ella.

Tras una pausa, añadió:

—Y aún sigo encontrando cosas que me sorprenden.

Clara sostuvo su mirada.

Después abrió la carpeta que llevaba bajo el brazo.

—Precisamente por eso hemos venido a verle, señor Murillo.

—Señor Murillo, necesito que volvamos a la reunión de anoche.

El cronista asintió.

—Por supuesto.

—¿Notó algo fuera de lo normal?

José Luis se tomó un momento para responder.

—No. Fue una reunión bastante tranquila. Se habló de la organización de las fiestas, del programa de actos y del reportaje que estoy preparando para el periódico local. Nada que llamara la atención.

Clara tomó una breve nota.

—¿Vio marcharse a todos los asistentes?

—Sí.

La respuesta llegó sin vacilación.

— Excepto Iván, que se quedó hablando con el padre Gabriel.

Morales levantó la vista de la libreta.

Clara dejó pasar un instante antes de continuar.

—¿Se dirigió directamente a su domicilio?

El cronista negó con la cabeza.

—No.

—¿Dónde fue?

— A ninguna parte. Me quedé unos minutos en el coche.

Morales arqueó una ceja.

—¿Haciendo qué?

José Luis sonrió con cierta timidez, como si la explicación le resultara demasiado trivial.

—Pasando unas notas al teléfono. Durante la reunión apunté algunas cosas en papel y prefería pasarlas antes de perderlas.

Clara anotó aquella información.

—¿Cuánto tiempo permaneció allí?

—No sabría decirle con exactitud. Quizá diez minutos.

—¿Y después fue a casa?

—Sí.

Clara mantuvo la atención en él.

—¿Hay alguien que pueda confirmar la hora a la que llegó?

La sonrisa del cronista se apagó.

—Me temo que no.

—Estoy divorciado. Vivo solo con mi hijo.

—¿Su hijo Alonso?

—Sí. Pero cuando llegué ya estaba dormido. Dudo siquiera que me oyera entrar.

Morales terminó de escribir y levantó la vista.

—¿Observó algo inusual durante el tiempo que estuvo en el coche?

—No. Nada fuera de lo normal. Pero, la verdad, estaba absorto en esas notas, así que no presté atención al exterior del coche.

Clara cerró lentamente la carpeta.

Clara anotó la respuesta. En apariencia era intrascendente; de momento, no tenían motivos para tratarla de otro modo.

—Gracias por su tiempo, señor Murillo.

El cronista también se levantó.

—Ojalá pueda serles de ayuda.

Morales le estrechó la mano.

—Gracias por recibarnos.

José Luis los acompañó hasta la puerta de la biblioteca. Antes de despedirse, volvió la vista hacia los niños, que seguían hojeando libros alrededor de la maestra.

Murillo sonrió al verlos.

—La historia siempre acaba encontrando a quien quiere escucharla.

Clara respondió con un gesto de cortesía y salió del edificio junto a Morales.

El calor comenzaba a hacerse notar cuando regresaron al vehículo oficial.

Morales arrancó el motor.

—¿Qué le ha parecido?

Clara observó por el retrovisor la fachada de la Casa de Postas.

—Necesitamos saber por dónde salió ese Audi.

—¿Cómo?

Clara buscó una forma de comprobarlo.

Entonces recordó a alguien.

—Ortega.



Manuel Ortega extendió un plano de El Cuervo sobre la mesa.

—Cámaras tenemos. Otra cosa es que estén donde ustedes las necesitan.

Clara se inclinó sobre el plano.

—Quiero comprobar las salidas del pueblo entre la una y la una y media de esta madrugada.

El jefe de la Policía Local recorrió varias calles con el dedo.

—Aquí tenemos una. Aquí otra, pero solo enfoca la entrada de la avenida... —continuó avanzando—. Y esta controla un cruce a las afueras.

—¿Graba los vehículos que salen? —preguntó Morales.

—Si pasan por aquí, sí.

Clara señaló el punto.

—¿Adónde lleva esa carretera?

—A la zona de campos. Hay varias explotaciones agrícolas, algunas casas y fincas.

Ortega estudió el plano.

—Ahora que lo pienso, José Luis tiene una por allí.

Clara levantó la vista.

—¿Murillo?

—Sí.

Morales se acercó al mapa.

—¿Una finca?

—Una casa de campo con algo de terreno. Lleva años siendo suya. Creo que era de la familia.

Clara volvió a mirar el cruce.

—¿Para llegar hasta allí tendría que pasar por esa cámara?

Ortega estudió el trazado.

—Por la ruta normal, sí.

—¿Y para ir a su domicilio?

El policía señaló otra dirección.

—No. Su casa está dentro del pueblo. Si salió por aquí, desde luego no iba hacia ella.

Clara volvió la vista al cruce señalado.

Todavía no sabían si el Audi había pasado por allí, y no pensaba construir una sospecha sobre algo que aún no habían comprobado.

—Quiero las grabaciones de todas las cámaras que cubran las salidas del pueblo entre la una y las dos.

Ortega asintió.

—Se las consigo.

—Todas —insistió Clara—. No solo esa.

Morales la miró.

—Para no buscar únicamente lo que queremos encontrar.

Clara recogió el plano.

—Veo que de vez en cuando escucha.

—Intento hacerle la pelota.

Clara lo miró.

—Pues tampoco le está funcionando.

Morales sonrió.

—Seguiré intentándolo.

Clara se dirigió hacia la puerta.

—Cuando tenga las grabaciones, llámeme. Aunque no aparezca el Audi.

—Hecho.

Ya estaban saliendo cuando Morales miró una última vez el plano.

—Una finca.

Clara continuó caminando.

—De momento, Morales, solo es una finca.

—Sí, mi teniente.

Morales puso el coche en marcha.

—¿Dónde vamos ahora?

Clara abrió la carpeta de la hermandad y pasó el dedo por la lista hasta detenerse en el siguiente nombre.

Gonzalo Romero.

—A casa del doctor.

CAPÍTULO 18

Nervioso

Morales redujo la velocidad al abandonar las últimas calles del casco urbano.

Apenas unos cientos de metros después, una vivienda señorial apareció a la derecha de la carretera que conducía hacia Jerez.

Construida en el siglo XVIII, destacaba por la sobriedad de su arquitectura. La fachada encalada, los gruesos muros y los balcones de hierro forjado conservaban el carácter de otra época. Tras un amplio portón de madera se intuía un patio interior presidido por un viejo olivo.

Morales contempló la casa con curiosidad.

—No esperaba encontrar una casa así a las afueras del pueblo.

Gonzalo sonrió mientras abría la cancela.

—Tiene unos cuantos siglos de historia.

Los agentes cruzaron el patio.

—Perteneció a don Alonso Barragán —explicó Gonzalo.

Morales sonrió de medio lado.

—Entonces el señor Murillo debe de tenerle bastante envidia.

El médico soltó una breve risa.

—Más de una vez me lo ha dicho.

Mientras les invitaba a pasar, añadió con absoluta naturalidad:

—En su testamento, don Alonso dispuso que la casa quedara vinculada al médico titular de El Cuervo. Consideraba que cuidar de la salud de los vecinos era tan importante como fomentar su educación.

Clara recorrió el amplio zaguán con la mirada.

—Así que ha ido pasando de un médico a otro.

—Exactamente. Cada nuevo médico del pueblo la habita mientras desempeña su labor aquí. Es una tradición que se ha conservado hasta nuestros días.

Morales volvió a mirar las vigas de madera del techo.

—Es una forma curiosa de mantener vivo un legado.

—Y una responsabilidad —respondió Gonzalo.

Gonzalo cerró la cancela a su espalda y se acomodó distraídamente el cinturón antes de conducirlos hacia el interior.

Un amplio salón se abrió ante ellos, inundado por la luz que entraba desde el patio. Las paredes estaban decoradas con fotografías familiares, títulos universitarios enmarcados y varias estanterías donde los libros de medicina convivían con novelas y cuentos infantiles.

—Siéntense, por favor.

Apenas habían tomado asiento cuando unos pasos descendieron por la escalera.

Una joven apareció en el umbral de la sala.

Tendría unos veintisiete años. Llevaba el cabello rubio recogido en una coleta sencilla, que dejaba al descubierto un rostro de facciones delicadas y una belleza serena, casi frágil. Vestía vaqueros claros y una camisa blanca de manga larga, impropia del calor de finales de verano, abotonada hasta las muñecas.

Al descubrir a los agentes, les dedicó una sonrisa tímida.

—Perdón... no sabía que tenías visita.

—No pasa nada, hija.

Gonzalo se levantó.

—Lucía, ellos son la teniente Clara Díaz y el sargento Morales.

La joven se acercó despacio.

—Encantada.

Clara estrechó su mano.

Era cálida, pero apenas ejercía presión.

—¿Vive aquí con su padre?

Lucía negó.

—No. Doy clase de Primaria en Jerez y vivo cerca del colegio.

—¿Ha venido por lo ocurrido?

—Sí. Mi padre no quería estar solo estos días.

—Entonces tendrá vacaciones.

—Las tenía.

La sonrisa se le apagó al responder.

—Aunque estos días apenas he pensado en eso.

Clara la miró con atención.

Calculó que tendría prácticamente la misma edad que Roberto e Iván.

—Imagino que los conocía.

La expresión de Lucía cambió apenas.

—Sí.

Su voz se volvió más baja.

—Aquí nos conocemos todos.

—¿Cómo está viviendo todo lo que está ocurriendo?

Lucía tardó un momento en responder.

Miró hacia la ventana antes de volver a fijar los ojos en Clara.

—Todavía me cuesta creerlo.

Hizo una pausa.

—El Cuervo siempre me ha parecido un lugar tranquilo. Ver dos asesinatos en tan pocos días... es algo que jamás habría imaginado.

Clara percibió tristeza en sus palabras y un cansancio difícil de explicar.

Lucía dirigió entonces la mirada hacia su padre.

—Si no os importa... voy a dar un paseo.

Gonzalo la miró con una ternura que apenas intentó disimular.

—No vuelvas muy tarde.

Antes de salir, se despidió con educación.

—Ha sido un placer conocerles.

La puerta se cerró con suavidad.

Durante un momento ninguno habló.

Fue Morales quien rompió el silencio.

—Parece muy buena chica.

Gonzalo permaneció observando la puerta por la que acababa de salir su hija.

Una expresión cargada de nostalgia apareció en su rostro.

Se levantó despacio y caminó hasta un aparador donde descansaba una fotografía familiar.

En ella aparecía junto a su esposa y una Lucía de apenas diez años, sonriente, sujetando una bicicleta nueva.

—Lucía siempre ha sido una chica sensible —continuó Gonzalo—. Con los años se fue volviendo más reservada. Nunca ha sido de

hablar demasiado de sus cosas.

—Hace dos años murió mi mujer.

Clara levantó la mirada.

—Lo siento.

—Mercedes llevaba tiempo tratándose la hipertensión. Una mañana sufrió un infarto mientras yo estaba pasando consulta.

Gonzalo bajó la vista hacia sus manos.

—Lucía estaba muy unida a su madre. Su muerte la hundió. Desde entonces ha pasado por temporadas mejores y peores, pero últimamente...

No terminó la frase.

—¿Está en tratamiento? —preguntó Clara.

—Sí.

Clara recordó la forma en que Lucía evitaba sostener la mirada demasiado tiempo y aquella tristeza que parecía acompañarla incluso cuando sonreía.

—Es curioso... Llevo media vida intentando aliviar el dolor de los demás y sigo sin saber cómo aliviar el de mi hija.

Clara y Morales guardaron silencio.

Por un momento, dejaron de ver solo al médico más respetado de El Cuervo para ver también a un padre afligido.

Clara abrió la libreta.

—Doctor, necesito volver unos minutos a la reunión de anoche.

Gonzalo asintió.

—Por supuesto.

—¿Transcurrió con normalidad?

—Sí. Hablamos únicamente de la organización de las fiestas patronales.

—¿A qué hora abandonó la parroquia?

—Poco después de la una.

—¿Iván seguía allí?

—Sí. Permanecía hablando con el padre Gabriel.

—¿Observó algo fuera de lo habitual antes de marcharse?

El médico se tomó un momento antes de responder.

—Bueno...

Clara levantó la vista de la libreta.

—¿Sí?

—Ahora que lo menciona... cuando nos marchábamos, el matrimonio Benítez y yo vimos a José Luis sentado dentro de su coche. Parecía algo inquieto.

—¿Le dijo algo?

—Elena le preguntó si se encontraba bien. Él sonrió y respondió que sí, que no era nada.

Gonzalo se encogió de hombros.

—Después, cada uno siguió su camino.

Clara hizo una última anotación.

Nervioso.

—Gracias, doctor. De momento no tengo más preguntas sobre la reunión.

Clara cerró la libreta y se puso en pie.

Gonzalo los acompañó hasta la puerta.

—Si necesitan cualquier otra cosa, ya saben dónde encontrarme.

—Lo tendremos en cuenta.

Clara y Morales se despidieron y caminaron unos metros hacia el coche.

—No sé usted, mi teniente, pero cuanto más hablamos con la gente, menos me gustan esos diez minutos de Murillo en el coche.

Clara siguió caminando.

—Diez minutos no convierten a nadie en asesino.

—No. Pero empiezan a parecerme diez minutos muy largos.

Morales consultó la hora.

—Las dos y diez.

Clara cerró la carpeta de las diligencias.

—Todavía nos queda el matrimonio Benítez.

—Y a mí me queda el estómago.

La teniente arqueó una ceja.

—¿Otra vez?

—Llevo desde las siete de la mañana a base de café. Si sigo así, dentro de un rato empezaré a interrogar bocadillos.

Clara sonrió.

—¿Alguna propuesta?
—Casa Manolo.
Ella lo miró con curiosidad.
—¿Tan bueno es?
—Lo suficiente para reconciliar a cualquiera con un lunes.
Clara negó, todavía divertida.
—Pida algo para llevar.
—¿Y comer en el cuartel?
—La prensa estará esperando a que cometamos el error de sentarnos tranquilamente en un restaurante.
Morales hizo un gesto de aprobación.
—Buena observación.
Sacó el teléfono del bolsillo.
—Voy encargando dos menús.
Mientras el sargento hablaba, Clara abrió de nuevo la carpeta de la investigación.
Repasó una a una las declaraciones de la mañana.
El padre Gabriel, José Moreno y Rosa Cuéllar, Daniel Benítez, José Luis Murillo y, por último, Gonzalo Romero.
Su bolígrafo se detuvo sobre la misma idea.
Nervioso.
Morales colgó.
—En veinte minutos estará listo.
Clara cerró la carpeta.
—Quiero cotejar ese detalle con los Benítez antes de volver a hablar con Murillo.
—¿Lo del coche?
Ella asintió.
—El padre Gabriel no observó nada extraño. Murillo afirma que pasó unos minutos más en el coche antes de regresar a casa. Y ahora Gonzalo recuerda que parecía inquieto dentro del vehículo.
Clara levantó la vista.
—Tres declaraciones que no concuerdan mucho.
Morales sacó las llaves del bolsillo.
—Entonces merece la pena comprobarlo.

—En una investigación, los pequeños detalles son los que terminan señalando el camino.

Los dos abandonaron la vivienda del doctor cuando el reloj se acercaba a las dos y media de la tarde.

En el cuartel ya los esperaban dos bolsas de papel con la comida de Casa Manolo.

Morales abrió la suya y se quedó mirando el contenido.

Clara alzó los ojos.

—¿Qué ocurre?

El sargento sacó un enorme bocadillo del recipiente desechable.

—Morales, ¿qué demonios es eso?

—Se llama tumbabarcos.

Clara observó aquella baguette de casi medio metro, rebosante de lomo, tortilla, bacon, queso, pimientos y salsa. Parecía imposible añadir un ingrediente más.

—Eso no es un bocadillo.

Morales lo sostuvo con ambas manos.

—No. Eso es un desafío.

Clara soltó una carcajada.

—Si consigue terminarse eso, quizá podamos descartarlo como sospechoso.

—¿Por qué?

—Porque nadie capaz de comer semejante monstruo tendría tiempo para cometer un asesinato.

Morales negó divertido.

—Mi teniente... empieza a preocuparme.

—¿El qué?

—Que ya está aprendiendo a hacer bromas.

CAPÍTULO 19

Sospechas

Las puertas del cuartel se abrieron apenas unos minutos después. Venancio y su mujer Elena, entraron juntos. Ambos rondaban los cincuenta años. Vestían con sencillez y el cansancio acumulado durante las últimas horas se reflejaba en sus rostros. Él caminaba con la serenidad de quien llevaba toda una vida ejerciendo como veterinario en el pueblo. Ella sostenía el bolso contra el pecho con ambas manos, incapaz de ocultar la preocupación.

Morales salió a recibirlos.

—Pasen, por favor.

Los condujo hasta la pequeña sala de reuniones, donde Clara ya los esperaba con la carpeta de la investigación abierta sobre la mesa.

La teniente se puso en pie.

—Gracias por venir tan rápido.

—Faltaría más, teniente —respondió Venancio mientras estrechaba su mano.

El matrimonio tomó asiento frente a ellos.

—No vamos a entretenerlos más de lo necesario. Solo necesitamos aclarar algunos detalles sobre la reunión celebrada anoche en la parroquia.

Los dos asintieron.

—¿A qué hora abandonaron la iglesia?

Elena reflexionó unos instantes.

—Sería poco después de la una.

—¿Iván seguía allí?

—Sí. Se quedó hablando con el padre Gabriel.

Clara tomó nota.

—¿Quién salió con ustedes?

—El doctor Romero —respondió Venancio—. Caminamos juntos hasta la puerta. Mi hijo nos alcanzó unos segundos después.

La teniente levantó la vista.

—¿Y luego?

El matrimonio intercambió una mirada.

Fue Elena quien respondió.

—Mientras íbamos hacia los coches vimos a José Luis Murillo sentado dentro del suyo.

—¿Estaba solo?

—Sí.

—¿Les llamó la atención algo?

—La verdad... sí.

Clara dejó el bolígrafo sobre la libreta.

—¿Qué fue?

—Parecía nervioso.

—¿En qué sentido?

—No sabría explicarlo. Estaba sentado al volante, mirando hacia el asiento de al lado. Como si estuviera pensando en algo, las manos le temblaban.

Venancio intervino.

—Mi mujer incluso se acercó a la ventanilla para preguntarle si se encontraba bien.

—¿Qué respondió?

—Que sí. Dijo que solo estaba cansado.

—¿Le creyó?

Venancio se encogió de hombros.

—En ese momento sí.

Clara no apartó la vista de la pantalla.

—¿Vieron a alguien acercarse a su vehículo?

—No.

—¿O salir de él?

—Tampoco.

La teniente hizo una última anotación y estaba a punto de cerrar la carpeta cuando Elena volvió a hablar.

—Teniente...

Clara levantó la vista.

—¿Sí?

La mujer frunció el ceño, como si acabara de recordar un detalle que hasta entonces había considerado insignificante.

—No sé si servirá de algo...

—Dígame.

—Cuando me acerqué a la ventanilla me pareció ver una caja de madera sobre el asiento del copiloto.

Morales levantó la cabeza.

—¿Una caja?

—Sí. No era muy grande. Pensé que serían libros o documentos. José Luis siempre va cargado de papeles.

Clara anotó el detalle sin dejar traslucir qué importancia podía tener.

—¿La había visto antes?

—No.

—¿Está segura de que estaba dentro del coche?

—Completamente.

Clara cerró la carpeta.

Se puso en pie.

—No tenemos más preguntas. Gracias por su colaboración.

Venancio también se levantó.

Antes de marcharse, observó a Clara con gesto preocupado.

—Teniente... ¿cree que José Luis tiene algo que ver con todo esto?

Clara sostuvo su mirada.

—Todavía no lo sabemos.

Y era cierto: una investigación no se construía con sospechas, sino con pruebas.

Venancio y Elena abandonaron la sala.

La puerta apenas había terminado de cerrarse cuando llamaron de nuevo.

—Adelante.

Ortega apareció en el umbral.

Llevaba una memoria USB en la mano.

—Creo que esto les va a interesar.

Morales se incorporó en la silla.

—¿Las cámaras?

—Las cámaras.

Ortega entró y dejó la memoria sobre la mesa.

Clara lo miró.

—¿Ha encontrado el Audi?

—Sí.

Ortega dejó que el dato pesara un instante.

—A la una y treinta y dos de la madrugada.

Clara frunció el ceño.

—¿Dónde?

—En la cámara del cruce que estuvimos viendo esta mañana.

Morales se incorporó.

—¿La salida hacia los campos?

—Esa misma.

Ortega señaló la memoria.

—Se ve un Audi Q7 blanco pasando por el cruce en dirección a las fincas. La matrícula coincide con la de Murillo.

Durante un instante nadie habló.

Clara recordó la conversación en la Casa de Postas.

Me quedé unos diez minutos en el coche pasando unas notas al teléfono y después me fui a casa.

—¿Está seguro de la hora? —preguntó.

—Una y treinta y dos. La cámara está sincronizada con el sistema municipal.

—¿Y aparece regresando?

—No en el tramo que he revisado.

Clara se levantó.

—Quiero ver las imágenes.

Ortega introdujo la memoria en el ordenador.

El vídeo apareció en pantalla.

En la pantalla apareció una carretera prácticamente desierta, granulada bajo la luz de las farolas.

En la esquina inferior, el reloj marcaba:

01:31:54.

Unos segundos después, dos faros aparecieron al fondo.

El vehículo se aproximó al cruce.

Un Audi Q7 blanco.

Clara se inclinó hacia la pantalla.

El coche redujo la velocidad y tomó el desvío.

La matrícula quedó visible apenas un instante.

Fue suficiente.

Ortega congeló la imagen.

—Es él.

Morales miró a Clara.

Esta vez no había ninguna broma en su expresión.

—Dijo que se fue a casa.

Clara mantuvo la vista fija en la pantalla.

—Sí.

—Y su casa no está por ahí.

—No.

Ortega señaló el desvío.

—Pero su finca sí.

Clara no apartó la vista de la pantalla.

Los diez minutos dentro del coche, el nerviosismo que había percibido Elena, la caja de madera en el asiento del copiloto y ahora aquel desvío.

Cuatro piezas que, por separado, podían no significar nada; juntas empezaban a dibujar algo muy distinto.

Clara cogió su chaqueta.

—Ortega, ¿sabe llegar a esa finca?

—Sí.

Morales ya estaba poniéndose en pie.

—Supongo que se acabó lo de no convertir una cronología en una condena.

Clara caminó hacia la puerta.

—No vamos a condenar a nadie, Morales.

Clara se volvió hacia ellos.

—Vamos a hacerle una pregunta que Murillo olvidó contestarnos.

—¿Cuál?

Clara abrió la puerta.

—Por qué nos mintió.

El jefe de la Policía Local detuvo el todoterreno frente a la puerta del cuartel y bajó la ventanilla.

—¿Nos vamos?

—Llévenos a esa finca Ortega.

—Suban.

Los tres abandonaron el centro del pueblo en dirección sur.

Al tomar una curva, una estructura de hormigón llamó la atención de Clara.

Varias grúas se alzaban sobre un edificio de líneas modernas que todavía mostraba los andamios en buena parte de la fachada.

—¿Qué están construyendo? —preguntó.

Ortega sonrió con cierto orgullo.

—El nuevo centro de salud.

Morales observó la obra mientras pasaban junto a ella.

—Tiene buena pinta.

—Llevábamos años reclamando. Si todo va bien, abrirá sus puertas el año que viene.

Clara continuó contemplando el edificio hasta que quedó atrás.

—¿Ya tiene nombre?

Ortega asintió sin apartar la vista de la carretera.

—Sí.

Ortega tardó un momento en responder.

—Centro de Salud Doctor Gonzalo Romero.

Morales sonrió.

—No me extraña.

—Se lo ha ganado de sobra —respondió Ortega—. Lleva más de treinta años atendiendo a medio pueblo. Ha venido de madrugada, en Navidad, en feria... donde hiciera falta. Aquí hay gente que dice que le debe la vida.

Clara no hizo ningún comentario y volvió la vista hacia la carretera.

Poco a poco las calles dieron paso a amplios campos de cultivo, olivares y parcelas salpicadas por antiguas casas de labor. El paisaje se abrió bajo el sol de primera hora de la tarde, teñido por el amarillo de los rastrojos y el verde intenso de los naranjos.

El todoterreno siguió avanzando por un asfalto que se internaba entre los campos.

Tras rebasar un viejo poste eléctrico, Ortega giró a la izquierda y abandonó la carretera.

—La finca está al final de ese carril —anunció Ortega.

Los tres callaron.

Apenas unos minutos después, comenzaron a distinguir la silueta de una vieja casa de campo entre los olivos.

Ortega detuvo el todoterreno a un lado del carril, dejando libre el paso para cualquier vehículo que pudiera entrar o salir de la finca.

Frente a ellos, una cancela tubular de acero y malla metálica permanecía entreabierta.

El jefe de la Policía Local descendió el primero.

—¡José Luis!.

Solo respondió el zumbido de las cigarras.

Volvió a llamar.

—¡Murillo!

Nada.

Entonces Clara reparó en algo.

Una fina columna de humo negro se elevaba desde el interior de la finca y se perdía entre las copas de los olivos.

—¿Lo veis?

Morales siguió la dirección de su mirada.

—Sí.

Los tres cruzaron la cancela y avanzaron a paso rápido por el camino de albero.

Al rodear la vivienda, encontraron un viejo bidón galvanizado del que todavía escapaban pequeñas llamas.

Dentro ardían restos de papel ennegrecido.

—Tenemos que apagar ese fuego. ¡Ya! —ordenó Clara.

Ortega salió corriendo hacia el todoterreno.

Regresó con un pequeño extintor que guardaba en el maletero.

—Más de una vez me ha sacado de un apuro.

Accionó la maneta.

Una nube de polvo químico cubrió el bidón mientras las últimas llamas se extinguían con un siseo.

Morales aprovechó aquellos segundos para acercarse a la casa.

—¡José Luis! ¡Salga! ¡Guardia Civil!

Nadie respondió.

Entonces ocurrió.

Los faros de un Audi Q7 blanco se encendieron junto al lateral de la vivienda.

—¡Morales! —gritó Clara.

El rugido del motor quebró la quietud del campo.

El Audi irrumpió a toda velocidad, levantando una nube de polvo. Durante una fracción de segundo, los ojos de José Luis Murillo se cruzaron con los de Clara. No vio miedo en ellos, sino desesperación.

—¡Javi, cuidado!

Morales se volvió justo cuando el vehículo se abalanzaba sobre él.

Morales apenas tuvo tiempo de apartarse.

El retrovisor derecho lo golpeó con violencia a la altura del hombro. El impacto lo hizo girar sobre sí mismo y lo lanzó varios metros. Cayó pesadamente sobre el albero y quedó inmóvil.

Sin levantar el pie del acelerador, Murillo alcanzó la salida de la finca.

La cancela tubular de acero apenas ofreció resistencia. El pestillo saltó por los aires y una de las hojas se desprendió de las bisagras con un estruendo metálico, retorciéndose sobre el suelo mientras el coche desaparecía carretera abajo envuelto en una espesa nube de polvo.

Por un instante, Clara solo vio a Morales inmóvil sobre el albero.

CAPÍTULO 20

Cenizas

—¡Ortega! ¡Llame a una ambulancia! ¡Ahora!

Clara cayó de rodillas junto a Morales.

Le sujetó el rostro entre las manos.

—Javi... mírame.

Nada.

Durante un instante dejó de oír las cigarras, el motor del Audi alejándose por la carretera, incluso la voz de Ortega pidiendo asistencia por teléfono.

Solo veía a Morales tendido sobre el albero.

—Javi.

Le buscó el pulso en el cuello.

Lo encontró.

Rápido.

Pero estaba ahí.

Clara soltó el aire que no sabía que estaba conteniendo.

—Vamos, Morales. Abra los ojos.

No obtuvo respuesta.

—No me haga esto.

Su voz perdió firmeza.

Entonces recordó una conversación que apenas unas horas antes le había parecido una tontería.

—Todavía tenemos un partido de fútbol pendiente.

Los párpados de Morales temblaron.

Clara se quedó inmóvil.

—¿Morales?

Él abrió los ojos con dificultad.

Tardó unos segundos en enfocar el rostro que tenía sobre él.

Después, pese al dolor, una sonrisa apenas perceptible apareció en sus labios.

—Sabía... que se moría de ganas... de jugar conmigo.

Clara dejó escapar una risa entrecortada. Sintió cómo la tensión de aquellos segundos cedía de golpe y se le humedecían los ojos.

—Cállese.

—Sí, mi teniente.

—Y no vuelva a darme un susto así en su vida.

Morales dejó escapar una débil mueca.

—Eso... me va a costar más.

A lo lejos comenzó a escucharse una sirena.

Clara volvió la cabeza.

El sonido crecía rápidamente entre los campos.

—Ya vienen.

—Qué pena... —murmuró Morales.

Clara permaneció seria.

—¿Qué?

—Estaba muy cómodo.

—No intente hacerse el gracioso.

—Entonces sí que estoy grave.

Esta vez Clara no pudo evitar sonreír.

La ambulancia apareció por el carril levantando una nube de polvo.

Dos técnicos sanitarios descendieron con el equipo mientras una enfermera se arrodillaba junto a Morales.

—Necesito que se aparte un momento, por favor.

Clara retrocedió lo justo.

Los sanitarios comenzaron la valoración. Le inmovilizaron el cuello con un collarín cervical y examinaron la cabeza, el hombro y el brazo que había recibido el impacto.

—¿Ha perdido el conocimiento? —preguntó la enfermera.

—Sí —respondió Clara—. Unos segundos.

Morales abrió los ojos.

—No tantos.

—Usted no estaba en condiciones de contarlos.

La enfermera dirigió una mirada fugaz a ambos antes de continuar.

—¿Sabe cómo se llama?

—Javier Morales.

—¿Sabe dónde está?

Él miró alrededor.

—En una finca... reconsiderando algunas decisiones profesionales.

—Está orientado.

Clara sintió que parte de la presión que le atenazaba el pecho empezaba a ceder.

—Vamos a trasladarlo al hospital —explicó la enfermera—. Hay que descartar lesiones en la cabeza y valorar ese hombro.

Los sanitarios prepararon la camilla.

Clara se acercó.

—Voy con él.

—Ni se le ocurra.

La voz de Morales seguía siendo débil.

Clara lo miró.

—No está usted en condiciones de decidir nada.

—Precisamente... por eso aprovecho.

—Morales.

Él sostuvo su mirada.

La sonrisa desapareció.

—Atrape a ese cabrón.

Volvió a ver el Audi abalanzándose sobre él.

—Ahora mismo lo único que me importa es que llegue bien al hospital.

—Y yo voy a llegar.

Hizo una mueca cuando los sanitarios comenzaron a levantar la camilla.

—Pero Murillo... cada minuto que pasa está más lejos.

Clara apretó la mandíbula.

Lo sabía.

Morales también.

Y los dos sabían que aquella era la razón por la que ella no podía subir a la ambulancia.

Un vehículo apareció entonces por el carril.

Clara volvió la cabeza.

Gonzalo Romero detuvo el coche junto a la entrada de la finca y bajó casi antes de apagar el motor.

—¿Qué ha ocurrido?

Se acercó rápidamente.

—Murillo ha intentado huir —respondió Clara—. Ha golpeado a Morales con el coche.

Gonzalo miró hacia la camilla.

—¿Cómo está?

—Consciente —respondió uno de los sanitarios—. Ha tenido una pérdida breve de conocimiento y presenta un traumatismo en el hombro. Lo trasladamos para valoración.

El médico se acercó.

—Sargento.

Morales abrió los ojos.

—Doctor... al final voy a darle trabajo.

Gonzalo sonrió.

—Eso significa que todavía conserva el sentido del humor.

—Por desgracia —murmuró Clara.

El médico comprobó brevemente que Morales respondía con normalidad y después se volvió hacia ella.

—Iré detrás de la ambulancia. En cuanto llegue al hospital me aseguraré de que lo atiendan y la llamaré.

Clara no apartó los ojos.

—No tiene por qué hacerlo.

—Lo sé.

Gonzalo miró a Morales.

—Pero voy a hacerlo.

Las puertas de la ambulancia se cerraron.

Morales levantó ligeramente la mano sana antes de que el vehículo comenzara a alejarse.

Clara se quedó quieta.

Gonzalo regresó a su coche y salió tras la ambulancia.

El sonido de la sirena acompañó a ambos vehículos por el carril hasta perderse entre los campos.

Entonces regresó el silencio.

Clara siguió mirando el camino vacío.

Aún podía sentir entre las manos el rostro de Morales. La quietud de su cuerpo sobre el albero. Aquellos segundos interminables antes

de encontrarle el pulso.

Cerró los ojos un instante.

—Teniente.

La voz de Ortega la hizo volver.

Clara abrió los ojos.

Un olor acre flotaba en el aire.

Giró lentamente la cabeza.

El bidón seguía humeando junto a la casa.

Una voluta gris ascendía desde su interior y se deshacía bajo el sol de la tarde.

Clara se detuvo en ella.

Después miró la vivienda.

Murillo había huido.

Pero no había tenido tiempo de llevárselo todo.

—Ortega.

—Dígame.

—Acordone la finca y avise a Criminalística.

El jefe de la Policía Local asintió.

Clara comenzó a caminar hacia el bidón.

—Y que nadie toque nada.

Se detuvo a unos pasos.

Bajo la capa blanquecina del extintor todavía asomaban restos de papel carbonizado.

Algunos se habían convertido ya en ceniza.

Otros no.

Clara los contempló en silencio.

Fuera lo que fuese que José Luis Murillo había intentado hacer desaparecer, no había terminado el trabajo.

Clara llevó la mano al transmisor.

—Central, aquí teniente Díaz.

Un breve chasquido precedió a la respuesta.

—Adelante, mi teniente.

—Activen búsqueda y localización de José Luis Murillo. Ha huido de su finca y durante la fuga ha embestido a un agente de la Guardia Civil.

Ortega abrió una pequeña libreta y le mostró una anotación.

—Vehículo Audi Q7 blanco. Matrícula...

Clara leyó los números.

—Comuniquen el aviso a todas las patrullas disponibles de Guardia Civil y Policía Local. Si localizan el vehículo, informen inmediatamente de su posición. No intenten interceptarlo en solitario.

—Recibido, mi teniente.

La comunicación se cortó.

—Y avise a Policía Judicial y Criminalística —añadió Clara—. Quiero que revisen la finca.

—Ahora mismo.

Clara guardó el transmisor.

El humo seguía escapando lentamente del bidón.

Se acercó hasta quedar a poco más de un metro.

Entre el polvo blanco del extintor y las cenizas distinguió varios fragmentos de papel carbonizado.

Y algo más.

Un pequeño brillo metálico.

Clara se inclinó ligeramente, sin acercarse.

—Ortega.

El jefe de la Policía Local dio un paso.

—¿Qué?

—No se acerque.

Se detuvo.

—¿Ha visto algo?

—Sí.

—¿Qué es?

Clara entrecerró los ojos.

—No lo sé.

El metal apenas sobresalía entre los restos quemados.

Podía ser cualquier cosa.

Pero Murillo había prendido fuego a aquel bidón y, cuando los vio llegar, había huido hasta el punto de poner en peligro la vida de Morales.

Aquello bastaba para no tocar absolutamente nada.

—Esperaremos a Criminalística.

Clara volvió la mirada hacia la vivienda.

—Y nadie entra en la casa.

—Entendido.

El jefe de la Policía Local se alejó para terminar de acordonar la zona.

Clara permaneció junto al bidón.

Al fin tuvo un momento para pensar.

Sacó el teléfono.

Ninguna llamada.

Volvió a guardarlo.

Gonzalo le había prometido avisarla en cuanto supiera algo de Morales.

Todavía era pronto.

Demasiado pronto.

Clara dirigió nuevamente la mirada hacia las cenizas.

Esperar nunca se le había dado bien.



No tardaron mucho en llegar.

Dos vehículos de la Unidad Orgánica de Policía Judicial se detuvieron junto a la entrada, seguidos por la furgoneta de Criminalística.

Los especialistas descendieron con el material de inspección y comenzaron a preparar la entrada a la finca.

Una mujer de mediana edad se acercó a Clara.

—Teniente.

—Gracias por venir tan rápido.

Clara señaló el bidón.

—Empezaría por ahí. Lo encontramos ardiendo cuando llegamos. Ortega apagó el fuego con un extintor y desde entonces nadie lo ha tocado.

La especialista observó la zona.

—¿Quiénes se aproximaron?

—Ortega, el sargento Morales y yo. Ninguno manipuló el contenido.

—¿El propietario?

—Estaba aquí. Huyó en cuanto nos vio.

La mujer asintió.

—De acuerdo. Primero documentaremos todo.

El trabajo comenzó.

Fotografiaron el acceso.

La cancela arrancada.

Las marcas de neumáticos sobre el albero.

El exterior de la vivienda.

El bidón.

Cada detalle quedó registrado antes de que nadie tocara nada.

Clara observaba en silencio.

El procedimiento avanzaba despacio, pero sabía que debía ser así.

Una escena mal procesada podía convertir una prueba en una duda.

Solo cuando terminó la documentación inicial, la especialista se colocó unos guantes nuevos y tomó unas pinzas largas.

Se agachó junto al bidón.

Los primeros restos aparecieron uno a uno.

Fragmentos de papel.

Cartón ennegrecido.

Pequeños trozos que todavía conservaban tinta.

Cada elemento era separado, fotografiado y embalado.

Clara no apartaba la mirada.

La especialista introdujo nuevamente las pinzas.

Se detuvo.

—Un momento.

Apartó con cuidado una fina capa de ceniza.

Algo amarillento apareció debajo.

Clara dio un paso.

—¿Qué es?

—Todavía no lo sé.

La especialista siguió trabajando.

Poco a poco emergió una pequeña pieza metálica ennegrecida por el calor.

Cuando quedó suficientemente expuesta, nadie habló.

Dos agujas finas sobresalían de uno de sus extremos.

Clara sintió que algo se tensaba en su interior.

Dos.

La especialista ladeó ligeramente la cabeza.

—No recuerdo haber visto un instrumento como este.

Clara tampoco.

Pero sí había visto lo que dos agujas podían dejar atrás.

Dos pequeños orificios.

En el cuello de Roberto Sánchez.

En el cuello de Iván Ganfornina.

La coincidencia era demasiado precisa para ignorarla.

—Fotografíenla antes de moverla.

—Por supuesto.

La cámara volvió a dispararse.

Solo después la especialista extrajo la pieza y la depositó sobre una superficie limpia.

El calor había oscurecido buena parte del metal, aunque en algunos puntos todavía conservaba su tono amarillento.

—Parece latón —dijo.

Clara se quedó mirando la pieza.

Latón.

La palabra le produjo una sensación inmediata de familiaridad.

—Embálenla por separado.

—Sí, mi teniente.

La especialista estaba terminando de embalar la pieza cuando otro miembro del equipo levantó cuidadosamente un fragmento ennegrecido.

—Aquí hay algo más.

Clara se acercó.

No parecía papel corriente. Era más grueso, de un tono amarillento bajo las zonas carbonizadas.

—¿Pergamino? —preguntó Ortega.

El especialista lo examinó.

—Podría ser. Necesitaremos tratarlo antes de intentar leer nada.

—Recuperen todo lo que puedan. Hasta el fragmento más pequeño.

—Lo haremos.
El sonido de la emisora rompió el silencio.
Clara llevó el transmisor a la altura del hombro.
—Teniente Díaz.
—Central para la teniente Díaz.
—Adelante.
La voz del operador sonaba más acelerada de lo habitual.
—Policía Local acaba de localizar el vehículo de José Luis Murillo.
Clara intercambió una mirada con Ortega.
—¿Dónde?
—Frente al Centro Cultural Casa de Postas.
La teniente frunció el ceño.
Precisamente donde habían hablado con él aquella mañana.
—¿Murillo está dentro del vehículo?
—Negativo. El turismo está estacionado junto a la entrada. Dos patrullas mantienen vigilado el edificio.
—¿Alguien lo ha visto entrar?
Hubo unos segundos de silencio.
—El conserje confirma que Murillo entró hace aproximadamente veinte minutos. No lo ha visto salir.
Clara respondió sin vacilar.
—Que nadie entre ni salga. No se aproximen a él hasta que lleguemos.
—Recibido.
Guardó la emisora.
Después miró a la especialista.
—Continúen con la inspección. Quiero todo lo que pueda recuperarse de ese bidón y una revisión completa de la finca.
—De acuerdo.
Clara volvió hacia Ortega.
—Vámonos.



El todoterreno abandonó la finca levantando una nube de polvo.
Durante los primeros minutos ninguno de los dos habló.

Ortega mantenía la vista fija en la carretera.
Clara miraba por la ventanilla.
En su cabeza se sucedían las imágenes de las últimas horas.
Murillo dentro del Audi frente a la parroquia.
La caja de madera.
El bidón ardiendo.
El instrumento de dos agujas.
La huida.
Morales tendido sobre el albero.
Todo parecía conducir al mismo hombre.
Demasiado.
—¿En qué piensa? —preguntó Ortega.
Clara tardó unos segundos en responder.
—En que no me gustan las respuestas fáciles.
—Después de lo que acaba de hacer, Murillo no parece precisamente inocente.
—No he dicho que lo sea.
—Ha quemado documentos y casi mata a Morales para escapar.
—Lo sé.
Ortega la miró fugazmente antes de devolver la atención a la carretera.
—Entonces no la entiendo.
Clara apoyó el brazo junto a la ventanilla.
—Todavía no sabemos qué estaba quemando.
—Encontramos un instrumento con dos agujas.
—Y quiero saber qué es antes de decidir para qué servía.
Clara dirigió la atención hacia los campos.
Había aprendido hacía mucho tiempo que una sucesión de indicios podía construir una verdad.
O una mentira perfecta.

La Casa de Postas apareció poco después junto a la antigua Nacional IV.
Aquella mañana, el edificio había estado lleno de niños.

Ahora varios vehículos policiales ocupaban la explanada.
El Audi Q7 blanco de José Luis Murillo permanecía estacionado frente a la entrada.
Ortega detuvo el todoterreno.
Dos agentes se acercaron inmediatamente.
—Mi teniente.
Clara descendió.
—Situación.
—El vehículo estaba aquí cuando llegamos. Cerrado. Nadie ha salido del edificio.
El conserje aguardaba cerca de la puerta.
Clara se acercó.
—¿Ha visto entrar a Murillo?
—Sí. Hace unos veinte minutos.
—¿Cómo estaba?
El hombre tragó saliva.
—Muy alterado.
—¿Dijo algo?
—No. Entró directamente. Le pregunté si necesitaba ayuda, pero ni siquiera me contestó.
—¿Hay alguien más dentro?
—No. La biblioteca estaba cerrada a esa hora.
Clara miró hacia la fachada.
Las ventanas permanecían abiertas.
No llegaba una sola voz desde el interior.
Aquella mañana, el edificio había oído a libros y había estado lleno de niños escuchando hablar de Alonso Barragán.
Ahora solo había silencio.
—Ortega.
El jefe de la Policía Local se acercó.
—Dígame.
—Entramos.
Cuatro agentes ocuparon posiciones detrás de ellos.
Clara encabezó el grupo.
La pesada puerta de madera cedió con un leve quejido.
El olor a papel envejecido y madera encerada volvió a recibirla.

Avanzaron despacio.
Sus pasos resonaban sobre el suelo.
Clara levantó una mano.
Todos se detuvieron.
Al fondo del corredor, la puerta del despacho de Murillo permanecía entreabierta.
Una estrecha franja de luz escapaba por la rendija.
Clara avanzó.
Empujó la puerta.
José Luis Murillo estaba sentado detrás del escritorio.
No intentó levantarse.
Ni huir.
Ni siquiera pareció sorprendido de verla.
Permanecía con las manos entrelazadas sobre la mesa.
A su alrededor se acumulaban manuscritos, mapas, fotografías antiguas y árboles genealógicos. Décadas de investigación perfectamente ordenadas.
Frente a él, el retrato de Alonso Barragán presidía la pared.
Murillo lo contemplaba.
Clara permaneció unos segundos en la puerta.
El hombre que hacía menos de una hora había embestido a Morales para escapar estaba ahora sentado tranquilamente en su despacho.
Derrotado.
—José Luis Murillo.
El cronista cerró los ojos.
Después volvió lentamente la cabeza hacia ella.
Clara avanzó.
—Queda detenido por el atropello del sargento Morales y por su huida de la finca.
Murillo bajó la mirada.
No ofreció resistencia.
Ortega se acercó para esposarlo.
El primer clic metálico rompió el silencio del despacho.
Después el segundo.
Clara esperaba una explicación.

Una protesta.
Cualquier cosa.
Murillo levantó finalmente la cabeza.
—Quiero hablar con un abogado.
Clara sostuvo su mirada.
—Está en su derecho.
El cronista volvió los ojos hacia el retrato de Alonso Barragán.
Y no dijo una palabra más.



La habitación permanecía en penumbra.
La última luz de la tarde entraba por la ventana del hospital y se extendía sobre el suelo. El monitor junto a la cama marcaba un ritmo constante.
Clara estaba sentada en una silla, junto a la ventana.
Habían pasado varias horas desde la finca.
Murillo estaba detenido.
Criminalística continuaba trabajando.
Y Morales estaba fuera de peligro.
Solo entonces se había permitido estar allí.
Un movimiento en la cama la hizo volver la cabeza.
Morales abrió los ojos lentamente.
Parpadeó varias veces hasta conseguir enfocar la habitación.
Después la vio.
—Mi teniente...
La voz salió ronca.
Clara se incorporó.
—¿Cómo se encuentra?
Morales hizo ademán de moverse y una mueca de dolor le cruzó el rostro.
—Como si me hubiera atropellado un coche.
Clara no respondió de inmediato.
—Qué diagnóstico tan preciso.
—Tengo experiencia reciente.
Ella negó con la cabeza.

Morales permaneció unos segundos en silencio.
—¿Lo tenemos?
Clara sabía perfectamente a quién se refería.
—Está detenido.
El sargento cerró los ojos un instante.
Un gesto de alivio pasó por su rostro.
—¿Dónde lo encontraron?
—En la Casa de Postas.
Morales volvió a abrir los ojos.
—¿Se entregó?
—No exactamente. Volvió allí después de huir. Cuando entramos estaba sentado en su despacho.
—¿Ha hablado?
—Ha pedido un abogado.
—Listo, entonces.
Clara arqueó una ceja.
—¿Listo?
—Quema pruebas, huye, intenta convertirme en decoración de carretera y después pide abogado.
—Pedir un abogado sigue siendo un derecho, Morales.
—Ya sabía que iba a decir eso.
Clara no respondió.
Solo se escuchó el monitor.
Morales la observó.
—¿Qué encontraron en el bidón?
—Todavía lo están procesando.
—Pero encontraron algo.
Clara dudó.
—Un instrumento metálico.
—¿Qué clase de instrumento?
—Tenía dos agujas.
La expresión de Morales cambió.
—Como las marcas.
—Podría ser.
—Mi teniente...

—Podría ser —repitió Clara—. Hasta que Criminalística no lo determine, no sabemos nada.

Morales dejó escapar el aire.

—Ahora sí que sé que está bien.

—¿Por qué?

—Ya vuelve a llevarme la contraria.

Clara estuvo a punto de responder.

No lo hizo.

Bajó la mirada hacia sus manos.

El silencio se prolongó.

Morales fue el primero en percibir que algo había cambiado.

—¿Qué pasa?

Clara negó ligeramente.

—Nada.

—No se le da muy bien mentir.

Ella levantó la mirada.

—Y usted habla demasiado.

—Eso ya lo sabíamos.

Clara permaneció callada.

Podía dejarlo ahí.

Probablemente debería.

Pero todavía conservaba demasiado nítida la imagen de Morales inmóvil sobre el camino.

—Me ha asustado, Morales.

Él dejó de sonreír.

Clara bajó la vista.

—Cuando no respondía...

Se detuvo.

No necesitaba terminar la frase.

Morales tampoco se lo pidió.

Por primera vez desde que se conocían, no buscó una broma con la que llenar el silencio.

Movió despacio la mano sana sobre la sábana hasta dejarla junto a la de ella.

Clara la miró.

Después apoyó la suya encima.

—Todavía le debo ese partido de fútbol —murmuró Morales.

Esta vez la sonrisa de Clara fue sincera.

—Va a tardar en pagármelo. Está hecho un cuadro.

Morales dejó escapar una risa que terminó convirtiéndose en una mueca de dolor.

—Entonces... tendrá que esperar.

Clara entrelazó suavemente sus dedos con los de él durante un instante.

—Lo haré.

Y, por primera vez desde que la ambulancia había abandonado la finca, la tensión que llevaba horas oprimiéndole el pecho comenzó, por fin, a desaparecer.

CAPÍTULO 21

Calma

Las cámaras comenzaron a disparar destellos en cuanto Clara entró en la sala de prensa de la Comandancia.

Frente al atril se agolpaban periodistas de televisiones, emisoras de radio y periódicos de toda la provincia. Las conversaciones fueron apagándose a medida que avanzaba hacia ellos.

Clara dejó una carpeta sobre el atril y esperó a que desapareciera el murmullo.

—Buenos días.

Decenas de ojos se clavaron en ella.

—En relación con la investigación de los homicidios ocurridos en los últimos días en El Cuervo, puedo confirmar que la Guardia Civil ha procedido a la detención de José Luis Murillo.

Los flashes iluminaron de nuevo la sala.

—La detención se produjo después de que el señor Murillo huyera de una finca de su propiedad en la que se estaban destruyendo diversos documentos. Durante la huida, embistió con su vehículo a un agente de la Guardia Civil, que resultó herido.

Varias manos se levantaron.

Clara continuó antes de concederles la palabra.

—En dicha finca se han intervenido distintos efectos que están siendo analizados por especialistas del Servicio de Criminalística. La investigación permanece abierta y, por el momento, no podemos facilitar más información sobre su posible relación con los homicidios.

El murmullo creció.

Clara señaló a una periodista de la primera fila.

—Teniente, ¿están diciendo que Murillo es el asesino de Roberto Sánchez e Iván Ganfornina?

—No.

La respuesta, inmediata, acalló parte de la sala.

—Estoy diciendo que José Luis Murillo ha sido detenido y que existen elementos que debemos investigar. Determinar su relación con las dos muertes forma parte precisamente de las diligencias que continúan abiertas.

Otro periodista intervino.

—Pero han encontrado pruebas en su finca.

—Hemos encontrado elementos que están siendo analizados.

—¿Entre ellos el arma utilizada en los asesinatos?

Clara mantuvo la expresión.

—No voy a confirmar ninguna información que todavía dependa de un análisis pericial.

—¿Murillo ha confesado?

—No.

—¿Ha declarado?

—Ha ejercido su derecho a no declarar y ha solicitado asistencia letrada.

Una periodista levantó la voz desde el lateral.

—¿Puede confirmar que el caso está resuelto?

—No.

Los flashes se dispararon de nuevo.

—La investigación continúa abierta. La Guardia Civil no dará por concluida ninguna línea hasta que las pruebas hayan sido analizadas y los hechos estén plenamente esclarecidos.

—Entonces, ¿creen que el asesino podría seguir libre?

Clara sabía que aquella sería la frase que ocuparía los titulares.

Escogió la respuesta con cuidado.

—Lo que creemos no es relevante. Lo que podemos demostrar, sí.

El murmullo creció.

Clara cerró la carpeta.

—Gracias.

Se apartó del atril con las preguntas sucediéndose a su espalda.

No respondió a ninguna más.



En El Cuervo, sin embargo, las precauciones de Clara importaron poco.

Para muchos vecinos bastó una palabra: detenido.

En cuestión de horas, la imagen de José Luis Murillo apareció en televisiones, periódicos digitales y teléfonos móviles. Su huida, los documentos quemados y el atropello de un guardia civil hicieron el resto.

Después de varios días de miedo, el pueblo encontró algo que necesitaba desesperadamente: un culpable.

La tensión empezó a ceder.

Los vecinos volvieron a ocupar las terrazas. Los comercios recuperaron sus horarios habituales. Las conversaciones sobre el Sedito fueron dejando paso a otras más cotidianas.

Durante los días siguientes no apareció ningún cadáver.

Una semana después, El Cuervo empezaba a parecerse otra vez al pueblo que había sido antes de la muerte de Roberto Sánchez.

Las unidades desplazadas fueron reduciendo su presencia.

Las cámaras de televisión desaparecieron poco a poco.

La vida regresó, o al menos se le pareció.

Solo había un problema: Clara Díaz seguía sin creer que el caso estuviera cerrado.



Aparcó frente a un modesto bloque de viviendas de Sevilla.

Llevaba dos cafés en una bandeja de cartón.

Subió hasta el segundo piso y llamó al timbre.

La puerta se abrió pocos segundos después.

Morales apareció vestido con una camiseta gris y un pantalón de deporte. Los hematomas que días atrás cubrían parte de su rostro empezaban a adquirir tonos amarillentos y llevaba el brazo derecho sujeto por un cabestrillo.

Al ver los cafés, Morales sonrió.

—No esperaba una visita oficial con servicio de cafetería incluido.

Clara le tendió uno de los vasos.

—No se acostumbre.

Morales lo aceptó.

—Pase.

Clara entró.

El piso era sencillo, luminoso y bastante más ordenado de lo que Clara había imaginado.

Morales cerró la puerta.

—¿Qué?

—Nada.

—Ha puesto cara de sorpresa.

—No he puesto ninguna cara.

—Ha mirado el salón como si esperara encontrar una zona catastrófica.

Clara avanzó.

—No descarte que siga buscándola.

—El dormitorio queda fuera de la inspección.

Sobre una estantería descansaban varias fotografías familiares.

En una de ellas, Morales aparecía rodeado de niños con camisetas de fútbol. En otra abrazaba a sus padres en una playa.

Clara se detuvo ante la primera fotografía.

—¿Todos sobrinos?

—Doce.

—Eso debería requerir algún tipo de autorización administrativa.

Morales sonrió.

—Espere a verlos juntos.

—Prefiero conservar la imagen.

—Si se queda cinco minutos más, saco los álbumes.

Clara siguió caminando.

—Paso.

Salieron a la terraza.

Frente al edificio, varios árboles rodeaban un pequeño parque.

Se sentaron.

Morales dio el primer sorbo al café.

—Ahora sí.

—¿Ahora sí qué?

—Puede decirme para qué ha venido realmente.

Clara lo miró.

—A ver cómo está.

Morales tardó un momento en responder.

—Eso casi ha sonado convincente.

—Puedo irme.

—Ni se le ocurra.

Clara dejó el café sobre la mesa.

Morales sonrió.

Después, la expresión de Morales se volvió más seria.

—¿Qué dicen los de Criminalística?

Clara apoyó la espalda en la silla.

—Han confirmado que el instrumento encontrado en el bidón es compatible con las lesiones de Roberto e Iván.

La sonrisa desapareció.

—Las dos agujas.

—La separación coincide.

—Entonces era el arma.

—Es compatible con las heridas —corrigió Clara—. No es lo mismo.

Morales suspiró.

—Una semana en casa y ya echaba de menos que me corrigiera.

—Eso dice mucho de su recuperación.

—¿Y el latón?

—También analizaron las partículas encontradas bajo las uñas de Roberto.

—¿Coinciden con el instrumento?

—No pueden asegurarlo. La muestra era demasiado pequeña para determinar una procedencia concreta.

Morales frunció el ceño.

—Así que seguimos sin saber de dónde salió.

—Exacto.

Clara volvió a coger el café.

—También han conseguido recuperar parte de los documentos del bidón.

—¿Qué había?

—Fragmentos. Anotaciones sobre plantas, mezclas, sustancias...

—¿Venenos?

—Algunas podrían serlo.

Morales dejó el vaso sobre la mesa.

—Murillo tenía un instrumento compatible con las heridas y documentos sobre sustancias tóxicas.

—Sí.

—Y aun así sigue sin gustarle.

Clara no respondió.

—¿Qué cosa?

—Que sea él.

No respondió.

Morales la conocía lo suficiente ya para interpretar el silencio.

—¿Por qué?

Clara sostuvo el vaso entre las manos.

—Porque todo apareció junto.

—Eso suele ser bueno en una investigación.

—A veces.

—¿Y otras?

Clara miró hacia el parque.

—Otras veces significa que todavía no has entendido lo que estás mirando.

Morales guardó silencio.

A lo lejos, varios niños corrían detrás de un balón.

—¿Puedo hacerle una pregunta, mi teniente?

—Depende.

—Es personal.

Ella lo observó por encima del vaso.

—Eso reduce bastante sus posibilidades.

—¿Está casada?

Clara arqueó ligeramente una ceja.

—No.

—¿Pareja?

—Tampoco.

El sargento asintió con aire satisfecho.

—Ya somos dos.

Clara bajó la vista hacia la mano que Morales mantenía sobre la mesa.

Una fina línea de piel más clara rodeaba su anular. Clara ya la había visto el primer día, junto a la máquina de café de la Comandancia, pero entonces no había preguntado.

—Más quisiera.

—¿Cómo dice?

Clara señaló su mano con la mirada.

—Que nunca hubiera estado casado.

El sargento levantó la mano y contempló el anular.

Después soltó una carcajada.

—Vaya... Qué perspicaz, señorita Holmes.

—No ha hecho falta deducir demasiado. La alianza dejó más huella de la que imaginaba.

Morales volvió a apoyar la mano sobre la mesa.

La sonrisa seguía allí, aunque ahora había adquirido un ligero matiz de melancolía.

—Lo estuve.

Clara esperó a que continuara.

—¿Y?

—Y nada.

—Ha sido usted quien ha empezado con las preguntas personales.

—Cierto.

Morales tomó el vaso y bebió un sorbo.

—Pero esa historia se la contaré otro día, mi teniente.

Clara sostuvo la mirada de Morales.

—Trato hecho.

—¿Trato?

—Usted no pregunta por mis asuntos y yo no pregunto por los suyos.

Morales sonrió.

—Eso significa que usted también tiene una historia.

Clara volvió los ojos hacia el parque.

—Todo el mundo tiene alguna.

—¿Sabe qué?

—¿Qué?

—Creo que al final sí va a jugar ese partido.

Clara tomó otro sorbo de café.

—Recupérese primero, sargento.

—Eso no ha sido un no.

—Tampoco ha sido un sí.

Morales sonrió.

—Me vale.

Clara negó con la cabeza y volvió la vista hacia el parque. Durante unos minutos ninguno habló.

Después de días de cadáveres, interrogatorios, sirenas y miedo, el silencio de aquella terraza resultaba extraño, casi agradable.

Clara quiso creer que podían permitírselo, aunque solo fuera por un rato.

CAPÍTULO 22

La caída

La Comandancia de la Guardia Civil de Sevilla había recuperado su ritmo habitual.

Los teléfonos volvían a sonar, las impresoras escupían informes y los agentes cruzaban los pasillos con carpetas bajo el brazo. Después de más de una semana sin nuevos asesinatos, el caso de El Cuervo empezaba a retirarse de las conversaciones, desplazado poco a poco por la rutina.

Cuando Morales entró en la Unidad Orgánica de Policía Judicial, varias cabezas se volvieron hacia él.

—¡Mira quién ha vuelto! —gritó uno de los agentes.

—Ya era hora, sargento.

—Pensábamos que iba a cogerse la baja hasta Navidad.

Morales levantó una mano.

—No os acostumbréis. Alguien tiene que vigilar que trabajéis de vez en cuando.

Las risas recorrieron la sala.

Uno de los guardias se acercó y le dio una palmada en el hombro izquierdo.

Morales hizo una mueca.

—Ese no... el otro.

—Perdona.

—No pasa nada. Así recuerdo que un coche pesa bastante más que yo.

Las carcajadas volvieron a llenar la oficina.

Clara apareció al fondo del pasillo y se detuvo al verlo rodeado de compañeros.

—Veo que no ha perdido el sentido del humor.

—El médico intentó quitármelo, pero no encontró dónde estaba roto.

Clara negó con la cabeza, aunque la respuesta estuvo a punto de arrancarle una sonrisa.

—¿Le han dado el alta?

—Relativa. Trabajo de oficina durante unos días y nada de hacer el héroe.

—Procure cumplir al menos la segunda parte.

—Haré el esfuerzo.

Clara comenzó a caminar.

Morales se puso a su lado.

—Reconozca que se alegra de volver a verme por aquí.

—No abuse de su convalecencia, Morales.

—Eso no ha sido un no.

Clara lo miró de reojo.

—A su despacho.

Morales sonrió, satisfecho con aquella victoria mínima.

No llegaron a dar más de unos pasos.

La puerta del despacho del capitán se abrió.

—Teniente Díaz. Sargento Morales.

El tono bastó para detenerlos.

—A mi despacho. Ahora.

Las bromas quedaron atrás de inmediato.

El capitán los esperaba de pie, con una carpeta abierta sobre la mesa.

Clara entró primero.

—¿Qué ocurre?

—Acaban de llamar de El Cuervo.

La expresión de Morales cambió.

El capitán no los hizo sentarse.

—Hace unos veinte minutos han encontrado un cadáver.

Clara se detuvo.

—¿Quién?

—David Silva.

El nombre cayó en el despacho y borró de golpe cualquier resto de normalidad.

Clara fue la primera en reaccionar.

—Levantamos la vigilancia.

El capitán asintió.

—Tres días después de detener a Murillo.

Morales bajó la mirada. Tres días después de detener a Murillo habían levantado la vigilancia.

En aquel momento había parecido una decisión lógica; ahora David Silva estaba muerto.

—¿Dónde? —preguntó Clara.

—En el Parque Rocío de la Cámara. Había salido a correr.

—¿Qué sabemos?

El capitán bajó la vista hacia el informe.

—Muy poco. Pero los primeros agentes describen dos punciones en el cuello.

Morales expulsó el aire despacio.

Clara no apartó los ojos del capitán.

—Murillo lleva ocho días en prisión provisional.

—Lo sé.

Nadie necesitó explicar lo que significaba.

Si la muerte de David reproducía las anteriores, José Luis Murillo no podía haberla cometido.

Clara pensó en la finca, los manuscritos, el instrumento de dos agujas, el Audi blanco. En todas aquellas piezas que parecían haber encajado con demasiada facilidad.

Y, sin embargo, David Silva estaba muerto.

—¿Está confirmada la misma causa de muerte? —preguntó.

—Todavía no. El forense ni siquiera ha llegado.

Por el momento, eso era todo lo que podían afirmar:

un cadáver, dos punciones y un hombre encerrado en una celda que no podía estar en dos lugares a la vez.

El capitán cerró la carpeta.

—He hablado con el juez instructor. Hasta que sepamos qué ha ocurrido con David, la implicación de Murillo en los homicidios queda seriamente cuestionada.

Morales miró a Clara.

Ella no pareció sorprendida; solo molesta consigo misma.

—No volvemos al punto de partida —dijo.

El capitán arqueó ligeramente una ceja.

—¿No?

—Tenemos tres víctimas, una relación entre ellas y todo lo que hemos aprendido durante estas semanas. Hemos seguido una línea equivocada. No es lo mismo que no tener nada.

El capitán sostuvo su mirada unos segundos antes de asentir.

—Entonces averigüe dónde nos equivocamos.

—Quiero que vaya a El Cuervo. La zona está acordonada y Criminalística va de camino. Coordine la inspección y reconstruya las últimas horas de David. Si alguien ha reproducido los dos primeros crímenes, quiero saber cómo.

—Entendido.

El capitán dirigió entonces la mirada hacia Morales.

Su mirada se detuvo en el cabestrillo.

—Usted se queda.

Morales frunció el ceño.

—Mi capitán, estoy de alta.

—Para trabajar. No para perseguir a nadie por el monte.

—Puedo acompañar a la teniente.

—También puede obedecer una orden.

Morales cerró la boca.

Clara disimuló una sonrisa.

—Además —continuó el capitán—, tengo otro trabajo para usted.

—Dígame.

—Quiero que hable con Murillo.

La expresión de Morales cambió.

Clara volvió la cabeza hacia él.

—¿Murillo?

—Hace ocho días que está encerrado y sigue sin explicar por qué huyó, por qué quemó aquellos documentos ni qué hacía realmente en esa finca.

—Ha ejercido su derecho a no declarar —señaló Clara.

—Y seguirá ejerciéndolo si quiere. No le estoy ordenando que lo interrogue.

El capitán miró a Morales.

—Quiero que averigüe si está dispuesto a hablar.

Morales no respondió.

—Acaba de aparecer un tercer cadáver —continuó el capitán—. Si Murillo no mató a esos hombres, ahora sabe que nosotros también lo sabemos. Quizá eso cambie las cosas.

—¿Y si no quiere verme?

—Se vuelve.

Morales asintió.

El capitán añadió:

—Y si acepta, no improvise un interrogatorio. Escúchelo.

Morales alzó las cejas.

—¿Solo escuchar?

—De momento.

El capitán apoyó ambas manos sobre la mesa.

—Tenemos una finca llena de documentos quemados, un instrumento compatible con las heridas de Roberto e Iván y un hombre que intentó huir en cuanto aparecimos. Todo eso sigue existiendo aunque David Silva haya aparecido muerto.

La muerte de David no borraba las pruebas; cambiaba su significado.

—Murillo nos ocultó algo —continuó el capitán—. Hasta ahora dimos por hecho que ocultaba dos asesinatos.

El capitán dejó pasar un instante antes de continuar.

—Puede que nos equivocáramos en qué estaba intentando esconder.

Morales miró a Clara.

Por primera vez desde que habían recibido la noticia, el caso parecía abrir una dirección distinta.

—Hablaré con él —dijo.

El capitán asintió.

—Bien.

Clara se dirigió hacia la puerta.

—Díaz.

Se volvió.

—No dé nada por supuesto cuando llegue allí.

—Nunca lo hago.

Morales dejó escapar una tos sospechosamente parecida a una risa.

Clara giró la cabeza.

—¿Algún problema, sargento?

—Ninguno, mi teniente.

El capitán señaló la puerta.

—Fuera los dos.

Salieron al pasillo. A esas horas, el movimiento en la Comandancia había disminuido; apenas llegaban algunas voces lejanas y el sonido de una puerta cerrándose al fondo.

Clara y Morales avanzaron juntos unos metros.

—Parece que hoy no me toca conducir —dijo Morales.

—Considérelo parte de su recuperación.

Llegaron al punto donde sus caminos se separaban. Clara dio un par de pasos, pero se detuvo.

—Morales.

—¿Sí?

—Con Murillo, tenga cuidado.

Él levantó ligeramente el brazo sujeto por el cabestrillo.

—Creo que ya ha gastado su oportunidad.

Clara no sonrió.

Morales comprendió que hablaba en serio.

—Tendré cuidado.

—Lámeme en cuanto termine.

—Usted también.

Clara comenzó a alejarse.

—Mi teniente.

Se volvió.

—¿Qué?

—No fue culpa suya.

Clara se detuvo.

No necesitó preguntar a qué se refería.

—Levantamos la vigilancia, Morales.

—Porque teníamos a Murillo detenido y todo apuntaba hacia él.

—Y nos equivocamos.

—Sí.

Clara pareció sorprenderse por la respuesta. Morales no apartó la mirada.

—Nos equivocamos. Los dos. Pero eso no significa que David esté muerto por nuestra culpa.

—Estaba bajo nuestra protección.

—Y tomamos una decisión con lo que sabíamos entonces.

—Una decisión equivocada.

—Eso lo sabemos ahora.

Clara apretó la mandíbula.

—Está muerto ahora.

Morales perdió parte de la calma.

—Ya lo sé.

—Pues no parece que lo entienda.

La expresión de Morales cambió. La ligereza que casi siempre lo acompañaba desapareció por completo.

—No vuelva a decirme eso.

Clara no respondió.

—Sé perfectamente lo que es perder a alguien a quien debías proteger. Y sé lo que significa que David esté muerto.

Clara sostuvo la mirada de Morales.

—Entonces no me pida que actúe como si no hubiéramos cometido un error.

Morales respondió sin vacilar.

—Lo que le pido es que no cometa el siguiente intentando corregir este.

Ninguno habló.

Desde algún despacho llegó el sonido de un teléfono.

Clara giró la cabeza hacia el pasillo que debía tomar.

—Tengo que irme.

—Yo también.

—Llámemme cuando termine con Murillo.

—Lo haré.

Clara echó a andar.

Morales la vio alejarse un instante antes de tomar el pasillo contrario.

Esta vez, las respuestas los esperaban en direcciones distintas.

CAPÍTULO 23

Cada uno por su lado

El todoterreno abandonó la carretera principal y tomó el camino de albero que se internaba entre los pinares.

A ambos lados, las copas filtraban la luz de la mañana y proyectaban sombras irregulares sobre el terreno. Con las ventanillas cerradas, Clara apenas podía imaginar el olor a pino, tierra y romero que tantas veces había acompañado las mañanas de aquel paraje.

Tras una curva apareció el Parque Rocío de la Cámara.

La explanada se abría entre los árboles, salpicada de merenderos y senderos. Más allá, el terreno descendía hacia la Laguna de los Tollos, convertida desde aquella distancia en una lámina de agua brillante bajo el sol.

Al fondo, entre dos hileras de árboles, se alzaba la ermita de Nuestra Señora de la Esperanza.

Blanca, sencilla e inmóvil. Cada primavera, aquel lugar se llenaba de familias, caballos, carretas y música durante la romería.

Aquella mañana solo había vehículos policiales.

Clara aparcó junto al perímetro.

Ortega ya la esperaba.

—Teniente.

—¿Quién lo encontró?

—Un hombre que había salido a pasear. Poco después de las ocho.

Clara miró hacia el sendero.

—¿Ha tocado algo?

—Dice que no. Se acercó, vio las marcas del cuello y llamó directamente.

—¿Los primeros agentes?

—Acordonaron y esperaron. Nadie ha movido el cuerpo.

Clara asintió.

—Bien.

Ortega levantó la cinta.

—Está por aquí.

Caminaron entre los pinos.

A medida que avanzaban, el canto de los pájaros fue quedando sepultado bajo las voces de los agentes y el sonido de las cámaras.

Entonces Clara lo vio.

David Silva yacía de costado a pocos metros del sendero.

Se detuvo, no por sorpresa, sino por reconocimiento.

La ropa deportiva, la posición del cuerpo y, en el cuello, dos pequeñas heridas que conocía demasiado bien.

Clara cruzó el perímetro procurando mantenerse dentro del corredor de acceso marcado por Criminalística.

—¿El forense?

—De camino.

No se acercó al cadáver de inmediato.

Primero observó el entorno.

El suelo era diferente al de las otras escenas.

No había adoquines ni cemento, solo una fina capa de tierra compactada.

Y aquella tierra había conservado rastros.

Clara se agachó sin abandonar el corredor protegido.

Las zapatillas de David habían dejado una sucesión de pisadas bastante definida.

Una, otra, otra.

Las pisadas se sucedían a intervalos regulares.

—Venía corriendo —dijo Ortega.

—Eso parece.

Clara siguió el rastro con la mirada.

Las pisadas continuaban varios metros antes de llegar hasta el cuerpo.

Pero no estaban solas.

Junto a ellas aparecían dos líneas estrechas sobre la tierra.

Eran paralelas, aunque se interrumpían en algunos puntos.

Clara frunció el ceño.

—Ortega.

Él se acercó.

—¿Qué ve?

El jefe de la Policía Local se acucilló a cierta distancia.

—Dos surcos.

—Eso ya lo veo.

Ortega la miró.

—¿Ruedas?

Clara tardó un momento en responder.

Observó la separación entre ambas marcas.

Después siguió su recorrido.

—Podrían serlo.

—¿Una bicicleta?

—Es una posibilidad.

Clara se incorporó.

Las marcas avanzaban en la misma dirección que las pisadas de David.

Durante varios metros, ambas trayectorias discurrían casi en paralelo.

—Si era una bicicleta —dijo Ortega—, iban juntos.

—O coincidieron en este tramo.

—¿Y después?

Clara volvió la mirada hacia el cadáver.

—Eso es lo que tenemos que averiguar.

Se acercó lo suficiente para observarlo sin interferir en el trabajo que todavía debía realizar el forense.

David vestía un pantalón corto negro y una camiseta técnica empapada de sudor. El polvo del camino cubría parcialmente sus zapatillas.

En la muñeca izquierda llevaba un reloj deportivo.

Clara reparó en él.

—No lo toquen.

Ortega siguió su mirada.

—¿El reloj?

—Si estaba entrenando, puede habernos guardado el recorrido. Hora de salida, ritmo, paradas...

—Incluso el momento en que dejó de correr.

Clara lo miró.

—Quizá.

No quería convertir otra posibilidad en un hecho.

Volvió a observar el cuerpo.

No apreciaba signos evidentes de lucha.

Tampoco heridas defensivas.

Pero aquello tendría que confirmarlo el forense.

A unos metros, entre los rastros, había unos auriculares.

Todo parecía indicar que David había salido aquella mañana a hacer exactamente lo que hacía habitualmente.

Correr.

—¿Conocemos su rutina? —preguntó.

—Sé que venía bastante por aquí. Pero puedo comprobarlo.

—Hágalo. Familia, amigos, aplicaciones deportivas si las utilizaba... Quiero saber qué días corría, a qué hora y si repetía recorrido.

Clara regresó con los ojos a los dos surcos.

—Y que Criminalística documente esas marcas antes de que nadie las pise.

—Por supuesto.

Permanecieron unos segundos en silencio.

Ortega terminó formulando la pregunta.

—¿Cree que son del asesino?

Clara observó el sendero.

—Creo que estaban aquí cuando murió David.

—No es exactamente lo mismo.

—No.

Clara comenzó a seguirlas desde fuera de la zona protegida.

—Por eso vamos a ver adónde llevan.

Los dos surcos continuaban por el sendero.

A veces desaparecían sobre las zonas más compactas y reaparecían unos metros después, allí donde la tierra estaba más suelta.

Clara avanzaba despacio.

Ortega caminaba a su lado.

—Si realmente es una bicicleta —dijo él—, hay algo que no entiendo.

—¿Qué?

—David estaba corriendo. ¿Cómo consiguió acercarse lo suficiente para clavarle eso en el cuello?

Clara había pensado lo mismo.

Miró hacia atrás.

Desde allí apenas podían distinguir el cuerpo entre los agentes.

—Tuvo que detenerse.

—¿Por qué?

—No lo sabemos.

Continuaron caminando.

Unos metros más adelante, las marcas describían una ligera desviación hacia uno de los lados del sendero antes de recuperar la trayectoria.

Clara se detuvo.

—Aquí.

Ortega observó el suelo.

—¿Qué?

—Las ruedas cambian de dirección.

Señaló la marca.

—Hasta aquí iban prácticamente rectas. Aquí se desplazan hacia el lateral.

Ortega miró hacia el margen del camino.

—¿Perdió el equilibrio?

—Puede ser.

Clara contempló nuevamente el rastro.

Una bicicleta.

La hipótesis surgió por sí sola.

—Si alguien que circulaba junto a él tuvo un problema...

Ortega terminó la idea.

—David se habría detenido a ayudar.

Clara asintió muy despacio.

—Es posible.

—Y cuando se acercó...

Los dos miraron hacia el lugar donde yacía el cadáver.

Clara no necesitó terminar la frase.

—Primero demostremos que esas marcas pertenecen a una bicicleta —dijo—. Después podremos preguntarnos quién iba encima.

Las marcas continuaron alejándose del parque.

Pasaron por detrás de la ermita y alcanzaron finalmente la carretera.

Allí desaparecieron.

Clara se detuvo en el borde del asfalto.

Ortega llegó a su lado.

—Hasta aquí hemos llegado.

Ella no respondió.

Miró a derecha e izquierda.

Sobre aquella superficie era imposible distinguir el paso de una bicicleta entre el de cualquier otro vehículo.

Comenzó a caminar por el arcén.

—¿Qué busca? —preguntó Ortega.

—Que vuelva a dejar rastro.

Unos doscientos metros más adelante, la carretera se bifurcaba.

El ramal derecho continuaba asfaltado.

El izquierdo se convertía en un camino de tierra.

Clara se dirigió hacia él.

Bastaron unos pasos para encontrar lo que buscaba.

Clara se detuvo.

Los dos surcos reaparecían sobre el polvo.

—Parece que no íbamos desencaminados.

—Todavía no sabemos qué estamos siguiendo.

Continuaron.

Las marcas avanzaban varios metros por el camino hasta que terminaron de forma abrupta.

Clara levantó una mano.

—Pare.

Ortega se detuvo.

Ella se agachó.

Allí donde desaparecían los surcos comenzaba otro rastro.

Pisadas que se dirigían hacia la cuneta.

Clara observó primero el dibujo y después el tamaño.

—No son las de David.

—¿Está segura?

—Las tuyas eran más grandes. Y la suela es distinta.

Las huellas descendían por el pequeño desnivel y se internaban entre retamas y lentiscos.

Clara las siguió con la vista.

No avanzó sobre ellas.

Rodeó la zona manteniendo suficiente distancia hasta encontrar un punto desde el que pudiera observar la vegetación sin pisar el rastro.

Entonces lo vio.

Algo oscuro sobresalía entre las ramas.

Ortega intentó acercarse.

—Quieto.

El jefe de la Policía Local se detuvo.

Clara entornó los ojos.

Primero distinguió una rueda; después, parte de un manillar.

Una bicicleta.

Estaba tumbada entre la vegetación y parcialmente cubierta por ramas.

No parecía haber terminado allí por accidente.

Clara sacó el teléfono.

—Necesito a Criminalística en el camino que sale del parque hacia el oeste. Que nadie se acerque hasta que lleguen.

Colgó.

Ortega seguía mirando hacia la cuneta.

—Así que sí era una bicicleta.

—Eso parece.

—Y alguien la escondió.

Clara contempló la vegetación que la cubría.

—Eso también parece.

Ortega la miró.

—¿El primer error?

Clara se tomó un instante antes de responder.

—No lo sé.

Volvió la vista hacia las pisadas.
—Pero es la primera vez que nos deja algo que podemos analizar.
El viento agitó suavemente las ramas.
Clara permaneció observando la bicicleta.
Sintió que ya no estaba siguiendo únicamente las consecuencias de lo ocurrido.
Ahora tenía un rastro, y alguien se había tomado la molestia de ocultarlo.



José Luis Murillo entró acompañado por dos funcionarios.
Morales apenas lo reconoció.
En poco más de una semana, el cronista parecía haber envejecido varios años. La barba le cubría buena parte del rostro y los hombros, antes siempre erguidos, aparecían vencidos.
Cuando levantó la mirada y descubrió quién lo esperaba al otro lado de la mesa, se detuvo.
Morales permaneció sentado.
Uno de los funcionarios retiró las esposas.
—Tiene veinte minutos.
Murillo ocupó la silla de enfrente.
La puerta se cerró.
Ninguno habló.
Fue Murillo quien bajó primero la mirada.
—Sargento...
La voz apenas le salió.
—Siento lo que ocurrió.
Morales no respondió.
—Yo no quería atropellarlo.
—Pero aceleró.
Murillo cerró los ojos.
—Sí.
Morales dejó pasar unos segundos.
—No he venido para hablar de mí.
El cronista levantó la vista.

—Entonces ¿para qué ha venido?
—Esta mañana ha aparecido otro cadáver en El Cuervo.
Murillo quedó inmóvil.
Morales observó su reacción.
—David Silva.
Algo cambió en el rostro del cronista.
No fue sorpresa exactamente.
Fue miedo.
—¿Cómo?
—Igual que Roberto e Iván. Dos punciones en el cuello.
Murillo apartó la mirada.
—No...
—Usted lleva ocho días encerrado aquí.
—Eso cambia bastante las cosas, José Luis.
Murillo se pasó una mano por el rostro.
—Yo no maté a esos hombres.
—Entonces empiece a ayudarnos a entender qué hizo.
El cronista lo miró.
—Ya se lo he dicho.
—No. No ha dicho nada.
Morales se inclinó ligeramente hacia delante.
—Encontramos una finca llena de documentos quemados. Un instrumento con dos agujas. Huyó en cuanto nos vio y casi me manda al otro barrio.
Murillo bajó nuevamente la mirada.
—Y mientras usted permanece aquí, alguien ha vuelto a matar.
Morales dejó que el silencio trabajara por él.
—Así que tenemos dos posibilidades. O todo lo que encontramos en aquella finca está relacionado con los asesinatos de una manera que todavía no entendemos...
Hizo una pausa.
—...o usted lleva ocho días protegiendo un secreto que no tiene nada que ver con ellos.
Murillo no respondió.
Pero sus manos comenzaron a temblar.
Morales lo vio.

—¿Qué había en aquellos manuscritos?
Álvaro no respondió.
—¿Por qué los quemó?
Murillo apretó los labios.
—No puedo.
—Puede.
—No lo entiende.
—Pues explíquemelo.
Murillo negó con la cabeza.
Morales apoyó la espalda en la silla.
—He visto morir a dos hombres desde que empezó este caso.
Esta mañana ha muerto un tercero.
El cronista cerró los ojos.
—Y quedan dos.
Aquello hizo que los abriera.
Morales lo vio.
Había acertado.
—Usted sabe algo.
Murillo tomó aire.
—No sobre los asesinatos.
—Entonces ¿sobre qué?
Morales esperó a que continuara.
No insistió.
Murillo parecía estar librando una batalla consigo mismo.
—Toda mi vida... —murmuró finalmente.
Morales permaneció donde estaba.
—¿Qué?
Murillo levantó lentamente la cabeza.
Tenía los ojos húmedos.
—Toda mi vida he contado una mentira.
Morales no dijo nada.
—Nos enseñaron que Alonso Barragán había levantado El Cuervo sobre la generosidad, el conocimiento, el progreso...
Negó lentamente.
—Yo también lo creí.
—¿Hasta cuándo?

—Hasta que encontré los manuscritos.

Morales sintió que algo empezaba a encajar.

No sabía todavía qué.

—¿Qué decían?

Murillo miró hacia la puerta cerrada antes de volver a Morales.

—Que la historia que llevamos dos siglos contando no ocurrió así.

—¿Qué ocurrió?

El cronista tragó saliva.

—Todo empezó mucho antes de Alonso Barragán.

Morales esperó a que continuara.

Murillo tomó aire.

—Con un hombre al que el pueblo terminó llamando el Sediento.



Cuando Criminalística llegó, Clara les cedió el terreno.

La bicicleta fue fotografiada antes de que nadie se acercara a ella. Después comenzaron a trabajar sobre las pisadas que descendían hacia la cuneta.

Clara observaba desde varios metros de distancia.

Uno de los técnicos terminó de medir una de las impresiones y se incorporó.

—Mi teniente.

—Dígame.

—Tenemos varias huellas bastante aprovechables. El dibujo de la suela está bien definido.

—¿Puede estimar el número?

El técnico dudó.

—Con muchas reservas. El terreno puede deformar la pisada y todavía tenemos que hacer las mediciones correctamente.

Clara esperó la precisión.

—A simple vista, probablemente alrededor de un cuarenta y dos.

—¿Probablemente?

—No lo utilizaría para descartar a nadie todavía.

Clara asintió.

Eso era exactamente lo que necesitaba: un indicio útil, no una certeza prematura.

—¿Algo más?

—De momento, no. Cuando levantemos las impresiones podremos comparar dibujo, desgaste y dimensiones.

Clara miró hacia la bicicleta.

—Quiero todo. Huellas, fibras, restos biológicos, tierra, pintura, cabellos... lo que encuentren.

—Lo tendrá.

Se apartó unos metros y sacó el teléfono.

—Central.

—Adelante.

—Localicen inmediatamente a Jaime Moreno y Álvaro Silva. Quiero protección sobre los dos y que los trasladen al puesto de El Cuervo.

—Recibido.

Clara guardó el teléfono y Ortega se acercó.

—¿Cree que irá a por ellos?

—Roberto. Iván. David.

Clara sostuvo su mirada.

—Si estamos en lo cierto sobre lo que une a esos cinco hombres, solo quedan Jaime y Álvaro.

Ortega no necesitó preguntar nada más.

—Vamos.

No habían recorrido ni dos kilómetros cuando la emisora crepitó.

—Cuervo Uno para mi teniente.

Clara tomó el micrófono.

—Adelante.

—Hemos localizado a Álvaro Silva.

—¿Dónde?

Hubo una vacilación al otro lado.

—En la clínica veterinaria de Daniel Benítez.

Clara frunció el ceño.

—¿Está con Daniel?

—Sí, pero tenemos un problema.

—¿Cuál?

—Álvaro ha entrado armado con una escopeta de caza.

Clara miró a Ortega.

—Dé la vuelta.

El todoterreno frenó sobre la grava.

Ortega giró el volante.

—¿Qué demonios hace Álvaro con una escopeta en casa de Daniel?

Clara ya tenía el teléfono en la mano.

—Eso es lo que vamos a averiguar.

—¿Aviso a más patrullas?

—Sí. Y que nadie entre hasta que lleguemos.

Cuando llegaron a la clínica, dos patrullas de la Guardia Civil esperaban a cierta distancia.

Clara abrió la puerta antes de que Ortega terminara de detener el vehículo.

—Situación.

Uno de los guardias se acercó.

—Álvaro Silva sigue dentro. Está con Daniel Benítez. No hemos oído disparos.

—¿Hay alguien más?

—Negativo. La recepcionista salió en cuanto lo vio entrar con la escopeta.

Clara miró hacia el establecimiento.

La puerta principal permanecía entreabierta.

—¿Han hablado con él?

—No. Hemos preferido esperar.

—Bien.

Se volvió hacia Ortega.

—Mantengan despejado el exterior. Que nadie se acerque.

—Entendido.

Clara desenfundó su arma.

Señaló a dos de los guardias.

—Ustedes conmigo.

Avanzaron hacia la clínica.

El primero de los agentes abrió lentamente la puerta.
Clara entró detrás.
El olor a desinfectante impregnaba la sala de espera.
Dentro no se oía nada.
Levantó una mano y los tres se detuvieron.
Entonces llegó una voz desde el fondo.
—...sé que has sido tú.
Álvaro.
Clara avanzó por el pasillo.
Al alcanzar la consulta lo vio.
Daniel permanecía junto a la mesa de exploración,
completamente inmóvil.
Frente a él, Álvaro sostenía una escopeta paralela de caza.
El cañón apuntaba directamente al pecho del veterinario.
Las manos de Álvaro temblaban.
Tenía los ojos enrojecidos.
Clara mantuvo su pistola baja.
—Álvaro.
El hombre giró apenas la cabeza.
—No se acerque.
—No voy a hacerlo.
Los dos guardias permanecieron detrás de ella, separados entre sí
y con las armas preparadas.
—Pero necesito que baje la escopeta.
—No.
—Álvaro...
—¡He dicho que no!
Daniel tragó saliva.
—Álvaro, por favor...
—¡Tú cállate!
La escopeta volvió a centrarse sobre su pecho.
—Sé lo que estás haciendo.
Daniel lo miró sin comprender.
—¿De qué demonios estás hablando?
—¡No me mientas!
—No te estoy mintiendo. No sé qué quieres de mí.

—¡Nos está matando uno por uno!
Clara mantuvo la posición.
Álvaro respiraba con dificultad.
—Primero Roberto. Después Iván. Ahora David.
Daniel palideció.
—¿David?
Álvaro soltó una risa amarga.
—No finjas.
—¿Qué le ha pasado?
Clara observó a Daniel.
La sorpresa de Daniel parecía genuina.
—Lo han encontrado muerto esta mañana —dijo.
Daniel se quedó inmóvil.
—¿Muerto?
—Igual que los otros —espetó Álvaro—. Y tú sabes por qué.
—No tengo ni idea de qué estás hablando.
—¡Mentiroso!
La escopeta se movió.
Clara elevó ligeramente la voz.
—Álvaro. Míreme.
Él no respondió.
—Álvaro.
Esta vez volvió la cabeza.
—No voy a acercarme. Pero necesito que me escuche.
—No tiene nada que decirme.
—Sí.
Clara mantuvo la pistola baja.
—Porque Daniel no mató a David.
El veterinario la miró.
Álvaro negó inmediatamente.
—No puede saberlo.
—Sí puedo.
Era mentira, pero Clara no vaciló.
—Daniel —dijo sin apartar los ojos de Álvaro—, ¿qué número calza?
El desconcierto apareció en el rostro del veterinario.

—¿Qué?

—Sus zapatos. ¿Qué número?

—Un cuarenta y cuatro.

Clara continuó mirando a Álvaro.

—El hombre que estuvo esta mañana con David dejó huellas junto al lugar donde escondió una bicicleta.

—Un cuarenta y dos.

—Puede haberse puesto otros zapatos.

—No.

La respuesta de Clara fue inmediata, firme, sin dejar espacio para la duda.

—El dibujo, la longitud y la pisada no corresponden con Daniel. Lo hemos comprobado.

Uno de los guardias situado detrás de ella la miró fugazmente.

Clara ni siquiera lo miró.

—Daniel no estaba allí.

Álvaro volvió la vista hacia el veterinario.

Por primera vez, el cañón descendió unos centímetros.

—Está mintiendo.

—No.

Clara avanzó un paso.

—Usted ha venido aquí convencido de que había encontrado al asesino. Lo entiendo. Tiene miedo.

—Van a matarme.

—Por eso estamos aquí.

—No pueden protegerme.

—Podemos intentarlo. Pero primero tiene que bajar esa escopeta.

Álvaro negó con la cabeza.

—Él tenía motivos.

Daniel lo miró.

—¿Motivos para qué? ¿De qué coño estás hablando?

Álvaro apretó los labios.

Pareció a punto de responder.

Clara intervino.

—No importa ahora.

No quería que aquello derivara hacia otro lugar mientras siguiera sosteniendo un arma.

—Míreme, Álvaro.

Él obedeció.

—Si dispara, no podrá deshacerlo. Y la persona que mató a Roberto, a Iván y a David seguirá ahí fuera.

Las manos de Álvaro temblaron con más fuerza.

—No teníamos que haberlo hecho...

Clara percibió el cambio.

—Baje el arma.

—Todo esto es por nuestra culpa.

—Álvaro.

El cañón descendió lentamente.

—Déjela en el suelo.

—No teníamos que...

—Despacio.

La culata tocó primero el suelo.

Después el cañón.

Uno de los guardias avanzó de inmediato, retiró la escopeta y la aseguró. El segundo redujo la distancia con Álvaro.

Álvaro no opuso resistencia.

Cayó de rodillas y la tensión pareció abandonarlo de golpe.

—Dios mío...

Clara enfundó su pistola.

Daniel permanecía junto a la mesa de exploración.

—¿Qué está pasando? —preguntó—. ¿Qué habéis hecho?

Álvaro no fue capaz de mirarlo.

—Lo siento.

—¿Qué has hecho?

Clara se interpuso antes de que Daniel pudiera acercarse.

—Ahora no.

—Pero...

—Daniel, fuera.

Él la miró, desconcertado.

—Teniente...

—Fuera.

Uno de los guardias lo acompañó hasta el pasillo.

Clara esperó hasta que dejó de verlo.

Entonces se agachó frente a Álvaro.

Álvaro lloraba.

—Escúcheme —dijo ella—. Ha dicho que todo esto es por culpa de ustedes.

Álvaro cerró los ojos.

—Sí.

—Necesito saber qué significa.

El hombre negó lentamente con la cabeza.

—No puedo.

—Tres de sus amigos están muertos.

Álvaro abrió los ojos.

Clara sostuvo su mirada.

—Y usted cree que será el siguiente.

Álvaro no respondió.

—Si quiere que protejamos a Jaime y a usted, tiene que decirme qué une realmente a los cinco.

Álvaro bajó la cabeza.

Solo se escuchó su respiración entrecortada.

Al final, solo pronunció un nombre.

—Lucía.

CAPÍTULO 24

El Sediento

José Luis Murillo llevaba varios segundos con la mirada fija en la mesa.

Desde el pasillo llegaban voces apagadas, pasos, el sonido ocasional de una puerta al cerrarse. Dentro de aquella habitación, sin embargo, ninguno de los dos parecía tener prisa.

Morales esperó.

El cronista había pasado media vida reconstruyendo la historia de El Cuervo.

Ahora estaba a punto de contar la parte que había intentado destruir.

—No sé por dónde empezar —murmuró Murillo.

Morales apoyó los antebrazos sobre la mesa.

—Por lo que encontró en esos manuscritos.

Murillo levantó la mirada.

—Si le cuento lo que había allí, va a pensar que estoy loco.

—Después de esta semana tendrá que esforzarse bastante.

Murillo estuvo a punto de sonreír.

Después volvió a bajar los ojos.

—Todo lo que creemos saber sobre Alonso Barragán es mentira.

—Mi padre me habló de él cuando era niño. Mi abuelo hizo lo mismo con mi padre. Está en los libros del pueblo, en los archivos, en la escuela... —Murillo negó lentamente—. Llevamos generaciones contando la misma historia.

—El benefactor.

—Sí.

Murillo levantó la mirada.

—El hombre que impulsó la primera escuela. La biblioteca. Los caminos. El que ayudó a convertir un pequeño asentamiento en el pueblo que terminó siendo El Cuervo.

Murillo hizo una pausa.

—Ese Alonso Barragán existió. Pero no fue siempre ese hombre.
El cronista respiró profundamente.

—Mucho antes de convertirse en el personaje de la estatua había otro hombre.

—¿El Sediento?

Murillo negó.

—No.

La respuesta sorprendió a Morales.

—Entonces ¿quién?

—Se llamaba Esteban.

Murillo entrelazó las manos sobre la mesa.

—Vivía solo. No tenía esposa ni hijos. Era curandero, aunque llamarlo únicamente así sería quedarse corto. Estudiaba plantas, preparaba remedios, construía sus propios instrumentos... Tenía conocimientos que, para la mayoría de la gente de aquella época, debían de parecer imposibles.

Sus ojos se perdieron durante un instante.

—Y escribía todo lo que aprendía.

—¿Los manuscritos?

—Algunos eran suyos. Otros fueron escritos después.

—¿Y Alonso?

Murillo tardó en contestar.

—Alonso Barragán era joven cuando empezó a frecuentar su casa.

—¿Familia?

—No.

—¿Aprendiz?

—Al principio.

Aquellas dos palabras hicieron que Morales alzara la mirada.

—¿Y después?

Murillo calló.

Cuando retomó la historia, bajó la voz.

—Después aprendió demasiado.

—Esteban era un hombre enfermo. Los manuscritos describían los síntomas con bastante detalle —continuó Murillo—. Desde muy

joven sufría una extraña sensibilidad a la luz. Su piel reaccionaba al sol con una violencia que nadie sabía explicar. Por eso trabajaba durante la noche y apenas se dejaba ver durante el día.

—De ahí la leyenda.

—Parte de ella.

Murillo se inclinó ligeramente hacia delante.

—Imagine lo que significaba aquello hace doscientos años. Un hombre que vivía apartado, que salía de noche, rodeado de frascos, plantas, animales conservados e instrumentos que nadie comprendía.

—El candidato perfecto para convertirse en un monstruo.

—Exactamente.

—Pero Esteban no mató a nadie.

Morales mantuvo la mirada en él.

—Entonces alguien lo hizo por él.

El cronista asintió.

—Alonso.

El nombre adquirió de pronto otro peso.

—Esteban tenía algo que Alonso quería.

—¿Qué?

—Todo.

Morales frunció el ceño.

—La casa. Las tierras. Sus conocimientos. Sus manuscritos.

—¿Y Alonso era su heredero?

—No al principio.

Murillo apoyó las manos sobre la mesa.

—Pero acabó siéndolo.

Morales intuyó hacia dónde se dirigía la historia.

—¿Cómo?

Murillo se tomó un momento antes de responder.

—Con paciencia.

—Entre los documentos encontré el testamento de Esteban.

Morales esperó.

—Le dejaba todo a Alonso.

—¿Todo? ¿Por qué?.

Murillo sonrió con tristeza.

—Porque confiaba en él.

Aquella respuesta pesó más que las anteriores.

—Esteban no tenía familia. Alonso era lo más parecido a un hijo. Estaba convencido de que continuaría su trabajo cuando él ya no estuviera.

Morales comprendió.

—Y Alonso descubrió el testamento.

—Sí.

Murillo bajó la mirada.

—A partir de entonces empezó a contemplar la casa de otra manera. Las tierras. Los libros. Todo lo que Esteban había construido durante una vida entera.

—Pero Esteban seguía vivo.

El silencio duró unos segundos.

—¿Pensó en matarlo?

—Probablemente.

—¿Probablemente?

—No dejó escrito cada pensamiento que tuvo, sargento. Solo puedo contarle lo que aparece en los documentos y lo que puede reconstruirse a partir de ellos.

Morales aceptó la precisión con un leve asentimiento.

—Lo que sí sabemos es que comprendió algo: si Esteban moría de repente, todas las miradas terminarían sobre él.

Murillo respiró hondo.

—Así que necesitaba que Esteban muriera sin que nadie pensara en Alonso.

Morales permaneció atento.

La respuesta parecía inevitable.

—Tenía que conseguir que lo matara otro.

Murillo levantó la vista.

—No otro hombre.

Murillo hizo una pausa.

—Todo el pueblo.

Alonso no tuvo que inventar el miedo; ya estaba allí.

Esteban vivía apartado, trabajaba de noche y apenas soportaba la luz del día. Sus remedios curaban enfermedades que otros no comprendían y su casa estaba llena de frascos, plantas secas, instrumentos y libros escritos en lenguas que pocos podían leer.

Durante años aquello había provocado recelo.

Alonso solo tuvo que alimentarlo.

—No comenzó acusándolo —explicó Murillo—. Habría resultado demasiado evidente.

—¿Entonces?

—Preguntas.

Morales arqueó ligeramente una ceja.

—¿Nunca os habéis preguntado por qué Esteban solo sale de noche? ¿Habéis visto alguna vez lo que guarda en esos frascos? ¿Por qué creéis que nunca entra en la iglesia?

Murillo negó despacio.

—No necesitaba afirmar nada. Las respuestas las daban los demás.

—Y nadie recordaría después quién había empezado.

—Exactamente.

El cronista dejó escapar el aire.

—Los rumores tienen una ventaja terrible: cuando pasan por suficientes bocas, terminan pareciendo recuerdos.

Morales no lo interrumpió.

—Pero Alonso necesitaba algo más —continuó Murillo—. Un rumor puede convertir a un hombre en extraño. Para convertirlo en monstruo necesitaba cadáveres.

La expresión de Morales se endureció.

—Los manuscritos.

Murillo asintió.

—Esteban había estudiado durante años plantas, sustancias y venenos naturales. No para matar. Para comprenderlos.

—Y Alonso utilizó ese conocimiento.

—Encontró anotaciones sobre una toxina capaz de actuar muy rápido. Las estudió. Hizo pruebas. Modificó cantidades.

Morales recordó inmediatamente los informes toxicológicos.

—Hasta conseguir lo que necesitaba.
—Una muerte rápida y unas consecuencias suficientemente extrañas como para alimentar el miedo.
—¿La rigidez?
—Entre otras cosas.
A esas alturas, la historia había dejado de parecer antigua.
—Después construyó el instrumento.
Murillo cerró los ojos un momento.
—Era pequeño. Fácil de ocultar. Tenía un depósito para la sustancia y dos agujas finas y paralelas en uno de los extremos.
Morales vio de nuevo la pieza ennegrecida extraída del bidón.
—Dos agujas.
—Sí.
—Separadas como las marcas del cuello.
Murillo levantó lentamente los ojos.
—Como dos colmillos.
La habitación quedó en silencio.
Morales comprendió entonces que aquella forma no era una extravagancia del arma.
Las dos agujas no eran necesarias para matar; eran necesarias para contar una historia.
—Quería que pareciera una mordedura.
—Quería que la gente creyera que lo era.
Murillo bajó la voz.
—Porque un veneno mata a un hombre.
Murillo hizo una pausa.
—Pero dos marcas en el cuello pueden crear un monstruo.

La primera víctima nunca tuvo nombre.
Al menos no en los documentos que Murillo había encontrado.
—Alonso escribió muy poco sobre él —explicó—. Solo cinco palabras.
Morales esperó.
—«Un hombre que viajaba solo».
—¿Eso es todo?

Murillo apartó la mirada.

—Probablemente ni siquiera le importaba quién fuese.

La ausencia de un nombre hacía la historia aún más inquietante.

—Solo necesitaba un cadáver.

—El primero.

El cronista asintió.

Aquella noche Alonso esperó junto a uno de los caminos que atravesaban la zona.

Conocía los horarios de los comerciantes, los arrieros y los viajeros que utilizaban aquellas rutas. Sabía quién acostumbraba a pasar acompañado y quién recorría solo los últimos kilómetros antes de llegar al siguiente pueblo.

Esperó hasta encontrar a uno.

—¿Cómo consiguió acercarse? —preguntó Morales.

—No lo sabemos.

Murillo negó suavemente.

—Quizá pidió ayuda. Quizá fingió estar herido. Quizá simplemente habló con él. En los manuscritos no aparece.

—Solo sabemos lo que ocurrió después —continuó Murillo.

Dos agujas en el cuello, nada más.

El hombre cayó poco después.

Alonso esperó junto a él.

No huyó; permaneció allí hasta asegurarse de que había muerto.

Después arrastró el cadáver.

—¿Hasta dónde?

—Hasta las inmediaciones de la casa de Esteban.

Morales lo comprendió de inmediato.

—Quería que lo relacionaran con él.

—Quería que pareciera inevitable relacionarlo con él.

Murillo apoyó ambas manos sobre la mesa.

—Al amanecer alguien encontró el cuerpo.

Dos pequeñas heridas en el cuello y un muerto cerca de la casa del hombre que solo salía de noche.

No hizo falta mucho más.

—Alonso no acusó a Esteban —continuó—. Eso fue lo más inteligente.

—Dejó que lo hicieran los demás.

—Exactamente.

Murillo miró hacia un punto indeterminado de la pared.

—Uno recordó haberlo visto caminar de noche. Otro habló de los frascos de su casa. Otro aseguró que una vez lo había visto enfermo después de exponerse al sol.

Una historia fue sumándose a otra hasta que alguien puso nombre a aquello que temían.

El Sediento.

Morales permaneció atento.

—¿Y Alonso volvió a matar?

—Sí.

—¿Cuántas veces?

Murillo negó despacio.

—No puedo asegurarlo.

Respiró hondo.

—Pero hubo más cadáveres. Otro viajero, y después otro.

Siempre de noche, siempre con las dos marcas, siempre lo bastante cerca de las propiedades de Esteban para que el miedo encontrara el camino correcto.

—Ya nadie buscaba a un asesino —dijo Murillo—. Buscaban una criatura.

Morales bajó la vista hacia sus manos.

—Y Esteban.

El cronista tardó en responder.

—Seguía curando a quien llamaba a su puerta.

Aquella frase hizo que Morales levantara la cabeza.

—¿No comprendía lo que estaba pasando?

—Comprendía que lo acusaban. Lo que no comprendió fue hasta dónde podía llegar el miedo.

Murillo tragó saliva.

—Creyó que la verdad bastaría.

—No bastó.

—¿Qué ocurrió?

—Alonso dejó de matar.

—¿Por qué?

—Porque ya no hacía falta.

Murillo habló casi en un susurro.

—El pueblo estaba preparado para hacerlo por él.

Murillo guardó silencio unos segundos.

Morales esperó.

—¿Qué le hicieron a Esteban?

El cronista levantó la mirada.

—Fueron a buscarlo una noche.

—¿Quiénes?

—Los documentos hablan de hombres con antorchas, herramientas del campo... gente que llevaba semanas convencida de que tenía un monstruo viviendo junto a sus casas.

—Esteban intentó explicarles lo que hacía. Les enseñó sus libros. Sus remedios. Incluso trató de explicarles su enfermedad.

Murillo negó despacio.

—Pero ya no importaba.

—¿Lo mataron?

—Sí.

La respuesta fue seca, sin adornos.

—¿Cómo?

—Los documentos no coinciden. Algunos hablan de golpes. Otros de que intentaron quemar la casa con él dentro. Una anotación posterior asegura que murió antes de que prendieran fuego a parte de sus pertenencias.

—Entonces no sabe exactamente qué ocurrió.

—No. Lo único seguro es que Esteban no salió vivo de aquella noche.

Ninguno dijo nada.

—¿Y Alonso?

—Heredó.

Una sola palabra bastó.

Todo aquello que Esteban había querido entregarle algún día terminó siendo suyo.

Morales apoyó la espalda en la silla.

—Así que consiguió exactamente lo que quería.

—Sí.

—Y nadie sospechó.

—¿Por qué iban a hacerlo?

Murillo esbozó una sonrisa amarga.

Morales permaneció pensativo.

Había algo que no encajaba.

—Entonces explíqueme una cosa.

—¿Cuál?

—El Alonso Barragán de la estatua.

Murillo no respondió.

—Si todo empezó así, ¿cómo pasamos de un hombre capaz de provocar la muerte de su maestro a un benefactor al que El Cuervo lleva dos siglos homenajear?

Por primera vez desde que había comenzado a hablar, el rostro del cronista cambió.

Ya no había miedo en su rostro, sino tristeza.

—Esa es la peor parte.

—¿Peor que matar a varios hombres?

—No.

Murillo negó despacio.

—Peor para mí. Porque durante mucho tiempo quise creer que todo lo que vino después también era mentira.

—La escuela existió. La biblioteca también. Financió caminos, ayudó a familias que habían perdido sus cosechas, pagó tratamientos médicos y entregó tierras para obras que beneficiaron al pueblo.

—¿Con el dinero de Esteban?

Murillo bajó la mirada.

—En buena parte.

Morales comprendió la ironía.

—Robó una vida y después construyó la suya con ella.

—Sí.

—Eso no parece remordimiento.

Murillo levantó los ojos.

—Yo tampoco lo creí al principio.
Se inclinó ligeramente hacia delante.
—Hasta que encontré los últimos documentos.
—¿Qué documentos?
—Los de Alonso.
Morales permaneció atento.
—Después de la muerte de Esteban empezó a escribir.
—¿Una confesión?
—No exactamente. Al principio eran notas dispersas. Cuentas. Recuerdos. Frases que no parecían tener relación entre sí.
Murillo tomó aire.
—Con los años fueron cambiando.
—¿En qué sentido?
—Empezó a escribir sobre Esteban.
El nombre volvió a imponerse en la conversación.
—Sobre cosas que le había enseñado. Conversaciones que habían tenido. Remedios que preparaban juntos. Incluso pequeños detalles que nadie habría considerado importantes.
Murillo sonrió con tristeza.
—Cómo colocaba los libros. Qué bebía mientras trabajaba. Lo mucho que le molestaba que Alonso dejara las herramientas fuera de sitio.
Morales escuchó.
—Cuanto mayor se hacía Alonso, más aparecía Esteban en aquellas páginas.
—Culpabilidad.
—Eso creo.
Murillo se corrigió inmediatamente.
—Eso interpreto.
Morales agradeció la precisión.
—¿Confesó los asesinatos?
—Sí.
Respondió sin vacilar.
—¿Y reconoció haber provocado su muerte?
Murillo tragó saliva.
—Sí.

Morales se inclinó hacia delante.

—Entonces ¿por qué nadie encontró esos documentos?

El cronista soltó una risa amarga.

—Porque Alonso volvió a hacer lo que mejor sabía hacer. Controlar la historia que los demás conocerían.

Murillo juntó las manos.

—Nunca confesó públicamente.

—Pero conservó los manuscritos. ¿Por qué?

Murillo se tomó un momento antes de responder.

—No lo sé.

Después negó con la cabeza.

—Quizá no tuvo valor para destruirlos. Quizá quería que alguien acabara encontrándolos. O quizá un hombre puede arrepentirse de lo que hizo y seguir siendo demasiado cobarde para asumir las consecuencias.

Morales sostuvo su mirada.

Aquella posibilidad le pareció la más humana y, quizá por eso, la más desagradable.

—¿Qué hizo entonces?

—Intentó devolverlo.

—¿El qué?

Murillo miró hacia él.

—Todo.

Morales frunció el ceño.

—No podía devolverle la vida a Esteban. Tampoco podía devolverla a los hombres que había matado. Así que empezó a desprenderse de lo que había conseguido gracias a ellos.

La escuela, la biblioteca, los caminos, las ayudas.

Poco a poco, la fortuna que había heredado dejó de pertenecerle.

—Y el pueblo lo convirtió en un héroe —dijo Morales.

—Sí.

Murillo bajó la mirada.

—La mayor parte de las cosas por las que hoy veneramos a Alonso Barragán nacieron de su intento de pagar una deuda que nadie sabía que existía.

Morales guardó silencio.

Pensó en la estatua del bulevar. La figura de bronce, la expresión serena, la mano extendida hacia el paseo. Todo aquello seguía siendo cierto y, al mismo tiempo, no lo era.

La historia explicaba el origen del Sediento y la culpa de Alonso, pero aún quedaba una pieza que Murillo había evitado desde el principio.

Faltaba saber cómo había llegado todo aquello hasta sus manos.

—Hay algo que todavía no me ha explicado.

Murillo levantó la mirada.

—¿Cómo llegaron esos manuscritos hasta usted?

Morales lo observó un momento.

Murillo bajó de nuevo la mirada.

—Aparecieron en mi coche.

—La caja.

—La misma que vio Elena Benítez.

—Sí.

Morales apoyó los antebrazos sobre la mesa.

—Cuéntemelo desde el principio.

Murillo tomó aire.

—Aquella noche fui el primero en salir de la reunión de la iglesia. Llegué hasta el coche y, cuando abrí la puerta, la caja estaba en el asiento del copiloto.

—¿La había visto antes?

—Nunca.

—¿Su coche estaba cerrado?

Murillo dudó.

—Creía que sí.

—¿Qué hizo?

—Me senté y la abrí.

Durante un instante pareció regresar a aquel momento.

—Dentro había documentos antiguos. Cuadernos, páginas sueltas, papeles atados con cinta... y una pequeña herramienta metálica.

Morales escuchó.

—Dos agujas —añadió Murillo.

—La que encontramos en el bidón.

—Sí.

—¿Y qué hizo durante los diez minutos que permaneció en el coche?

Murillo levantó la mirada.

—Leer.

—Nos dijo que estaba pasando unas notas al teléfono.

—Mentí.

Morales no reaccionó.

—¿Por qué?

—Porque reconocí un nombre.

—Alonso Barragán.

—Sí.

Murillo tragó saliva.

—Solo necesité leer unas páginas para darme cuenta de que aquello podía ser importante. Había referencias que conocía por mis investigaciones, datos que no eran públicos... cosas que nadie habría podido inventar con facilidad.

—Y decidió ir a la finca.

—Sí.

Morales no dejó traslucir nada.

—Quiero saber qué ocurrió después.

Murillo soltó el aire.

—Leí.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Toda la noche.

—No fui consciente de las horas —continuó Murillo—. Sacaba un documento, lo leía, buscaba otro, comparaba fechas... Había momentos en los que pensaba que aquello tenía que ser falso.

—¿Y lo era?

—No.

La respuesta fue inmediata.

—Cuanto más leía, menos podía engañarme.

Murillo bajó la vista hacia sus manos.

Morales lo observó.

—Y descubrió que el hombre al que llevaba toda la vida estudiando había sido el verdadero responsable de aquellas muertes.

—Sí.

Murillo cerró los ojos un instante.

—Cuando terminé de leer ya estaba amaneciendo.

Morales imaginó al cronista solo en aquella finca, rodeado de documentos capaces de derrumbar todo aquello a lo que había dedicado su vida.

—¿Qué hizo con la caja?

—La dejé allí.

—¿Con los manuscritos?

—Sí.

—¿Y la herramienta?

—También.

—¿Y se marchó?

—A casa.

—¿Sin contarle nada a nadie?

—Sin contarle nada a nadie.

—¿Por qué?

Murillo tardó en responder.

—Porque no sabía qué hacer. En unas horas había descubierto que una parte de la historia de El Cuervo era una mentira. Que el hombre de la estatua había construido su legado sobre varios asesinatos.

Morales no respondió.

—Necesitaba tiempo para pensar. Pero no lo tuvo.

Murillo negó.

—No.

Su expresión cambió.

—Al día siguiente me enteré de que Iván había aparecido muerto.

Morales permaneció atento.

—Dos heridas en el cuello —continuó Murillo—. Las mismas que describían los manuscritos.

—Las mismas que producía aquella herramienta.

—Sí.

El silencio adquirió un peso distinto.

—Entonces comprendí que aquello no podía ser una coincidencia.

—¿Qué pensó?

Murillo tardó en contestar.

—Que quien había dejado la caja en mi coche sabía exactamente lo que contenía.

—Y que alguien estaba reproduciendo los crímenes de Alonso.

—Sí.

Morales se inclinó ligeramente hacia delante.

—¿Fue entonces cuando decidió destruirlo todo?

Murillo cerró los ojos un instante.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque tuve miedo.

—¿De qué?

Murillo abrió los ojos.

—De que me relacionaran con aquellos documentos. De que alguien supiera que los tenía. De que la Guardia Civil encontrara en mi finca la misma herramienta que había dejado dos marcas en el cuello de dos hombres muertos.

Morales no apartó los ojos de él.

—Quería protegerse.

—Sí.

Murillo no intentó negarlo.

—Pero no solo a mí.

—¿A quién más?

El cronista tragó saliva.

—Al pueblo.

Morales frunció el ceño.

—¿Al pueblo?

—A su historia. A todo lo que habíamos construido alrededor de Alonso: la escuela, la biblioteca, la estatua, las historias que pasaban de padres a hijos. A una parte de nuestra identidad.

—La verdad no iba a destruir El Cuervo.

—En aquel momento yo creí que sí.

—Así que volvió a la finca.
—Sí.
—Y lo quemó todo.
—Sí.
Morales recordó el bidón.
Las cenizas y el metal ennegrecido entre los restos.
—Por eso estaba ardiendo cuando llegamos.
—Sí.
—Y cuando nos vio...
Murillo bajó la mirada.
—Supe exactamente lo que iban a pensar.
—Que estaba destruyendo las pruebas de dos asesinatos.
—Entré en pánico.
Morales apretó la mandíbula.
—Casi me mata.
—Lo sé.
—No. Usted sabe que casi me atropella. Es diferente.
Murillo encajó el reproche sin responder.
—Iván estaba muerto. Roberto también. Y usted tenía información que podía haber cambiado la investigación.
—Sí.
—Pero decidió quemarla.
Murillo asintió.
—Para protegerse y proteger esa historia.
El cronista levantó lentamente los ojos.
—Para proteger la imagen que el pueblo tenía de sí mismo.
Morales guardó silencio.
Murillo tomó aire.
—¿Sabe cuál es la diferencia entre Alonso y yo, sargento?
Morales no respondió.
—Él creó la mentira.
Murillo dejó pasar un instante.
—Yo decidí protegerla.
El silencio volvió a instalarse entre ambos.
Morales miró al hombre que tenía delante.

Durante días habían creído que José Luis Murillo ocultaba dos asesinatos. Ahora Morales comprendía que ocultaba otra cosa, algo que llevaba casi dos siglos enterrado.

—Entonces... el Sediento nunca existió.

Murillo negó despacio.

—No.

Se secó los ojos con el dorso de la mano.

—Existió algo mucho peor.

Morales esperó.

—Un hombre dispuesto a convertir una mentira en leyenda.

Murillo bajó la mirada.

—Y un pueblo entero dispuesto a creerla.

CAPÍTULO 25

Lucía

—Mamá, ¿la blanca o la azul?

Mercedes apareció en la puerta de la habitación con una cesta de ropa apoyada sobre la cadera.

Ni siquiera miró hacia la cama.

—La azul.

Lucía se volvió hacia ella.

—Pero si no las has visto.

—No necesito verlas. Llevas preguntándomelo desde las seis y quieres que te diga la azul.

Lucía intentó contener una sonrisa.

—Pues entonces no sé para qué te pregunto.

—Yo tampoco.

Mercedes siguió su camino por el pasillo.

Lucía volvió a contemplar las dos blusas extendidas sobre la cama.

La blanca era nueva; la azul se la había puesto tantas veces que su madre amenazaba con esconderla cada vez que aparecía en el cesto de la ropa sucia.

Cogió la azul.

Su madre siempre tenía razón y eso era algo que, con dieciséis años, resultaba especialmente irritante.

Se la puso frente al espejo.

El cabello rubio le caía suelto sobre los hombros. Había probado a recogerse los dos veces y las dos había terminado soltándose. Se inclinó hacia el cristal para comprobarse los ojos, se apartó un mechón de la frente y torció ligeramente los labios.

No estaba mal.

Volvió a mirar la hora.

Daniel llegaría en cualquier momento.

Solo pensarlo la hizo sonreír.

Se reprendió enseguida.
Llevaban juntos casi un año. Ya debería habersele pasado aquella tontería.

Y no se le había pasado.

Desde la planta baja llegó la voz de Gonzalo.

—¡Lucía!

Ella abrió la puerta.

—¿Qué?

—¡Tu novio!

Lucía miró el reloj.

—¡Pues dile que espere!

—¡Eso estoy haciendo!

La voz de su padre volvió a escucharse unos segundos después.

—¡Pero como siga viniendo antes de la hora voy a empezar a cobrarle la consulta!

Lucía puso los ojos en blanco.

—¡Papá!

Escuchó la risa de Mercedes desde el pasillo.

—No le hagas caso.

—Es imposible no hacerle caso. Se asegura de que lo escuche todo el pueblo.

—Eso también lo has heredado de él.

—Yo no soy así.

Mercedes la miró.

Lucía sostuvo su mirada un par de segundos.

—Vale. Un poco.

Su madre sonrió.

Se acercó y le arregló el cuello de la blusa.

—Estás muy guapa.

—¿Seguro?

—Segurísimo.

Lucía volvió a mirarse en el espejo.

Mercedes permaneció detrás de ella.

—¿A qué hora vais a volver?

—No sé.

—Lucía.

—Mamá...

—Una hora.

—Daniel me acompaña.

—No te he preguntado quién te acompaña. Te he preguntado a qué hora vuelves.

Lucía suspiró.

—A las dos.

Mercedes levantó una ceja.

—A la una y media.

—Mamá.

—A la una.

—¡Eso no es negociar!

—Claro que lo es. Yo he empezado por las doce.

Lucía se volvió hacia ella con expresión indignada.

Mercedes aguantó la expresión seria hasta que acabó echándose a reír.

—A la una y media. Y me mandas un mensaje si vais a quedaros más.

Lucía la abrazó rápidamente.

—Te quiero.

—Ya, ya. Ahora me quieres.

Lucía cogió el bolso de encima de la cama y salió al pasillo.

—¿Llevas dinero?

—Sí.

—¿El móvil?

Lucía levantó el teléfono.

—¿Las llaves?

Lucía se detuvo.

Regresó a la habitación.

Mercedes negó con la cabeza.

—Dieciséis años.

—¡Las tenía controladas!

—Por supuesto.

Lucía cogió las llaves de la cómoda y bajó las escaleras casi corriendo.

Gonzalo esperaba junto a la puerta.

—Despacio.
—Que Daniel está esperando.
—Precisamente. Si lleva cinco minutos esperando, puede esperar cinco minutos y medio.
Lucía pasó a su lado.
Su padre la sujetó suavemente del brazo.
—Eh.
Ella se volvió.
—Estás preciosa.
—Gracias, papá.
Él señaló hacia la puerta.
—Y dile a ese muchacho que te traiga entera.
—Qué pesado eres.
—Es mi trabajo.
—Tu trabajo es curar gente.
—Ese es el que me paga las facturas. Ser pesado contigo lo hago gratis.
Lucía negó con la cabeza mientras abría la puerta.
—Adiós.
—A la una y media —recordó Mercedes desde arriba.
—¡Sí!
—Y el mensaje.
—¡Que sí!
Cerró la puerta.
Daniel esperaba apoyado contra la pared de enfrente.
Al verla, se incorporó.
—Por fin.
Lucía abrió mucho los ojos.
—¿Perdona?
—Nada.
—Eso pensaba.
Daniel sonrió y se acercó a ella.
Tenía dieciséis años y aún no había aprendido a disimular lo mucho que le gustaba verla.
—Estás muy guapa.
Lucía bajó la mirada.

—Mi padre ha dicho lo mismo.

—Retiro lo dicho.

Ella le dio un golpe suave en el hombro.

—Idiota.

Daniel se echó a reír.

Comenzaron a caminar.

Las fiestas habían cambiado el pueblo.

Las calles estaban más concurridas de lo habitual y, conforme se acercaban al centro, la música se hacía más presente. Grupos de jóvenes avanzaban en la misma dirección. Desde algunas casas llegaban conversaciones, televisores encendidos y el ruido de familias terminando de cenar.

Lucía caminaba junto a Daniel hablando demasiado deprisa, saltando de un asunto a otro sin dejar apenas espacio para las respuestas.

Le contó algo que había ocurrido aquella mañana, después saltó a una discusión con una amiga y terminó preguntándole qué pensaba hacer cuando acabaran el instituto.

Daniel apenas consiguió responder.

—¿Me estás escuchando?

—Más o menos.

Lucía se detuvo.

—Daniel.

Él sonrió.

—Sí te estoy escuchando.

—¿Qué acabo de decir?

—Que Marta es una pesada, que no sabes qué vas a estudiar y que tu madre piensa que deberías hacer Magisterio.

Lucía entrecerró los ojos.

—Vale.

Volvieron a caminar.

—Aunque yo no he dicho que quiera hacer Magisterio.

—Todavía.

—¿Qué significa eso?

—Que terminarás haciéndolo.

—¿Y tú qué sabes?

Daniel se encogió de hombros.
—Te gustan los niños.
—También me gustan los perros y no voy a ser veterinaria.
—Todavía.
Lucía volvió a golpearlo en el brazo.
Daniel se rio.
Unos metros más adelante se detuvo de repente.
—Espera.
Lucía avanzó dos pasos antes de darse cuenta.
—¿Qué pasa?
Daniel se llevó una mano al bolsillo.
—Nada.
—¿Entonces?
—Cállate un momento.
—Qué romántico.
—Lucía.
Ella sonrió.
Daniel sacó algo pequeño del bolsillo.
Lo mantuvo oculto dentro de la mano.
De pronto parecía mucho más nervioso.
—Te he comprado una cosa.
La sonrisa de Lucía desapareció.
—¿A mí?
—No. A tu padre.
—Daniel...
—No es gran cosa.
Abrió la mano.
Una fina pulsera de plata descansaba sobre su palma.
Lucía guardó silencio.
Daniel interpretó inmediatamente aquel silencio como una mala señal.
—Si no te gusta puedo cambiarla.
—Cállate.
—Es que la dependienta me dijo que...
—Daniel.
Él se calló.

Lucía tomó la pulsera entre los dedos.

Era sencilla: una pequeña cadena de plata, sin piedras ni adornos innecesarios, con una diminuta pieza redonda en el centro que atrapaba la luz al moverse.

—¿Por qué?

Daniel se encogió de hombros.

—Porque sí.

—Eso no es una razón.

—Pues porque llevamos casi un año juntos.

Lucía lo miró.

—Once meses.

—Casi un año.

—No.

—Once meses es casi un año.

—Matemáticamente no.

—Pues te la devuelvo y esperas otro mes.

Lucía cerró inmediatamente la mano alrededor de la pulsera.

—Ni se te ocurra.

—Entonces te gusta.

Ella volvió a contemplarla.

—Mucho.

Ninguno habló.

Lucía le tendió la pulsera.

—Pónmela.

Daniel tomó uno de los extremos.

Ella apartó el cabello y extendió la muñeca.

Él tardó más de lo necesario en cerrar el pequeño broche.

—¿Sabes poner una pulsera?

—Estoy aprendiendo.

—Pues date prisa.

—No te muevas.

—No me estoy moviendo.

—Te estás moviendo.

—Daniel...

El cierre encajó finalmente.

—Ya está.

Lucía levantó la muñeca.
La pequeña pieza de plata brilló bajo la luz de una farola.
La contempló un momento.
Después miró a Daniel y lo besó.
Fue un beso breve, suficiente para que él olvidara cualquier respuesta ingeniosa.
Cuando se separaron, Lucía sonrió.
—Gracias.
Daniel se encogió de hombros, intentando recuperar algo de dignidad.
—Once meses.
Ella volvió a mirar la pulsera.
—Casi un año.
—Eso he dicho yo.
—No te acostumbres a tener razón.
Siguieron caminando.
Lucía enlazó los dedos con los de Daniel.
A medida que se acercaban al centro, la música se hacía más fuerte y las calles se llenaban de gente conocida. Ella saludaba a unos y otros mientras avanzaban. Tenía dieciséis años, toda la noche por delante y ninguna prisa por llegar a ninguna parte.
Durante aquellas horas, eso era todo lo que importaba.

La puerta se cerró detrás de Diana y Marta.
Lucía siguió escuchando sus voces al otro lado. Una carcajada. Los pasos alejándose por la acera. Después, nada.
Regresó al salón.
La música continuaba sonando.
Roberto había abierto la caja de pizza y buscaba entre los últimos trozos mientras David discutía con Álvaro por algo que Lucía no había escuchado. Iván, hundido en uno de los sillones, sostenía un vaso casi vacío.
Todo parecía seguir exactamente igual.
Lucía recogió el oso del sofá y volvió a sentarse.
—¿Otra porción? —preguntó David.
—No puedo más.

—Queda media pizza.
—Pues os la coméis vosotros.
Roberto alargó inmediatamente la mano.
—No hace falta que me lo digas dos veces.
Lucía sonrió.
Miró el teléfono.
Las doce y treinta y nueve.
Todavía tenía tiempo.
Encontró un mensaje de Daniel.
¿Todo bien?
Lucía escribió:
Sí. Estamos en casa de Jaime. Luego me acompañan.
La respuesta llegó casi inmediatamente.
Vale. La yegua sigue igual. Mi padre está de los nervios.
Tú seguro que estás siendo de muchísima ayuda.
Los tres puntos aparecieron en la pantalla.
Muchísima. He sujetado una linterna.
Lucía soltó una carcajada.
—¿Qué pasa? —preguntó Jaime.
—Nada. Daniel.
Escribió:
Veterinario del año.
Guardó el teléfono.
—¿Está con su padre? —preguntó Jaime.
—Sí. Parece que la cosa se ha complicado.
—¿Lo de la yegua?
—Se ha tenido que ir corriendo.
Jaime se sentó en el otro extremo del sofá.
—Siempre le han gustado los animales.
—Desde pequeño.
—Al final acabará haciendo lo mismo que su padre.
—Eso dice él.
—¿Y tú?
Lucía lo miró.
—¿Yo qué?
—¿Qué vas a hacer?

—Cuando termine el instituto, dices.

—Sí.

Lucía se encogió de hombros.

—No tengo ni idea.

—¿Magisterio?

—¿Por qué todo el mundo dice lo mismo?

Jaime sonrió.

—Porque te gustan los niños.

Lucía negó con la cabeza.

—Eso mismo ha dicho Daniel.

—Pues por una vez tiene razón.

—No se lo digas.

Jaime rio.

La conversación continuó unos minutos entre recuerdos del instituto, profesores que ambos habían tenido y anécdotas familiares.

Jaime recordó una comida de años atrás en la que Lucía había derramado una jarra entera sobre el mantel.

—Yo tenía ocho años.

—Tenías diez.

—Ocho.

—Diez. Me acuerdo perfectamente.

—Pues tienes demasiada memoria.

—Para algunas cosas.

Lucía no dio importancia a aquella frase.

Roberto se levantó.

—Voy al baño.

—Pues qué interesante —respondió Álvaro.

—Te mantendré informado.

David soltó una carcajada.

Lucía volvió a mirar el reloj.

Las doce y cuarenta y siete.

—Yo también debería irme ya.

Jaime la miró.

—Todavía es pronto.

—Mi madre me mata como llegue tarde.

—Has dicho que a la una y media.
—Sí, pero tengo que llegar hasta mi casa.
—Te acompañamos.
—Ya.
Lucía buscó el bolso.
—Pues en diez minutos.
Jaime permaneció sentado.
—Diez minutos.
Ella levantó un dedo.
—Ni uno más.
—Palabra.
Lucía volvió a dejar el bolso.
La canción terminó.
Comenzó otra mucho más lenta.
Álvaro protestó desde el otro lado del salón.
—¿Quién ha puesto esta mierda?
—Tu gusto musical es lamentable —dijo David.
—Ha salido sola.
Iván se levantó para cambiarla.
Lucía miró de nuevo la pulsera.
Giró la pequeña pieza de plata entre los dedos.
—Es bonita.
La voz de Jaime hizo que levantara la cabeza.
—¿Qué?
Él señaló su muñeca.
—La pulsera.
Lucía sonrió.
—Me la ha regalado Daniel esta noche.
—Ya.
—¿Cómo que ya?
—Os vi antes enseñándosela a Marta.
Lucía acarició la cadena con el pulgar.
—Llevamos casi un año.
—Once meses.
Ella lo miró sorprendida.
—¿Cómo sabes eso?

Jaime se encogió de hombros.
—El pueblo es pequeño.
—Eso empieza a darme miedo.
Lucía también sonrió.
Jaime, en cambio, dejó de hacerlo.
—Siempre me has gustado.
Ella tardó un momento en comprender.
—¿La pulsera?
—Tú.
Lucía se quedó callada.
Pensó que estaba bromeando y esperó la sonrisa.
No llegó.
—Jaime...
—Desde pequeños.
Ella apartó ligeramente la mirada.
—No sabía nada.
—Claro que no.
—Nunca me dijiste nada.
—Porque nunca tuve oportunidad.
Lucía soltó una risa incómoda.
—Bueno...
Buscó el bolso otra vez.
—Creo que debería irme.
Jaime no se movió.
—¿Tan mal te ha sentado?
—No.
—Entonces quédate.
—No es eso. Es tarde.
—Todavía no es la una.
Lucía miró el reloj.
Las doce y cincuenta y tres.
—Precisamente.
Se levantó.
Jaime hizo lo mismo.
—No quería incomodarte.
—No pasa nada.

—Lucía.

—De verdad.

Ella sonrió intentando quitar importancia a la situación.

—Mañana fingimos que no me has dicho nada y listo.

Dio un paso hacia el bolso.

Jaime se interpuso.

No fue un movimiento brusco; simplemente quedó delante.

Lucía se detuvo.

—¿Qué haces?

—Nada.

—Pues déjame pasar.

Jaime la miró.

Había algo diferente en sus ojos, algo que Lucía no había visto hasta entonces.

Ya no le pareció el muchacho con el que había compartido mesa en reuniones familiares.

O quizá siempre lo había sido y ella nunca había sabido verlo.

—Solo quiero saber una cosa.

—Jaime...

—¿Nunca te has fijado en mí?

Lucía respiró hondo.

—Estoy con Daniel.

—Eso no responde.

—Sí responde.

Intentó pasar a su lado.

Jaime la sujetó por la muñeca.

Lucía bajó la vista.

Precisamente por la muñeca de la pulsera.

—Suéltame.

Él lo hizo.

—Perdona.

Lucía retrocedió.

—Me voy.

Cogió el bolso y el oso.

Jaime dio otro paso.

—No quería asustarte.

—No me has asustado.

Era mentira: no sabía exactamente por qué, pero quería salir de aquella casa.

—Que me voy, Jaime.

Él volvió a colocarse delante.

Esta vez Lucía no intentó sonreír.

—Apártate.

—Solo dame un beso.

Lucía lo miró incrédula.

—¿Qué?

—Uno.

—¿Estás tonto?

Jaime intentó acercarse.

Lucía volvió la cara y lo empujó.

—¡He dicho que no!

El oso cayó al suelo y el ruido hizo que los demás miraran.

Lucía recogió rápidamente el peluche.

—Me voy.

Jaime volvió a acercarse.

—Espera.

—No me toques.

—Lucía...

—Que no me toques.

Álvaro se incorporó.

Miró a Jaime.

Después a Lucía.

Y sonrió.

—Eh...

La forma en que lo dijo cambió algo en la habitación.

—¿No pensabas compartir?

Lucía contuvo la respiración.

Jaime lo miró.

—Cállate.

Álvaro se acercó.

—¿Qué pasa?

—He dicho que te calles.

Lucía buscó con la mirada a Roberto.
Luego a David.
A Iván.
Esperaba una carcajada, una frase que deshiciera aquella situación absurda, que alguno dijera que ya estaba bien.
Nadie lo hizo.
Roberto fue el único que pareció incómodo.
—Dejadla.
Álvaro lo miró.
—¿Qué?
—Que la dejéis. Se quiere ir.
Por un instante, Lucía sintió alivio.
—Gracias.
Dio un paso hacia la puerta.
Álvaro se interpuso.
—¿Dónde vas?
El alivio duró poco.
Lucía miró hacia Roberto.
—Roberto.
Él evitó sus ojos.
—Tío —murmuró—. Esto no tiene gracia.
—Pues vete —respondió Iván.
Roberto permaneció quieto.
Lucía volvió a mirar la puerta.
La puerta estaba a apenas unos metros.
Solo tenía que llegar hasta ella.
Sacó el teléfono.
No llegó a desbloquearlo.
Una mano se lo arrebató.
—Devuélvemelo.
—Tranquila.
—He dicho que me lo devuelvas.
Ya nadie se rio.
Lucía sintió el corazón golpeándole contra el pecho.
Miró a Jaime.
—Tus padres conocen a los míos.

Él no respondió.

—Jaime.

Nada.

—Mi padre ha estado en esta casa.

La voz comenzó a temblarle.

—Tu madre conoce a mi madre.

Por primera vez, Jaime vaciló.

Lucía se aferró a aquella duda.

—Déjame ir.

Durante un instante creyó que la dejaría marcharse.

Entonces Álvaro cerró la puerta del salón.

El clic de la cerradura fue pequeño, casi insignificante.

Lucía lo escuchó perfectamente.

Después recordaría cosas sueltas, nunca la noche completa.

El sonido de la música, una botella golpeando accidentalmente la mesa, el oso de peluche en el suelo, su teléfono demasiado lejos.

Y cinco rostros conocidos. Eso era lo peor.

Los conocía: había bailado con ellos, había comido con ellos, Daniel les había pedido que la acompañaran a casa.

Lucía gritó, pidió que parasen y dijo sus nombres uno detrás de otro, como si pronunciarlos pudiera devolverles aquello que parecían haber olvidado: que eran personas.

Roberto volvió a decir que aquello estaba mal.

Una vez y después otra.

Pero no abrió la puerta, no llamó a nadie, no la ayudó.

Se quedó allí, y Lucía comprendió que mirar hacia otro lado también era una decisión.

En algún momento bajó los ojos.

No sabía por qué; quizá porque ya no podía mirar aquellos rostros.

Entonces vio su muñeca.

La pulsera: la misma que Daniel había tardado tanto en abrochar unas horas antes.

La pequeña pieza de plata temblaba con ella.

Lucía cerró los dedos alrededor.

Cerró los dedos alrededor con fuerza y, por un instante, consiguió estar en otro lugar.

Daniel fingiendo indignación porque ella decía que once meses no eran un año; su madre arreglándole el cuello de la blusa; su padre diciéndole que la trajeran entera.

Los coches de choque, el oso, las luces, su habitación, su casa.

Todo lo que seguía existiendo al otro lado de aquella puerta.

Se aferró a la pulsera.

Y dejó de mirar.

Cuando volvió a abrir los ojos, la música seguía sonando.

Eso fue lo primero que comprendió.

La misma canción, el mismo salón, pero nada era igual.

Lucía permaneció inmóvil.

Nadie hablaba.

Jaime estaba sentado al otro lado de la habitación con la cabeza entre las manos.

David miraba hacia el suelo.

Iván respiraba agitadamente.

Álvaro evitaba mirarla.

Roberto seguía junto a la pared.

Lucía se incorporó.

Nadie intentó detenerla.

Recogió el bolso.

Después, el teléfono.

Por último vio el oso, Federico, tumbado boca abajo junto al sofá.

Lucía lo miró.

No lo recogió.

Caminó hacia la puerta.

Cuando puso la mano sobre el picaporte, escuchó la voz de Jaime.

—Lucía...

Ella se detuvo.

No se volvió.

—Lo siento.

Lucía abrió la puerta.

—No vuelvas a pronunciar mi nombre.

Y salió.
La calle estaba vacía.
El aire frío le golpeó el rostro.
Lucía comenzó a caminar.
No corrió, no lloró, no llamó a nadie.
Simplemente caminó, un paso y después otro.
El teléfono vibró dentro del bolso.
No necesitó mirarlo para imaginar quién era.
Volvió a vibrar y esta vez lo sacó.
Daniel.
Lucía observó su nombre iluminando la pantalla.
No respondió.
La llamada terminó.
Unos segundos después llegó un mensaje.
¿Has llegado?
Lucía se quedó mirando aquellas dos palabras.
Quiso escribir que sí, decirle que fuera a buscarla, llamar a su madre, a su padre, a cualquiera.
No hizo ninguna de esas cosas. Apagó la pantalla y continuó caminando.
La pulsera seguía en su muñeca.
Lucía la cubrió con la otra mano.
Y siguió hacia casa.

CAPÍTULO 26

La pregunta correcta

La puerta se cerró detrás de Álvaro con un leve chasquido. La habitación pareció quedar suspendida, pero las palabras que acababan de escuchar seguían allí. Once años reducidos a una confesión que, de pronto, daba sentido a demasiadas cosas.

Morales había llegado a El Cuervo apenas unos minutos antes de que Álvaro comenzara a hablar. Clara solo había tenido tiempo de ponerlo al corriente de lo imprescindible. Después se habían limitado a escuchar.

Ahora ya no quedaba nadie frente a ellos; solo la historia.

Clara siguió mirando la puerta cerrada mientras Morales bajaba los ojos hacia la mesa, ordenando mentalmente cada nombre, cada víctima, cada pieza que acababa de ocupar su lugar.

—Cinco.

Clara no respondió.

—Todo esto era por lo que hicieron los cinco.

Durante días habían trabajado con los mismos cinco nombres: Roberto, Iván, David, Álvaro y Jaime.

Roberto.

Iván.

David.

Álvaro.

Jaime.

Sabían que compartían algo ocurrido muchos años atrás. También que, después de las primeras muertes, cualquiera de los que quedaban podía convertirse en el siguiente objetivo.

Lo que no habían conseguido averiguar era por qué. Hasta ahora.

Clara volvió la mirada hacia Morales.

—Lucía.

Él asintió.

Por fin sabían qué los unía realmente.

—Tiene el motivo.

—Lo tiene.

—Conocía a todos.

—Sí.

Morales esperó a que continuara.

Conocía ya lo suficiente a su teniente para saber que aquellas respuestas no significaban que hubiera llegado a la misma conclusión.

—Pero no cree que sea ella.

Clara no tardó en contestar.

—No. Hay algo que no encaja.

—¿El qué?

—Todo lo demás.

Morales frunció ligeramente el ceño.

—El asesino no se limitó a matarlos. Preparó una sustancia capaz de provocar una muerte rápida y una rigidez que confundiera las primeras impresiones. Fabricó un instrumento para dejar dos heridas idénticas y utilizó una historia de hace dos siglos para conseguir que todo un pueblo mirara hacia otro lado.

Morales guardó silencio.

—Eso requiere conocimientos —continuó Clara.

—Médicos.

Clara lo miró.

El nombre surgió entre ambos antes de que ninguno lo pronunciara.

—Gonzalo.

Clara bajó los ojos.

Recordó la consulta, los libros, la serenidad con la que el médico había respondido a cada pregunta. Después recordó algo más.

La casa.

Clara levantó los ojos.

—Vive en la antigua casa de Alonso.

Morales soltó el aire.

—Joder.

—La historia estaba allí.

—Eso no significa que la conociera.

—No.

—Ni que supiera lo de Lucía.

Clara se quedó quieta.

Aquello sí era diferente.

No necesitaban demostrar todavía que Gonzalo hubiera matado.

Antes necesitaban responder a una pregunta mucho más sencilla.

¿Cuándo había descubierto un padre lo que le hicieron a su hija?

Clara pensó en Roberto.

En las últimas semanas antes de su muerte, en aquel mensaje que llevaba días persiguiéndolos.

No puedo seguir mirando para otro lado.

Y recordó algo más.

—Era paciente suyo.

—¿Roberto?

—Sí.

Entonces la posibilidad dejó de parecer remota.

—Gonzalo tendría los conocimientos, la información y un motivo.

Clara no respondió.

Eso era precisamente lo inquietante de Gonzalo: cada elemento podía explicarse por separado.

Los conocimientos médicos no demostraban nada.

Vivir en la casa de Alonso tampoco.

Ser el padre de Lucía no lo convertía en asesino.

Eso era todo. Una sospecha. Nada más.

Clara cerró la carpeta y se recostó ligeramente en la silla. Durante un momento, ninguno de los dos pareció saber por dónde continuar.

El teléfono de Clara vibró sobre la mesa.

Miró la pantalla antes de responder.

—Dígame, Roldán.

—Teniente. ¿Sigue en El Cuervo?

Clara miró el reloj.

—Sí. ¿Qué ocurre?

—He estado revisando lo que me enviaron de David.

Clara se incorporó.

—¿Ha encontrado algo?

Hubo una pausa al otro lado.

—Sí.

Morales levantó la mirada.

Clara activó el altavoz y dejó el teléfono sobre la mesa.

—Le escucha también el sargento Morales.

—Buenas tardes, sargento.

—Roldán.

Clara volvió al asunto.

—¿Qué ha encontrado?

—Prefiero que lo escuche usted misma.

—¿Es importante?

Roldán tardó un momento en responder.

—Creo que sí.

Clara miró a Morales.

—¿Puede decírmelo por teléfono?

—Se lo envío.

Clara miró la pantalla.

—Hágalo.

—Déme un momento.

La llamada terminó.

Morales se inclinó hacia delante, atento.

Clara mantuvo el teléfono entre las manos.

Pasaron unos segundos sin que ocurriera nada.

Morales la observó.

—Está empezando a ponerme nervioso.

—Pues imagínese a mí.

—No lo parece.

Clara estaba a punto de responder cuando el teléfono vibró.

Ambos bajaron la mirada.

Había llegado un mensaje de Álex Roldán.

Era un archivo adjunto.

Clara lo abrió.

Durante unos segundos ninguno se movió.

Cuando terminó, Morales alzó despacio la mirada.

Clara ya lo estaba mirando.

—Esto lo cambia todo.

CAPÍTULO 27

Gonzalo

El vehículo avanzó por las calles de El Cuervo sin que ninguno de los dos hablara.

Clara conducía con la mirada fija al frente. A su lado, Morales permanecía recostado en el asiento con el brazo todavía sujeto por el cabestrillo.

Parecía haber pasado mucho más de una semana desde la primera vez que recorrieron juntos aquellas calles. Entonces habían

llegado sin saber qué buscaban; ahora iban directamente hacia un hombre.

Clara redujo la velocidad al acercarse a la consulta de Gonzalo y observó la fachada a través del parabrisas.

Habían estado allí antes.

Habían hablado con él, le habían hecho preguntas y las había respondido todas con la paciencia de quien no tenía nada que esconder.

Clara apagó el motor.

Ninguno se apresuró a bajar.

Morales fue a desabrocharse el cinturón, pero Clara habló antes.

—Sobre lo que me dijo en Comandancia...

Él volvió la cabeza.

Clara mantuvo las manos sobre el volante.

—Tenía razón.

Morales la observó un momento.

No preguntó a qué se refería.

—No se acostumbre, mi teniente.

A Clara se le escapó una sonrisa mínima.

—No pensaba darle ese gusto.

Morales abrió la puerta.

—Eso me deja más tranquilo.

Clara salió del vehículo.

Caminaron juntos hasta la entrada. Al llegar, ella se detuvo.

—Espéreme aquí.

—No pensaba dejarla sola.

Clara le sostuvo la mirada.

Esta vez no discutió.

—Lo sé.

Después se volvió hacia la puerta.

Ya no iba allí para averiguar cómo habían muerto Roberto, Iván y David, sino para hacer la pregunta que debieron formularse desde el principio.

Clara entró en la consulta sin llamar.

Gonzalo Romero levantó la vista del escritorio. La sorpresa apenas duró un instante antes de que recuperara aquella expresión cordial con la que la había recibido desde el primer día.

—Teniente Díaz. Me alegro de verla. ¿Se encuentra bien?

Clara cerró la puerta a su espalda.

—Sí, doctor.

Gonzalo señaló una de las sillas.

—Siéntese.

—Prefiero quedarme de pie.

Algo cambió apenas perceptiblemente en el rostro del médico.

—Como quiera.

Clara lo observó.

La consulta era la misma: los mismos libros, el mismo escritorio, el mismo hombre amable que durante aquellos días había respondido a cada pregunta, siempre dispuesto a colaborar.

Y, sin embargo, ahora todo parecía distinto.

—Llevo días intentando averiguar cómo cometió los asesinatos.

La sonrisa de Gonzalo desapareció.

Clara continuó.

—Hoy he comprendido que esa nunca fue la pregunta correcta.

El médico sostuvo su mirada.

—No sé de qué me está hablando.

—La pregunta era por qué.

Gonzalo no respondió.

—¿Por qué un hombre como usted decidió hacerlo?

Gonzalo se reclinó lentamente en la silla.

—Teniente, no sé qué cree haber descubierto, pero...

—Ya no es necesario fingir, doctor.

La sonrisa desapareció definitivamente de su rostro.

Clara dio un paso hacia el escritorio.

—Fue Roberto.

Gonzalo no reaccionó.

—Aquel día que tuvo que llevarlo al hospital.

Ni un gesto.

—Antes de bajar del coche le contó algo.

Esta vez Clara lo vio: una contracción mínima en la mandíbula.

Apenas duró un instante, pero estaba allí.
—Creo que le habló de lo que ocurrió hace once años.
Gonzalo apartó la mirada.
—No sé de qué...
—Le habló de Lucía.
El nombre cambió el aire de la consulta.
Por primera vez desde que Clara había entrado en la consulta, Gonzalo Romero pareció quedarse sin respuesta.
Ella no apartó los ojos de él.
—Hasta entonces usted no lo sabía.
El médico volvió lentamente la mirada hacia ella.
—Pero debió de empezar a comprender muchas cosas. Los cambios de su hija. Los silencios. Todo aquello que durante años no había sabido explicar.
Gonzalo tragó saliva.
—Tenga cuidado, teniente.
Clara dejó pasar un instante.
—Y Mercedes.
Aquello sí lo golpeó.
—No hable de mi mujer.
La voz seguía siendo baja, pero ya no era la del médico afable que conocía todo El Cuervo.
—¿Ella llegó a saberlo?
—He dicho que no hable de ella.
Clara no insistió.
No necesitaba hacerlo: había encontrado la grieta.
—Roberto le dio algo que usted llevaba once años sin saber que necesitaba.
Gonzalo respiraba lentamente.
—Nombres.
El médico cerró los ojos.
Solo un instante, pero fue suficiente.
—Cinco nombres —continuó Clara—. Cinco hombres que siguieron con sus vidas después de aquella noche.
Gonzalo abrió los ojos.
—Usted no sabe nada de mi hija.

Clara sostuvo la mirada de Morales.

—Sé que sobrevivió.

La expresión del médico se endureció.

—No.

Hizo una pausa.

—Usted sabe que sigue viva. No es lo mismo.

Aquella respuesta decía mucho más de lo que Gonzalo probablemente pretendía.

—Y después estaba la leyenda.

Gonzalo no respondió.

—La caja. Los manuscritos. El instrumento. Todo aquello que hablaba del Sediento y de cómo alguien había conseguido convertir unos crímenes en superstición.

El médico permaneció inmóvil.

Clara avanzó otro paso.

—Aquel hombre comprendió algo que usted también comprendió.

Gonzalo levantó ligeramente la mirada.

—Que para esconder un crimen no siempre es necesario ocultarlo.

El silencio se prolongó.

—A veces basta con conseguir que todo el mundo mire en la dirección equivocada.

La mirada de Clara descendió hasta el cinturón del médico.

Se detuvo en la hebilla de latón.

En uno de sus bordes distinguió una pequeña rozadura.

Después volvió a sus ojos.

—Y usted decidió hacer exactamente lo mismo.

Durante varios segundos ninguno dijo nada.

Solo se oía el zumbido del aire acondicionado.

—Supongo que ahora espera que se lo confirme.

—Esperaba un mínimo de decencia viniendo de usted.

Él volvió a mirarla.

—No sé para qué ha venido.

—Para darle la oportunidad de explicármelo.

—¿Explicarle qué?

—Por qué tres de los hombres que hicieron aquello a su hija están muertos.

Gonzalo apoyó la espalda en la silla.
—Ya empezamos otra vez.
—Roberto le contó lo que ocurrió.
—Eso lo dice usted.
—Y poco después apareció muerto.
—También murió Iván. Y David. ¿Va a convertir en asesino a cualquiera que supiera lo que ocurrió hace once años?
Clara bajó la mirada hacia su cinturón.
—Solo al que además llevaba algo de latón cuando Roberto intentó defenderse.
Gonzalo siguió el gesto.
—¿La hebilla?
—Encontramos restos bajo sus uñas.
—Roberto entró muchas veces en esta consulta, eso pudo ocurrir cualquiera de esas veces.
—Pudo.
Gonzalo la observó.
—No parece muy convencida de su propia acusación.
—Lo estoy bastante.
—Pues hasta ahora no me ha dado ningún motivo para estarlo.
Gonzalo sonrió mientras se inclinaba ligeramente hacia delante.
—Tiene una hebilla gastada, una historia sobre mi hija y una leyenda que conoce medio pueblo. Me temo que no tiene nada.
Clara sostuvo la mirada de Morales.
—Hasta que llegamos a David.
La sonrisa desapareció.
—David llevaba un reloj deportivo.
Gonzalo no dijo nada.
—Detectó una caída y realizó una llamada automática al 112.
Esta vez sí hubo una reacción.
Pequeña, pero inequívoca.
Sacó el teléfono.
—La llamada quedó grabada.
Gonzalo miró el aparato.
Clara pulsó la pantalla.

Durante unos segundos solo se escuchó el viento. Después llegó una voz femenina.

—Emergencias 112. ¿Puede oírme?

No hubo respuesta.

Se oyó un roce, seguido de la respiración entrecortada de David.

Entonces llegó otra voz, más próxima.

—Tranquilo.

Gonzalo dejó de mirar el teléfono.

Clara no apartó los ojos de él.

La grabación continuó.

—Esto es por Lucía.

Clara la detuvo.

Ninguno dijo nada.

Gonzalo tardó unos segundos en reaccionar.

—Eso no demuestra que lo matara.

Clara lo miró, incrédula.

—¿De verdad va a seguir negándolo?

—Demuestra que estaba allí.

—Mientras David agonizaba.

—No sabe qué ocurrió antes.

Gonzalo señaló el teléfono.

—Tiene unos segundos de una conversación. No sabe por qué fui hasta allí ni en qué estado encontré a David.

—Y casualmente habló de Lucía.

—No he dicho que fuera casualidad.

Clara lo miró.

—Entonces explíquemelo.

Gonzalo calló.

—Eso pensaba.

—Lo que piense no importa. Lo que pueda demostrar, sí.

Clara asintió despacio.

—Tiene razón.

Guardó el teléfono.

—Entonces hablemos de lo que podemos demostrar.

Gonzalo esperó.

—La herramienta que encontramos con Murillo fue destruida antes de que David muriera.

El médico no respondió.

—Pero David tenía las mismas dos perforaciones que Roberto e Iván. La misma separación. El mismo patrón.

—Lo que significa que existe otra.

Gonzalo sostuvo su mirada.

—O que su teoría es equivocada.

Clara recorrió la consulta con la mirada.

—Por eso vamos a comprobarlo.

Gonzalo permaneció inmóvil.

Clara señaló alrededor.

—¿Qué cree que encontraremos cuando registremos la clínica?

—No puede registrar esto porque quiera. Necesita una orden.

—¿Quién dice que no la tenga ya?

Gonzalo apretó la mandíbula.

—¿Y qué espera encontrar?

Clara volvió los ojos hacia él.

—Eso es precisamente lo que le estoy preguntando.

Gonzalo calló un momento.

—Si no ha matado a nadie, si la hebilla no significa nada, si esa grabación no significa nada y si me he equivocado con usted desde el principio...

Miró hacia los armarios.

Después hacia el escritorio.

—No encontraremos nada.

Gonzalo no respondió.

Clara esperó.

—¿Verdad?

Gonzalo bajó la mirada hacia sus manos.

—¿Ha venido sola?

La pregunta tomó a Clara por sorpresa.

—No.

El médico asintió despacio.

—Morales está fuera.

Clara no respondió.

Gonzalo sonrió con cansancio.

—Buen hombre. Habla demasiado, pero es buen hombre.

—No cambie de tema.

—No lo estoy cambiando.

Gonzalo se levantó.

Clara se tensó.

Él se detuvo al advertirlo.

—Tranquila, teniente. No voy a hacerle daño.

Rodeó el escritorio y caminó hasta la ventana. Separó apenas una de las lamas de la persiana.

La tarde empezaba a caer sobre El Cuervo.

—¿Sabe cuánto tiempo llevo mirando estas calles?

Clara no contestó.

—Treinta y dos años.

Soltó la persiana.

—He visto crecer a medio pueblo. He atendido a niños que ahora traen aquí a sus propios hijos. He salido de madrugada porque alguien tenía fiebre. He visitado casas donde sabía que jamás iban a pagarme. He acompañado a personas cuando ya no quedaba nada que la medicina pudiera hacer por ellas.

Se volvió hacia Clara.

—He dedicado mi vida a este pueblo.

Clara no apartó los ojos.

—Y ha matado a tres hombres.

Gonzalo no apartó los ojos de ella.

—Sí.

Una sola palabra, sin dramatismo, indignación ni miedo.

—Roberto Sánchez. Iván Ganfornina. David...

—Sé cómo se llamaban.

La frialdad de la respuesta hizo callar a Clara.

Gonzalo regresó despacio hasta el escritorio.

—He pronunciado esos nombres demasiadas veces.

Clara lo observó.

—Pero antes de Roberto no sabía lo que habían hecho.

—No.

—¿Qué ocurrió aquel día?

El médico tardó en responder.

—Ya lo sabe.

—Sé una parte.

—Entonces debería bastarle.

—No me basta.

Gonzaloladeó ligeramente la cabeza.

Por un instante reapareció algo del hombre que Clara había conocido al principio de la investigación.

—Eso es lo que me gusta de usted.

Clara frunció el ceño.

—Nunca le basta.

Se sentó.

Esta vez lo hizo con el cansancio de un hombre mucho mayor.

—Roberto llevaba meses viniendo a verme. Los riñones, el alcohol... Cada vez que le explicaba que tenía que dejar de beber asentía como si fuera a hacerme caso.

Una sonrisa amarga le cruzó el rostro.

—Nunca lo hacía.

—Aquel día estaba peor. Le dije que no pensaba dejarlo marcharse solo y lo llevé al hospital.

Gonzalo bajó la mirada hacia el escritorio.

—Durante casi todo el trayecto no dijo una palabra.

Entrelazó los dedos.

—Cuando llegamos, puso la mano sobre la puerta. Pensé que iba a bajar.

Calló.

—Entonces dijo el nombre de mi hija.

Algo se quebró en su voz.

Apenas duró un instante, pero estaba allí.

—Lucía.

Clara no lo interrumpió.

—Le pregunté qué tenía que ver ella.

Gonzalo apretó las manos.

—Y empezó a hablar.

El silencio de Clara lo invitó a continuar.

—No me lo contó todo. Creo que ni siquiera podía. Lloraba.
Apenas era capaz de mirarme.

Levantó los ojos.

—Pero dijo lo suficiente.

Gonzalo calló un momento.

—Cinco.

—Cinco muchachos a los que yo conocía.

Su mandíbula se tensó.

—Los había visto crecer. Los había curado.

Miró hacia la ventana.

—Y habían seguido viviendo aquí.

La voz comenzó a endurecersele.

—Trabajando. Celebrando cumpleaños. Tomándose una cerveza.
Saludándose cuando me encontraban por la calle.

Volvió a mirar a Clara.

—Mientras mi hija no podía regresar a este pueblo sin recordar lo
que le habían hecho.

Clara dejó que el silencio hiciera su trabajo.

—¿Lucía nunca se lo contó?

Gonzalo negó.

—No.

Aquella palabra pareció dolerle más que todo lo anterior.

—Esa noche volví a casa y empecé a recordar.

Clara esperó.

—Cosas pequeñas. Cambios a los que nunca había dado
importancia.

Cerró los ojos.

—Y comprendí que llevaba once años mirando a mi hija sin verla.

Clara sintió el peso de aquella frase.

Gonzalo abrió los ojos.

—¿Sabe qué pensé cuando dejó de salir? ¿Cuando empezó a
encerrarse? ¿Cuando ya no quería que la abrazáramos?

Negó lentamente con la cabeza.

—Pensé que era la edad.

No añadió nada más; no hacía falta.

—¿Y esa noche decidió matarlos?

—No.

La respuesta llegó de inmediato.

—Acaba de admitir que...

—He admitido que los maté.

Gonzalo la miró directamente.

—No que lo decidiera aquella noche.

Clara esperó.

—Aquella noche quise hacerlo.

Su voz no tembló.

—Quise encontrar a cada uno de ellos y matarlo con mis propias manos.

—Pero no lo hizo.

—No.

—¿Por qué?

Por primera vez, una tristeza profunda se instaló en el rostro de Gonzalo.

Contempló sus manos.

—Porque llevaba toda mi vida intentando mantener a la gente con vida.

Las giró despacio mientras hablaba.

—Estas manos han cerrado heridas. Han ayudado a respirar a personas que no podían hacerlo. Han sostenido otras manos mientras alguien se moría.

Levantó los ojos.

—No sabían matar.

Clara miró aquellas manos.

—Aprendió.

—Sí.

Clara permaneció frente a él.

—¿Cuándo?

Gonzalo calló.

—¿Cuándo cruzó esa línea?

El médico la observó antes de negar lentamente.

—Eso no ocurrió de un día para otro.

—Pero hubo un momento.

Gonzalo asintió apenas.

—Siempre hay un momento.

Se levantó.

Rodeó el escritorio y caminó hacia uno de los armarios del fondo.

La mano de Clara buscó instintivamente el arma.

—Quédese donde está.

Gonzalo se detuvo.

—No voy a hacerle daño.

—Apártese del armario.

Él obedeció y retrocedió dos pasos.

—Segundo cajón.

Clara no apartó los ojos de él.

—Ábralo.

—Creo que preferirá hacerlo usted.

Clara sintió tensarse el cuerpo.

—Ábralo, doctor.

Gonzalo obedeció.

En el interior había varias carpetas, material médico y una pequeña caja metálica.

La tomó despacio.

—Déjela sobre el escritorio.

Gonzalo hizo lo que le pedía.

Clara observó la caja.

No mediría más de veinte centímetros.

—Ábrala.

El médico mantuvo la mano sobre la tapa antes de levantarla.

Finalmente la levantó.

Sobre una pieza de tela oscura descansaba un pequeño instrumento metálico.

La fabricación era limpia, precisa, moderna; la forma, sin embargo, resultaba inconfundible.

Dos agujas paralelas, separadas por la misma distancia que Clara llevaba días observando en los cuellos de los muertos.

Levantó la mirada.

—¿Es esta?

—Sí. Lo hice yo.

Levantó la vista hacia él.

—¿Usted?

—La original era bastante rudimentaria.

Gonzalo contempló el instrumento.

—No podía confiar en ella.

—Así que fabricó una reproducción.

—Sí.

—Para matar.

El médico sostuvo su mirada.

—Para desviar la atención.

Las piezas terminaron de encajar. Nunca había sido solo el arma.

—Necesitaba al Sediento.

Gonzalo no respondió.

—No bastaba con matarlos. Necesitaba las dos heridas. La rigidez. Los cuerpos expuestos. Todo tenía que recordar a la leyenda.

—Necesitaba que miraran hacia otro lado.

Clara se quedó quieta.

Desde el principio, aquellas dos marcas habían reclamado toda la atención y los habían obligado a mirar en la dirección que Gonzalo quería.

—Nos hizo perseguir a un fantasma.

Gonzalo negó despacio.

—No.

La miró.

—El pueblo lo hizo por mí.

—Yo solo tuve que darle algo en lo que creer.

Clara no reaccionó.

El médico cerró lentamente la caja.

—Desde la primera vez que la vi junto a aquella fuente supe que tenía un problema.

—¿Por qué?

Gonzalo sonrió apenas.

—Porque todos miraban las heridas.

Gonzalo sostuvo su mirada.

—Usted miró los zapatos.

Recordó a Roberto junto a la fuente.

La suciedad, las abrasiones, el rastro casi invisible sobre el pavimento.

Todo había empezado allí.

Gonzalo empujó lentamente la caja hacia ella.

—Llévesela.

Clara contempló la caja antes de levantar la mirada.

—¿Eso es todo?

Gonzalo asintió.

—Sí.

—Ha matado a tres hombres.

—Lo sé.

—Y estaba dispuesto a continuar.

Esta vez tardó algo más en responder.

—Sí.

Clara observó al hombre que tenía delante.

Durante días había intentado imaginar quién se escondía detrás de aquellas muertes. Ahora lo tenía delante y no parecía un monstruo.

Quizá eso fuera lo más inquietante.

—Eso no fue justicia, doctor.

Gonzalo bajó la mirada hacia sus manos.

—No.

Clara esperó.

El médico guardó silencio unos segundos.

—Fue llegar once años tarde.

Clara sostuvo la mirada de Morales.

—Ha hecho todo esto por Lucía. ¿Y ahora qué?

—¿Ahora?

—Ahora tendrá que aprender a vivir sin su padre.

Gonzalo se quedó quieto.

—Sé lo que pesa esa ausencia.

Por primera vez desde que había empezado a hablar, Gonzalo no encontró respuesta.

Clara sacó las esposas.

Gonzalo las observó.

No opuso resistencia y extendió las manos.

El primer clic de las esposas rompió el silencio de la consulta; después llegó el segundo.

Clara le informó de sus derechos.

Gonzalo escuchó hasta el final sin interrumpirla.

Cuando terminó, la teniente tomó la caja y se dirigió hacia la puerta.

—Teniente.

Clara se detuvo.

Gonzalo mantenía la mirada baja.

—Cuando hable con Lucía...

Aquellas palabras parecieron costarle más que cualquier confesión anterior.

Clara esperó.

—Dígale que nada de esto fue por su culpa.

La teniente lo observó.

—Se lo diré.

Gonzalo bajó la cabeza.

Clara abrió la puerta.

Morales esperaba al otro lado.

No estaba solo.

Dos agentes uniformados aguardaban unos pasos más atrás y otro permanecía junto al vehículo.

Al ver las esposas, Morales miró primero a Gonzalo y después la pequeña caja que Clara sostenía entre las manos.

Después buscó los ojos de su teniente.

No preguntó nada; Clara tampoco necesitó explicárselo.

Morales hizo un gesto a los agentes.

Dos de ellos avanzaron hacia Gonzalo.

El médico cruzó el umbral sin oponer resistencia.

Clara permaneció junto a la puerta mientras se lo llevaban.

Morales se quedó a su lado.

Ninguno habló.

CAPÍTULO 28

Después del silencio

La noticia recorrió El Cuervo antes de que terminara la noche.

Al amanecer, el nombre de Gonzalo Romero ya corría por las barras de los bares, las puertas de las panaderías y los corrillos improvisados en las aceras. Algunos se negaban a creerlo; otros reconstruían conversaciones, visitas a la consulta y encuentros fortuitos en busca de señales que nunca habían visto.

El médico que durante más de treinta años había curado a medio pueblo era el mismo hombre al que la Guardia Civil acusaba de tres asesinatos.

El Sediento desapareció de las conversaciones con la misma rapidez con que había regresado.

Esta vez no hubo leyendas ni monstruos, tampoco historias de hombres que regresaban de la tumba sedientos de sangre.

Solo personas y verdades que habían tardado demasiado en salir a la luz.

La declaración de Lucía había desenterrado una verdad silenciada durante once años. Jaime y Álvaro tendrían ahora que responder por lo ocurrido aquella noche.

Clara sabía que aquello no garantizaba una condena; había pasado demasiado tiempo.

Pero algo sí había cambiado.

Durante once años, aquella historia había sobrevivido únicamente en la memoria de Lucía.

Ahora, al menos, el silencio tenía nombres.



Lucía estaba sentada en un banco del bulevar cuando vio acercarse a Daniel.

No se levantó.

Él caminó hasta detenerse frente a ella.

—Hola.

—Hola.

Ninguno dijo nada.

Daniel señaló el espacio vacío a su lado.

—¿Puedo?

Lucía lo miró.

—Sí.

Daniel se sentó dejando una prudente distancia entre ambos.

Frente a ellos, el agua continuaba cayendo en la fuente. Un hombre cruzó el paseo con una bolsa de pan bajo el brazo. Más allá, dos niños discutían por unos cromos.

El pueblo seguía adelante.

—Me he enterado —dijo Daniel.

Lucía bajó la mirada.

—Ya se ha enterado todo el mundo.

Ella sabía que quería decir muchas cosas.

También sabía que estaba eligiendo no hacerlo.

Y se lo agradeció.

Permanecieron un rato mirando la fuente.

Fue entonces cuando Daniel reparó en su muñeca.

La pulsera.

Su mirada se detuvo apenas un instante en la pequeña pieza de plata.

Lucía lo vio reconocerla.

Once años antes, él mismo había tardado una eternidad en conseguir cerrar aquel broche.

Daniel levantó los ojos hacia ella.

No preguntó por qué seguía llevándola.

No intentó tocarla.

Solo sonrió.

Lucía bajó la mirada hacia la pulsera.

Después dejó descansar la mano sobre el banco, en el espacio que los separaba.

Daniel hizo lo mismo.

Sus dedos quedaron muy cerca.

No llegaron a tocarse.

Todavía no.

Lucía volvió la vista hacia la fuente.



Dos semanas después, Clara Díaz descubrió que había cosas más peligrosas que perseguir asesinos.

—¡Teniente, cuidado!

El balón pasó a escasos centímetros de su cabeza.

Clara se volvió hacia Morales.

—¿Estos son sus sobrinos?

—Le advertí que eran peligrosos.

—Dijo que jugaba al fútbol con ellos. No que hubiera formado un ejército.

Morales soltó una carcajada.

A su alrededor, una docena de niños corría detrás del balón sin que Clara consiguiera averiguar muy bien quién pertenecía a cada equipo.

Uno de los pequeños se plantó frente a ella con las manos en la cintura.

—Tienes que correr más.

Clara arqueó una ceja.

—¿Perdona?

—Que así no vamos a ganar.

Morales tuvo que girarse para disimular la risa.

—Ni una palabra —advirtió Clara.

—Yo no he dicho nada.

—Pero lo ha pensado.

—Eso todavía no es delito.

El balón volvió a rodar hacia ellos.

Morales lo controló con el pie y se lo pasó.

Clara consiguió detenerlo.

Más o menos.

El niño que acababa de reprenderla levantó los brazos desesperado.

—¡Pásala!

Clara miró a Morales.

—¿Siempre son así?

—Hoy están tranquilos.

Ella negó con la cabeza.

Después golpeó el balón.

El pase salió bastante mejor de lo esperado.

Los niños echaron a correr detrás de él.

—No está mal —dijo Morales.

—He tenido suerte.

—Eso no se lo cree ni usted.

Clara permaneció seria.

Habían pasado dos semanas desde El Cuervo.

Dos semanas de informes, declaraciones y noches reconstruyendo sobre el papel una investigación que todavía aparecía de vez en cuando cerraba los ojos.

Pero aquella tarde no había cadáveres.

No había marcas en ningún cuello.

No había leyendas.

Solo un balón, doce niños y un sargento que parecía disfrutar demasiado viéndola hacer el ridículo.

Morales comenzó a correr hacia el otro extremo del campo.

—¡Vamos, mi teniente!

Clara permaneció quieta.

—¿Qué?

Él siguió corriendo de espaldas.

—¡Que nos están ganando!

Clara lo observó.

Recordó la primera vez que lo había visto junto a aquella cafetera de la comandancia.

Hablaba demasiado.

Sonreía demasiado.

Y ella había tardado muy poco en decidir que probablemente acabaría agotándole la paciencia.

No se había equivocado.

—¡Clara!

Morales acababa de llamarla por su nombre.

Esta vez ella no lo corrigió.

Echó a correr.

—¡Javi!

Él se volvió.

—¿Qué?

Clara señaló el balón que avanzaba hacia ellos.

—Como perdamos, el informe lo hace usted.

Morales sonrió.

—Eso es abuso de autoridad.

—Denúncieme.

El balón llegó hasta Clara.

Lo golpeó hacia delante y continuó corriendo.

Morales fue tras ella.

Las voces de los niños llenaron el campo.

En ese instante Clara Díaz entendió que no estaba intentando descubrir nada.

Simplemente estaba allí.



Epílogo

El frío de diciembre ya se había instalado en Sevilla.

Clara empujó la puerta de la pequeña cafetería del centro. La campanilla anunció su llegada.

Era uno de esos locales donde el tiempo parecía transcurrir más despacio. El aroma del café recién molido se mezclaba con el de las tostadas recién hechas.

Eligió la misma mesa junto a la ventana.

—Un café solo, por favor.

—Enseguida.

Mientras esperaba, dejó que la mirada recorriera el local.

Todo seguía igual.

O casi.

Entonces la vio.

La camarera se movía entre las mesas con la misma naturalidad de siempre, pero había algo distinto en ella.

Sonreía.

Una sonrisa tranquila.

De esas que no necesitan fingirse.

Al reconocer a Clara, se acercó hasta su mesa.

—Me alegro de volver a verte, niña.

Clara le devolvió la sonrisa.

—Yo también.

La camarera regresó a la barra.

Clara tomó un sorbo de café y bajó la mirada hacia la carpeta que descansaba junto a su teléfono.

Llevaba años guardándola y, aun así, aquella mañana la había llevado consigo.

En la cubierta, bajo el sello de la Guardia Civil, podía leerse un nombre:

MATEO DÍAZ.

Clara pasó un dedo por el borde del expediente.

Todavía quedaban silencios.
